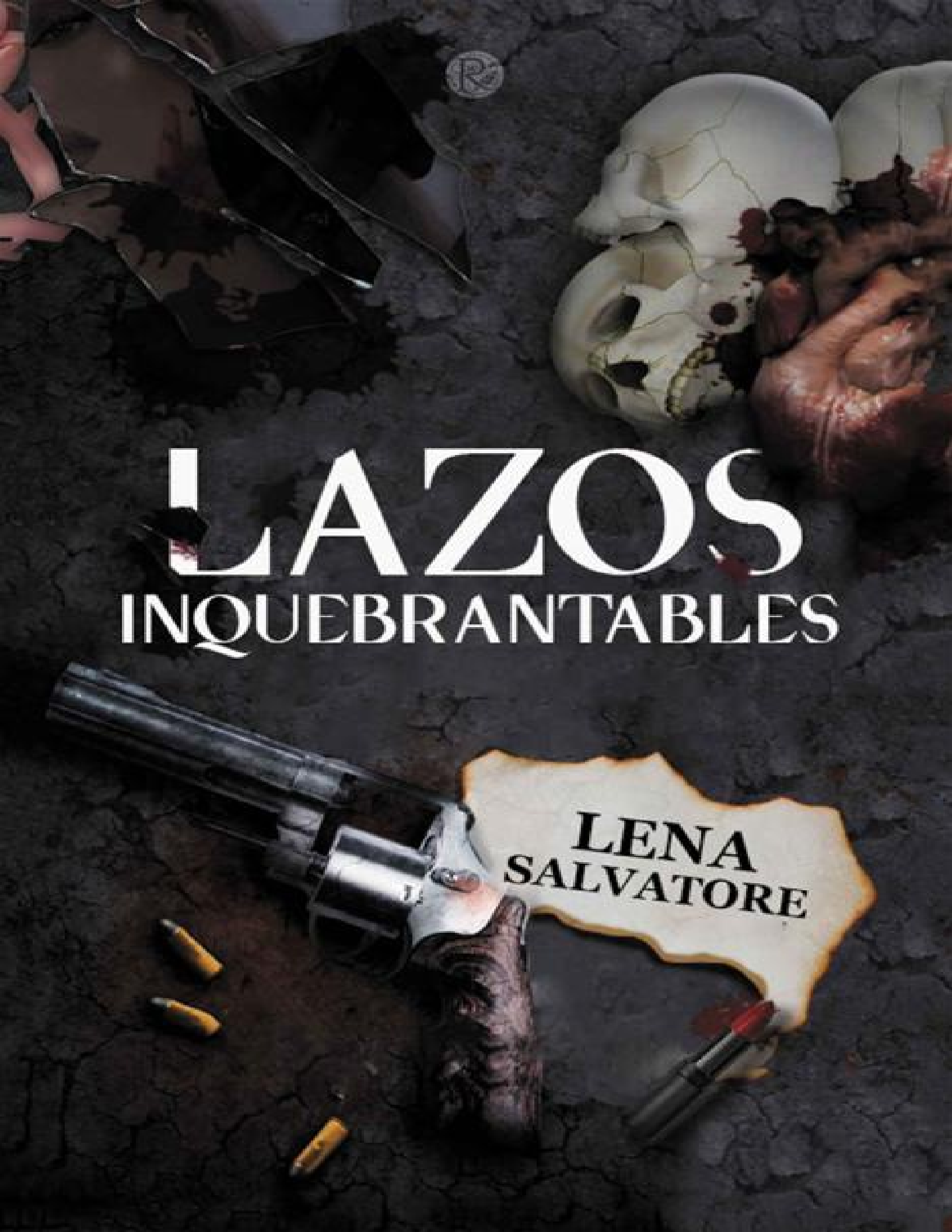




LAZOS

INQUEBRANTABLES

**LENA
SALVATORE**

Lazos inquebrantables©

2024, Lena Salvatore

De la edición y corrección: Lena Salvatore

De la maquetación: Lena Salvatore

Del diseño de la cubierta y contracubierta: Julieta López de Redrum Publishing editorial

Imágenes del interior: Istock y Pixabay

1ª edición: mayo de 2024

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código penal).

GLOSARIO

Bratva o mafia roja / *mafiya*: es como se conoce popularmente a la mafia rusa.

Pakhan: líder de la mafia

Boyevik: guerrero. Son soldados que pertenecen a la brigada y reclutan a nuevos miembros.

Byki: guardaespaldas.

Brigadier: es el capitán, está a cargo de un grupo de hombres (lo que se conoce como brigada) que conforman generalmente un negocio legal, que será la tapadera de sus actividades criminales.

Krysha: son los ejecutores de la mafia, muy violentos. Se encargan de proteger los negocios.

Torpedos: son los asesinos a sueldo de la mafia.

Shestyorka: asociado.

Gulag: centro penitenciario ruso donde mantienen a los prisioneros en condiciones inhumanas y los someten a torturas extremas por orden del Pakhan. Aclaro que no tengo constancia de que esto exista en la actualidad y solo lo uso para el amparo de la trama, por lo que es un descargo de responsabilidad. Todos los actos que aquí suceden pertenecen a la ficción y en ningún caso se extrapola a la realidad.

Babochka: mariposa en ruso.

malysch: pequeña en ruso.

Blyad': mierda o maldición.

PLAYLIST

Sweet but psycho – Ava Max
I see red – everybody loves an outlaw
Animals – Maroon 5
Monsters – Ruelle
The devil within – Digital Daggers
Run for your life - The Siege
Power over me - Dermont Kennedy
Play with fire - Sam Tinnesz

ADVERTENCIAS

Este libro está dedicado a un público mayor de edad o con una mentalidad madura debido a que trata temas delicados que pueden herir la sensibilidad del lector. A continuación, los enumeramos:

- Mafia rusa y actividades delictivas relacionadas con el crimen organizado.
- Mención de abuso sexual y maltrato.
- Torturas gráficas, mutilaciones y asesinatos.
- Escenas de sexo detallado y consentido, voyeurismo, y relaciones entre la protagonista y dos intereses amorosos masculinos a la vez; poligamia.
- Misoginia.
- Gore.
- Lenguaje vulgar.
- Escenas de violencia y degradación.
- Decapitación.
- Secuestros.
- Enfermedades mentales como el trastorno de la personalidad antisocial. Aclaro que estas no se romantizan en ningún caso, pero tampoco pretenden emular cómo son las personas que los padecen ni estigmatizar en ningún caso que alguien con dicho trastorno tenga que ser un asesino, sino que este es un trabajo de ficción que de ninguna manera pretende retratar una realidad.

PARTE 1: Huida. (Рейс).

«El mayor anhelo de un monstruo no es otro que el de crear a otro monstruo. Solo así se aseguran de que su legado nunca muera».

PRÓLOGO

Novosibirsk, Siberia Occidental (Rusia), 23 de diciembre de 2016

Siempre supo que terminaría así.

Era un ave con las alas rotas cuyo destino siempre había sido permanecer enjaulada, por más que se empeñara en intentar alzar el vuelo.

Pero en lo más recóndito de su interior, albergaba sueños y esperanzas de una vida mejor.

Una vida en la que ella no fuera Annika Kozlova, la heredera de un imperio y la hija del *Pakhan* de la *Bratva* Kozlov.

Solo anhelaba normalidad. Poder salir a pasear por las calles de su amada Rusia, hacer muñecos de nieve y hornear galletas, bailar hasta que sus pies no sostuvieran su peso...y amar.

Amar con el corazón, disfrutando de los pequeños momentos con esa persona especial.

Y la encontró. Pero lo apartaron de su lado con crueldad y todavía tenía pesadillas por las noches con esas últimas palabras que le habría gustado dedicarle, para agradecerle al menos que le hubiera entregado algo tan valioso...a pesar de que era un hombre lleno de cicatrices al que la vida había castigado sin piedad.

Ni siquiera le brindaron esa oportunidad.

Poco a poco, con esa implacabilidad que era propia de la *mafiya* y que le helaba los huesos hasta en las noches más cálidas, se había ido insensibilizando.

Era una mujer hecha de hielo, porque la vida no podía arrebatarle nada más. Ya lo había perdido todo.

La apodaban la viuda negra de la *Bratva*. Y sonreía, altiva y orgullosa, cada vez que lo escuchaba entre murmullos que rápidamente enmudecían cuando ella pasaba.

Sin embargo, aquella vez le estaba costando bastante más de lo esperado acabar con su esposo.

Sergei Pavlov era un bastardo sádico y retorcido que la había hecho pasar un calvario durante los dos años y medio que llevaba atada a él en matrimonio por órdenes de su maldito padre.

Su propio padre la había entregado a los lobos con unas palabras que jamás podría olvidar.

»Toda oveja que se sale del redil está condenada irremediablemente a sufrir una muerte lenta y dolorosa. Y no merece la compasión de su rebaño. Ni del pastor que antaño velaba por ella. Ese es el castigo por la traición.

Había sido violada, humillada y maltratada de formas inimaginables, que le pondrían los pelos de punta hasta al hombre más valiente.

Y para sobrevivir, tuvo que someterse. Aprendió exactamente qué hacer para evitar que se desencadenara la ira de Sergei y mantenerlo contento; dócil.

Porque si estaba contento la trataba bien –o en el mejor de los casos, la ignoraba– y eso era mejor que recibir palizas y vejaciones.

Había intentado envenenarlo, apuñalarlo y hasta ahogarlo mientras dormía. Pero nada funcionaba; era como si hubiera hecho un pacto con el mismo diablo.

Por eso prefería estar de su lado bueno. Pero aquel día cometió un error. Lo hizo enfurecer y tuvo que pagar las consecuencias que ello conllevaba.

—Voy a sentarme aquí —señaló su butaca de chinz favorita, situada en el centro del dormitorio — a ver cómo mis hombres te follan uno tras otro. Y cuando terminen, si has sido buena, tal vez te tome —le dijo, con una frialdad que le heló la sangre.

No lo creyó capaz.

Siempre había sido muy posesivo con ella, incluso hasta el punto de rayar en lo enfermizo. Pero parecía que aquella vez había decidido hacer una excepción.

Suplicó, pataleó y gritó. Pero no sirvió de nada.

Él tuvo que irse — una llamada de negocios, dijo — y la dejó allí sola, a merced de todos aquellos desalmados que la contemplaban como si ella fuera un pedazo de carne especialmente succulento que se murieran por devorar.

Sospechaba que así era. Esos malnacidos no tenían humanidad, por eso trabajaban bajo las órdenes de Sergei, que cometía verdaderas atrocidades para la organización. Por eso era la mano derecha de su padre. Estaban igual de enfermos.

Eran seis hombres; fortachones y embrutecidos por la lujuria, y ella una sola.

Pero se negaba a pensar en sí misma como una damisela en apuros. No, pelearía hasta la muerte si era necesario, pero no pensaba dejar que la ultrajaran de ese modo, que le quitaran lo que le quedaba de humanidad.

Sin embargo, por más que se resistió con todo lo que tenía, fue inútil.

Dos de ellos la tenían sometida, inmovilizándola por los brazos mientras un tercero se posicionaba a horcajadas sobre ella en la cama. Los otros dos sujetaban sus piernas y el último miraba y se reía.

Annika lo recordaría bien más adelante porque se fijó en él, con las náuseas revolviéndole el estómago, y lo miró con todo el odio que pudo reunir.

—Cuando hayamos terminado contigo, no serás más que un montón de...

Nunca pudo terminar esa frase.

Porque una bala atravesó limpiamente el cristal y le reventó la cabeza, provocando que cayera fulminado sobre la alfombra persa, manchándolo todo de sangre.

Una sombra negra y letal se cernió sobre los demás, que — espantados — se giraron para identificar la amenaza, liberándola.

No pudieron hacer nada por salvar sus vidas.

Al primero, la hoja del hacha le cortó limpiamente la cabeza, esta cayó a los pies de una Annika que se había quedado paralizada.

No de miedo, sino de asombro. Y es que había reconocido al intruso. Y no era otro que él, el hombre al que amaba desde los quince años.

El que la había hecho sentir viva y completa por primera vez en su vida.

Al que no había podido olvidar en todos aquellos años.

Ni siquiera se dio cuenta de la manera en que estaba masacrando a los soldados de Sergei. No lo hizo hasta que se topó con los miembros ensangrentados esparcidos por todas partes y alzó la vista, con una sonrisa extasiada.

La primera que esbozaba en años.

Él la abrazó antes de que pudiera pronunciar una sola palabra y se dejó llevar, conteniendo las lágrimas a duras penas. No podía creer que estuviera allí de verdad.

—Hola, *moya val'kiriya*. Siento haber tardado tanto.

Eso fue lo que le dijo después de todos aquellos años sin verse y Annika no pudo evitar echarse a reír, porque lo amaba con todos los pedazos rotos de su maltrecho corazón y sabía que era correspondida.

Por eso estaba allí.

Había cumplido su promesa.

—Hola, Nik —susurró, con la cabeza enterrada en su fuerte pecho.

Ni siquiera pudo preguntarle cómo se había escapado de aquella prisión, porque él se le adelantó.

—¿Dónde está? —inquirió, con voz letal.

Ella sabía de sobra que se refería a Sergei y lamentó profundamente que hubiera salido, porque habría dado lo que fuera porque hubiera corrido la misma suerte que sus esbirros.

—Ha salido. Y deberíamos irnos.

—No puedo. Tengo que hacerlo pagar por esto — gruñó, con una vena latiéndole en la sien.

Annika lo besó en los labios, para calmarlo.

—Tendrá que ser en otro momento. Debemos irnos antes de que nos descubran. Yo... tengo algo que contarte.

A regañadientes, todavía con la sed de sangre bulléndole en las venas, la cogió de la mano con fiera protección y salieron a la noche nevada de Siberia, emprendiendo una huida hacia la libertad.



Bum. Bum. Bum.

Los frenéticos latidos de su corazón no dejaban de resonar en sus oídos ante el silencio agobiante que se había instalado en el habitáculo del coche robado que conducían.

En medio del *shock* que todavía albergaba su cuerpo cada vez que las imágenes de lo sucedido se le venían a la cabeza para torturarla, Annika se obligó a contar hasta diez para tratar de recuperar la frialdad que había poseído hasta ahora.

Aquella que le habían inculcado incansablemente, para mantener sus emociones enjauladas en una urna de cristal. Como una muñeca de porcelana.

Perfecta por dentro y por fuera.

Insensible a toda emoción.

Sin humanidad.

El simple hecho de recordar todo aquello la abrumó y asqueó sin que pudiera evitarlo.

Nikolai, en cambio, no se reprimía. Su respiración desbocada era lo único que rompía el silencio que se había adueñado de ambos desde que emprendieron la huida. Annika se permitió contemplar, con una rara mezcla de emociones que no supo cómo interpretar, la forma descontrolada en la que su pecho subía y bajaba, cómo sus fosas nasales se ensanchaban cuando resoplaba cual toro enfebrecido, la manera en la que sus brazos hercúleos aferraban el volante como si quisieran arrancarlo de cuajo y la expresión ida que todavía tenía su rostro, escarlata a causa de la ira. Sus pupilas permanecían fijas en el horizonte, como idas, dilatadas en exceso.

Ella quiso tocarlo, hablarle, tratar de transmitirle calma. Conocía los riesgos de hacerlo cuando estaba en ese estado, era como un animal salvaje. Pero no le importaba. Acababa de salvarle la vida. Después de tantos años...había vuelto a por ella.

Dio un respingo ante el aullido de cólera que profirió él de súbito, explotando y deteniendo el coche bruscamente, tanto que ella tuvo que sujetarse para no salir despedida por el parabrisas debido a la temeraria velocidad a la que iba conduciendo, a pesar de las inclemencias

del tiempo. Pero Annika sabía que ir más despacio no era una opción. O corrían el riesgo de que los alcanzaran.

Antes de que pudiera recomponerse, él volvió a rugir y todo su cuerpo se hinchó de ira, provocando que se le marcaran las venas de los brazos y el cuello de la fuerza que estaba ejerciendo para tratar de dominarse. No lo logró. Y a ella no le costó trabajo deducir el derrotero que estaban tomando sus pensamientos, deducir qué era lo que lo tenía así. Estrelló los puños contra el volante con una violencia desmedida, sobrecogedora, mientras maldecía en ruso.

Annika vio, alarmada, cómo la sangre empezaba a cubrir sus manos por completo y al darse cuenta de que estaba demasiado descontrolado como para frenarse, actuó; como desde el asiento del copiloto no disponía de libertad de movimientos y era consciente de ello, se pasó con agilidad al trasero, desde donde no dudó en sujetarlo desde atrás, quedando enganchada al respaldo para rodearle el cuello con los brazos con toda su fuerza. Ejerció presión y tiró hacia atrás buscando que eso bastara para aplacarlo. Pero él seguía estando enloquecido y se resistió de forma salvaje. Annika siempre había sabido que Nikolai tenía una fuerza casi sobrehumana, pero comprobarlo en carne propia era algo muy superior a las meras suposiciones.

Los brazos le dolían debido a lo incómodo de la posición y la presión que hacía sobre él. Aguantó con estoicismo sus violentos embates, al tiempo en que le susurraba palabras tranquilizadoras al oído, para calmarlo. Al final, surtió efecto y él fue volviendo en sí muy lentamente. No lo soltó hasta estar completamente segura de que podía.

Al verse libre, él se pasó las manos por el pelo repetidas veces al tiempo en que respiraba hondo, para terminar de recuperar el control. Annika le dio su espacio para que volviera a la normalidad poco a poco.

—¿Crees que puedes seguir conduciendo? —preguntó, porque realmente no creía que estuviera en condiciones. Seguía muy alterado.

Conteniendo sus propias emociones, se fijó en su aspecto; en las líneas de tensión que se adivinaban bajo sus ojos, el rictus de la boca apretada en una fina línea, los músculos hinchados y el cuerpo rígido bajo unas ropas empapadas de sangre por completo. Incluso su cabello rubio estaba revuelto de forma salvaje.

Él la miró durante unos breves segundos y asintió, sin ningún atisbo de duda en el gesto. Annika no lo tenía tan claro, pero no discutió. Confiaba en él. Y eso era algo que no podía decir de cualquiera. De hecho, solo se había permitido hacerlo con dos personas a lo largo de toda su vida. Y Nikolai era una de ellas. Se lo había jugado todo por ella, eso jamás lo olvidaría.

—¿Nik? —lo llamó entonces. Y odió sonar tan vacilante, tan lejos de la seguridad aplastante que siempre la caracterizaba. Pero él entendía a qué se debía. Los duros ojos de Nikolai se iluminaron con una chispa de calidez ante el diminutivo con el que solía llamarlo cuando eran jóvenes. Aquella era otra época. Una mejor. Ahora tocaba luchar y sobrevivir por salir adelante. —Gracias —le dijo, solamente.

Era una palabra que implicaba muchas cosas, demasiadas. Pero que entre ellos, no hacía falta decir en voz alta. Porque con eso bastaba. Nikolai no contestó. En vez de eso bloqueó el contacto y tras aorillar el coche hacia el arcén y encender las luces para ganar visibilidad con la densa tormenta de nieve que estaba cayendo en la carretera, bajó del coche, impetuoso.

Annika permaneció a la espera, adivinando sus intenciones por lo decidido y seguro de sus pasos. Fue por eso que, apenas la puerta de su asiento se abrió con impaciencia, no esperó a que él llegara hasta ella y se lanzó a su encuentro, impulsiva.

Sus cuerpos colisionaron como si del choque de dos trenes se tratase y en medio de un lío de brazos y piernas, de alguna manera, se las ingeniaron para terminar el uno sobre la otra en el

asiento trasero, devorándose con intensidad.

Ella, estimulada por el calor que despertaban los besos de él por todo su cuerpo, enganchó las piernas a su cintura y aprovechó para sacarse por la cabeza el vestido fino de color marfil que la cubría, pues no había tenido tiempo de cambiarse para coger ropa de abrigo.

En cuanto sus senos bien erguidos y proporcionados quedaron a la vista de Nikolai, este gruñó y se lanzó a ellos, hambriento de su contacto. Annika echó la cabeza hacia atrás con soltura, para darle más libertad de movimientos y disfrutó de las sensaciones únicas y electrizantes que sus mordiscos le proporcionaban, como una onda expansiva de placer y calor que se extendía por todo su cuerpo.

Pero pronto Nikolai quiso más, demasiado encendido como para extenderse demasiado con los juegos preliminares. Sin miramientos, fue bajando hasta la tela diminuta de las braguitas a juego que llevaba ella y, con sus dientes, las deslizó por sus piernas hasta que quedaron olvidadas en el suelo.

Annika no pudo contener los gemidos en cuanto él alcanzó, triunfante, el punto álgido de su cuerpo, lamiéndolo y besándolo con fluidez, llevándola hasta el borde de la locura con unos pocos pero bien dirigidos movimientos, esta vez de sus dedos traviesos.

Una vez satisfecha en ese sentido, ella decidió que también quería estimularlo a él. Se impulsó hacia arriba con los codos para acto seguido, engancharse a su cuello, sin dejar de aferrar sus amplias caderas con sus piernas flexibles, para susurrarle al oído, con malicia.

—Ahora es mi turno.

Eso bastó para que él perdiera la cabeza. La engulló en un beso feroz, excitado en grado sumo y tal fue el ímpetu que puso que sus dientes mordieron el labio inferior de ella, quien lejos de horrorizarse, sonrió con el líquido carmesí goteando de sus labios. A pesar de ello, quiso recordarle quién marcaba el ritmo en aquella ocasión y lo contuvo, poniéndole las manos en el pecho para frenar su entusiasmo. La excitación era más que tangible en su entrepierna, revelando un más que generoso miembro pugnando por ser liberado de su prisión.

La respiración irregular de él impactó contra la suya y se regodeó con lo dilatadas que tenía las pupilas, esta vez debido al deseo irrefrenable que habitaba en su interior. Le rodeó la nuca con los brazos, perdiéndose en esos increíbles ojos azules que enmarcaban un rostro grácil y delicado, de un enloquecedor atractivo. Y esos labios...pedían a gritos que los besara, que los mordiera a su antojo. Y ella...su mirada lujuriosa pedía con urgencia que la penetrara hasta el límite.

Lentamente, sabedora del poder que ejercía sobre él, fue deshaciéndose primero de su cazadora de cuero, que acabó a los pies de ambos. La camiseta cubierta de escarlata por la sangre derramada hacía no mucho no tardó en hacerle compañía, para alivio de Annika.

A Nikolai en cambio no parecía importarle el estado en que había quedado su ropa, estaba más concentrado en otras cosas. Como en su cada vez más turgente erección.

Ella perfiló con parsimonia el torso fuerte y atlético de él, clavando las uñas con una ligera pero firme presión a medida que descendía, sabedora de que lo volvía loco. Los gruñidos de él se hicieron cada vez más frecuentes...más ansiosos. Apretó las nalgas de Annika entre sus manos callosas y grandes, llenas de tatuajes y cicatrices de una dura vida, mientras la besaba en el cuello, provocando que su poblada barba rubicunda le hiciera cosquillas en la piel expuesta.

Al fin, ella se decidió a terminar con su tortura y le quitó los pantalones lentamente, recreándose en las sensaciones que iba experimentando él a medida que se acercaba a su miembro, ya palpitante y listo para entrar en acción.

Ella no se hizo de rogar y lo liberó, admirándose como si lo viera por primera vez de lo

bien dotado que estaba. Antes de que quisiera darse cuenta él ya la tenía a su merced, bajo su peso, y sin más preámbulos, la embestía con rudeza, con frenesí, con deleite.

El coche no tardó en llenarse de vaho por lo desbocado de sus respiraciones, mientras las acometidas se sucedían una y otra vez a un ritmo frenético y los gemidos de una Annika cerca de alcanzar el clímax hacían eco en la quietud de la madrugada.

Se olvidaron del mundo y se entregaron al más primitivo de sus instintos, concentrándose en la liberación y el placer enloquecedor que les proporcionaba el sexo salvaje y sin ataduras.

Y no les importó nada.

Ni nadie.

Ni siquiera el peso de lo que había sucedido y cómo había cambiado sus vidas irremediabilmente, obligándolos a huir muy lejos de su tierra, mas no de su casa. Porque ese lugar nunca había sido su hogar. Para ninguno de los dos.

Ahora les esperaba un futuro incierto, pero lleno de posibilidades en el horizonte. Y no iban a desperdiciarlas. Por nada del mundo.

Ahora eran libres.

1.

16 de Febrero de 2017, Green Lake, Wisconsin, (E.E.U.U).

Los copos de nieve se estrellaban contra las ventanas en una ráfaga extensa, pero armónica, agradable de contemplar. A Alexandra, o Alex, como prefería que la llamaran sus allegados, le encantaba la nieve. Al igual que el frío, la lluvia y en general el invierno. Las cosas cálidas no iban con ella. Se agobiaba cuando las temperaturas ascendían bruscamente en las estaciones estivales y no llevaba bien el sofoco que da el hecho de estar todo el día tomando el sol. A pesar de que no había clases, de que podía ir a la playa y pasar las vacaciones holgazaneando sin hacer nada. Aun con todo y eso, no había punto de comparación con lo agradable que le resultaba tomar un vaso de chocolate caliente, arrebujada en su mantita de pelo en la buhardilla viendo la tele o jugando con su hermano a lo que se les ocurriera para matar el rato.

Jayden, su mellizo, era todo lo contrario. A menudo, para bromear, su madre les tomaba el pelo a los dos diciéndoles que eran como el agua y el aceite. Pero a ellos, lejos de molestarles, les hacía gracia esa comparación. Era cierto. No podían ser más diferentes. Su hermano era “el raro”, como le gustaba llamarlo cuando quería meterse con él un rato.

De repente, se preguntó dónde andaría. Estaba demasiado callado. No se escuchaba ni un solo sonido procedente de su habitación, que estaba puerta con puerta con la suya. Algo estaba tramando. Y ella decidió averiguar qué era. Además, tampoco tenía nada mejor que hacer.

Sin más titubeos, se encaminó hacia su habitación. Para encontrársela, tal y como había supuesto, vacía. No se lo pensó dos veces antes de salir fuera a buscarlo. Sabía que no había salido. Y también que él nunca pisaba la cocina, donde estaría su madre preparando la cena. Así que solo le quedaba el jardín. Cogió su gabardina negra y salió al nevado anochecer, apartándose con impaciencia los copos de nieve que le caían sobre el pelo y llamando a su hermano a gritos.

Pero no halló de él ni rastro. Inquieta, salió hasta los límites de su propiedad, desde donde ya se podía divisar la casa vecina, perteneciente al recientemente fallecido señor Prescott. Pero las luces, tanto del interior de la estancia como las del porche, estaban encendidas, iluminando el horizonte como faros.

—¡Jayden! —llamó, con un mal presentimiento naciendo en la boca de su estómago.

Hacía un par de meses que el pobre anciano había muerto de un infarto fulminante al corazón, sin descendencia. Y, por lo que ella sabía, sin familiares. De hecho, a su funeral solo acudieron sus vecinos y allegados, nadie con quien tuviera parentesco. ¿Era posible que fuese Jayden quien estuviera cotilleando, por alguna razón que solo él sabía, en la casa de su difunto vecino? Por algún motivo, Alex lo dudaba. Volvió a llamarlo, aquella vez imprimiendo más fuerza a su tono para hacerse oír por encima del viento que se había revuelto.

Al no obtener respuesta, empezó a cansarse de estar ahí de pie, congelándose, mientras Jayden podía fácilmente estar en cualquier otro lugar. Incluso podría haber salido a montar en bici por ahí, como solía hacer a veces. Aunque nunca había ido a aquellas horas, ni con ese tiempo. Pero nunca se sabía. Su hermano era impulsivo.

Justo cuando ya se daba la vuelta para volver dentro, pensando que quizá podría glotonear algo con la excusa de ayudar a su madre en la cocina, escuchó un ruido procedente de unos arbustos cercanos que la hizo ponerse en alerta de inmediato.

Las ramas crujían al ser quebradas y movidas por algo o alguien que la chica no podía ver. Por un momento, se planteó la posibilidad de echar a correr y volver a la seguridad de su casa. Al fin y al cabo, ya casi había oscurecido y el contraste de luces y sombras le daba un aspecto sumamente amenazador al ambiente. Sin embargo, ella era Alex Williams. Y no huía de nada ni nadie. No era una cobarde. Así que se obligó a permanecer donde estaba sin flaquear, alentada por su lado más curioso, que siempre le ganaba la partida al más prudente.

Y ya casi se estaba arrepintiendo de su decisión, cuando un ruido de pisadas veloces la sobresaltó tanto que dio un respingo. Una mancha de color salió de entre los árboles a toda velocidad, gritando. La chica lo imitó y casi cayó hacia atrás en su huida. Hasta que, en medio del pánico que la inundaba, reparó en quién se trataba. ¡El imbécil de su hermano había querido darle un susto otra vez! Pero en aquella ocasión se había pasado de la raya. ¡Casi le daba un infarto! Y el muy canalla se estaba desternillando de risa viéndola.

—¿Pero es que eres tonto o qué te pasa?! ¿Cómo sales así de la nada? ¿Quieres que me dé un infarto? —le gritó, todavía con las manos en el pecho por el susto. Por toda respuesta, su hermano rio con más fuerza, complacido. Le encantaba hacerla rabiar siempre que podía.

—¡Vamos, pero si me lo has puesto en bandeja! —exclamó un divertido Jayden, con una expresión maliciosa en el rostro mientras se burlaba de su hermana. —Deberías haber visto tu cara. Parecía que acababas de ver al mismísimo *Freddy Krueger* o algo así —se carcajeó, hasta que Alex, harta de que se metiera con ella, le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Cállate, idiota! —le espetó, molesta por haberse dejado asustar con tanta facilidad. Pero ya se las pagaría. Entre ellos siempre funcionaba así: el uno hacía algo, el otro se la devolvía, y así una vez tras otra, sin importar las veces en las que su madre los castigaba por las travesuras que hacían.

—Qué sensible, solo bromeaba —repuso él al poco, todavía con el esbozo de una sonrisa traviesa asomando a sus labios carnosos.

Su hermana puso los ojos en blanco con fastidio, pero lo dejó estar, más pendiente de las luces en la casa contigua que le habían llamado la atención en un primer momento.

Alex se quedó quieta, observando con atención, a pesar de que no se veía a nadie dentro de la vivienda. Pero lo que era evidente era que esas luces no podían haberse encendido por arte de magia. Por tanto, tenía que haber alguien allí. Y ahora que Jayden había aparecido, supo que podía descartarlo por completo del asunto. Pero podía ayudarlo a averiguar de quién o quiénes se trataba. Sabía que era demasiado curioso como para rehusarse.

—Eh, Jay, tú que estabas aquí antes...haciendo vete a saber qué que no me interesa, ¿no has visto nada extraño en la casa del viejo Prescott? —le preguntó, yendo directamente al grano y señalando con un gesto de la cabeza la cabaña. Su hermano levantó la cabeza con interés y clavó la vista donde ella estaba señalando, reparando en el singular detalle. Su rostro despierto se avivó con entusiasmo y negó con la cabeza.

—Nop, la verdad es que no. Cuando he pasado por aquí antes no había ningún signo de que estuviera habitada. Todo estaba a oscuras...—se llevó la mano derecha al mentón en un gesto pensativo, mientras una curiosa Alex se acercaba un poco más a ver si avistaba algo del interior. —La habrá comprado alguien. Pero lo raro es que no nos hayamos enterado. Aquí no viene casi nadie de fuera —reflexionó. Y su hermana se mostró de acuerdo con él.

—Ya sabemos qué vamos a hacer esta noche para no aburrirnos —dijo, completamente en serio. Jayden al principio resopló con pereza, pero después, tras pensárselo mejor, accedió. Hacía tiempo que no tenían la oportunidad de indagar en nada interesante, ya tenían muy vistos a todos sus vecinos y sus vidas eran de lo más anodinas.

De repente, todas las luces se apagaron de súbito, como si la persona o personas que habitaban ahora aquella casa hubieran adivinado sus intenciones.

Alexandra se agarró al brazo de su hermano, emocionada.

—¿Coincidencia? —Se preguntó en voz alta, para acabar respondiendo ella misma a la pregunta. — No lo creo. Deben de habernos visto.

—O quizá solo tengan ganas de irse a la cama —apuntó Jayden, tratando de aportar algo de lógica. Aunque algo le decía que no se trataba de eso. Eran tan solo las nueve de la noche. Pero bien podían ser una pareja de ancianitos adorables. ¿Quién sabía?

Alex resopló, para mostrarle su desencanto. Así que añadió:

—Vale, ¿quieres salir de dudas? Lo mejor es que se lo comentemos casualmente a mamá y papá durante la cena —sugirió, con los ojos brillantes. —Apuesto a que, si no saben nada del asunto, mamá propondrá que vayamos a darles la bienvenida y nos presentemos como es debido. Ya sabes, rollo de buenos vecinos y eso —apuntó, con seguridad. A ella le pareció una gran idea y se mostró conforme enseguida.

—De acuerdo, creo que podría ser interesante.

—Ya, pero te cabrea que se me haya ocurrido a mí —apostilló, con una sonrisa deslumbrante dedicada exclusivamente a fastidiarla. Y funcionó, porque Alex cogió un puñado de nieve que lanzó directamente hacia su cabeza. Pero él la esquivó con facilidad y se rio todavía con más ganas, haciéndola rabiar. Entonces se la devolvió. Ella se agachó en el último momento.

Sin embargo, no pudo evitar que unos cuantos copos se quedaran adheridos a su pelo, haciéndola parecer la mujer de las nieves. Gritó y corrió detrás de él por el camino de tierra. Pero Jayden la detuvo, repentinamente serio. Eso llamó la atención de la joven, que se olvidó de sus ansias de revancha y siguió la dirección de la mirada de su hermano. Hasta que vio lo que lo había hecho parar de golpe. O mejor dicho, quién. Al reparar en la visión que tenía frente a ella, abrió la boca de par en par sin poder evitarlo.

En el balcón, ahora iluminado, se encontraba el hombre más imponente y aterrador que habían visto en toda su vida. Desnudo de cintura para arriba - a pesar de que aquella noche las temperaturas siquiera llegaban a los tres grados sobre cero -, mostrando un torso repleto hasta el último centímetro por una serie de intrincados tatuajes, cuyas formas retorcidas les impedían distinguir lo que eran desde la distancia.

Su pelo rubio peinado en una cresta estaba despeinado y revuelto de forma salvaje, a juego con su poblada y descuidada barba, que recordaba a la de un fiero vikingo. Su físico era impresionante; debía de medir al menos un metro noventa. Pero lo que más llamó la atención de la chica fueron esos penetrantes ojos azul acuoso que se clavaban en ambos con una fijeza inquietante. Desde la distancia, daba la impresión de que ni siquiera parpadeaba.

El hombre se limitó a quedarse ahí, observándolos con una expresión indescifrable en el rostro. Sus abultados brazos estaban cruzados sobre su pecho, resaltando unos músculos prominentes y extraordinariamente trabajados. Alex tragó saliva, sin saber por qué habría salido ese desconcertante extraño al exterior de repente.

¿Le habrían molestado sus gritos mientras se perseguían por la nieve enfrente de su propiedad? Era lo más probable.

—Vámonos —la voz de Jayden la sobresaltó. Había estado tan enfrascada mirando al hombre que se había olvidado de lo maleducada que debía parecer ahí abajo, espiando con total descaro lo que hacía. Pero es que no podía dejar de preguntarse quién era. Estaba claro que era extranjero.

¿Acabaría de mudarse? ¿Habría venido solo? Alex lo dudaba. Seguro que estaba casado.

O tenía novia. Era demasiado guapo. Pero su belleza era agresiva, hipnótica...atrapante. Estaba fascinada por la curiosidad que le despertaba, aun sin saber por qué razón.

Sin embargo, se dejó conducir de regreso a su casa. Pero se hizo la promesa de descubrir quién era ese hombre. Y algo en su interior le decía que no iba a pasar mucho tiempo antes de que lo averiguara.

—Qué tipo más raro. ¿Has visto que no llevaba camiseta, con el tiempo que hace? Debe estar loco —sentenció un Jayden a quien, sin saber por qué, no le había gustado un pelo ese desconocido. Ya no solo por lo extravagante de su apariencia, sino por la forma en la que los había mirado. Parecía un halcón acechando a su presa. Se volvió hacia su hermana esperando una respuesta, pero ella parecía ensimismada. Resopló con molestia y le tiró del brazo. — ¿Has escuchado algo de lo que te estoy diciendo?

—Que sí, pesado —mintió Alex, sin querer delatarse ante su hermano, aunque estaba segura de que ya la había calado. Se conocían como a la palma de su mano. Siempre adivinaban cuándo el otro mentía o estaba mal.

—Ya...—Jayden le hizo saber que no se lo había tragado.

—Creo que esconde algo —dijo, de súbito. Jayden frunció el ceño, dándole vueltas a la actitud del tipo. Tenía lógica. Parecía que le había molestado que ellos merodearan por allí. Y eso nunca podía ser buena señal.

—Por esta vez tengo que darte la razón. Es muy extraño —admitió. Ella sonrió, complacida por haber obtenido la aprobación de su mellizo. Jayden era quien generalmente solía acertar en todo antes que ella.

—Pues yo voy a descubrir lo que oculta —aseguró, con convicción. Jayden se quedó callado, pensativo. Al final, curvó los labios hacia arriba y dijo:

—No si lo hago yo antes.

Alex aceptó el desafío con una sonrisa arrogante y asintió.

—Que gane el mejor, hermanito.

Y así, con ese pacto, sellaron su nuevo desafío.

Sin saber que en aquella ocasión, a diferencia de las anteriores, no era un juego más.

Todo lo contrario. Era el principio de algo que cambiaría sus vidas para siempre.

Solo que, por aquel entonces, no tenían ni idea de hasta qué punto.

2.

La noche en que sus padres fueron asesinados llovía copiosamente.

Nikolai había bloqueado la mayoría de los recuerdos de su infancia.

Pero no aquella noche.

Aquella noche nunca se iba de su mente.

Como tampoco lo que sucedió después.

Recordaba haberse despertado de madrugada a causa de los relámpagos que lo tenían sumido en un sueño inquieto, intranquilo.

Lev era tan solo un niño de cinco años y estaba plácidamente dormido, ajeno a la tragedia que se avecinaba y que marcaría sus vidas para siempre.

Su intención fue tomar un poco de leche con miel a ver si le ayudaba a relajarse y después volver a la cama antes de que lo descubrieran.

A sus ocho años, Nikolai odiaba admitir que algo lo asustaba. Quería ser tan fuerte y tan valiente como su padre, que había luchado por su país con honor.

Y estaba convencido de que cuando fuera más mayor lo lograría.

Un nuevo trueno volvió a rasgar en dos la noche y el niño se dio prisa en cumplir con su tarea para poder volver a cobijarse pronto bajo la seguridad de sus sábanas.

Sin embargo, un ruido muy distinto al de la tormenta torrencial que estaba cayendo ahí fuera lo hizo ponerse en alerta.

Juraría que había oído voces, en su jardín.

Al principio, el niño lo atribuyó al cansancio y siguió a la suyo. Pero pronto, esas voces se hicieron más acuciantes y pudo vislumbrar el reflejo de una silueta toda vestida de negro contra el tragaluz de la ventana.

Nikolai se tapó la boca para no emitir ningún sonido que pudiera alertarlos y muy despacio depositó el vaso sobre la encimera.

Tenía que avisar a sus padres de lo que estaba pasando y debía ser muy rápido y silencioso.

Puede que fuera muy joven, pero no era estúpido y su padre los había prevenido a él y a su hermano lo suficiente bien como para que supiera reconocer con claridad un asalto.

Supo entonces que de su eficacia iba a depender que pudieran vivir para contarlo.

Se agachó y atravesó la cocina a gatas, para que no lo vieran durante su inspección minuciosa. Querían asegurarse de que no hubiera nadie despierto para forzar la cerradura de la entrada trasera.

Justo cuando ya estaba deslizándose hacia el pasillo y su cuerpo dejaba atrás el umbral, el haz de una linterna lo enfocó, sentenciando así su suerte.

—¡Eh! El niño está aquí —gritó uno de los asaltantes.

Nikolai comprendió que tenía que correr por su vida y así lo hizo.

Una bala impactó en la pared de la esquina que acababa de atravesar y el disparo resonó como un eco ensordecedor que contribuyó a sus propósitos; alertar a sus padres de lo que estaba pasando.

Sus pies apenas tocaban el suelo debido a la velocidad a la que corría y tras él los pasos de sus verdugos resonaban cada vez más cerca. Tanto que pudo esquivar otra ráfaga de disparos por los pelos.

A aquellas alturas, ya se escuchaban los gritos de sus padres desde el piso de arriba. No dejaban de llamarlo a él y a su hermano, angustiados.

De un momento a otro, el silencio se había convertido en caos y en una cacofonía de gritos y disparos que cortaban el aire.

Nikolai trató de pensar rápido y fue a encerrarse en su cuarto con su hermano, como tantas veces le había recordado su padre que debía hacer ante ese tipo de situaciones.

Subió los escalones de dos en dos y a duras penas hubo atravesado el umbral cuando supo que algo no estaba bien por los gritos de su hermano.

Lev nunca, pero nunca, gritaba.

Apenas lloraba cuando era un bebé y era demasiado callado y retraído para su edad.

—Nik, cuidado —le advirtió, con los ojos rebosantes de pánico. Y él, en un acto reflejo, se agachó.

Justo al mismo tiempo en que una figura femenina dolorosamente familiar se interponía en la trayectoria de la bala y recibía el impacto en el pecho.

—¡Mamá! —chilló Nikolai, horrorizado, mientras corría hacia ella para intentar ayudarla.

—Anastasia.

Era su padre, que acababa de salir de la habitación armado con varios subfusiles del ejército tras haber logrado abatir a uno de los asaltantes.

Nikolai no tenía ni idea de cuántos eran, pero parecía que muchos más de los que había visto.

Pero el niño no podía desviar la vista del cuerpo inerte y ensangrentado de su madre, que acababa de recibir un disparo por protegerlo a él.

—Corred...Gregori, pon a salvo a los niños...—atinó a decir, sosteniendo la mano de su hijo por última vez. Lev lloraba y quiso ir con su madre, pero con el corazón roto por la pérdida inminente de su esposa, Gregori lo retuvo y consiguió que se ocultara tras su espalda para protegerlo.

Le descerrajó un tiro a bocajarro en el pecho a otro de los hombres que acababa de acudir y tragó saliva al ver a sus hijos intentando a duras penas mantenerse fuertes pese a estar destrozados después de haber visto a su madre ser cruelmente asesinada frente a sus ojos.

—Nikolai, hijo, ven...—empezó a decir, mientras él negaba con la cabeza. Su cuerpo convulsionaba de rabia.

Quería pelear y matar a esos hombres que habían acabado con la vida de su madre.

Pero el cañón de una pistola apuntando a su sien terminó por matar las escasas esperanzas que pudiera haber albergado de salir de allí con vida.

—Suelta el arma, Gregori, o me cargo a tu hijito —demandó una voz ronca y burlona que provocó que, pese a la situación en la que se encontraba, a Nikolai le hirviera la sangre.

No eran más que unos malditos cobardes que tenían que amenazar a niños para poder llevar a cabo su cometido porque no les daban los huevos para enfrentarse a sus padres en igualdad de condiciones.

—No, dejad a mis hijos fuera de esto. Vuestro problema es conmigo. Os envía Kozlov, ¿no es así?

La voz de su padre también estaba henchida de odio y deseos de venganza y Nikolai se prometió que los harían pagar por el sufrimiento que les estaban causando.

—Así es, nos ha pedido que te demos un mensaje...—empezó a decir otro de ellos. Todos llevaban pasamontañas y guantes.

Lo que significaba que eran sicarios contratados por ese tal Kozlov, del que Nikolai nunca había oído hablar, pero al que su padre parecía conocer bien.

—Dejadlos marchar, por favor, ellos son inocentes...

Ver a su padre, que siempre había sido tan orgulloso e inquebrantable, suplicarles por ellos hizo mella en Nikolai de un modo que por aquel entonces ni siquiera era capaz de vislumbrar.

Pero aquellos hombres habían sido entrenados para ser implacables. La Bratva no tenía piedad.

—Quiere que saludes al diablo de su parte —otro de los esbirros terminó la frase y lo siguiente que sucedió fue algo que Nikolai reviviría muchas veces en sus pesadillas.

Su padre empujando a un lado a un Lev sollozante y enrojecido para apartarlo de la línea de fuego y disparando en la cabeza al que había hablado...poco antes de que una bala le acertara directamente en el pecho y se desplomara de rodillas. Y a esa le siguieron otras cuatro más, a bocajarro.

Murió al instante, pero lo hizo con honor. Algo que aquellos canallas ni siquiera conocían.

Nikolai chilló hasta que le ardieron los pulmones y se hizo con un arma que había caído al suelo. Consiguió dispararles a varios, provocándoles heridas superficiales.

Pero al final tanto él como su hermano fueron sometidos y allí, sobre los cadáveres todavía calientes de sus padres, los obligaron a jurarle lealtad al Pakhan de la Bratva si no querían correr con la misma suerte.

Y ellos así lo hicieron.

Porque no importaba cuánto tuvieran que esperar; tarde o temprano se cobrarían su venganza.

Ojo por ojo y diente por diente.



Nikolai se quedó inmóvil, mirando a los hermanos desde el balcón con ojos de águila, siguiendo cada uno de sus movimientos. Sus pensamientos eran una intrincada madeja que ni él mismo era capaz de desentrañar. Solo tenía clara una cosa: iban a pasar desapercibidos en aquel pueblo apartado de la civilización, a toda costa. Y eso implicaba que no debían levantar sospechas de ningún tipo, ni atraer la atención. O estaban perdidos.

Iba a ser difícil. Pero habían llegado demasiado lejos. Rendirse no era una opción. Nunca lo había sido para ellos.

De repente, una mano fría se posó sobre su hombro, para acabar mostrándole a una Annika en camisón negro de noche colocándose a su lado en el balcón. Él la estudió sin disimulo, tentado por la forma sugerente en que el ligero vestido de dormir marcaba sus ya pronunciadas curvas. Al parecer, él no era el único que seguía sin acostumbrarse a la temperatura de ese lugar. Había observado lo abrigados que iban todos sus habitantes, sabía que para ellos, esa era la definición de invierno, de frío. Para ellos, en cambio, acostumbrados al clima de su país, donde pasar de los veinte grados bajo cero en esas fechas era un milagro, aquello era buen tiempo.

—¿Tampoco puedes dormir? — le preguntó, con los rosados labios entreabiertos por la expectación, mientras sus largas uñas se paseaban a su antojo por su torso desnudo, acariciando los tatuajes y las cicatrices que sabía que se ocultaban bajo las capas de tinta. Eso bastó para tensarle los músculos y hacer que toda la sangre se concentrara en un lugar muy específico de su

cuerpo, mientras cerraba los ojos, dejando que ella siguiera su camino con total libertad de movimientos. — ¿Qué te tiene tan pensativo? ¿Acaso te preocupan los Williams? — quiso saber ella entonces, adivinando las preocupaciones que habían estado flotando por su mente hacía tan solo unos pocos segundos.

Hasta que ella irrumpió en la quietud de la noche como una reina de hielo, esos ojos helados y azules como el océano clavándose en sus pupilas duras...leyendo sus pensamientos. No sabía si aquello le molestaba o lo aliviaba. Porque si algo no soportaba, era tener que explicar las cosas obvias, las que a sus emociones se referían. Era hombre de pocas palabras y de temperamento inflamable.

Él soltó un bajo gruñido en cuanto las hábiles y juguetonas manos de ella se posaron en su cinturón, desabrochándose con soltura y conduciéndolo hacia el interior de la casa, donde crepitaba el fuego que él mismo había encendido hacía ya unas cuantas horas. Nikolai se dejó hacer, mientras asentía por toda respuesta. Con ella sentada sobre sus piernas y besando su cuello por todas partes, resopló por el descontrol que su toque le proporcionaba a todo su cuerpo. Era extraño...nunca se cansaba de tenerla, de follarla una y otra vez, de mil maneras diferentes. Eso lo confundía. Le gustaba. Pero al mismo tiempo... ¿lo asustaba?

Sí, eso era. Porque creyó que se volvería loco cuando pensó que la había perdido para siempre y no quería que volviera a suceder. O definitivamente perdería el control.

—No me gusta la forma en la que merodean — se explicó, al cabo de unos minutos de tenso silencio. — ¿Crees que darán problemas? — inquirió, hinchando los músculos ante la sola idea. Los habían analizado en las sombras durante un tiempo prudente, antes de decidir que no había peligro. Pero nunca se podía estar cien por cien seguro. Por eso Nikolai recelaba. De todo y de todos. Era algo a lo que estaba habituado.

—Tranquilo —lo calmó ella, adivinando su estado de ánimo debido a la oscuridad que habían adoptado sus pupilas. Después se aferró a su cuello y le pasó las manos por los duros músculos de la clavícula, hasta llegar al estómago, donde depositó una rastra de besos ardientes. Él echó la cabeza hacia atrás y siseó, más relajado, pero todavía con la mente dando vueltas a todos los posibles obstáculos que podrían presentarse en su plan. Annika tomó su rostro entre las manos para obligarlo a mirarla. — Nada pasará, si somos cuidadosos y actuamos en consecuencia. Debemos parecer normales, una pareja de recién casados que se ha mudado al pueblo de su familiar fallecido. Saldrá a pedir de boca. Pero tienes que prometerme que controlarás tus impulsos—le advirtió, severa. Él apretó la mandíbula. Al cabo de un rato, asintió. No había de otra.

—Ven aquí —gruñó, por toda respuesta, antes de engullir los labios de una sorprendida pero complacida Annika con toda la ferocidad de su ser.

Pronto estuvieron unidos en un mar de brazos y piernas; cuerpo con cuerpo, respiración con respiración y lengua con lengua.

El suelo helado no fue un obstáculo. Tenían el calor del crepitante fuego que ardía en la chimenea casi con la misma intensidad con la que lo hacía su deseo.

Pero ni siquiera ese era rival para ellos. El insomnio les proporcionó la excusa perfecta para poseerse y devorarse una vez más, disfrutando de la sensación como si fuera la primera vez. Había sido demasiado tiempo... demasiados años robados.

Pero eso había cambiado.

Ahora eran libres.

3.

La primera vez que Nikolai puso un pie en la mansión Kozlov tenía dieciocho años.

Llevaba desde los nueve entrenando para convertirse en uno de los kryshas del Pakhan. Y por fin, después de tantos años de duro trabajo para probar su valía, había pasado la prueba de fuego.

Ya estaba dentro.

—Espera aquí hasta que el Pakhan venga a recibirte —le indicó Vladmir, uno de los soldados de más alto rango de la organización, contemplándolo con evidente aire de superioridad.

A Nikolai no le gustaba aquel tipo. Era uno de los instructores en la jaula – como llamaban al centro de entrenamiento en el que vivían todos los niños que recogían de la calle para servir al Pakhan – y era cruel y brutal, siempre se deleitaba haciendo sangrar a los más débiles.

A él le tenía especial inquina, porque nunca había podido doblegarlo.

Asintió, con gesto apático.

Mientras esperaba, se dedicó a curiosear un poco los alrededores.

Tenía que admitir que la mansión era impresionante, con estatuas y columnas ostentosas y un jardín perfectamente cuidado...en cuyo césped se hallaba sentada una chica joven – Nikolai supo pronto que acababa de cumplir quince años – que se entretenía observando a una mariposa que volaba cerca de ella.

Sus ojos la observaban fascinada y no pudo evitar que una chispa de interés por ella despertara en su interior.

Esa chica era feliz con las cosas más simples y admiró su inocencia.

—¡Annika! Te he dicho que entres en casa, la institutriz te está buscando para empezar la lección.

El Pakhan acababa de salir al porche y al contemplar a su hija perdiendo el tiempo, la reprendió con dureza.

Nikolai endureció el gesto.

Aquel bastardo era el responsable del asesinato de sus padres y ahora que por fin había conseguido tener acceso hasta él, lo haría pagar caro por ello.

Pero tenía que ir con calma, se recordó, planearlo a conciencia y ganarse su confianza. Hasta que llegara su momento.

Solo esperaba poder manejar a Lev, pues su hermano era demasiado impredecible.

—Señor, él es Nikolai, la nueva incorporación que solicitó —intervino Vladimir, con ese tono lisonjero que tan enfermo lo ponía.

Mijaíl Kozlov le dedicó una mirada escrutadora, evaluándolo. Permaneció inmutable. Podía escarbar cuanto quisiera, jamás podría llegar hasta su corazón.

No tenía.

Se lo arrancó del pecho la misma noche en que los cadáveres de sus padres yacieron a sus pies.

Desde entonces, solo vivía para su venganza.

En aquel instante, la chica –Annika, había dicho. Un nombre precioso– acudió al

llamado de su padre y se detuvo a unos pasos, mirándolo con manifiesta curiosidad.

Se fijó en que tenía las manos y el vestido parcialmente manchados de tierra y unos mechones escapaban de sus trenzas castañas debido al ejercicio. Tenía una piel tersa y perfecta y los ojos más increíbles que él hubiera visto jamás.

—Annika —el tono de su padre estaba cargado de desaprobación y cierto desprecio al que la chica no pareció dar demasiada importancia. Le dio la impresión de que estaba acostumbrada —, él es Nikolai Blasov —los presentó y a continuación se dirigió a él para darle las instrucciones. —Desde hoy te harás cargo de la seguridad de mi hija, serás su sombra y cuidarás de ella con tu vida. ¿Queda claro?

—Sí, mi Pakhan. Me encargaré de mantener a la señorita a salvo —aseguró y no le pasó por alto cómo un brillo de emoción se abrió paso en los ojos de la chica ante aquella nueva perspectiva.

Sin saberlo, Annika Kozlova acababa de proporcionarle la herramienta perfecta para acabar con su padre.

Ella sería su instrumento, la usaría para dar jaque mate al rey.

Y reclamaría su venganza.

Claro estaba que no contaba con enamorarse de ella.



Un golpe seco. El crujir de la madera al partirse con el certero movimiento de la hoja afilada, cercenando la capa superior del tronco con suma facilidad.

Nikolai se enjugó el sudor de la frente al tiempo en que bajaba el hacha que había estado sosteniendo con fuerza. Sus prominentes músculos estaban en tensión bajo una fina camiseta de manga larga que apenas ocultaba la forma en la que estos se marcaban en su tonificado abdomen y sus brazos trabajados.

Llevaba casi una hora cortando leña para poder tener reservas frente al invierno que todavía no tocaba a su fin. Y para poder encender un buen fuego. Adoraba sentarse frente a la chimenea en silencio y contemplar las llamas, a merced de ese habitáculo de piedra rematado por un cristal que las aprisionaba y les impedía escapar de su encierro perpetuo. Su destino era morir enjauladas. Por alguna razón, esa visión lo hacía sonreír. Era tan tétrico como hermoso.

A Nikolai aquella visión le recordaba su propio y tormentoso pasado. Entonces ya no sonreía. Ya no se deleitaba contemplando el resplandor anaranjado de las llamas que danzaban aquí y allá en perfecta sincronía.

En vez de eso, su mirada se oscurecía hasta adquirir tintes demenciales y cerraba los puños a los costados, luchando por mantener a raya sus demonios internos, que pugnaban porque los liberase para así desatar el caos que reinaba en su mente y en su corazón.

Con suerte, lograba dominarse a base de fuerza de voluntad e inhalaciones profundas. Pero no siempre. Otras veces estallaba como un resorte y la emprendía a golpes con todo lo que se le ponía por delante. Hasta que se destrozaba las manos. Hasta que no quedaba nada en pie con lo que poder desfogarse. O hasta que Annika lo calmaba.

Annika.

Tenía pensamientos contradictorios cuando se trataba de ella.

Por un lado, odiaba saber que a veces tenía poder sobre él, cuando lo excitaba hasta provocar que su entrepierna se endureciera como una roca y quisiera follarla hasta hacerla gritar de placer, hasta que los dos llegaran al límite de sus fuerzas y terminaran de perder la poca cordura que les quedaba. Su parte más insensible le reprochaba que una mujer, por muy increíble

que fuera, pudiera controlarlo. Su espíritu era salvaje e indómito y no soportaba tener que acatar órdenes de nadie, o dejarse manipular de esa forma. Aunque la experiencia valiera la pena con creces.

Y por el otro, irónicamente, era ese descontrol sexual que ella, sabedora de sus armas, provocaba en todo su sistema, lo que hacía que él la deseara cada vez más. Pero no era solo por su cuerpo.

Había demasiada historia detrás.

Era una mujer valiente y luchadora. Admiraba su capacidad de reponerse de los golpes que la vida le había dado desde joven. Eso era algo que ambos tenían en común, otro lazo que los unía, en cierta manera.

Nikolai no sabía si lo que sentía por ella era amor. Jamás en toda su vida lo había experimentado, porque su corazón estaba muerto hacía tiempo. Junto con todo lo que había dejado atrás. O eso quería pensar. Porque el pasado siempre volvía a buscarlo, en cierta manera.

Unas veces lo hacía en forma de pesadillas que terminaban con él gritando hasta destrozarse las cuerdas vocales, su cuerpo ardiendo en llamas como si de verdad se estuviera quemando también aquel día, aquel maldito día que quedaba ya tan lejos en el tiempo. Otras lo torturaban los recuerdos. Y la impotencia corrosiva. La desesperación por no poder olvidar. La ira salvaje y volcánica que le hacía querer salir corriendo y no detenerse hasta encontrar a todos aquellos hijos de puta y tener sus cabezas en sus manos, cercenadas con esa misma hacha que poseía desde que era un adolescente, como su trofeo más preciado.

Resoplando, trató de recuperar el dominio de sus propios pensamientos traicioneros y se tomó unos minutos de tregua para volver a la normalidad. Se sentó sobre el tocón que acababa de partir en dos y dejó que su confusa mente se repusiera de la neblina en la que vagaba.

No sin esfuerzo, lo logró. Pero la rabia seguía demasiado latente en su interior como para seguir cortando leña, así que, con un suspiro resignado, dejó el hacha apoyada sobre el tronco donde había estado sentado hacía pocos minutos y empezó a apilar la leña para dejarla en el cobertizo. Más adelante saldría a por un puñado si la nieve arreciaba y encendería un buen fuego. Seguro que a Annika se le antojaría preparar chocolate caliente. Ya lo había convertido en una costumbre en el tiempo que llevaban en la cabaña.

Terminó de entrar los últimos montones en silencio y echó la llave, satisfecho. Entonces, una vez terminado el trabajo, se encendió un cigarrillo y se entretuvo unos minutos oteando el paisaje nevado. Desde su posición disponía de una vista panorámica de la casa de sus vecinos; los Williams. Debían de estar ya durmiendo, porque no había una sola luz encendida en toda la vivienda. Y dado que los dos coches seguían aparcados fuera, podía descartar el hecho de que hubieran salido. Nikolai frunció el ceño, receloso. Se le hacía raro que no estuvieran por ahí espiándolos, porque en los tres días que llevaban allí – en realidad eran más, pero no se habían dejado ver – no hicieron otra cosa más que rondar por allí o espiarlos desde la ventana.

No obstante, agradeció tener un respiro de su escrutinio.

Cuando acabó de fumar, decidió que le apetecía una cerveza. Había trabajado durante un buen rato y estaba sediento. Por lo que, sin más, recogió su hacha de donde la había dejado y se encaminó hacia el interior. Los pasos firmes y seguros de sus botas de cuero resonaban en el camino empedrado del porche, mientras fuera solo se oía el cantar de los pájaros trasnochadores y el ruido de las ramas de los árboles al ser quebradas por algún animal en el bosque.

A Nikolai no le asustaba el bosque oscuro, ni los animales que de noche abandonaban sus guaridas en busca de alimento. En todo caso, eran ellos los que debían temerle a él.

Era un depredador mucho más peligroso.

4.

Esa noche Alex fue incapaz de pegar ojo. Por alguna razón que desconocía, no había sido capaz de quitarse de la cabeza aquel inquietante encuentro que tuvieron con ese desconocido hacía ya casi cuatro días. Y eso la fastidiaba al tiempo en que la atraía. Desde pequeña siempre había tenido un don para ser capaz de distinguir las verdades de las mentiras que le decían las personas.

No era la típica a la que sus padres podían conformar con una mentira piadosa.

No era la típica que creía todo lo que le decían con esa inocencia infantil tan característica de los niños.

Jayden tampoco lo era.

Pero la diferencia entre su hermano y ella era que Alex procuraba disimular esa curiosa habilidad que poseía.

Jayden no. Jayden se regodeaba de ello.

Antes solía emplear las rabietas para llamar la atención. Para asegurarse de que sus padres estuvieran más pendientes de él que de su hermana. Lo que él no sabía era que eso a ella, lejos de molestarle, le gustaba. Porque así podía pasar desapercibida.

Con el tiempo había aprendido que eso era mejor. Porque si eres lo que todos esperan que seas, bajarán la guardia contigo. Te darán vía libre para hacer lo que desees, inconscientemente, claro está. Pero eso era algo que Alex había descubierto hacía un tiempo. Y había hecho buen uso de ello aprendiendo a leer a las personas.

Para Jayden y ella, casi todo era un juego, una prueba para ver quién era el más inteligente. Pero Alex sabía que tampoco podía abusar de ello, así que procuraba llevar la competición con su hermano en la mayor discreción posible. Sabía que si sus padres se enteraban no les iba a hacer ninguna gracia y se encargarían de vigilarlos de cerca. Y eso no podía pasar. Porque ellos amaban indagar en las vidas ajenas, pero no querían que hicieran lo mismo con las suyas, ni siquiera si se trataba de sus propios padres. Eso arruinaría la diversión.

Así que mientras averiguaran todo acerca de los nuevos vecinos, debían ser cuidadosos. No llamar la atención era esencial. Una de las reglas de oro que jamás debían romper, por nada del mundo. Así como tampoco dejar que los descubrieran.

El ruido de la alarma resonando por la habitación le recordó que debía ponerse en marcha para empezar un nuevo día.

Alex se levantó con pereza, dándole al botón de apagar y respirando aliviada en cuanto el estruendo cesó.

Bajó de la cama de un enérgico brinco y abrió su armario en busca del uniforme oficial del instituto privado al que asistía. Falda de color rojo burdeos con un bordado de rosas negras rodeando la cinturilla. Polo blanco con el sello del instituto y chaqueta a juego para el invierno.

Ella lo sacó de la percha y se vistió con prisa, calzándose las medias y subiéndoselas hasta las rodillas para acabar por ponerse después sus mocasines negros y rematando el conjunto con una trenza baja y desenfadada, dándole una apariencia casual.

Sonrió, de pie frente al espejo y se contempló de cuerpo entero con satisfacción. Estaba contenta con su aspecto. Siempre había sabido que era guapa. Sabía lo que tenía y lo aprovechaba.

Tarareando por lo bajo, se dirigió hacia su tocador y se hizo con su pintalabios favorito, de color rojo sangre. Acto seguido, se lo guardó en la mochila. Pensaba aplicárselo antes de entrar en clase, como hacía todos los días. Después iría al lavabo y se lo quitaría con las toallitas que llevaba también guardadas en un estuche, así su padre no la vería cuando acudiera a recogerlos a ella y Jayden a mediodía. Por suerte, él no se chivaba. No le convenía. No si no quería que ella se fuera de la lengua también con otras cosas...

Otra de las cosas que favorecían la convivencia entre ambos, era esa regla tácitamente establecida entre los dos. Ninguno se metía en los asuntos del otro. Trabajaban en equipo cuando era necesario y cuando no cada uno iba por su lado, ocupándose de sus propios problemas.

Satisfecha con su look para empezar la semana, se aplicó una generosa cantidad de perfume *Channel* que le había traído su padre desde París en su último viaje de negocios y salió cerrando la puerta de su habitación tras de sí para llamar a Jayden a ver si estaba listo. Le gustaba que bajaran juntos a desayunar. Pero ella siempre se arreglaba primero, ya que su hermano era tremendamente perezoso por las mañanas y no le gustaba nada madrugar, al contrario que a ella. Por eso siempre se levantaba de mal genio.

Así que tenía que pasar un buen rato aburrida esperándolo. Pero prefería eso a estar sentada en la mesa con sus padres y fingir que no pasaba nada cuando todos sabían que su matrimonio estaba pasando por una crisis. Otra más.

Solo Giselle se negaba a aceptarlo, aunque llorara todas las noches en las que Steve no iba a dormir a casa con la excusa de que tenía que quedarse trabajando en la oficina. Creía que Jayden y ella no se daban cuenta, pero nada más lejos de la realidad.

Era imposible no notar las miradas ansiosas y subidas de tono que su padre les dirigía a todas las jovencitas con las que se cruzaba en el instituto, en un restaurante cuando salían a cenar, en el parque o hasta en el supermercado. Pero ahí estaba Giselle al pie del cañón, tragándose todo lo que sentía y fingiendo delante de todo el mundo que los Williams eran la familia perfecta. A Alex la enfermaba y al mismo tiempo admiraba la actitud de su madre. La fortaleza que demostraba cada día para dejar de lado sus propios problemas y salir a la calle con una sonrisa resplandeciente a socializar con los vecinos como si todo marchara sobre ruedas. Había aprendido de ella el arte de disimular, de fingir, de esconder sus problemas.

Pero secretamente deseaba que un día su madre se hartara de todo eso y decidiera darle una patada en el culo a su padre. Su temperamento le impedía quedarse tan tranquila mientras veía cómo él coqueteaba con cuanta mujer se le ponía enfrente casi sin el menor pudor. Apenas se escondía. No le importaba nada. No tenía vergüenza.

Alex supo así que había que tener valor para echar a alguien de tu vida cuando te traiciona, pero más aún para aguantar sin explotar y decirle todas las verdades en su cara cuando tienes la certeza de lo que está sucediendo frente a tus propias narices. Y no sabía por cuál de las dos opciones se habría decantado ella, a pesar del carácter fuerte que escondía en su interior. Eso era lo que realmente la asustaba, hasta qué punto era influenciable por su entorno, por sus padres.

Jayden era diferente. Desde que la actitud de su padre se volvió demasiado descarada para ignorarlo, el trato de su hermano hacia él había cambiado, a pesar de lo mucho que eso entristecía a su madre. No podía evitarlo.

Una vez incluso le confesó que a veces le daban ganas de pegar a su padre, cosa que fascinó a Alex tanto como la horrorizó a un mismo tiempo. Porque ella sentía lo mismo. Con la diferencia de que se esforzaba tanto por reprimirlo que no se notaba. Por más que trataba de aconsejar a Jayden para que hiciera lo mismo, él no podía, sencillamente no aguantaba la presión. Y eso la inquietaba. Debía volver a hablar con él cuanto antes. Y ahora era un buen

momento. A Alex no le gustaba dejar para después lo que podía hacer en el momento. No era una chica paciente.

Fue justamente por eso que se cansó de esperar a que Jayden diera señales de vida y se encaminó hacia su habitación para llamarlo ella misma y meterle prisa hasta que se levantara y se vistiera si era necesario. Era probable que ya lo hubiera intentado su madre, pero ella era demasiado blanda y no le hacía caso. Alex por el contrario no tendría problema en sacarlo de debajo de las sábanas a rastras, aunque luego se acabarían enzarzando en una pelea. Eso era lo que sucedía el noventa y nueve por ciento de las mañanas.

De pie frente a la puerta de la habitación cerrada a cal y canto de su hermano, Alex resopló, exasperada. Levantó el puño para llamar, pero en el último momento decidió entrar sin hacerlo. La abrió de un brusco tirón y entró como un vendaval.

—Jay, levántate holgazán, que son más de las seis y todavía tienes que...—Se quedó muda a mitad de la frase, perpleja, atónita...muerta de asco. Arrepentida de haber entrado sin llamar, se tapó los ojos con las manos mientras soltaba gritos ahogados.

—Alex, pero ¿qué coño te pasa...? ¡Largo! — le gritó él a la defensiva, más rojo que un pimiento. Y es que, sin pretenderlo, ella lo acababa de pillar con las manos en la masa, o mejor dicho, dentro del pantalón. ¡Mierda, mierda y más mierda! ¡¿Desde cuándo Jayden se masturbaba?! No, de hecho, prefería no saberlo. Prefería no haber presenciado nada de aquello para empezar. La culpa era suya por entrar así, pero es que no se esperaba...eso.

—Qué asqueroso eres, en serio. Tienes las hormonas fatal — lo criticó, sin dejar de protegerse con los brazos como si fuera contagioso lo salido que estaba.

—¡Y tú eres una metomentodo! — le gritó, con tanta fuerza que ella estaba segura de que le estaría doliendo la garganta en esos instantes.

Empezó a tirarle cojines y almohadas como un loco y Alex tuvo que quitarse las manos de los ojos y ponerlas a modo de escudo para defenderse. Pero ni con esas bastó. Su hermano estaba enfurecido y le disparaba todas las almohadas que se cruzaban en su camino, incluso los peluches de cuando eran pequeños que tenía guardados en el armario.

—Eh, para ya. Lo pillo, ya me voy — le dijo, para que se calmara de una vez y se estuviera quieto. Y lo hizo, pero para acabar acercándose a ella tanto que intimidaba un poco, al ser unos cuantos centímetros más alto. Sus mejillas estaban encendidas por la ira y la vergüenza y la fulminaba con la mirada.

—Como le cuentes algo de esto a nuestros padres o peor, a tus amigas...— se quedó callado, acorralándola contra la pared para que no escapara y dejando en suspenso sus palabras unos segundos para que flotaran en el ambiente de forma amenazante. Respiraba con agitación. — Te mato — la amenazó, muy serio. Ella sabía que era un farol. Se lo decían el uno al otro siempre que se peleaban o se ponían furiosos. Aunque a veces, cuando era ella la destinataria de tales palabras, no podía evitar inquietarse.

Acto seguido, se separó de ella, pero la empujó hasta que cayó sentada en la cama. Su estómago se contrajo de rabia y se levantó a toda prisa.

—¡A mí no me empujes! — le gritó, empujándolo de vuelta. No le importaba estar comportándose como una niña pequeña. Estaba molesta. Jayden aún peor, estaba alterado. Tampoco era tan grave lo que había pasado. Es decir, a ver, era incómodo y violento, pero ella no iba a decir nada. No tenía por qué ponerse así.

Y entonces cayó en la cuenta. El ordenador de su hermano estaba encendido, sobre la mesita de su escritorio. La cámara ya se había apagado, pero Skype todavía seguía abierto. Si su hermano no la estuviera aniquilando con la mirada, mientras echaba humo por las orejas, Alex se

habría puesto a gritar por toda la casa. ¡Qué fuerte! ¡Jayden hacía videollamadas guarras con su profesora de historia!

—Sal de aquí ya — le ordenó él, cogiéndola del brazo para conducirla hasta la puerta, ignorando sus protestas. La cerró de un portazo en sus narices. Ella bufó de indignación. ¿Qué le pasaba?!

—¡Vete a la mierda! — le gritó desde fuera, dándole una patada a la puerta. Se arrepintió enseguida porque se hizo daño en el pie. Su padre apareció por el pasillo, probablemente alertado por el escándalo que los dos estaban armando a aquella hora tan temprana. Llegó justo a tiempo porque, mientras ella se recompuso y puso cara de “niña buena”, Jayden por el contrario, salió como un huracán y se lanzó a por ella.

—¡Vete a la mierda tú! — chilló, mientras su hermana se protegía detrás de su padre, que se interpuso y lo sujetó por los hombros para separarlo de ella.

—Eh, eh, Jayden, deja a tu hermana — le dijo, con firmeza, sosteniéndolo hasta que él se relajó un poco y asintió. Pero la mirada que le dirigió a Alex era mortal. Steve lo soltó, cansado de las peleas de sus hijos.

—De acuerdo — murmuró él entre dientes, sin poder contener su enfado. Steve se cruzó de brazos en lo que pretendía ser un gesto imponente, pero que no surtió el menor efecto en el chico. Alex seguía refugiada detrás de su espalda, con una leve sonrisa de satisfacción al ver cómo lo regañaba.

—Anda, pídele perdón a tu hermana y vamos a desayunar, que vuestra madre nos está esperando— le pidió, con tono inflexible. Jayden apretó la mandíbula con fuerza y mantuvo un silencio desafiante. Hasta que su padre se acercó y lo obligó a levantar el mentón para mirarlo. Lo hizo, de mala gana. Alex se limitó a observar en un segundo plano. La tensión se podía cortar con un cuchillo. — Ahora.

—Perdón — soltó, con desdén. Después, sin tan siquiera mirarla, se soltó del agarre de su padre y bajó las escaleras como un rayo, mascullando por lo bajo.

Giselle, que estaba poniendo un plato con tostadas en la mesa, tuvo que esquivarlo cuando pasó por su lado echando humo. En cuanto la vajilla estuvo a buen resguardo, lo detuvo cogiéndolo por el brazo.

—Eh, eh, cariño ¿qué pasa? ¿Por qué bajas así? — le preguntó con dulzura, mientras él respiraba hondo para calmarse. — Te has peleado con tu hermana otra vez ¿no? He oído gritos arriba — fue una afirmación más que una pregunta, así que se limitó a asentir con desgana mientras tomaba asiento en la mesa y empezaba a comer, sin molestarse en decir nada.

Alex se las iba a pagar. Encima la muy chismosa había visto el chat con la profesora Montgomery... sabía que no diría nada, pero aun así le molestaba que hubiera descubierto su secreto. Sabía que era muy capaz de usarlo para chantajearlo.

—Solo es una tontería mamá, no te preocupes — contesto, antes de dar un generoso trago al zumo de naranja recién hecho que tenía ante sí.

Estaba fingiendo, por supuesto. Lo que había pasado estaba lejos de poder calificarse como una simple tontería, pero Jayden era bueno mintiendo y ocultando a los demás aquello que no le interesaba que descubrieran. Así era más fácil.

De pequeño se dio cuenta enseguida de que a la mayoría de la gente no le gustaba que le dijeran la verdad a la cara, solo aquello que querían oír. Desde entonces, eso fue lo que hizo. Al fin y al cabo, vivían en una sociedad de hipócritas en la que todo el mundo se las daba de muy digno cuando la realidad era que todos portaban máscaras, en un momento determinado. Hipócritas.

Se ponían una venda en los ojos para tapar el sol con un dedo en lo que a sus acciones respectaba pero bien que estaban atentos hasta al más mínimo detalle de sus vecinos para criticarlos a la menor oportunidad. Así funcionaban las relaciones sociales en el mundo moderno. Le daba asco. Sobre todo porque tenía que convivir entre ellos. Tenía que *parecer* uno de ellos. Preocuparse por frivolidades y ser superficial. Sonreír aunque por dentro tuviera ganas de gritar. Ser perfecto tanto a nivel académico como extraescolar y, cómo no, familiar.

A menudo se preguntaba cuánto tiempo más podría vivir esa vida sin estallar. Alex aguantaba el tipo a la perfección, pero él...no podía, así de sencillo.

—Jayden cariño, ¿me estás escuchando? — le preguntó su madre, sacándolo de su ensimismamiento. Él volvió a la realidad, molesto. En ese instante, su padre y su hermana se les unieron para ocupar los dos puestos restantes en la mesa. Alex le dedicó una sonrisa de regodeo y tuvo que reprimir el impulso de estrangularla. Sabía que era una tocapelotas, pero jamás contaría nada de lo que había visto a sus padres. Por eso se obligó a relajarse. Por fuera, parecía igual de cansado y apático que todas las mañanas. Su exterior no delataba la turbulencia que sacudía sus emociones. Así se conseguía la fachada perfecta.

—Perdón, aún estoy medio dormido — alegó, con una sonrisa de disculpa que sabía que a su madre la aflojaba entera. Le encantaba que fuera cariñoso con ella. A veces, cuando no le salía de forma natural, casi se sentía un poco mal por fingir de esa forma tan descarada. Casi. — ¿Qué decías? — preguntó, aparentando interés.

—Si no te acostaras tan tarde...— le reprochó, condescendiente. Él batió las pestañas. Cayó nuevamente. Perfecto. — Estaba comentando que tenemos nuevos vecinos.

Tanto Alex como Jayden se hicieron los sorprendidos. Mucho había tardado su madre en sacar el tema. Fingieron no saber nada sobre el asunto, por supuesto. Seguro que Giselle no tardaría en ponerlos al corriente de todo lo que había averiguado. Green Lake era un pueblo pequeño, apenas llegaba gente nueva. Por lo que, claro, en las pocas ocasiones que eso sucedía, suscitaba gran expectación entre sus vecinos.

Steve, por el contrario, devoraba sus tostadas con huevos revueltos sin mostrar el menor interés por el tema de conversación que se había dado. Seguro que se trataba de algún matrimonio de ancianos jubilados que querían pasar el resto de sus días en un lugar tranquilo y apartado de todo el mundanal ruido.

—Sí, según Colette se trata de una pareja de jóvenes recién casados, treintañeros. Fueron a la gasolinera a repostar ayer por la noche y ella fue la primera persona en darles la bienvenida a Green Lake —los puso al corriente la mujer, con entusiasmo.

A Giselle de verdad le encantaba la idea de tener nuevos vecinos. Últimamente el pueblo se estaba quedando vacío, desolado. La mayoría de jóvenes se mudaban a las ciudades en cuanto tenían edad suficiente para ser independientes. Además, la natalidad había descendido considerablemente en los últimos diez años, no así la mortalidad, que se había ocupado de mermar la población de la tercera edad. Una situación preocupante.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo eran? —preguntó Steve, súbitamente interesado.

Jayden reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. Seguramente no tenía nada que ver ese interés repentino de su padre con el hecho de que su madre hubiera mencionado que se trataba de un par de jóvenes. Carne fresca. Le asqueó que ni siquiera se molestara en contener su emoción. Repugnante. No entendía por qué su madre lo consentía.

—Pues eran increíblemente guapos, Colette me dijo que atrajeron la atención de inmediato. Ella era delgada y grácil como una flor y él robusto y fuerte como una roca, con unos ojos hipnóticos y algo inquietantes. Me ha dicho que la puso nerviosa. No son de aquí, mencionó

algo sobre...— tras la descripción, su madre se puso a pensar, tratando de hacer memoria. Alex estaba que se comía las uñas por la curiosidad que la corroía. Quería saber todo lo que pudiera sobre ellos. —De Rusia, eso es — añadió, chasqueando los dedos, triunfante. Jayden y Alex compartieron una mirada cómplice, de la que ninguno de sus progenitores se percató, por supuesto.

—Interesante — silbó Steve, apurando de un sorbo su café.

Alex fingió indiferencia, dándole un pequeño mordisco a su tostada, pero por dentro estaba iniciando la cuenta atrás para que su madre pronunciara las palabras clave. No podía fallar justo ahora...

—Sí, he pensado que podríamos pasarnos a la hora del almuerzo para darles la bienvenida. —Ahí estaba, lo que ambos estaban esperando que dijera. Sus expresiones indiferentes no demostraban la sensación de triunfo que los embargaba. — Al fin y al cabo, si van a vivir en la casa del difunto señor Prescott, serán nuestros vecinos. Sería bueno para todos que nos conociéramos, ¿verdad? — sugirió, sin segundas intenciones.

A veces Jayden no entendía cómo era tan ingenua para no darse cuenta de que con ello solo estaba alentando los impulsos infieles de su marido. Pero si ella estaba ciega, nada podía hacer él al respecto. Porque no serviría de nada. No sería la primera vez que pasaba.

—Buena idea, cariño. Siempre tan buena vecina. Claro que sí, podemos ir después de dejar a los chicos en el instituto —se mostró conforme Steve, dedicándole a su esposa una sonrisa radiante.

—No, ya me acerco yo, tranquilo. Sé que estás muy ocupado — replicó, para sorpresa de todos. La sonrisa le desapareció de la cara como si le hubieran dado un puñetazo.

«Fastúdiate», pensó Alex, complacida.

Sin embargo, se recompuso lo mejor que supo para disimular y dedicó a su mujer una sonrisa de ternura, tan falsa que a la chica le dieron ganas de vomitar. Jayden estaba muy tenso, le cogió la mano por debajo de la mesa y se la apretó ligeramente con un par de toques, como hacía siempre que quería calmarlo. Funcionó porque él respiró hondo y relajó el cuerpo, distrayendo la atención hacia su móvil. No tardó en empezar a teclear con frenesí, lo que despertó la intriga siempre viva de la muchacha, que se preguntó con quién hablaría. Basándose en los hechos, solo había dos posibilidades; o se trataba de Kieran, su mejor amigo o bien de la profesora Montgomery.

Su sexto sentido —que pocas veces la defraudaba— la hacía inclinarse más bien por la segunda opción.

Lo observó sin cortarse. Él estaba absorto; pasaba de todo y de todos a su alrededor. Vale, definitivamente no era con Kieran con quien hablaba. Intentó asomarse discretamente por encima a ver si divisaba aunque fuera una inicial que pudiera servirle de pista. Nada. Su hermano no era tonto y se ocupó de ponerlo a buen resguardo. Al fin, levantó las cejas y le dedicó una mirada desafiante, antes de preguntar, en voz demasiado alta como para no tratarse de algo premeditado.

—¿Puedo ayudarte en algo, hermanita?

El tono insidioso y malintencionado con el que lo pronunció rompió de inmediato la charla de sus padres, que se giraron para ver qué sucedía entre ellos. Alex se había sentado derecha y con los codos apoyados sobre la mesa, terminando su desayuno con una expresión apacible y despreocupada. Falsa, por supuesto. Por dentro estaba deseando que Jayden se las pagara.

Le echó una mirada de soslayo. Estaba perfectamente relajado, tal y como si estuviera en

mitad de la clase de matemáticas y la profesora le hubiera pedido que resolviera un problema muy complicado, pero de cuya solución él ya era conocedor de antemano. Jugaba con ventaja y disfrutaba de ella.

—No, todo está bien. Podemos irnos a clase, cuando termines de hablar por el móvil — contestó, haciéndose la inocente cuando él la fulminó con su mirada más airada. Sabía lo que venía a continuación. A su madre no le gustaba nada que ninguno de sus hijos utilizara el teléfono en la mesa y siempre los regañaba incansablemente.

—¡Jayden! ¿Qué te tengo dicho? Apaga eso cuando estés en la mesa, ¿no ves que pasas la mayor parte del día con...?— empezó a regañarlo, soltándole la perorata de siempre. Ella tuvo que reprimir la risa, divertida en grado sumo porque acababa de anotarse otro tanto en el marcador ficticio de la competición perpetua que siempre sostenían ambos.

—Vale, vale, ya lo apago, perdona — se apresuró a contestar él, hastiado. Hizo lo que había prometido, a regañadientes. Acto seguido se levantó de la mesa.

—¿Ya estáis listos? — preguntó Steve, arrastrando la silla con pereza para ponerse en pie e ir en busca de las llaves de su coche.

Le fastidiaba que su mujer lo hubiera privado de la diversión al no dejarlo ir con ella a presentarse. Esa vecinita rusa tenía pinta de ser todo un bombón. Pero ya tendría oportunidad de abordarla, ya. Mejor que estuvieran a solas... así el marido tampoco molestaba.

Ambos mellizos asintieron, así que no le quedó más remedio que ponerse en marcha. Se despidió de su esposa con un casto beso en los labios y la dejó recogiendo la mesa, después fue hasta el jardín y se montó en su deportivo para prepararlo mientras los chicos se despedían de su madre y salían al frío amanecer de febrero.

Aprovechó para retocarse el pelo en el espejo interior, oteando el exterior hacia la cabaña de sus vecinos, situada a solo unos pocos metros. Ansiaba ver a esa mujer, por alguna razón desconocida presentía que era justo lo que necesitaba en ese momento para divertirse un poco. Hacía tiempo que no disfrutaba de una conquista en condiciones, todas eran demasiado simplonas, casi vulgares. Le resultaba aburrido. No, él quería emociones nuevas.

Pero la chica se estaba haciendo de rogar, pues la casa parecía estar silenciosa y tranquila, delatando así que sus inquilinos dormían todavía a pierna suelta. Una lástima. Ver a una mujer hermosa siempre era una buena motivación para empezar el día.

Jayden y Alex subieron al coche, discutiendo acerca de algo sobre las clases. No tardaron en provocarle dolor de cabeza, siempre peleando allá donde fueran.

Los dejó frente a la puerta del instituto y se encaminó hacia el trabajo. Steve era contable en una empresa de finanzas y lo cierto era que estaba bastante contento con el puesto que había logrado adquirir en una de las empresas más importantes no solo del pueblo sino también del Estado. Todavía tenía la esperanza de poder camelarse un poco más a su jefa y conseguir un flamante ascenso antes de que finalizara el año. No iba por mal camino. Rose era fácil de complacer en la cama. Pero más estrecha en cuanto a temas laborales se refería. Sabía cómo manejar a los hombres, muy a su pesar. Tenía lógica, porque de lo contrario jamás habría podido llegar adonde estaba a pesar de ser la hija del dueño de la compañía.

Tan pronto como el semáforo le dio paso, se incorporó a la carretera y emprendió su camino, como todos los días. El tráfico congestionado a pesar de la temprana hora, los padres que llegaban rezagados para dejar a sus hijos aparcando en doble fila... nada fuera de lo normal.

Si hubiera mirado a lo lejos tal vez se habría percatado de que un todoterreno cuatro por cuatro le seguía los pasos a una distancia prudente para no ser detectado. Sin embargo, Steve iba con prisa y no lo hizo.

Yendo a una fila de coches por detrás, Nikolai sonrió. Seguirle la pista a ese tipo era más fácil de lo que había previsto.

5.

Apenas eran las nueve de la mañana cuando llamaron al timbre.

Annika despertó sofocada de un sueño desapacible, plagado de pesadillas. Atontada, decidió ir a lavarse la cara con agua fría para despejarse antes de ponerse la bata de seda que colgaba del gancho de la puerta con el fin de estar mínimamente presentable. La noche de sexo con Nikolai la había dejado agotada, pero como siempre había valido la pena con creces.

Tratando de borrar una sonrisa complacida de su rostro ante la remembranza del momento, se enfocó en la tarea de cubrirse con la tela y se encaminó hacia la puerta, intrigada. No esperaba tener visitas tan pronto. Sí que corrían rápido los rumores en aquel pueblo...claro que lo que nadie se imaginaba era que llevaban allí bastante más tiempo de lo que habían hecho creer. Supieron ocultarse bien. Pero naturalmente eso era algo que nadie tenía por qué saber.

Y mucho menos que para poder instalarse en aquella magnífica casa habían tenido que deshacerse de su propietario. El pobre hombre tenía los días contados, de todos modos. Vivía solo y no tenía familia cercana.

Era la víctima perfecta.

Con pasos presurosos, llegó hasta la puerta y echó un vistazo por la mirilla con precaución, lo que le mostró la imagen de una mujer de mediana edad rubia y de rostro amable que estaba de pie en el porche, sosteniendo una cesta repleta de lo que a todas luces eran postres caseros. El amable gesto la sorprendió casi tanto como descubrir de quién se trataba: Giselle Williams, su vecina de al lado. Era evidente que había acudido a darle la bienvenida. Estaba resultando más fácil de lo que había pensado...

Annika dudó, echando una ojeada hacia el salón. Luego recordó que Nikolai había salido a hacer lo que acordaron. Abrió la puerta y esbozó una sonrisa ligeramente forzada, que rezó porque pasara inadvertida a su visitante. Parece que funcionó porque la mujer se apresuró a presentarse con efusividad.

—Hola, soy Giselle Williams, tu vecina. Disculpa que me presente así sin avisar y a estas horas —dijo la mujer, soltando una risita nerviosa y fijándose en su atuendo.

Annika le restó importancia con un gesto, sorprendida por la calidez que desprendían las palabras y los gestos de la mujer. Era agradable, más de lo que había imaginado. A Annika no podía dejar de asombrarle lo amable que era la gente con la que se habían cruzado en el pueblo desde que llegaron. Era...tan diferente a lo que estaba acostumbrada toda su vida que no podía evitar que le chocara. No sabía cómo actuar sin parecer grosera. Así que le dio los buenos días con un acento ligeramente vacilante (todavía estaba perfeccionando el idioma) y la invitó a entrar.

Preparó té y ofreció asiento a su anfitriona, rezando porque la visita fuera corta y no hiciera demasiado ruido, o de lo contrario...

—Vaya, sí que está cambiada la casa del señor Prescott, que en paz descanse —comentó Giselle, contemplando los alrededores de la cabaña con cierta sorpresa y admiración. Nikolai había hecho un gran trabajo.

Annika asintió, componiendo una expresión afligida y preparándose para interpretar su papel.

—Sí...los recuerdos eran demasiado dolorosos...— contestó, bajando la mirada para

simular estar conteniendo las lágrimas. Giselle abrió la boca en forma de o y enmudeció, apenas al entender las implicaciones de las palabras de Annika.

—¿Cómo? ¿Era...familiar vuestro...? Pero... — farfulló. Estaba confusa y con razón. Pero ellos sabían lo que hacían, habían investigado a conciencia.

—Sí, mi marido...es hijo de una hermana suya que se casó con un ruso...Vladimir, que también falleció. Perdieron contacto desde entonces y nos enteramos tarde del fallecimiento de su tío...Nikolai está muy triste —explicó, tal y como habían acordado que dirían.

Era cierto que el difunto señor Prescott tenía un cuñado ruso, pero desde luego no tuvieron el más mínimo contacto en vida de este, pues lo acusaba de haber alejado a su hija mayor de él. Todo un drama familiar del que ellos se supieron aprovechar cuando hicieron unas cuantas averiguaciones. Y lo mejor era que lo descubrieron cuando ya tenían Green Lake como destino. La suerte estaba de su parte, parecía.

—Oh, Dios...lo lamento mucho. No tenía ni idea. Debió de ser duro — se apenó Giselle, cogiendo la mano de Annika entre las suyas y dándole un cariñoso apretón que volvió a descolocar a la joven. Debía acostumbrarse a esas muestras de afecto e imitarlas si quería integrarse allí. Así que le devolvió el gesto y esbozó una sonrisa lo más natural posible.

—Gracias... ¿le apetecen galletas? No he hecho compra todavía...tengo poco para ofrecer, lo lamento— inquirió, tratando de ser educada. Aunque lo cierto era que esperaba que se fuera pronto. Era una buena mujer, saltaba a la vista. Pero no le convenía que indagara mucho en sus vidas. Por nada del mundo podían permitir que descubriera sus secretos.

—Oh, no cariño no te preocupes. Estoy bien. Es culpa mía por presentarme sin avisar — aseguró, restándole importancia. Parecía sincera.

Annika asintió, sin saber qué más decir. Por fortuna, Giselle no tenía el mismo problema porque empezó a parlotear acerca del pueblo, sus vecinos, los lugares más frecuentados...e infinidad de cosas más que no terminó de entender debido a la rapidez con la que hablaba.

—¿Y ya tenéis trabajo, querida? —inquirió, con curiosidad.

Por suerte, aquella era una pregunta que esperaba y cuya respuesta había preparado a conciencia.

—Oh, todavía no. Mi marido y yo hemos decidido que vamos a esperar un poco antes de empezar a buscar algo, para adaptarnos. Ha sido un cambio muy brusco.

—Por supuesto, es comprensible. Aquí estaréis muy bien, ya lo verás —le garantizó, con una sonrisa llena de simpatía. Ella le devolvió el gesto, aunque por dentro tuvo que contener la risa.

Si ella supiera...

De repente, le preguntó por Nikolai. Ella se removió, ligeramente incómoda. Pensó deprisa.

—Ha ido a poner gasolina y hacer unas compras. No tardará, imagino.

La mujer asintió. Después se quedó pensativa unos segundos, como si quisiera decirle algo y su timidez se lo impidiera. Pero no tardó en armarse de valor y empezar a hablar. Al oírla, a Annika se le cayó el mundo a los pies.

—¿Sabes? Entiendo lo duro que debe ser empezar de nuevo en un país que no conoces. Pero no estáis solos. Contad con nosotros. ¿Qué te parece si venís esta noche a cenar a casa? Te presentaré a mi marido y a mis dos hijos y nosotros podremos conoceros a ti y a tu esposo.

¿Y ahora qué hacía? Eso era peligroso...no les convenía que indagaran sobre ellos. Pasar desapercibidos, Nikolai lo dijo...se iba a enojar mucho. Pero, ¿cómo negarse sin parecer maleducada? Giselle la había tratado bien...

—Yo...no creo que...nosotros...no queremos molestar— se excusó, rezando porque con eso bastara para que la mujer desistiera. Pero naturalmente, consiguió todo lo contrario. Giselle insistió tanto que a ella le fue imposible negarse. De hecho, apenas le dio tiempo a decir nada, porque la mujer se marchó tan contenta dando por sentado que estarían allí a las ocho. Annika la despidió con la mano, sonriendo.

En cuanto hubo cerrado la puerta a cal y canto se dio una palmada en la frente, arrepentida por haberse dejado convencer. Sabía que eso era un problema, demasiado arriesgado. A ver cómo se lo contaba ahora a Nikolai...

Aunque por otro lado, podía ser una oportunidad de oro para indagar en aquello que habían ido a buscar.

Lo que estaba claro era que debían pensar en un plan para que si les preguntaban cualquier cosa más, lo tuvieran todo bajo control. No podían echarse para atrás ahora. Lo peor ya había pasado.

O eso creían ellos.

6.

El instituto la aburría. No entendía por qué se le daba tanta importancia a lo académico aun sabiendo que la mayoría de cosas que aprendían acababan por olvidarlas al poco tiempo de forma irremediable. La mente humana era un misterio. ¿Acaso no veían que eran mucho más útiles otras materias que no se impartían en clases y que jamás se olvidaban? Como el arte de la manipulación. Aquella había sido una asignatura en la que, tanto Jayden como Alex se aplicaron hasta lograr sobresalir. Y lo mejor fue que lo aprendieron de forma autodidacta. En opinión de Alex, la mejor manera de adquirir cualquier conocimiento.

Estaban en clase de historia, los dos simulando prestar atención con sendas expresiones de concentración y esmero en el rostro, cuando por dentro se morían porque llegara la hora del descanso para que aquella tortura terminara de una vez.

Tanto uno como otra eran capaces de llevar al día todas y cada una de las materias sin tener que esforzarse apenas, gracias a su coeficiente intelectual superior a la media, por lo que podían permitirse divagar en clase. Una gran ventaja, sí.

Un dedo se clavó con fuerza en el hombro de una Alex que se volvió molesta para fulminar con la mirada al responsable, odiaba que la interrumpieran cuando estaba perdida en sus pensamientos. Resultó ser Troy, un compañero de clase con el que se llevaba bien. Él le dio una mirada de disculpas, como diciendo «no mates al mensajero» y ella se relajó antes de tomar la nota que él tenía extendida hacia ella por debajo de la mesa con disimulo.

Soltando un resoplido, decidió aprovechar que nadie reparaba en ella –pues tenía sus trucos para pasar desapercibida cuando era conveniente– y la desplegó.

No le sorprendió descubrir que era de su hermano. Desdobló la nota, haciéndose una idea de lo que allí habría escrito.

Si lo cuentas, me aseguraré de que todos sepan lo de Devon.

Alex apretó los dientes y se apresuró a doblar la nota en trocitos minúsculos para metérsela en la mochila. Aquello no podía caer en las manos equivocadas, era demasiado arriesgado.

Tenía que reconocer que aquel había sido un movimiento inteligente por parte de su hermano.

Así se aseguraba de que ella guardara silencio.

Devon Murray era el capitán del equipo de baloncesto y el típico chico rubio y atlético de sonrisa encantadora que atraía la atención de todas las chicas de la clase. Algo que aprovechaba en su favor.

El curso pasado, había puesto a su amiga Dianne en el punto de mira y como ella lo rechazó, llegó al extremo de acosarla. Cuando Dianne se sinceró con ella y le confesó lo asustada que estaba, Alex tomó cartas en el asunto. Asegurándose, por supuesto, de que nadie supiera que ella estaba detrás.

Le mandó una nota, citándolo en los vestuarios masculinos y cuando acudió, todo emocionado, no solo lo cosificó y sexualizó como él hacía con todas las chicas, sino que se aseguró de grabar a escondidas el momento en el que él confesaba que había perseguido a Dianne, hostigándola.

Cuando lo amenazó con ir al director, su fachada de gallito se esfumó.

Se mudó con su familia al día siguiente y dejó el instituto, sin dar explicaciones.

Jamás le contó a nadie lo sucedido y solo Jayden —quien la había ayudado a planearlo todo— estaba al tanto de aquel secreto. Ahora lo utilizaba contra ella.

Tuvo que resignarse.

—Alex, ¿estás bien? Te noto distraída —le preguntó Dianne, sentada en el pupitre de al lado, al percatarse de su gesto ausente.

Ella de inmediato se recompuso y esbozó su sonrisa prefabricada.

—Sí, es solo que no he desayunado y me encuentro un poco mareada. Pero enseguida se me pasa —mintió, con tanta convicción que su amiga asintió, comprensiva.

Alex estaba muy orgullosa de sus habilidades. Así se las había arreglado para conseguir, de forma paulatina y aparentemente inocente, que sus amigas la pusieran al tanto de todos sus problemas y la volvieran su confidente más indispensable, cuando ella jamás había revelado un solo dato personal...al menos, ninguno que fuera cierto.

No era tan ingenua como para no haber sido capaz de sospechar que si el intercambio de consejos y desahogos no fluía en ambas direcciones sus amigas recelarían, como era natural.

Era por eso que la Alex que mostraba cuando estaba con ellas era una versión perfectamente planeada de sí misma. Mostraba únicamente la cara que a ella le interesaba dar. Muchas personas podrían pensar —si llegaran a descubrirlo— que era una hipócrita. Pero a ella le traía sin cuidado. Más valía ser hipócrita a darle voluntariamente a alguien el poder de destruirla. Si algo había aprendido en la vida era a no confiar en nadie, sus propios padres eran un ejemplo de ello.

De soslayo, le echó otra ojeada a su hermano y redactó una respuesta que le entregaría más tarde, a salvo de miradas indiscretas.

Se fijó en que estaba hablando con Kieran y el chico pálido y moreno asentía con desgana a algo que este le había dicho, mordiéndose la uña del pulgar en un gesto apático muy típico de él. Alex sonrió al ver cómo su hermano le susurraba algo al oído y su semblante pálido y deslucido se iluminaba por completo. Estaba segura de que Jayden acababa de ofrecerle redactar ese ensayo para él a cambio de algún favor...y dudaba que fuera dinero. Algo se traía ese par entre manos y ella no iba a descansar hasta averiguar de qué se trataba.



A la hora del almuerzo, fue a buscarlos al aula de tecnología, pues sabía que se encontraban allí terminando de redactar un trabajo sobre noticias periodísticas basadas en sucesos actuales.

Cuando la vieron entrar, enmudecieron de súbito y ella puso los ojos en blanco, sentándose en una de las sillas libres. Normalmente, era muy raro que Alex pasara su tiempo libre con ellos, lo que enseguida les indicó que quería algo.

—¿Qué hacéis? —inquirió, curiosa, tras darle un bocado a su sándwich de queso.

—No es asunto tuyo —espetó Jayden, tan simpático como siempre. Alex lo ignoró.

—Estamos buscando estadísticas sobre casos de trata de blancas y explotación sexual, te sorprendería lo elevado que es el porcentaje en Estados Unidos —le explicó Kieran, sonando bastante disgustado con que así fuera.

Ella se sintió asqueada de inmediato. No entendía cómo podía haber seres tan enfermos como para traficar con personas y prostituirlas a cambio de dinero.

—Es repulsivo. ¿Por qué habéis elegido un tema tan horrible? —quiso saber.

Jayden se encogió de hombros. Nunca le gustaba revelar lo que pasaba por su cabeza.

—Porque el mundo es un lugar horrible, por eso —sentenció, con sequedad. Ella no pudo rebatir nada al respecto.

Sabía que tenía razón y que eran muy afortunados por haber nacido en el seno de una familia que los quería y cuidaba tanto. No todos tenían esa suerte.

Decidió cambiar de tema, no sin antes entregarle disimuladamente a Jayden una nota idéntica a la que él le había pasado, que rezaba: *Estamos en paz, por ahora*.

Vio por el rabillo del ojo cómo él la leía y esbozaba una sonrisa torcida. Cuando sus ojos se encontraron, la aprobación brillaba en ellos.

—Oye Kieran, estaba pensando...—empezó a decir ella, con tono zalamero. Lo cierto era que se le había ocurrido una idea excelente para espiar a los vecinos. De ese modo, si realmente sus suposiciones sobre ellos eran acertadas, podrían descubrirlo de un modo infalible. —¿Podrías prestarme tu cámara de vídeo? Esa que te regalaron tus padres por tu cumpleaños —inquirió, con gesto inocente.

El aludido se envaró. Sus padres tenían mucho dinero y siempre estaban viajando por negocios, lo que significaba que el chico casi siempre estaba solo en casa.

Pero él aseguraba que no le importaba, era muy independiente y sabía arreglárselas solo.

—¿Para qué la quieres? —le preguntó, con el ceño fruncido en señal de extrañeza.

Alex desplegó su mentira con envidiable soltura.

—Jay y yo queremos grabar unos cortos en el jardín, como regalo de aniversario para nuestros padres, pero no tenemos los medios adecuados. Te la devolveremos en un par de días, lo juro. ¿Verdad, Jay? —le pidió ayuda disimuladamente.

Su hermano reprimió una mueca de diversión —pues sabía exactamente para qué la quería Alex— y asintió.

—Vale, da la casualidad de que la llevo encima. Así que...toma. Espero que me dejéis ver cómo quedan —dijo, tendiéndosela a Jayden con cuidado. Este se apresuró a guardarla a buen recaudo en su mochila y le dio las gracias, mientras Alex le aseguraba que lo harían.

Ya se inventarían una excusa más tarde.



En cuanto llegaron a casa, tras terminar de discutir en su cuarto cómo y cuándo iban a hacerlo, aprovecharon que acababan de verlos salir con su coche y se colaron en la casa de al lado, forzando la cerradura con habilidad.

—Más vale que no nos equivoquemos con esto —musitó Jayden, como para sí.

Alex negó con la cabeza. Estaba convencida.

—No me trago que sean parientes del viejo Prescott. Él nunca los mencionó, Jay. ¿Y aparecen así de la nada? ¿Qué hay de su testamento? Yo te lo digo, todo es una patraña —argumentó, con un convencimiento incuestionable.

—Sí, tienes razón. Yo pienso como tú, pero todo son conjeturas. Así que tendremos que recabar alguna prueba —aceptó, con un brillo travieso en la mirada.

—¿Dónde la escondemos? No pueden verla o estamos perdidos —susurró Alex, que no dejaba de echar cautelosos vistazos hacia la entrada por si volvían, mientras Jayden se exprimía el cerebro.

—Yo la pondría en el salón, se ve el vestíbulo y si entran o salen lo captará. Además, supongo que pasarán aquí la mayor parte del tiempo. Las habitaciones son demasiado arriesgadas

—opinó y Alex acabó dándole la razón.

—Decidido entonces.

La escondieron en el interior de una figura de Buda, asegurándose de que enfocara al objetivo a través de su ojo derecho e hicieron varias pruebas para asegurarse de que no se apreciara a simple vista.

Por fortuna, había quedado bien oculta.

—Mañana vendremos por ella, es demasiado arriesgado dejarla más tiempo —repuso Jayden.

Y así lo hicieron.

Pero acabaron llevándose una desagradable sorpresa.

La cámara ya no estaba.

Y eso solo podía significar una cosa: los habían descubierto.

Iba a ser un milagro si no sospechaban de ellos, porque ¿quién más podría haberlo hecho?

Alex tragó saliva, acojonada. Tendrían que haber sido más cuidadosos.

Pero como dijo Jayden, por más que se lamentaran, ya estaba hecho.

Además, no podían probar nada.

Por el momento, eso sí, lo mejor que podían hacer era mantener un perfil bajo ante ellos para no terminar de delatarse.

Y la cena de aquella noche solo les complicaba las cosas.

Para colmo, tuvieron que comprarle otra cámara nueva a Kieran, que se mosqueó bastante con la excusa que le dieron de que se les había roto por accidente mientras grababan.

Jayden se comprometió a hacer todos sus deberes durante toda una semana para que lo perdonara.

Si al menos hubieran podido hallar las pruebas que buscaban...pero que la cámara hubiera desaparecido solo reafirmaba sus sospechas.

¿Qué era eso que no querían que descubrieran?

7.

Annika había estado hecha un manojo de nervios toda la mañana. Desde que Nikolai se marchó a cumplir con el encargo había sido incapaz de encontrar la manera adecuada de rechazar esa cena sin parecer completamente descortés. Y aun así sabía que era una pésima idea, que Nikolai no estaría de acuerdo...ni siquiera había garantías de qué él lograra disimular y contener sus impulsos. Y eso la inquietaba profundamente.

Sobre todo después de haber encontrado esa cámara. No estaban seguros de quién podría haberla puesto allí ni por qué, pero eso no podía significar nada bueno. ¿Y si sospechaban de ellos? Era la oportunidad perfecta para tantearlos.

Y luego estaba él...el riesgo de dejarlo solo en la cabaña durante el tiempo que estuvieran fuera era extremo. ¿Dónde estaba Nikolai que no llegaba?

Apenas había atinado a vestirse, presa de la angustia. Estuvo tentada de bajar al sótano... pero después se arrepintió y decidió prepararse una taza de té mientras se sentaba en una cómoda butaca junto al fuego, donde había permanecido toda la mañana, pensando sin cesar.

Algo tenían que poder hacer...rezaba porque así fuera.

Y sin embargo, seguía pensando que la idea de Giselle era buena. Porque les abría la posibilidad de disipar todos los recelos que cualquiera de sus vecinos pudiera tener respecto a ellos. No había que olvidar que era un pueblo pequeño en el que todos se conocían y la llegada de una pareja de extraños forasteros podía dar lugar a muchas preguntas y habladurías que a ellos no les convenía en lo más mínimo enfrentar.

Por lo tanto, lo mejor era asistir a esa cena.

Justo cuando estaba a punto de llamar a Nikolai para ver dónde diablos estaba, la puerta de entrada se abrió con tal estrépito que dio un salto, con el miedo atenazándole el estómago sin poder evitarlo. Y es que su mente todavía le jugaba malas pasadas con los recuerdos de lo que había vivido en Rusia. Y lo odiaba. Pero no estaba indefensa. El cuchillo que guardaba entre las mantas y las armas que estaban dispuestas en el armario de su cuarto podían ser muy buenas compañeras.

Sin embargo, el alivio inundó su torrente sanguíneo al comprobar que solo era Nikolai, que al fin había vuelto de cumplir su tarea. No lucía nada contento. Al contrario, parecía tan furioso como para matar a alguien. Y eso la inquietó solo un poco. Acudió a su encuentro, resuelta.

—Nik... ¿qué ha pasado? ¿Por qué te has demorado tanto? —le preguntó, en su lengua natal.

Él se relajó considerablemente al verla y alzó la mano para acariciarle el rostro con el pulgar, recreándose en la suavidad de su tacto.

Esa fue para Annika la confirmación de que algo iba mal. Nik solo era así de tierno cuando se veía obligado a mostrar su naturaleza más fiera. Solo esperaba que no hubiera matado a nadie más.

La expectación estaba acabando con ella, así que lo conminó a hablar de una vez. Y lo que oyó no le gustó para nada.

—Steve es el hombre que buscábamos —confirmó, con tono sombrío.

El temblor se instaló en su vientre como una garra helada y tuvo que poner todo de su parte para mantenerse estoica. Él era consciente de lo delicado que era ese tema para ella, así que

la aferró por la cintura y arrastró su cuerpo hacia sí, con un gruñido. Ambos se daban cuenta de cuánto complicaba sus planes el descubrimiento reciente que había hecho. Pero no podían echarse atrás. Ya no.

Así que Nikolai la tomó de la nuca con fuerza para obligarla a mirarlo. Siempre le había asombrado lo fuerte que podía ser esa mujer a pesar de lo menuda y delgada que se veía cuando la estrechaba entre sus brazos. La vida la había golpeado pero ella siempre se había levantado, demostrándole al mundo que era una guerrera. Su guerrera.

Su respiración se volvió irregular al ver cómo una lágrima rodaba por su mejilla límpida y borró su rastro, no podía soportarlo. Sintió que su sangre hervía.

Annika se recompuso entonces y alzó el mentón, con un asentimiento en el que le indicó que podría con ello. No esperaba menos de su mujer.

Las palabras salieron como un torrente de su interior, sorprendiéndolo hasta a él mismo por su intensidad inconmensurable.

—Estamos juntos en esto... y no dudes que ni pestañearé antes de arrancarle el corazón con mis propias manos a cualquiera que se interponga en nuestro camino o intente hacerte daño.

Su mirada se oscureció al pronunciar aquello y su mandíbula se contrajo con ira ante la sola posibilidad de que alguien la lastimara. No mentía, era capaz de arrasar el mundo hasta sus cimientos con tal de que ella estuviera a salvo.

La expresión de Annika cambió por completo y se lanzó a su boca para devorarla con un ansia inabarcable. Él siseó y la alzó en volandas hasta presionarla contra la dura pared de leña del horno de la cocina, donde apoyó su cuerpo para, sin dejar de cargarla, explorar todo su cuerpo con sus manos grandes y callosas.

Pero antes de que pudiera llegar más allá Annika lo detuvo. Estaba jadeante y tenía las mejillas enrojecidas y Nikolai no quiso ni pensar en su propio estado...su toque era fuego puro para él, lo enloquecía con un simple roce. Su miembro palpitante lo atormentaba y tuvo que acomodárselo en los pantalones para poder prestar atención a las palabras de su mujer, que no pudo evitar sonreír con malicia al verlo tan desbocado. Ya debía saber a aquellas alturas que era su única y profunda debilidad. La herida por la que sangraría eternamente si un día ella llegara a desaparecer de su vida. Apretó los puños hasta que se le hincharon las venas de los brazos de solo pensarlo. No lo soportaba.

Annika lo devolvió a la realidad con las caricias de sus delicadas manos en su poblada barba y él echó la cabeza hacia atrás, dejándose hacer al tiempo en que la liberaba de la prisión de su enorme cuerpo sobre ella. Cuando estuvo tranquilo, le contó lo sucedido con Giselle y vio la cólera arder en sus ojos. Pero pudo calmarlo con sus argumentos.

Al final, poco a poco lo convenció de que lo mejor para sus propósitos era no solo aceptar la invitación, sino proponerles que fuera allí mismo, en su casa. Nik resopló, incrédulo.

—¿Te has vuelto loca, mujer?

—No, todavía no — apenas pudo bromear ella, ante la seriedad de su gesto. Los tatuajes de las llamas y cuchillos parecían bailar en su cuello debido a la tensión de sus músculos hercúleos y ella se aferró a él, poniéndose de puntillas ligeramente para estar a su altura. Sus respiraciones se entremezclaron, en sintonía con sus miradas y bastaron unas pocas pero bien escogidas palabras de Annika para que Nikolai accediera.

—Sé lo que hago, Nik. Confía en mí.

Él rechinó los dientes ante la idea de tener que fingir en su propia casa, pero asintió, sin oponer resistencia. Su guerrera era inteligente. Donde él era fuerza bruta e ira desatada ella era la mente. Pero ambos eran conscientes, aunque tuvieran que correr riesgos, de que no iban a poder

hacerlo solos.

Así que se encaminaron al umbrío sótano, tomados de la mano.

Allí Nik descorrió los cerrojos y desbloqueó la llave, para darles paso al ambiente húmedo y deprimente que se respiraba allí dentro. La oscuridad casi total era la dueña de la estancia y solo la pequeña linterna que Annika portaba en su mano derecha otorgó algo de luz entre tanta tiniebla.

Así fue que ambos pudieron distinguir a la silueta que descansaba en un rincón, cuya quietud absoluta no sirvió para despistarlos. Estaba despierto. Y alerta, como el depredador que era.

Annika aferró con más fuerza la mano de Nikolai, quien se introdujo con zancadas potentes en la estancia con ella y clavó los ojos en la figura.

Una pausa para tomar aliento.

Dos respiraciones profundas.

Silencio sepulcral.

El corazón de Annika latiendo a toda velocidad.

Y entonces, Nikolai habló.

—Lev, tenemos que hablar — pronunció, con sequedad y cierto tono de advertencia en la voz.

El aludido volvió la cabeza con mucha lentitud, sus movimientos muy similares a los de un felino mientras se erguía del colchón y estiraba las extremidades con suma pereza. Había una tranquilidad antinatural en la manera en que se movía, era como un instinto capaz de advertir a quien lo viera del peligro que irradiaba hasta el más casual de sus gestos. Y sin embargo...había hecho una promesa. Una que era momento de que cumpliera.

Entonces, su rostro quedó al descubierto y entre el contraste de luces y sombras que reinaba en el habitáculo, Annika fue capaz de discernir una sonrisa malévola y astuta adornando sus atractivas y salvajes facciones. Luego habló, con voz ronca y cadenciosa, de profundo acento ruso, pero con unos matices más delicados y musicales que los de Nikolai.

—Al fin...No sabes cuánto he ansiado este momento, hermano.

Nikolai soltó un suspiro pesado, antes de intercambiar una mirada tensa con Annika, quien asintió, alentándolo. Las venas de su cuello resaltaban más que nunca debido a la gravedad de lo que tenían entre manos y parecía capaz de todo si no salía bien.

Al cabo de unos minutos de desquiciante silencio en los que Lev se paseó de un lado a otro de la estancia, rompió su mutismo.

—Entonces escucha bien lo que voy a decirte...tenemos un problema y nos vas a ayudar a resolverlo.

8.

«Si quieres matar a alguien en vida solo tienes que privarle de su libertad».

Moscú, 21 de febrero, mansión de los Kozlov.

El reloj de bolsillo que siempre llevaba consigo, guardado en su impecable traje de firma ruso, dio las nueve en punto de la mañana.

Se peinó con esmero, admirando su atlética y esbelta figura frente al espejo.

Todas las mañanas llevaba a cabo la misma operación antes de ponerse en marcha. Muchos podrían afirmar que era un hombre narcisista y egocéntrico. Y tal vez estuvieran en lo cierto. Pero a sus más de cincuenta años Mijaíl Kozlov sabía lo que tenía y le gustaba cuidarse.

Su imagen lo era todo, la vida que llevaba así lo exigía. Y estaba cómodo con ello. Disfrutaba teniendo el control. De absolutamente todo y todos a su alrededor.

Pero hacía meses que no estaba plenamente satisfecho. Y ello se debía a que el eslabón de su cadena de mando se había visto seriamente perjudicado debido a acontecimientos recientes que requerían de todas sus energías.

Y Mijaíl había actuado a la altura de las circunstancias. Haría lo que fuera por restablecer el orden que tanto anhelaba. Pero para eso la necesitaba a ella.

Terminó de perfumarse mientras se ajustaba la corbata con una sonrisa astuta e implacable dibujándose en sus perfiladas facciones. Sabía exactamente qué hacer para conseguir las respuestas que ansiaba.

Un chasquido de dedos bastó para que dos de sus hombres más leales acudieran a su llamada. Para eso les pagaba, para satisfacer hasta la más ínfima de sus necesidades.

—¿Señor? ¿Se le ofrece algo? — preguntó Dimitri.

Leal.

Más de quince años a su servicio. Expulsado del servicio de inteligencia por filtración de información confidencial. En otras palabras, un ex espía que se vendía al mejor postor.

Mijaíl se había ocupado de proporcionarle todo cuanto pudiera necesitar a cambio de su más absoluta fidelidad. No le cabía duda de que se dejaría cortar la lengua con tal de salvaguardar sus negocios. Se había encargado de probarlo.

Al igual que Vladimir.

Ex comando del ejército, retirado por problemas de ira. Lo dejaba matar por diversión cuando las circunstancias así lo requerían. Era muy efectivo. Y no dejaba rastros.

Con frialdad, el jefe de la *Bratva* asintió.

—¿Ha hablado? — inquirió. No le gustaba andarse con rodeos y, aunque sabía de antemano la respuesta, quería una confirmación cuanto antes para empezar a actuar.

—No, señor. Se niega a decir ni una sola palabra del paradero de la señorita Annika...

Autoritario, levantó una mano en alto y de inmediato Dimitri enmudeció, como un soldado. Así los entrenaba. Si les decía que saltaran, lo hacían...si les pedía que se cortaran un dedo, obedecían...y si les ordenaba que se tiraran a las vías del tren, esperaba de ellos una obediencia absoluta.

Solía dar resultado.

Pero los recientes acontecimientos se habían convertido en el toque de atención que

necesitaba para darse cuenta de que su control no siempre tenía plena efectividad.

La sorpresa había venido de manos de quien menos podría haberlo esperado: Annika. Su hija menor. Pero encontraría a esa maldita oveja descarriada y le haría pagar muy caro su error.

—Esa perra no merece seguir ostentando las consideraciones de las que disfrutaba en el pasado. A partir de ahora, solo es un objetivo. Encontradla, traédmela...y le haré desear que acabe con su vida con mis propias manos por su traición — ordenó, con la frialdad de un témpano de hielo desparramándose por sus cuerdas vocales al pronunciar aquellas crudas palabras.

—Se hará como desee, señor Kozlov —musitaron, al unísono.

—Retiraos de mis vista —espetó, indiferente, mientras se retocaba su traje de Armani. Pronto tendría una reunión de negocios con sus proveedores italianos y su apariencia debía ser impecable.

Había oído muchas cosas acerca de los Santorini, pero sobre todo que para ellos el honor lo era todo. Una palabra con mucho significado en aquel mundo.

Honor...no, Mijaíl no lo tenía. En su opinión, solo era una buena forma de lograr que te dieran un tiro en la cabeza y terminar siendo alimento de los gusanos en alguna nave de mala muerte.

¿Para qué tener honor cuando no se tenía escrúpulos con nada ni nadie?

No en vano, así se había convertido en el rey de la *Bratva*. Y su hija no iba a ser su talón de Aquiles.

Annika se resignaría de una puta vez a ocupar su puesto o sería asesinada por su propia mano. De eso podía estar segura.

En cuanto al bastardo que la había ayudado a escapar...le tenía reservada la peor de las torturas. Una que ni siquiera los años que había pasado encerrado en la *Gulag* podrían igualar.

Cerrando la puerta de su alcoba tras de sí, Mijaíl sonrió con regodeo. Ya sabía exactamente cómo conseguir que su prisionera hablara.

Svetlana le contaría todo acerca de los planes de Annika y el perro de Blasov, lo quisiera ella o no. De eso se encargaría él en persona.

9.

Giselle se encontraba removiendo la masa para el pastel que pensaba preparar para la cena de aquella noche con los vecinos, cuando de repente llamaron al timbre.

Sorprendida, se encaminó hacia la puerta para ver de quién se trataba a aquellas horas de la mañana.

Estaba sola en casa, pues los chicos todavía no habían vuelto del instituto ni su marido de trabajar en la oficina.

Depositando la fuente con delicadeza sobre la encimera, se quitó el delantal aprisa y, tras retocarse un poco el pelo, fue a abrir.

Enseguida se inclinó por la mirilla para contemplar, con algo de sorpresa, la imagen de Annika y Nikolai aguardando en el porche, cogidos de la mano, mientras la esperaban.

Oh, esperaba que no hubieran acudido a cancelar la cena...le apetecía demasiado. Hacía tanto que no tenían invitados en aquella casa... que a veces Giselle no podía evitar sentirse un poco sola.

Sabía que era injusto. Tenía hijos, un marido...en definitiva, una familia preciosa. Pero últimamente todo se estaba desmoronando y ni ella sabía siquiera cómo arreglarlo.

Suspirando para despejar esos pensamientos negativos de su cabeza, descorrió el cerrojo y compuso su mejor sonrisa para recibir a la pareja. Aquella que con el paso de los años se había hecho experta en cultivar. Lamentablemente, debido a que pocas veces era sincera.

Annika fue la primera en adelantarse unos pasos para saludar, mientras el hombre aguardaba tras ella con todo el cuerpo en tensión. Su presencia imponía...tanto que Giselle tuvo que retirar la mirada al encontrarse con esos ojos tan...no había otra palabra para describirlos: duros.

No obstante, procuró disimularlo. Lo último que quería era ser descortés. Siempre procuraba no juzgar a nadie sin conocerlo. Ella mejor que nadie había experimentado en sus carnes lo desagradable que eso podía resultar y sabía cómo de horrible se sentía.

Así que los invitó a pasar con una enorme sonrisa. Ambos cruzaron el umbral; Annika con una sonrisa de oreja a oreja en el delicado rostro de porcelana y Nikolai serio y huraño, con los brazos cruzados sobre el abultado pecho, analizando hasta el último rincón de la estancia con el ceño fruncido.

La mujer tragó saliva, intimidada a su pesar. Había algo en ese hombre que la ponía nerviosa...

—Por favor, tomad asiento — les ofreció, recomponiéndose lo bastante como para hacer gala de sus buenos modales — ¿Queréis algo de beber? Puedo poner a hervir té.

Sin embargo, Annika rechazó la invitación con cordialidad, haciéndole saber así de manera tácita que su visita no se debía a una mera cortesía.

—Te agradecemos mucho tu hospitalidad Giselle, de verdad, pero solo hemos pasado un momento porque queremos...bueno, proponeros algo en relación con la cena de esta noche — aclaró, abrazando por la cintura a su marido, que asintió, esbozando lo más parecido a una sonrisa. Aunque su aspecto seguía siendo de piedra, eso atribuía un grado de humanidad a sus duras facciones.

Lógicamente la curiosidad se encendió en Giselle, quien se mostró interesada de

inmediato en saber de qué se trataba.

—Claro, contadme — animó, deseosa por enterarse.

—Mi mujer y yo hemos pensado que qué mejor manera de conocer a nuestros vecinos que invitándolos a cenar a nuestra casa — fue Nikolai quien habló, con ese acento áspero y grave al que Giselle todavía no lograba acostumbrarse. El acento ruso era marcado, se notaba que todavía no estaba familiarizado con el idioma.

La invitación, sin embargo, le pareció estupenda.

Lo cierto era que sonaba bien, pues por una vez podría relajarse como una invitada normal en lugar de estar al pendiente de todo como anfitriona y, ¿para qué mentir?, de paso podría cotillear cómo había quedado la cabaña ahora que el difunto señor Prescott —un obseso del orden y el control— no estaba. Al igual que sus hijos, Giselle era una mujer curiosa.

Así que no dudó en aceptar, encantada.

—Sí, eso sería fantástico. En cuanto Steve venga del trabajo y los niños del instituto les daré la noticia, se pondrán muy contentos —afirmó, con un entusiasmo que, de haber sido otras las circunstancias, habría contagiado también a Annika.

Lo cierto era que casi le daba pena mentirle de aquella manera. Casi.

—Excelente, será un placer recibirlos. Hasta entonces — se despidió.

Pudo sentir cómo Nikolai contenía una sonrisa cargada de ironía ante aquellas palabras, pero se mantuvo imperturbable. Era una suerte que hubiera aprendido a disimular tan bien durante toda su vida.

Así que ambos salieron de la casa de los Williams con una sonrisa de oreja a oreja, como si la velada de la noche fuera lo que más les apeteciera en el mundo, cuando en realidad lo único que querían era que toda aquella farsa terminara y que así todo el mundo dejara de estar tan pendiente de cada paso que daban. Era lo último que les convenía.

La puerta se cerró, no sin antes traer consigo el murmullo de la cordial despedida de su vecina, que les aseguró que a las ocho en punto la familia al completo estaría llamando a su puerta.

La primera parte del plan había salido tal y como esperaban, ahora solo quedaba la segunda. Y de Lev dependía en gran medida el éxito o el fracaso de esa noche. Más le valía cumplir con su parte del trato.

Sin embargo, antes de adentrarse en su propia casa mientras paseaban por la nieve, ambos cruzaron una mirada cómplice y, tras comprobar con un rápido vistazo que nadie anduviera cerca, Annika dijo:

—¿Te has fijado en cómo intentaba disimular que había llorado? — inquirió, tan perceptiva como siempre. Nikolai asintió, haciéndole ver que ese hecho tampoco le había pasado desapercibido. —Parece que los Williams no son la familia perfecta que se empeñan en aparentar frente a todos.

Y ciertamente ellos pensaban desenmascarar todos sus secretos. Pero cada cosa a su tiempo.



Cuando Steve llegó con los niños la comida ya llevaba largo rato enfriándose sobre la mesa.

Giselle estaba de mal humor y cansada, Steve ansioso por la cena de la noche y la posibilidad que le ofrecía de conocer a la nueva vecina. Tenía tantas ganas de probarla...

Por su parte, Alex y Jayden todavía seguían con el ánimo sombrío tras el fracaso absoluto de su plan y las impredecibles consecuencias que lo sucedido podría acarrearles.

Tenían que estar preparados para todo.

Una vez se hubieron sentado a la mesa, Giselle los informó de las novedades que había traído la visita de Annika y Nikolai.

La noticia gustó a Alex y Jayden, que vieron aquello como una invitación a indagar con más libertad en los misterios de la pareja. Claro estaba que tenían que hacerlo con mucha sutileza, por su propio bien.

—¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Las clases bien? — preguntó entonces su madre, quien quiso sacar algún tema de conversación con ellos. Siempre estaban tan abstraídos en su propio mundo que a veces los sentía tan lejos de ella...y no sabía qué hacer para remediarlo.

Jayden soltó un bufido desdeñoso antes de murmurar un seco “como siempre”. Pero Alex le dedicó una sonrisa encantadora y contestó:

—Ha ido muy bien, mamá.

—Me alegro mucho, hija — respondió una orgullosa Giselle, quien no podía estar más contenta con las sobresalientes calificaciones que ambos obtenían.

Tampoco ni un solo profesor les había dicho nada malo jamás de su actitud. Sus hijos eran muy buenos.

Tras tomar el postre, los mellizos subieron a sus habitaciones para descansar un poco —o eso fue lo que les hicieron creer a sus padres— dejándolos en el salón discutiendo, para variar.

En cuanto estuvieron a salvo de oídos indiscretos, Alex fue la primera en romper el silencio, dándole un golpecito a Jayden para que bajara las botas de su cama. Este puso los ojos en blanco, pero obedeció.

Ella caminó hasta la ventana para echar un vistazo a la casa de enfrente, pero las luces estaban apagadas y no pudo atisbar nada del interior. Y aun así...

—Estoy segura de que ocultan algo raro, Jay... por eso quitaron la cámara de esa manera y no han dicho nada al respecto, porque no les conviene — sus ojos brillaron de emoción, como ocurría siempre que se le ocurría algo —. Esta noche es nuestro momento para averiguarlo.

—La cuestión es cómo lo haremos. Debemos tener cuidado para evitar que nos descubran, otra vez — replicó él, mordiéndose las uñas en actitud indiferente.

Alex lo meditó unos instantes. Hasta que dio con la solución.

—Yo sé cómo — exclamó triunfante, con una sonrisa astuta.

Luego de eso, cerró las cortinas con rapidez para hacer partícipe a su cómplice del nuevo plan. No podían evitarlo; era superior a sus fuerzas.

Siempre les había atraído el peligro.

Si hubiera mirado antes de hacerlo tal vez se habría dado cuenta de que una sombra recortada contra los magnolios del jardín espía cada uno de sus movimientos con el sigilo de una pantera.



—¿Estás segura de que hemos programado bien este trasto? — indagó Nikolai, con las cejas fruncidas, receloso al ver que —a pesar de que el pollo llevaba ya más de media hora en el horno— seguía sin estar hecho.

Annika se echó a reír a carcajadas al oírlo, sin poder evitarlo, mientras dejaba a un lado su copa de vino y se limpiaba los labios elegantemente con una servilleta para no arruinar su pintalabios rojo pasión, a juego con su vestido, por supuesto.

Nikolai estaba intentando reprimirse para no saltar sobre ella y arrancárselo. Necesitaba estar dentro de ella, en ese preciso instante. Siempre estaba hermosa, pero aquella noche brillaba especialmente...el rojo siempre había resaltado su formidable belleza.

—Sí, estoy segura. Tarda una hora como mínimo, tranquilo — le explicó, divertida. Ella sabía que Nik no tenía ni idea de nada relacionado con la cocina, pero aquella noche se estaba esforzando por ayudarla.

Él asintió repetidas veces, sosteniendo en sus grandes manos un cuchillo de carnicero con el que estaba cortando unas verduras. Se había empeñado en usar ese en lugar de uno más pequeño y Annika no había podido convencerlo.

También había sugerido emplearlo para algo más que para cortar verduras...algo relacionado con Steve. Pero Annika lo había regañado, pidiéndole que intentara comportarse lo mejor posible.

—Nada de matar a nadie esta noche, Nikolai. Hablo en serio — le había dicho, muy seria. Ello le había valido un gruñido molesto de su parte por respuesta, pero al final le había dado su palabra.

Sin embargo, no pudo evitar hacer un último intento.

—Todavía puedo poner un poco de matarratas en la comida de los padres...— dejó caer, como quien no quiere la cosa.

Annika resopló, dejando a un lado su copa de vino para mirarlo con reprobación.

—Sabes que no puede ser, además también van a estar los niños — adujo, con sensatez. Nunca harían daño a unos niños. Y a los padres los necesitaban con vida si querían obtener la información que estaban buscando y los había traído hasta allí.

—Bien, repasémoslo todo — añadió, cautelosa.

No quería que se les escapara ningún detalle. Porque estaba segura de que les iban a hacer un tercer grado.

—¿Cómo nos conocimos?

Nikolai se pasó las manos por la barba, incómodo por tener que mentir. Nunca le había gustado. Pero sabía que era necesario.

—En una discoteca. Tú celebrabas el cumpleaños de una amiga y yo me quedé prendado de ti desde el primer momento. Te invité a una copa y quedamos para vernos al día siguiente. ¿Qué tal? — quiso saber cómo lo había hecho y ella asintió con aprobación.

Se acercó, poniéndole las manos en el pecho y acomodándole el cuello de la camisa. Su entrepierna comenzó a abultarse de inmediato al tenerla así de cerca.

—Estás especialmente sexy esta noche — le susurró al oído, acabando con su autocontrol en segundos. Gruñó y la aferró de las caderas hasta sentarla a horcajadas sobre la encimera; su corto vestido dándole rápido acceso al separar las piernas para él.

—¿Uno rápido?

Su voz sonó más a una súplica que a una pregunta.

Annika sonrió, tentada con la idea. La verdad era que nunca tenía suficiente de Nik. La embriagaba su rudeza, la manera de tratarla como a una mujer de verdad, no como a un objeto ni como a una muñeca sin voluntad.

—Pueden llegar en cualquier momento...— dijo, poniéndole las manos en el pecho para frenarlo cuando empezó a atacar su cuello con besos bruscos.

Aunque su voz no sonó tan firme como había pretendido.

—¿Sí? Pues que esperen— respondió él, impasible, mordisqueando el balcón de sus pechos mientras se acomodaba más entre sus piernas.

La idea no le pareció tan mal a Annika, que ya no tuvo voluntad para resistirse a las sensaciones que le provocaba y engulló sus labios en un beso entregado y pasional, echándole los brazos al cuello.

Él soltó un gruñido bajo y se dispuso a desabrocharse el cinturón, cuando el timbre de la entrada resonó, cayendo como un balde de agua fría sobre ellos.

Nikolai maldijo, con el rostro enrojecido de furia, considerando seriamente la idea de asesinar a alguien por interrumpir el momento con su mujer.

Pero Annika se recompuso antes que él, dándole unas palmaditas en el hombro y esbozando esa sonrisa tan peligrosa y atractiva que lo volvía loco antes de retocar su pelo y su maquillaje, alisarse el vestido y abrir la puerta para recibir a sus invitados como lo haría toda una reina en su palacio.

No en vano, podría haber sido una reina de la *Bratva*.

Pero esa nunca fue la vida que quiso llevar, ni por descontado en la que Nikolai habría deseado verla. La mafia corrompía a las personas. Y su padre era un animal ponzoñoso al que solo lamentaba no haber podido despedazar con sus propias manos hacía muchos años.

No era el mejor momento para pensar en aquello, pues los Williams acababan de llegar y a él no le iba a quedar más remedio que hacer su papel lo mejor que pudiera. Solo había una razón por la que se había prestado a ese juego: Annika.

Ella siempre buscando una alternativa a la violencia.

Intentó ensayar una sonrisa, aunque se quedó en una mueca un tanto rocambolesca por lo forzada que le había salido. Pero era eso lo único que podía ofrecer.

—Buenas noches, pasad por favor, no os quedéis ahí — oyó que los invitaba Annika. Acto seguido se aclaró la garganta y lo llamó para que acudiera a recibirlos junto a ella.

Fastidiado, dejó el cuchillo sobre la encimera con más brusquedad de la necesaria y se encaminó hacia el vestíbulo pensando que cuanto antes se moviera, antes podrían acabar con aquella pantomima.

—Buenas noches — murmuró, seco. Acababan de llegar y ya le incomodaba la manera en que los observaban, con demasiada intensidad...como analizándolos.

Eso no ayudaba a su mente siempre paranoica. Necesitaba un trago, ahora mismo.

La hija especialmente tenía la mirada fija en él sin apenas parpadear, la admiración patente en cada uno de sus rasgos. Genial, una adolescente obsesionada. ¿Podía haber algo peor que eso?

Por supuesto, que el hijo lo mirara con recelo, la madre con curiosidad y el padre con... despotismo. A quien prácticamente se estaba comiendo con los ojos era a Annika. Ese maldito bastardo...ni siquiera porque su mujer estuviera delante de sus narices se cortaba. Le entraron ganas de seccionarle la yugular.

Pero, por suerte, se contuvo.

—Annika, querida, estás radiante — le dedicó un cumplido Giselle, mientras le daba un pequeño abrazo que tomó desprevenida a su mujer. Pero enseguida correspondió con el mismo entusiasmo.

—Oh, gracias Giselle, tú también luces espectacular — apuntó, atentamente.

Todo el mundo sonreía. Nikolai tenía ganas de vomitar.

—No puedo estar más de acuerdo con mi esposa — intervino Steve. ¿Acababa de besarle la mano? Maldito hijo de...— no nos han presentado formalmente, soy Steve Williams, es un placer conocerte — murmuró, mirándola como un baboso.

Nikolai se cuadró de hombros, fulminándolo con la mirada. Ese tipo estaba comenzando

a enfurecerlo y eso no era nada bueno para él. No tendría el menor reparo en matarlo.

Giselle, los chicos y hasta la propia Annika parecían incómodos.

—Yo soy Alex — se adelantó entonces la hija, que vestía un bonito y voluptuoso vestido negro de seda. Su largo pelo negro le caía por la espalda y por un segundo, mientras abrazaba a Annika, le dedicó una mirada burlona por encima del hombro a Nikolai, como si le hubiera estado leyendo la mente y supiera exactamente los instintos asesinos que lo habían poseído al ver a ese repugnante hombre tocar a Annika.

—Es un placer conocerte, Alex. Eres preciosa — le dijo Annika, estrechándola ligeramente antes de soltarla.

Luego llegó el turno de Jayden, quien extendió la mano en su dirección y le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Mi hijo Jayden; es un poco callado, pero se alegra mucho de conoceros — intervino Giselle, sin poder evitarlo.

—Sé hablar, mamá —se burló él, sin molestarse por la intromisión de la mujer —, mucho gusto.

Poco más pudo apreciar, porque Alex apareció frente a él, estudiándolo con curiosidad antes de extenderle la mano y, aprovechando que todo el mundo estaba distraído, le susurró:

—Tranquilo Nikolai, hasta yo tengo ganas de pegar al pesado de mi padre a veces — acto seguido le guiñó el ojo y se quedó mirándolo fijamente, como si estuviera esperando a que él dijera o hiciera algo, no tenía ni idea de qué.

Pero lo que había dicho le gustó, así que tiró de sus comisuras hasta formar lo más parecido a una sonrisa y asintió. No obstante, no dijo nada. Realmente no hizo falta.

Esa chica era extraña.

Jayden se limitó a dedicarle un gesto de cabeza a modo de saludo, al que él correspondió.

El momento más tenso vino cuando, ya una vez que Annika los hubo invitado a pasar al comedor para que se pusieran cómodos, Steve lo detuvo en el corredor, antes de que pudiera abrirse paso en la estancia.

Tenía la mano extendida y lo miraba con una sonrisa petulante en el rostro que le provocó unas ganas casi irrefrenables de amputarle la extremidad con su hacha.

—Una gran mujer, amigo — comentó, todavía con la mano extendida. Nikolai apretó la mandíbula y se la estrechó, empleando solo una parte de su fuerza en el contacto. No toda la que tenía ganas de usar, desde luego, pero sí la suficiente como para que el mensaje que quería transmitir quedara claro.

Discretamente, el hombre se soltó del agarre de hierro del ruso. Pero si pensaba que eso le cerraría la boca, Nikolai se llevó una gran desilusión al ver que no funcionó.

—¿Lleváis mucho tiempo casados? —preguntó, con descaro. Él apretó los puños, lanzándole dagas con la mirada.

—El suficiente como para que ninguno tenga dudas de que estamos hechos el uno para el otro — espetó, antes de apartarlo para que lo dejara pasar hacia el comedor.

Todavía pudo apreciar su sonrisa burlona en la distancia y al abrir los puños no le sorprendió hallar unos rastros sanguinolentos en ellos. Contenerse fue de las cosas más difíciles que había hecho en su vida.

Ocupó su lugar a la cabecera junto a Annika, quien fue hacia la cocina para sacar el pollo y que se enfriara, además de empezar a sacar los aperitivos que ambos habían estado preparando antes de la llegada de los Williams.

Giselle intentó sacar tema de conversación una vez que todos estuvieron sentados a la

mesa, devorando los primeros entrantes que, según todos aseguraron, estaban de muerte. Nikolai apenas podía probar bocado, pero lo hizo para no llamar la atención. Debía disimular...

—¿Y contadnos, cómo lleváis el haberos mudado a un lugar tan recóndito, desde un sitio tan lejano como Rusia? Ha debido de ser un cambio muy drástico para vosotros — quiso saber Gisselle, poniéndolos un poco nerviosos a ambos por la incredulidad que se adivinaba en su voz y que parecían compartir todos los miembros de su familia.

—Nos apetecía cambiar de aires y después de lo que le sucedió a nuestro familiar... supimos que era el lugar indicado — contestó Annika, sin perder la compostura, mientras daba un sorbo a su copa de vino y se mostraba ligeramente apenada. Funcionó, aunque Giselle seguía teniendo sus preguntas, cómo no.

—Entiendo, debió ser duro...debíais de quererlo mucho para dejar atrás toda vuestra vida...

La tensión era palpable en el ambiente, pero lograron disimularla con sonrisas prefabricadas y asentimientos de cabeza. Nikolai no pudo morderse la lengua. Siempre había odiado a la gente que emitía juicios sin conocer a los demás y, aunque Giselle no parecía malintencionada, él era desconfiado por naturaleza. Se puso a la defensiva.

—Por la familia se comete cualquier sacrificio — aseveró, clavándose las uñas en los muslos por debajo de la mesa para mantener a raya sus impulsos. Hasta Annika dejó a un lado su copa para mirarlo de soslayo, aunque la sonrisa falsa no había desaparecido de su rostro.

Supo que tal vez se había excedido, pero ya era tarde para rectificar. Era por eso que prefería el silencio, siempre que hablaba resultaba demasiado brusco, casi crudo...y la gente normal no estaba acostumbrada a eso.

Por unos angustiosos segundos, nadie dijo nada. Se limitaron a mirarse unos a otros a medida que el ambiente se enrarecía. Supo entonces que no habían sido solo sus palabras, sino el tono y la expresión con que las había pronunciado. Implicaban mucho más...

Ya estaba reconsiderando la idea del matarratas cuando, sin previo aviso, la luz de todo el vecindario se fue, dejándolos sumidos en la más absoluta oscuridad.

10.

Durante los primeros segundos que sucedieron al apagón, nadie reaccionó; tal vez por lo sorpresivo que había resultado; tal vez porque las siniestras palabras de Nikolai todavía resonaban en el ambiente enrarecido que ahora se respiraba en la cabaña del difunto señor Prescott.

El caso fue que todos respiraron aliviados cuando al fin Annika se puso en pie, tras murmurar una disculpa, asegurando que debía ser la tormenta que se había levantado hacía unos minutos en el pueblo.

Alex y Jayden no estaban tan convencidos, pero prefirieron guardarse sus impresiones para sí y permanecieron en silencio, a la espera de ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Al final fue Nikolai quien se puso en pie y, sin mediar palabra, se perdió por el pasillo para —según les explicó Annika, intentando tranquilizarlos— buscar una linterna.

—No hay de qué preocuparse, seguro que vuelve pronto —añadió la joven, al tiempo en que Nikolai se marchaba, para tratar de distender el ambiente enrarecido que se había formado.

Pareció funcionar porque los Williams sonrieron cortésmente y asintieron, lo que la alivió profundamente, ya que lo último que convenía a sus planes era que empezaran a ponerse en alerta.

Giselle comentó algo acerca de que a ellos les sucedía prácticamente todos los inviernos debido a la crudeza del tiempo en la altitud a la que se encontraban. Asintió, forzándose a mostrarse comprensiva.

Esperaba que al menos tener que pasar por todo aquello sirviera de algo...más le valía a Lev que la maniobra de distracción que había orquestado funcionara y encontrara lo que había ido a buscar...a casa de los Williams.

Después de todo, la idea que había tenido ella de invitarlos a su propia casa con la esperanza de alejarlos de allí era la que había permitido que pudieran reformular el plan con éxito. Se sintió satisfecha de sí misma de pronto, poderosa.

Tanto así que tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no dejar traslucir ni el más mínimo gesto de victoria en sus rasgos, consciente de que una perspicaz Alex la observaba sin perder detalle desde el otro lado de la mesa.

Annika sabía qué era lo que se proponía y lejos de molestarle, alababa su inteligencia. Desde el principio se había dado cuenta de que, tanto ella como su mellizo, no eran dos adolescentes de quince años comunes y corrientes.

Y un sexto sentido le decía que ni siquiera ellos mismos sabían a ciencia cierta el cariz de su verdadera naturaleza.

Con sus labios pintados de carmín, se llevó la copa de vino a los labios, regodeándose ante la expresión de baboso que compuso Steve al notarlo, cuando el reflejo de la luna que se filtraba a través de la ventana incidió en los delicados rasgos de la rusa.

Él ansiaba a esa mujer de un modo enfermizo. Y no descansaría hasta tomarla...ni siquiera le importaba que el salvaje de su marido prácticamente lo hubiera amenazado en el vestíbulo, cuando se habían quedado a solas.

La lujuria le nublabla el juicio por completo. Ese troglodita estúpido no se merecía a una

mujer tan succulenta como esa; él sí.

Por su parte, Jayden estaba comenzando a aburrirse sobremanera. No es que no tuviera su punto de interesante haber podido espiar “al enemigo” en su propia casa...pero sinceramente hasta el momento todo le estaba pareciendo de lo más anodino. A simple vista, nada había en las actitudes de los anfitriones que despertara su recelo.

Y, sin embargo...

Algo en su sexto sentido le advertía de que aquella hospitalidad parecía demasiado forzada como para ser real.

Así que se mantuvo a la expectativa, esperando que en cualquier momento sucediera algo que diera al traste con aquella calma impostada que se respiraba en el ambiente.

Annika y su madre se esforzaban por amenizar la espera manteniendo una banal conversación en la que Alex tuvo que ser partícipe casi a regañadientes para disimular su hastío.

Él hizo lo propio en dos contadas ocasiones y reprimió las ganas de poner los ojos en blanco ante el obvio intento de su padre por adular a Annika de maneras poco encubiertas delante de Giselle. Incluso se ofreció a echarle una mano con la reparación de la caldera. Como si entendiera de fontanería...

Patético.

Lo sorprendente fue que ella se mostró complacida con la idea y accedió, alegando que seguramente a Nikolai le vendría bien una ayuda con eso.

Y hablando del aludido, no tardó en aparecer portando una linterna que, al incidir el reflejo de la misma en sus duras facciones, le daba una apariencia bastante tétrica en la penumbra de la estancia todavía a oscuras.

Alex y él habrían encendido las suyas, pero entonces no habría sido tan divertido. Porque apostaban a que si no se hubiera ido, su padre no le habría hecho a Annika esa oferta. Así como tampoco se habría atrevido a acariciarle el muslo por debajo de la mesa cuando creyó que ninguno de los tres se percataba de nada.

Solo Giselle permaneció en la ignorancia, como de costumbre.

Tanto Alex como él fingieron, un arte en el que ya eran maestros.

—Bueno, con esto podremos terminar de cenar algo más cómodamente — dijo Nikolai, circunspecto, tras tomar asiento junto a su esposa y darle un rápido pero intenso beso en los labios que hizo mirar disimuladamente hacia otro lado a Steve, para encanto de ambos hermanos.

—Siento mucho que nos hayamos quedado sin luz, no entiendo que ha podido pasar— se disculpó Annika, tras refrescarse los labios con un sorbo de vino.

Aunque sí tenía una ligera idea y solo esperaba que todo estuviera saliendo a pedir de boca.

—Bueno, tenéis unos hijos encantadores —les dijo a los Williams, para ganar tiempo y de paso seguir indagando con disimulo. —Sois muy afortunados.

—Oh, gracias —contestó Giselle, visiblemente emocionada. Hablar de sus hijos siempre sacaba a relucir su lado más sensible. —Ellos son lo más importante de nuestras vidas. Cuando llegaron...lo cambiaron todo. Yo acababa de pasar por un aborto y...estaba siendo realmente duro.

Asintió, parpadeando para retener las lágrimas y así recomponerse. Annika la miraba con una empatía abrumadora, como si entendiera su sufrimiento.

Quiso tomar sus manos entre las de ella, pero se contuvo.

—Cariño, no debes hablar de eso. Sabes que no te hace bien —intervino Steve y Annika percibió que había una velada advertencia en su tono, como si quisiera silenciarla.

Giselle asintió mecánicamente y sonrió, un poco demasiado alegre de pronto.

Incluso Alex y Jayden fruncieron el ceño, extrañados. Nunca habían oído aquella historia, ni tenían idea de aquello.

Qué raro...

—Sí, tienes razón. ¿Y vosotros? Sé que sois jóvenes todavía, ¿pero os gustaría tener hijos?

Annika palideció al oír aquello y tuvo que buscar la mirada de Nikolai para tranquilizarse.

Mantener la compostura ante aquel tema tan delicado le costaba, así que su respuesta demoró en llegar más de lo que le habría gustado.

—Bueno...la verdad es que no hemos pensado...

Sin embargo, no pudo terminar la frase, porque el restallido de tres golpes sobre la madera de la puerta resonó en la quietud de la noche.

Todos dieron un respingo, sorprendidos.

Los anfitriones intercambiaron una mirada de desconcierto.

¿Quién podía ser a esas horas de la noche, con la tormenta que estaba cayendo ahí fuera?

Con desgana, Nikolai se levantó para abrir y así salir de dudas.

—Quizá sea alguien que se ha perdido y necesita indicaciones...— aventuró Annika, aunque lucía insegura.

—Es probable que se trate de eso, aquí no vienen muchos forasteros, pero en temporada alta los que lo hacen quieren esquiar en nuestras montañas — explicó Giselle, esbozando una sonrisa tímida que su interlocutora le devolvió

Jayden se preguntó si era el único que podía notar el rictus de tensión en sus labios pintados de carmín, así como el levísimo temblor que sacudió su mano derecha al ir a tomar un aperitivo de la mesa.

Luego vio ese brillo de triunfo contenido en los ojos de Alex y supo que no era el único en absoluto. Su hermanita era una buena rival.

Y entonces lo vieron.

Un desconocido acababa de irrumpir en la estancia como si se hallara en su propia casa.

Los ojos de Annika se abrieron de par en par a causa de la sorpresa y a punto estuvo de derramar su copa sobre el mantel. Pero, por fortuna, se recompuso a tiempo de esbozar una sonrisa de alegría, como cuando ves a alguien con quien hace tiempo que no tienes contacto.

—Buenas noches, lamento interrumpir. El tráfico está horrible y ha sido un largo viaje. Te he extrañado, hermano.

Una voz sedosa y amable, francamente cautivadora.

Todos a una se volvieron para detallar al hombre joven y extremadamente apuesto, cuya presencia parecía tan intrigante como carismática, que acababa de cruzar el umbral y les regalaba a todos una sonrisa que a Jayden se le antojó tan astuta como ensayada.

El más impresionado parecía ser Nikolai, quien solo atinó a pronunciar el nombre del recién llegado como si fuera un espejismo.

—Lev. No te esperábamos...tan pronto.

Nadie más que Annika podía saber aquello, pero Nikolai se esforzaba al máximo por controlar la ira que manaba de su cuerpo en oleadas ante lo que acababa de hacer Lev.

Ese no era el plan.

¿Qué diablos estaba haciendo su hermano?

11.

Hospital psiquiátrico ilegal de Moscú, emplazamiento desconocido, meses antes.

Sus vidas dependían de que la misión que tenían entre manos se llevara a cabo con éxito.

No sería fácil, pero estaban habituados al riesgo. Y nada ni nadie les impediría cumplir su objetivo.

Había llegado el momento de actuar.

Sabían que tarde o temprano tendrían que hacerlo.

No importaba el riesgo, las circunstancias habían cambiado y debían adaptarse.

Así era aquello.

Annika sabía lo importante que era para Nikolai, tenía que cumplir su promesa.

Y apoyarlo era lo menos que podía hacer después de todo lo que él había sacrificado en su nombre.

Aún no terminaba de creerlo.

Pero era real, lo más real que seguramente había tenido nunca en su vida.

Y, aunque no sabía cómo demostrarlo con palabras, sus hechos hablarían por ella.

A fin de cuentas, como él había dicho, estaban juntos en aquella locura.

Le echó un vistazo de soslayo.

Lucía seguro al volante, listo para la ardua tarea que tenían entre manos.

Sabía lo que hacía, ambos habían dedicado mucho tiempo a trazar aquel plan al milímetro.

Tenían vigiladas las entradas y salidas y habían estudiado al detalle el horario del personal.

Eran conscientes de que tenían que ser más rápidos y sigilosos que nunca y aun así, las probabilidades de tener que provocar un derramamiento de sangre eran altas. Demasiado altas.

Eso les daba un margen de escape mucho menor antes de que dieran la voz de alarma... que llegaría directamente hasta Mijaíl Kozlov.

Si para entonces no habían logrado salir pitando de allí era que ya no saldrían, así de sencillo.

Ambos lo tenían más que asumido y aun así no iban a echarse atrás.

Si querían que el plan saliera bien - aquella misión era indispensable – entonces tenían que contárselo.

Lo necesitaban.

—¿Te acuerdas del plan B? — musitó Nikolai entonces, con voz fría, sin apartar la vista de la carretera.

—Sí, sé exactamente qué tengo que hacer. Descuida — lo tranquilizó ella, sonriendo para infundirle ánimos. Estaba demasiado serio y arisco, señal inequívoca de que la preocupación lo devoraba.

—Bien, porque esta vez tienes que ser más guerrera que nunca. Si alguien es una amenaza, dispárale a la cabeza y no mires atrás.

—No me tiembla el pulso, Nik, calma. Tú no estás así de tenso por mí, reconócelo — lo tomó del mentón para obligarlo a mirarla y vio, en sus ojos profundos e insondables que poseían

la gelidez y la belleza mortífera del hielo, aquello que en verdad lo atormentaba.

Él respiró hondo para mantener sus emociones a raya. Una, dos y hasta tres veces. Le sostuvo las manos con lo más parecido al afecto que conocía y lo soltó, aquello que le desgarraba el pecho hasta perforarle el corazón lentamente como una bala a quemarropa. La culpa.

—Si le han hecho un daño irreparable...no me haré responsable de la masacre que provocaré. Si durante estos años lo han...

No se dio cuenta de que se había destrozado las palmas por la fuerza con que apretaba los puños hasta que Annika lo acalló, obligándolo a relajar las manos y limpiándole la herida con la lengua.

Pasó de cero a cien en un segundo, cuesta abajo y sin frenos.

Él ya estaba jodido en su cabeza, pero ella hacía algo...algo que conseguía llevarlo a extremos oscuros e inimaginables, tanto como malditamente excitantes.

—Joder, juro que si no te detienes te follaré aquí y mandaré a la mierda la misión. ¿Entiendes eso? — siseó, con un bulto más que generoso en su entrepierna que hizo reír a la rusa.

—Me encantaría que lo hicieras — aseguró, con ese aire regio y provocativo que la caracterizaba —. Pero sabes que lo que tenemos entre manos es más importante y no puede esperar. Luego, Nik, luego me follarás hasta hartarte.

Con esos labios pintados de carmín y esa sonrisa coqueta y arrebatadora parecía una maldita diosa capaz de hacer que el mundo se rindiera a sus pies.

Y él lo haría, sin pensarlo lo haría.

Porque era su valquiria y él su vikingo...y juntos podían destruir el mundo si se lo proponían.

—¿Hora? — demandó, ya más calmado.

—Las tres cuarenta y cinco — le informó ella, atándose el largo pelo en una intrincada trenza para que no le quitara libertad de movimientos.

Nikolai asintió, conforme.

Era el momento de actuar.



El primer celador cayó redondo sobre el césped cuando Annika lo puso a dormir presionando ese punto sensible sobre su cuello.

Tenían exactamente cinco segundos de ventaja antes de toparse con el siguiente.

Con ese objetivo fuera de juego, se dividieron.

Ella se encargaría de la entrada trasera, mientras que él haría lo propio con la delantera. La de mayor riesgo, porque poseía con una vigilancia mayor.

Ya contaba con ello.

Él prefirió la fuerza bruta, sacándose del camino a los siete hombres que se le atravesaron en el camino sin apenas esfuerzo. Fue silencioso.

Annika, en cambio, decidió usar la estrategia. Era su punto fuerte, después de todo.

Fingió ser una pobre mujer desorientada que necesitaba asistencia y cuando quisieron llevarla dentro para examinarla —una vil mentira, pues en las miradas lascivas de los celadores se leían sus verdaderas intenciones— se libró de ellos con una maestría envidiable.

Cuando puso a dormir al último, escuchó la voz de Nikolai a través del

intercomunicador, haciéndole saber que estaba dentro.

No lo había dudado ni por un segundo.

—Yo también estoy dentro, procedemos según lo acordado — confirmó, sin poder contener una sonrisa triunfal.

Sin embargo, todavía quedaba la parte más complicada. Así que no podía bajar la guardia.

Nada más franquear la puerta trasera, atisbó su robusta figura haciéndole señas para que entrara en el cuarto de la lavandería.

Debían disfrazarse con los uniformes del personal si querían pasar desapercibidos ante todo aquel que se toparan.

Además, necesitaban la tarjeta de acceso a la habitación restringida. Lo cual iba a ser un poco más difícil, pero no imposible.

—¿Lista? —inquirió él, guardando sus armas en el bolsillo del pantalón blanco de enfermero con una mueca de excitación ante la matanza que se aproximaba.

Ella no se lo pensó un segundo antes de asentir.

—Más que lista, cariño — afirmó, dedicándole una sonrisa provocativa y tomando la delantera al atravesar las dobles puertas de la planta.

Tenían trabajo por hacer. Pero con ellos el trabajo y el placer iban de la mano.

Contrariamente a lo que la gente solía pensar, era más divertido así.

Ella sonreía cada vez que se cruzaban con alguien, mientras que él mantenía la mueca seria e inexpresiva. Algunos se los quedaban mirando un poco más tiempo del debido, extrañados. Seguramente estarían pensando que no les sonaban sus caras, hasta que se les ocurriera que debían de ser nuevos. Y la satisfacción los embargaba al caminar con total inmunidad entre las paredes de aquel psiquiátrico que tanto les había arrebatado.

—Buenas noches, buscamos al doctor Novikov. ¿Saben dónde se encuentra? — le preguntó Annika a una pareja de enfermeros que llevaban consigo la camilla donde un paciente yacía inmovilizado con unas cadenas y sumido en los efectos de la droga. Ese hombre se veía tan mal que la sangre de Nikolai se rebulló al verlo y ella tuvo que tomarlo de la mano con disimulo para calmarlo.

Ambos sabían de los métodos de ese maldito de Novikov, que trabajaba para Mijaíl Kozlov, y no eran nada ortodoxos.

Por eso querían llegar cuanto antes a su objetivo, les preocupaba sobremanera el estado en que él pudiera hallarse siendo el paciente más peligroso del lugar.

Estaba claro que no lo estarían tratando con amabilidad, precisamente. Pero si el daño era irreversible, entonces todos podían cuidarse de la ira de Nikolai. Porque no tendría límites.

—Sí, está en su despacho — contestó la mujer, sin prestarles mucha atención y con un tono seco.

—Gracias — replicó ella, conteniendo a duras penas la sonrisa que pugnaba por asomar a su rostro.

Lo tenían.

«Ha llegado tu hora, bastardo». Pensó Nikolai, sediento de sangre.

El despacho del doctor Novikov estaba situado en la segunda planta, donde tenían a los pacientes más conflictivos. Y donde estaba él.

—Espera fuera a menos que yo te lo pida — le ordenó él, tan serio que aunque quiso replicarle supo que no cedería. Así que asintió. No pensaba obedecer, pero eso era algo que él no tenía por qué saber.

Desde el interior, le llegó el jadeo de sorpresa del doctor cuando Nikolai lo encañonó con su arma y, con voz gutural y amenazante, le espetó:

—¿Creías que no vendría, hijo de puta? Soy tu peor pesadilla y estoy aquí para cobrártelas todas, así que si no quieres que te torture como al perro que eres llévame con mi hermano.

El doctor estuvo a punto de orinarse en los pantalones y levantó las manos.

—Está bien...tranquilo, haré lo que me pides pero no me mates...— suplicó, acobardado.

—Camina — ordenó, sin dejar de apuntarlo.

El hombre obedeció, sabía que de eso dependía su vida.

Annika se ocultó de la vista mientras salían del despacho, con Nikolai tras el doctor y presionando el cañón de su Sig Sauer en la cabeza de este.

Cuando ella salió de entre las sombras instándolo a guardar silencio al llevarse una mano a los labios, sus ojos se abrieron de par en par para demostrarle que la había reconocido.

No iba a vivir mucho, de todas formas.

Con manos temblorosas, el doctor Novikov pulsó el botón del ascensor que los conduciría hasta su destino: la habitación del pánico.

Allí estaba él.

Nikolai tensionó la mano con que apretaba su arma y Annika envolvió sus dedos alrededor de su otra mano, para que se relajara. Todavía necesitaban a ese bastardo.

—Abre la cámara — exigió, controlando apenas la voz al notar el ambiente gélido que se respiraba ahí dentro. Su hermano podía estar congelándose, maldita sea.

—No saldréis vivos de aquí — amenazó el doctor, con un brillo maligno en la mirada. Y se sacó una jeringa del bolsillo con intenciones de clavársela. Sin embargo, Nikolai fue más rápido y lo golpeó con la culata en la cabeza, no lo bastante fuerte como para dejarlo sin sentido, pero sí para que le sirviera de advertencia. No habría otra.

—Eres tú quien no saldrá vivo de aquí, así que abre esa maldita puerta de una vez o te vuelo la tapa de los sesos, tú decides — masculló, con un tono que daba escalofríos. Algo en el interior de Annika se encendió al oírlo así.

Sin tener otra opción, Novikov lo hizo.

La estancia estaba en penumbra. Las luces semifundidas titilaban en el techo, dándole al ambiente una apariencia lóbrega e insana.

Y allí, con una camisa de fuerza y un bozal, estaba Lev...inerte sobre la cama.

Dejando a Annika vigilando al doctor, Nikolai rugió de ira y corrió a soltarlo.

Tuvo que darle un par de bofetadas suaves para que reaccionara de lo atontado que estaba por las drogas que le habían suministrado. Verlo así le dio ganas de provocar una masacre todavía mayor.

Incluso Annika estaba impresionada.

No se dio cuenta de que Novikov pedía refuerzos hasta que el interruptor de emergencias siendo presionado resonó, despertando a la bestia dentro de Nikolai, que le disparó en una pierna y se deleitó cuando la sangre empezó a brotar y los gritos agónicos del hombre retumbaron en la cámara acorazada.

—Un minuto — le dijo a Annika, para que se preparara. Y ella asintió, dejando que los hermanos se ocuparan del doctor.

—Nik...— murmuró Lev, con la sorpresa y el delirio reluciendo en sus pupilas siniestras. Poco a poco, se iba espabilando y sus instintos asesinos emergieron bruscamente a la superficie.

—Te dije que vendría, hermano. Ahora vamos a acabar con la basura juntos — aseguró, tendiéndole un cuchillo al tiempo que el dejaba a un lado su pistola para enarbolar el hacha que siempre llevaba consigo.

Herido y acorralado, Novikov gritó de terror. Pero nada pudo hacer por evitar su destino.

—Hola doctor, parece que es hora de recibir su tratamiento — susurró Lev, con la voz rebosante de crueldad.

Al fin, tras tantos años encerrado, había llegado su momento. Nikolai había ido a por él. Tal y como le prometió.

—No, no, no... ¡por favor! — imploró el doctor, al borde del llanto —. Puedo...puedo ayudarlos a llegar hasta Mijaíl, pero dejadme vivir. Os lo ruego.

Los tres rieron, aun con Annika atareada acribillando a balas a todo el que entraba. Tenía el silenciador puesto, pero sabía que era cuestión de tiempo que alguien llegara hasta ellos por la alarma de emergencia y debían salir de allí pronto.

—Tranquilo, que para él ya tenemos reservado algo muy especial — canturreó Nikolai, haciéndole un corte en la mejilla con rudeza.

—Exacto, ahora es tu turno — confirmó Lev, clavándole su cuchillo en el vientre con saña.

Para cuando hubieron terminado con él, su cadáver yacía descuartizado en el suelo y Lev no dejaba de reír, proclamando lo mucho que había echado de menos aquello.

Ahora los dos estaban cubiertos de sangre. Debían cambiarse con urgencia y huir, antes de que alguien diera la voz de alarma.

—Siempre es un placer verte, babochka —le dijo entonces a una atónita Annika, que todavía no podía sacarse de la cabeza la violenta imagen de él apuñalando salvajemente a aquel hombre.

Se fijó en él con más detalle. Había adelgazado desde la última vez que se vieron, hacía ya tanto tiempo...pero también había ganado mucho músculo. Su rostro seguía siendo igual de atractivo; con esos ojos avellana tan sagaces, como de halcón, esas cejas pobladas que enmarcaban un rostro anguloso y perfilado y el pelo negro y rebelde. Sin embargo, se había dejado crecer la barba. Antes lo odiaba. Aparte de eso, aparentemente era el mismo hombre que recordaba. Pero por dentro, parecía haber cambiado a peor. Lo cual ya era un logro, porque siempre supo que era cruel, sádico y despiadado.

—Vámonos — clamó Nikolai, volviendo en sí poco a poco. Algo así siempre causaba estragos en él y necesitaba unos minutos para tranquilizarse o acabaría saliendo a la calle y matando al primero que viera solo por diversión. Y ese era Lev, no él.

Estaba allí para cumplir su promesa, sí, pero también porque lo necesitaban.

Como si le leyera la mente, él inquirió, sin dejar de moverse a toda prisa para guiarlos hacia la salida.

—Bueno, no es por aguar la fiesta, me encanta tener mi libertad pero, ¿qué tenéis planeado?

Annika sonrió. No había cambiado nada.

—Ya te lo contaremos por el camino, nos esperan bastantes horas de viaje — intervino, ansiosa.

Ahora sí, el verdadero plan estaba en marcha.

Ya faltaba poco para conseguir lo que tanto anhelaba.

12.

A Lev le gustaba matar.

Había sentido esa necesidad casi febril por segar vidas humanas casi desde que tenía uso de razón. Solo que en sus primeros años de vida, antes de la tragedia, había logrado reprimirlo gracias a la ayuda de sus padres.

Sin embargo, presenciar la forma tan brutal en que fueron asesinados delante de él, terminó de matar lo único bueno que había en su interior.

Ni siquiera tuvieron la decencia de enterrarlos. Prendieron fuego a sus cuerpos y los obligaron a presenciar cómo ardían. Por más que gritaron y forcejaron, tratando de impedirlo; fue inútil.

Luego, los sedaron para mantenerlos bajo control y los llevaron a la jaula. Así bautizaron al lugar donde llevaban a todos los niños que reclutaban de la calle para encerrarlos e instruirlos, convirtiéndolos en sicarios sin emociones.

Los mandaban a hacer pequeños encargos para la mafia, normalmente robos o ajusticiamientos, nada demasiado complicado.

Salió de allí a los quince, antes que ninguno de sus compañeros. Y es que al Pakhan le había llamado la atención su naturaleza violenta.

Lev mataba o torturaba sin que se lo ordenaran, incluso cuando no era necesario. Lo hacía pese a saber que sería castigado por ello. Le daba igual.

Al principio pensó que el Pakhan querría deshacerse de él y estaba dispuesto a llevárselo consigo al infierno si era el caso.

Pero no; Mijaíl Kozlov había decidido que formaría parte de su más selecto grupo de sicarios, en el que ya se encontraba su hermano.

No había nadie menor de dieciocho años; él era el primero. Cuando el Pakhan quisiera hacer cantar a algún pobre diablo, él se ocuparía de torturarlo.

Al parecer, sus técnicas habían dejado boquiabierto a más de uno.

¿Qué podía decir? Le gustaba ponerse creativo.

Ese estúpido de Kozlov creía que había hecho un buen trabajo lavándoles el cerebro. Lo primero que hacían los instructores en la jaula era asegurarse de que olvidaban a su familia y les metían en la cabeza que se lo debían todo a Kozlov, que si seguían vivos era gracias a su generosidad y debían recompensarlo con sus servicios.

Con ellos no había funcionado esa mierda, porque jamás lo olvidaron. Solo fingieron que sí.

Y ahora que por fin estaba allí, más le valía a ese bastardo dormir con un ojo abierto y otro cerrado.

No tardó en divisar a Nikolai, pegado a las faldas de esa mocosa a la que tenía que vigilar.

Sí, Lev estaba al tanto de todo.

Puede que la jaula fuera un infierno en el que los obligaban a pelear y los torpedos se deshacían de los niños más débiles de formas crueles, pero también era una fuente inagotable de información.

Annika Kozlova estaba sentada en el jardín leyendo un libro y su hermano la vigilaba de

pie, a un escaso metro de distancia.

El otoño había llegado con fuerza para teñir de naranja las hojas de los árboles que decoraban el jardín y una de ellas se desprendió y cayó sobre el pelo de la joven, que dejó el libro a un lado para sacudírsela, con una sonrisa despreocupada.

Después, se distrajo al ver pasar a un par de mariposas negras y las contempló con muda admiración.

A Lev no le pasó desapercibida la suavidad en el rostro de Nikolai cuando la miraba...se fijaba en ella de un modo que jamás había visto antes.

Y eso le hizo preguntarse qué tenía aquella niña tonta de especial.

Lev quiso borrar esa sonrisa de su rostro, dañarla y corromperla hasta que no quedara ni rastro de esa ingenuidad que tanto le molestaba.

Sería divertido jugar con ella, moldearla a su antojo...

Echó un cauteloso vistazo alrededor, pero nadie rondaba cerca. Y sin pensarlo, se acercó hasta allí.

La muchacha seguía distraída y ni siquiera reparó en su presencia, pero los ojos de acero de Nikolai se clavaron en él con velada advertencia.

Se había tensado como una pantera, quizá adivinando sus oscuras intenciones.

Lev nunca había sentido deseos de dañar a su hermano, era el único que estaba a salvo de sus impulsos asesinos, pero sí que disfrutaba desafiándolo, incitándolo.

Y acababa de darse cuenta de que esa chiquilla de los ojos de hielo parecía ser su debilidad. Jamás pensó que podría tener una, para empezar.

Y si él la había encontrado digna de su interés, entonces debía tener algo de especial. Aunque quizá solo la estuviera usando en su venganza...

No pudo resistirse y atrapó a una de las mariposas entre sus manos, encerrándola en su prisión hecha de carne y huesos.

Annika alzó entonces la mirada y se topó de lleno con él. Durante unos segundos, la sorpresa se apoderó de sus bonitos rasgos y entreabrió los labios, inquieta ante el destino que pudiera sufrir la mariposa en sus garras.

Sin embargo, ese asombro duró poco y dio paso a la indignación.

—Si la sigues estrujando así, no podrá volar. Déjala libre —espetó, con una firmeza que le hizo enarcar las cejas y a Nikolai le arrancó una sonrisa de orgullo.

Por eso no había intervenido todavía; tenía curiosidad.

—¿Qué más da? Son unas criaturas demasiado frágiles. ¿Sabías que esta especie tan solo tiene un promedio de vida de treinta días? —chasqueó la lengua, con gesto desdeñoso.

El desafío brilló en las pupilas de Annika y se levantó, olvidando el libro en el banco, para enfrentarlo.

No esperaba la respuesta que le dio.

—Sí, pero son las más altivas y majestuosas. No hay que subestimarlas —replicó, dedicándole una sonrisa que lo haría replantearse muchas cosas acerca de ella.

Torciendo una mueca, la liberó y la mariposa aleteó con furia, buscando alejarse lo máximo posible de él.

Chica lista.

Annika, en cambio, no parecía estar asustada. Tan solo, curiosa.

—Eso es cierto. Dime, ¿cuál es tu nombre, babochka?

Así fue como nació el apodo de mariposa que le otorgó.

Y así se mantuvo durante todos aquellos años.



A la llegada de Lev le siguió un silencio sepulcral, como si su mera presencia advirtiera del caos que traía consigo.

Y él tenía una sonrisa ladeada en el rostro anguloso, regodeándose de las reacciones que causaba allá donde iba.

Qué bien sentaba estar libre. Entendía que lo hubieran mantenido restringido en el sótano, porque de lo contrario no sabía si habría podido controlar sus impulsos homicidas, pero si tenía que ser sincero era un alivio, porque aquel catre era horrible e incómodo.

Se fijó en los invitados, estudiándolos con minucia.

Los Williams parecían perplejos, paseando la mirada de la pareja al recién llegado y viceversa. En las miradas de Alex y Jayden predominaba el recelo, pues desconfiaban.

Sin embargo, Annika intervino para distender la incomodidad del ambiente con su encanto natural.

—Lev...no te esperábamos tan pronto.

El aludido sonrió, a sabiendas de lo mucho que le estaba costando a su hermano controlarse.

Qué divertido era tensarle la cuerda a la bestia para ver si mordía. A Lev le gustaba mucho jugar con fuego.

Inclinó la cabeza y perfiló su mentira, deleitándose con la belleza de Annika...seguía tan hermosa como siempre, el tiempo no había cambiado eso.

Él era un gran amante de la belleza, una de las pocas cosas que apreciaba y veneraba.

—Lo sé, una disculpa...sobre todo con vuestros invitados — fingió estar muy apenado y se adelantó para presentarse —. Soy Lev, el hermano menor de Nikolai. He tenido unos asuntos personales que atender, pero no podía darles la espalda en estos duros momentos de duelo. Un placer conocerles, deben de ser los vecinos.

Su gesto de satisfacción se ensanchó al comprobar con cuánta facilidad se creían sus mentiras.

Tan manipulables y crédulos...tan influenciables. Oh, qué deleite.

Había echado de menos aquello.

El juego previo antes de quebrar a sus víctimas y hacer con ellas cuanto se le antojara siempre había sido su mejor y más estimulante pasatiempo. Un pasatiempo que estaba ansioso por retomar ahora que gozaba de su libertad de nuevo. Y pensaba asegurarse de que siguiera así por mucho tiempo, a pesar de Nikolai.

—Oh, un placer conocerle, Lev — repuso la encantadora mujer, con una sonrisa afable que solo espoleó aún más las ansias de caza de Lev. Era un monstruo oculto bajo una fachada atractiva y envolvente que le bastaba y sobraba para hacer caer a sus víctimas sin tener que hacer el menor esfuerzo.

—Lo mismo digo, pero por favor tutéeme. Estamos entre amigos —repuso, dedicándole esa sonrisa irresistible mientras le estrechaba la mano con delicadeza. La mujer parpadeó un poco más de lo normal, tratando de disimular lo complacida que la había dejado el gesto.

Vaya, Steve era peor marido de lo que pensaba. Ignoró las miradas aceradas y cargadas de advertencia que le estaba dirigiendo Nikolai. Solo se estaba divirtiendo un poco.

—Steve Williams — se presentó el hombre, con un apretón seco. Ya no era tan agradable como hacía un rato cuando le ponía ojitos a Annika delante de las narices de su hermano. Para Lev seguía siendo una grata sorpresa que Nikolai hubiera podido contenerse tanto, siempre había tenido un carácter endemoniado. Especialmente cuando se metían con lo que consideraba suyo.

Lev pensó que si él fuera Steve, desde luego no cabrearía a Nik. Y también haría bien en no provocarlo a él.

Podía no resultar tan intimidante y sí más accesible, pero eso era parte del juego. Los dos habían salido del mismo infierno para vengarse por las atrocidades que habían tenido que soportar toda su vida.

Y el momento casi había llegado.

—Estos son mis hijos; Alexandra y Jayden — los presentó Giselle, percatándose de la tensión que ondeaba en el ambiente como una bandera roja a media asta.

Lev ladeó la cabeza, estudiando a los dos jóvenes sin recato.

La chica tenía una pequeña sonrisa de niña buena en los labios que no le pegaba nada y enseguida le tendió su pequeña y blanca mano.

—Puede llamarme Alex, mi familia y mis allegados lo hacen — musitó. Esa voz dulce y sedosa...sí, era justo como la había imaginado.

—Mucho gusto, Alex — respondió, todo sonrisas.

Pero lo cierto fue que los dos compartieron un lenguaje secreto aquella noche, uno que para cualquiera que no fuera un observador nato pasaría inadvertido.

Sí, era una criatura interesante.

Había tanto en sus ademanes que a Lev le resultó familiar... fue como viajar al pasado.

Cuando llegó el turno de Jayden, este se limitó a dedicarle un asentimiento indiferente con la cabeza. Parecía que no lo impresionaba mucho y eso fue una grata sorpresa.

A simple vista, cualquiera que viera a los mellizos, podría pensar que no tenían el menor parecido. Pero nada más lejos de la realidad, eran más semejantes de lo que ellos mismos pudieran llegar a sospechar.

Lev era un maestro leyendo a las personas y los Williams le dijeron todo lo que necesitaba saber, de manera inconsciente, claro.

Sus ojos conectaron un breve segundo con los de Annika y asintió, apenas un parpadeo que habría pasado inadvertido para cualquiera. Pero no para Nikolai, que tenía los músculos de los brazos en tensión.

Su mujer guardaba la compostura, pero sabía que estaba turbada.

Ahora solo faltaba el detalle final del juego.

—Siéntate Lev, terminemos de cenar. —Fue Annika quien habló, impertérrita por fuera.

Sabía lo que sus invitados veían. A una mujer elegante y recatada que ofrecía hospitalidad a su cuñado.

Pero ellos hablaban en clave. Y Nikolai estaba perdiendo su temperamento, no le gustaba que las cosas no se hicieran según lo planeado.

Sin embargo, a veces valía la pena improvisar. Y pronto los acontecimientos le darían la razón.

El resto de la velada transcurrió según lo esperado. Annika deleitó una vez más a los dos hermanos con sus extraordinarias dotes de manipulación y mentira al contar anécdotas de Nikolai y de ella enamorándose perdidamente. Cómo la llevó a los mejores espectáculos en el teatro Bolshói de Moscú, en el que Annika siempre ambicionó bailar desde muy joven —aunque su padre se encargó de quitarle esas ideas de la cabeza del peor modo posible— y lo más personal, cómo buscaron hijos todos aquellos años sin conseguirlo y cómo cuando finalmente logró quedar embarazada perdió a su bebé trágicamente.

Llegado ese momento, Annika rompió en llanto y se refugió en el regazo de un tenso Nikolai. Era tan buena que hasta los mellizos creyeron en su congoja, sin sospechar en absoluto

que mentía.

Hemos sido unos buenos maestros, ¿verdad Annika?, pensó, orgulloso.

—Oh Annika, lo siento mucho — dijo Giselle, aferrando sus manos entre las de ella en una muestra de empatía. A la rusa le costó mucho, pero finalmente logró darle una pequeña sonrisa de agradecimiento que no llegó a sus ojos.

—Gracias Giselle, eres una buena mujer.

O al menos, eso parecía.

Terminaron el postre, hablando de temas más alegres como lo excelentes que eran las notas de los mellizos, sus actividades extraescolares o lo conocidos que eran los Williams en el pueblo.

Y Annika solo podía desear internamente que se marcharan pronto, porque no podía esperar por lo que Lev tuviera que contarle. Lo cual, a juzgar por las sonrisas de medio lado que le dirigía de tanto en cuando, era bastante prometedor.

—Gracias por esta velada, la cena ha sido maravillosa y la compañía todavía más —les agradeció Giselle, nada más terminaron, desde el rellano.

—No hay de qué, es un placer para nosotros —mintió Annika, sin perder la sonrisa. Incluso Nikolai intentó estirar los labios hacia arriba, aunque le quedó en una mueca un tanto extraña. Pero parecía que los Williams ya se habían acostumbrado a su humor cáustico.

—Venid cuando queráis — invitó Lev, con descaro.

—Y ellos también pueden venir otro día ¿verdad, mamá? — intervino Alex, con fingida inocencia.

Sus ojos no se habían apartado de Annika desde que se viniera abajo en la cena y había simpatía y admiración en su mirada. Algo que puso contra las cuerdas a la rusa. Contener sus emociones nunca había sido más complicado.

—Por supuesto, os esperamos otro día —corroboraron ambos. Y la mueca lasciva de Steve hizo que Nikolai se clavara las uñas en las palmas con disimulo.

En cuanto se hubieron marchado, ella dejó escapar el aire contenido, Lev soltó un silbido bajo, con buen humor y Nikolai se giró, con los ojos incandescentes, para sujetarlo por el cuello y estamparlo contra la pared.

—¿Por qué cojones no has actuado de acuerdo al plan? Podrías haberlo mandado todo al demonio — le gruñó, a un palmo de la cara.

Lev, en cambio, se mantuvo tan sereno e inexpresivo como siempre y se lo quitó de encima con habilidad, masajeándose la tráquea.

—No me subestimes hermano, yo nunca fallo. Y tengo lo que hemos venido a buscar. Resulta que la verdad estaba delante de nuestras narices —anunció, triunfante. Los ojos de Annika se abrieron de par en par.

—Muéstramelo, Lev —imploró, sin poder contener sus ansias. Había esperado tanto por aquello...que ni siquiera le importaba cómo los había conseguido.

—Bajemos al sótano, mejor — se aseguró él, a sabiendas de cómo iba a reaccionar ella cuando leyera aquella información.

Ninguno de los dos puso objeciones y en cuanto hubieron bajado, Lev sacó una carpeta cuidadosamente del cajón y Annika ató cabos. Tuvo que haberla guardado allí cuando dijo que iba al baño. Era un genio.

Se la tendió, tan serio que le dio escalofríos. Empezaba a asustarla.

—Lo que vas a leer te hará estallar como un volcán, te lo advierto — la idea de verla perder el control no era desagradable en absoluto para Lev, quien le tendió a la joven el atizador

de la chimenea para que se desfagara.

Ella lo tomó sin vacilar y su respiración se hizo más pesada a medida que sus ojos repasaban el contenido de los papeles.

—Cierra la puerta, Nikolai — le encomendó Lev, al ver cómo las manos de Annika temblaban y su pecho oscilaba violentamente. Le quitó los papeles de las manos antes de que los hiciera pedazos, cegada por la ira. Tenía que devolverlos a su lugar.

Luego se apartó de su camino. El fuego que ardía en sus ojos podría haber puesto de rodillas hasta al hombre más valiente y el alarido en carne viva que emitió habría rasgado en dos la noche de no ser por las paredes insonorizadas.

Enloquecida, arremetió con lo primero que se le puso al frente, golpeando con el atizador todos los objetos que reposaban sobre la mesa. El estruendo de los cristales haciéndose añicos pareció enfurecerla todavía más, porque acabó volcando la mesa con una sola mano, gritando para dejarlo salir todo.

Respiraba desbocada cuando asestó un fortísimo golpe con el atizador a la ventana más próxima, que estalló.

Algunos cristales impactaron sobre ella y le rasgaron la piel de forma superficial, pero veía rojo y ni siquiera se percató.

No obstante, Nikolai dio un par de pasos hacia ella para detenerla. Pero Lev lo detuvo.

—Déjala, necesita sacarlo todo.

Él apretó los labios. Sabía que tenía razón pero no le gustaba ver cómo se hacía daño. Tuvo que quedarse de brazos cruzados y verla arrasarlo con absolutamente todo lo que hallaba a su paso; destrozó todas las ventanas, redujo a astillas los muebles, abolló las paredes con los puños después de que el atizador quedara inservible tras tanta violencia y rasgó las sábanas de la cama donde dormitaba Lev durante su estancia allí. Obviamente, ya no iba a hacer falta.

Pero lo peor fueron sus gritos. Su lamento era el de una leona herida que bramaba venganza.

Annika no se calmó después de aquella descarga. Nikolai hizo bien en encerrarlos allí, porque no tardó en dirigirse a la puerta hecha una fiera. Su objetivo: Steve Williams.

Nikolai la sujetó por la cintura desde atrás cuando ella empezó a aporrear la puerta con los puños ya ensangrentados.

Forcejeó. Annika era muy fuerte, aunque engañara y a Nikolai le costaba contenerla por la manera en que pateaba y se contorsionaba. Lev fue preparando el sedante, contemplando la escena desde las sombras.

Era bueno que se hubiera desahogado, porque si no su reacción habría sido mil veces peor. Y una Annika enloquecida era incontrolable. Había pasado demasiados años reprimiendo toda esa ira.

—¡¡Suéltame Nik!! Lo torturaré, le arrancaré la lengua y los ojos con mis propias manos. Cuando termine con él me suplicará la muerte.

—Debes calmarte, *moya val'kiriya*.

—¡¡NO PUEDO!! No puedo quedarme de brazos cruzados ahora que sé la verdad — rugió, fuera de sí. Peleaba como una pantera, pero el agarre de Nikolai era de hierro.

Asintió hacia Lev y la sujetó más fuerte para que la inyectara. En cuanto lo hizo ella clavó una mirada dolida en él, estaba sudorosa y enrojecida, respirando como si acabara de correr una maratón.

—Aguanta un poco más — le susurró Nik, besado su frente y dejándola dormir en cuanto la inconsciencia la acogió en su seno. Pronto se quedó tranquila entre sus brazos.

13.

En aquella cárcel no había manera de saber cuándo empezaba un día y cuándo terminaba otro.

No los dejaban ver la luz del sol; nunca.

La Gulag estaba bajo tierra, situada en una vieja y enorme mina abandonada en las profundidades del bosque de Siberia.

Soldados armados con fusiles del ejército y municiones como para exterminar a un regimiento los obligaban a trabajar día y noche como bestias de carga para extraer los diamantes en bruto que esta albergaba.

Los castigos por no ir lo suficientemente rápido e incluso por parar a descansar porque estaban exhaustos estaban a la orden del día.

Incluso entre los propios presos, las disputas y sangrientas peleas por ganarse el favor de los guardias –que les concedían privilegios a los más serviciales– eran frecuentes y habían dado lugar a auténticas carnicerías.

Nikolai no empezó con buen pie, probablemente porque se había corrido la voz de que era el amante de la hija del Pakhan, algo que muchos consideraban alta traición.

Fueron a por él.

Al principio, lo electrocutaban, quemaban, cortaban y golpeaban. Pero no tardó en entender que en aquel lugar, como en la vida, reinaba la ley de la selva y solo el más fuerte sobrevivía.

Así que se encargó de hacerse respetar y se impuso.

Muy pronto, las tornas cambiaron y aunque seguía siendo un prisionero y lo obligaban a realizar trabajos forzados, por lo menos podía evitar las peores torturas; que siempre venían de manos de los presos.

Los guardias no solían excederse tanto.

Ya había sucedido que en alguna ocasión se les había pasado la mano y habían mandado a algún pobre desdichado al otro barrio.

Rara vez se volvía a ver al que fuera. Mijaíl se deshacía de quienes no le eran útiles.

Aleksei Kavasizk fue su primer aliado en aquel infierno.

Nikolai le salvó la vida al sorprender a tres presos dándole una paliza. Uno de ellos iba a golpearlo con un martillo en la cabeza, pero él fue más rápido y se lo arrebató, incrustándole la hoja en la frente. Murió en el acto.

Y los otros dos no tardaron en correr la misma suerte.

Entonces le tendió la mano para ayudarlo a levantarse y él le dedicó un asentimiento de respeto, agradecido.

Jamás imaginó que tendría un mensaje de Annika para él.

«Está viva y tarde o temprano, se las ingeniará para venir a verte».

Él no quería que lo hiciera. No soportaba que lo viera en ese estado.

Pero sabía que su valquiria era terca y no pararía hasta lograr su propósito.

Esa certeza lo hizo sonreír.



A las mazmorras de la mansión Kozlov solo tenían órdenes de entrar los soldados más

leales al *Phakan* de la *Bratva* y el propio Mijaíl, por supuesto.

Era astuto y sabía que si alguien se iba de la lengua tendría que dar muchas explicaciones estúpidas con las que no le apetecía perder el tiempo.

La gente se preguntaría por qué tenía encerrada a su hija mayor como si fuera un maldito animal. La respuesta, para él, era simple: por traidora y ramera.

No le bastó con revolcarse como una cualquiera por ahí con ese inmundo de Kovasizk, cuya familia era enemiga acérrima de los Kozlov, sino que además se permitía el lujo de encubrir a la golfa de su hermana menor.

Las dos eran iguales de traidoras y malagradecidas, como la maldita de su mujer. Menos mal que ya estaba bien muerta.

Y sus hijas no tardarían en correr la misma suerte, cuando Svetlana hablara y dejara de serle útil y cuando le pusiera las manos encima a Annika.

Para Nikolai Blasov tenía reservada la peor de las muertes y solo acabaría con él después de que viera cómo su amada perdía la vida frente a sus ojos tras una larga agonía. Lo mataría en vida y lo haría sufrir tanto que la Gulag en la que había vivido encerrado tantos años le parecería un complejo vacacional en comparación.

De su cuenta corría.

—Vladimir, Dimitri —llamó a sus dos hombres de confianza, que de inmediato se presentaron ante él agachando la cabeza en señal de sumisión—. Traed a Svetlana, creo que ya es tiempo de que le haga una visita a su enamorado y vea la hospitalidad que le hemos ofrecido —ordenó, con un sarcasmo brutal que hizo reír a los dos secuaces.

Enseguida, con un asentimiento, se retiraron para cumplir con lo encomendado.

Aleksei estaba colgado del techo por unas gruesas cadenas que se adherían a sus muñecas y sus tobillos, el metal mordiendo su carne dolorosamente. Su rostro era un amasijo ensangrentado fruto de los golpes recibidos, apenas podía mantener los ojos abiertos, los cuales estaban inyectados en sangre. Sentía el sabor metálico en la lengua, después de que esos malditos de Vladimir y Dimitri le arrancaran varias muelas con unos rudimentarios alicates.

La fiebre era cada vez más alta, por culpa de la infección. Y deliraba.

Retazos de recuerdos de Nikolai y él sufriendo toda clase de torturas y vejaciones en la Gulag pasaron por su mente, junto con otros más tortuosos como el asesinato de sus padres o la manera en que lo alejaron de su hermana, de la cual no sabía ni siquiera si estaba viva.

Las sienes le palpitaban y sintió la bilis ascendiendo por su garganta. Incluso le pareció, en medio de su agonía, ver cómo arrastraban a Svetlana hasta situarla frente a él. La más cruel de las alucinaciones...

O eso creyó, hasta que la escuchó hablar.

—Aleksei...mi amor. ¿Qué te han hecho?

Llevaba una pesada cadena arrastrando desde sus pies llenos de ampollas y verdugones con sangre seca que recorrían toda su anatomía.

Pero era ella. Era real.

Tragó saliva, luchando por enfocar la visión a través de sus ojos amoratados.

Pronto pudo comprobarlo. La habían traído a su celda por primera vez desde que lo capturaran, hacía más tiempo del que le gustaba recordar.

El alivio por poder verla, a pesar del precario estado en que se encontraba, se mezcló con el fiero sentimiento protector que lo invadió y gruñó, tratando de tocarla...en vano. La cadena era demasiado resistente.

Aun así, se las arregló para inclinarse hacia delante un poco y cerró los ojos al sentir el

suave tacto de las yemas de sus dedos.

Fue apenas un instante, porque enseguida tiraron de ella hacia atrás para separarlos.

Esos hijos de perra...

Gruñó como un oso herido, haciéndose daño en el cuello allí donde la cadena lo apresaba.

Svetlana sollozó, rota de dolor por la situación en que se hallaban.

No sabía en qué momento las cosas se habían torcido tanto.

Jamás imaginó que su propio padre, por desalmado que fuera, podría convertirse en el causante de todas sus desgracias.

Si su madre estuviera viva para presenciarlo, probablemente le habría dado un infarto.

Tenía que ser fuerte, por Aleksei, por ella y por el bebé que llevaba en su vientre.

—Svetlana...te quiero más que nunca — declaró él. A pesar de todo lo que le habían hecho por su causa, seguía amándola incondicionalmente.

No pudo contener el llanto y corrió hacia él, para ser detenida de nuevo por los brazos hercúleos de Vladimir.

Lo maldijo hasta quedarse ronca, mientras Mijaíl contemplaba la escena con una sonrisa sádica en el rostro.

—Yo también, amor mío.

El Pakhan aplaudió, con tiranía.

—Qué tierno. Es realmente conmovedor. Creo que me van a hacer llorar, Dimitri — se mofó, con desprecio. Aleksei le escupió a los zapatos y este miró a su soldado, que de inmediato le propinó un puñetazo en el estómago como castigo.

Había perdido la cuenta de todas las palizas y torturas que había recibido. Y aun así, se mantuvo firme. Estaba bien adiestrado para eso, después de todo.

Y todos allí sabían que no le sacarían nada. Antes tendrían que matarlo.

Pero Svetlana era diferente. Era su punto débil y por eso estaba allí.

Le hirvió la sangre.

Mijaíl Kozlov era auténtica escoria. Y si él había de morir en aquella sucia mazmorra, que así fuera. Pero un día tendría lo que se merecía.

—¿Y bien? ¿Nada que decir, Aleksei? Si hablas dejaré que Svetlana pase aquí la noche como recompensa. ¿No es eso lo que tanto querías? Estar con mi preciosa hijita.

A Svetlana le entraron ganas de vomitar al ver que se refería a ella como a un pedazo de carne.

No le extrañaba que Annika se hubiera largado a la menor oportunidad. De haber podido, ella también lo habría hecho con Aleksei.

Por toda respuesta, Aleksei le escupió sangre a la cara, sin importarle ganarse con ello otra ristra de golpes salvajes que ni los gritos y súplicas de Svetlana pudieron detener. Hasta que pronunció las únicas palabras capaces de frenar aquella bestialidad, por el momento.

—¡Basta! Basta, te lo suplico. ¿Qué tengo que hacer para que lo sueltes?

Svetlana estaba agotada, demasiado para seguir luchando. Ya no podía más. Sentía que se desmoronaría en cualquier momento y sabía que eso le hacía daño al bebé...

El rostro de Mijaíl se retorció en una mueca de sádico placer, pues sabía cómo ejercer la presión justa para que su hija se derrumbara cual castillo de naipes. Y no le temblaría el pulso para hacerlo porque para él no valía nada. Ni ella ni la traidora de Annika.

—Solo tienes que decirme dónde se esconden y dejaré que el engendro que llevas dentro viva, de lo contrario... ¡Tráelo, Dimitri! — ordenó y de inmediato el aludido apareció portando un diminuto frasquito que contenía un líquido amarillo que no hizo sino confirmar los peores

temores de ambos.

Aleksei rugió como un león y maldijo, peleando ferozmente contra las cadenas que lo retenían. Mientras tanto, Svetlana se quedó muda por el shock y una lágrima resbaló por su ojo derecho.

¿Qué clase de monstruo sin corazón era capaz de atentar contra la vida de su propio nieto? El diablo tenía un nombre y se llamaba Mijaíl Kozlov.

—¡¡No lo hagas, Svetlana!! Díselo, dile lo que quiere saber — Aleksei chilló a pleno pulmón, a punto de colapsar. Si no lo hacían iba a matar a su hijo y él no podría hacer nada para evitarlo.

Svetlana tragó saliva. No quería traicionar a su hermana, pero si no hablaba...perdería lo más sagrado que tenía, el hijo que llevaba en su vientre.

Aunque nada les garantizaba que después de habérselo dicho, Mijaíl no lo hiciera de todos modos. Pero no podía arriesgarse. Nunca se lo perdonaría y sabía que Annika tampoco querría que se sacrificara por ella.

Así que cedió. Vio el asentimiento casi imperceptible que le dedicó Aleksei y confió en que Nikolai y Lev pudieran protegerla de lo que se les venía encima.



Quebrar a Svetlana fue mucho más complicado de lo que Mijaíl había imaginado, cosa que le desagradó profundamente porque era una muestra de que esa ingrata le profesaba más lealtad a la ramera de su hermana que a su propio padre, pero al final terminó diciéndole lo que quería saber. Solo tuvo que amenazar al hijo que llevaba en su vientre y al que la muy perra se las había ingeniado para mantener oculto aprovechando que todavía tenía poco tiempo de embarazo.

Estuvo tentando de hacer que Vladimir acabara con ese problema a golpes, pero al final decidió que lo mejor sería esperar. Ya había comprobado que era su punto débil y una manera de volver a coaccionarla en el futuro.

Ese niño no llegaría a nacer y si lo hacía, se encargaría de desaparecerlo como lo hizo con los dos bastardos de Annika. Ella nunca los encontraría. Sergei se había encargado de eso.

—¡Padre, por favor, no le hagas más daño! Annika ya ha sufrido bastante —imploró la joven, desesperada y sintiéndose tremendamente culpable por lo que había hecho.

Pero es que si no se lo decía, no dudaba que el monstruo de su padre habría matado al bebé que llevaba en su vientre y eso no podía permitirlo.

Sabía que, de estar en su lugar, Annika hubiese hecho lo mismo.

Además, Aleksei no habría permitido que llegara a esos extremos sin revelar él mismo su paradero. Ya le había demostrado que por ella haría cualquier cosa. Y ahora estaba pagando caro su amor, los dos lo estaban pagando y muy pronto Annika y Nikolai sufrirían el mismo destino a menos que acabaran con aquella pesadilla.

Svetlana se dejó caer de rodillas al suelo y sollozó, rezando porque al menos ellos pudieran escapar de su destino.

—Perdóname, hermana —clamó al cielo, a sabiendas de que poco servía ya.

—Vamos, muévete — Vladimir la levantó de malos modos y la zarandeó, ante la mirada impasible de su padre.

Aun en el estado en que se hallaba, Aleksei gruñó y peleó contra las cadenas que lo retenían. Su mirada era letal y de no haber estado restringido de ese modo, todos los que habían dañado a su mujer sufrirían la peor de las muertes.

Pero se prometió que un día, si lograba permanecer con vida, se cobraría todas las que le debían. Y sería un baño de sangre. Porque si tocaban a Svetlana y a su bebé, o mataban a su amigo y a Annika, él les haría conocer lo que era el infierno en la tierra.

Si, por el contrario, sus compañeros corrían con mejor suerte, solo esperaba que lo hicieran sufrir de la peor manera antes de acabar con su miserable vida. Por él. Por todos.

—Pronto te reunirás con tu querida hermanita Nayla, escoria — le escupió el Pakhan. Y Aleksei enloqueció ante la mención de la joven.

Arremetió hasta que le cayeron hilos de sangre de las muñecas y su cuerpo pareció a punto de quebrarse por la tensión. Las venas de su cuello estaban en tensión y rugió.

—Si te has atrevido a tocarla...¡¡TE DESTRIPARÉ COMO A UN CERDO!! ¡Ten huevos y suéltame, te desafío a un combate a muerte! — bramó, hasta quedarse sin voz.

Por toda respuesta, Mijaíl Kozlov estalló en carcajadas y tras dedicarle una última mirada despectiva a su prisionero, abandonó las mazmorras.

Vladimir y Dimitri siguieron golpeando a Aleksei, para hacerlo pagar por su atrevimiento. Aun así, no lo silenciaron.

Para eso iban a tener que matarlo. Porque mientras no lo hicieran, ninguno de ellos estaría a salvo de su ira.

—¡No! ¡Ya no más, dejadlo!— gritó Svetlana, incapaz de soportar más violencia —. Te lo diré, pero júrame que mi bebé estará a salvo.

—Tienes mi palabra. Tu engendro todavía puede serme útil —apostilló. Y lo peor era que le creía. Svetlana se estremeció de pánico, iba a tener que luchar con uñas y dientes por su familia.

Todo lo que pudo pensar mientras le revelaba el paradero de su hermana a ese monstruo que se hacía llamar su padre fue: *Ojalá puedas perdonarme, Annika.*

—¿Ves como no era tan difícil? Encerradla en su habitación y requisádselo todo para que no pueda avisar a esa perra de que vamos a darle caza. Salid al anochecer y no regreséis sin ella y esos dos bastardos que la protegen —escupió, lleno de odio.

Aleksei y Svetlana compartieron una mirada de derrota. Él estaba casi al borde de la inconsciencia fruto de la salvaje paliza recibida.

¿*Qué hemos hecho?* pensó la joven, atormentada, mientras la arrastraban de vuelta a su cárcel personal.

Nunca saldrían de aquel infierno.

14.

Solía bailar siempre que su padre estaba fuera de casa, arreglando sus "asuntos de negocios". Su hermana Svetlana siempre la cubría y la avisaba cuando regresaba, porque si Mijaíl Kozlov la descubría desobedeciendo una orden directa después de que le hubiera prohibido volver a bailar el castigo que le aplicaría sería brutal.

Desde pequeña Annika soñó con formar parte de una gran compañía, como el Bolshói de Moscú, igual que su madre. Pero enseguida aprendió por las malas a no mencionar nada del asunto delante de su padre.

Su destino era ser la princesa de la Bratva y casarse con algún lugarteniente rico que le diera muchos hijos y proporcionara estatus y honra a su ilustre apellido. Un apellido que había aprendido a aborrecer desde que tuvo uso de razón y escuchó, entre las conversaciones mantenidas en susurros por las criadas antes de la cena, lo que le hizo a su madre.

Se obsesionó con ella cuando la vio actuar en uno de sus espectáculos. Era una huérfana que se ganaba la vida bailando y le fue muy sencillo raptarla. Después la obligó a convertirse en su esposa y la usó como a su puta personal para que engendrara a sus herederos. Quería varones fuertes a los que moldear a su imagen y semejanza, pero Agneska le regaló dos preciosas hijas a las que Mijaíl repudió desde el principio, aceptándolas a regañadientes.

Pero las malas lenguas decían que nunca lo asumió y forzó a su esposa innumerables veces para que quedara encinta de su tan ansiado hijo varón.

Sin embargo, nunca lo consiguió. Agneska se practicó una ligadura de trompas en secreto y cuando finalmente el Pakhan se enteró acabó asesinándola en un arranque de ira.

Svetlana tenía nueve años y Annika seis.

Desde aquel día, la poca alegría que había en la mansión murió con Agneska Ivanova. Y con ella la efímera felicidad de las jóvenes, que se vieron obligadas a acatar hasta la más mínima orden de su padre para poder sobrevivir.

Por eso, cuando Nikolai llegó a la mansión para formar parte de la vigilancia de Annika, llamó su atención de inmediato.

Y es que vio en sus ojos la misma lucha que libraba en su interior cada día y la pequeña ave enjaulada sintió el impulso de batir sus alas y volar lejos. Con él.

Pronto, investigó sobre su pasado y descubrió los horrores a los que había tenido que someterse en la Jaula por orden de su padre. Y su corazón ardió de odio y de compasión por él.

Apenas hablaba, era hosco y violento con cualquiera que supusiera una amenaza para ella. Pero la trataba con gentileza y eso era más de lo que podía decir de su propio padre. A excepción de su madre ya fallecida y de su hermana; Annika no había conocido afecto.

Y sabía que probablemente Nikolai no lo hubiera conocido nunca. Así que se armó de valor y empezó a hablar con él, a querer conocerlo. En un principio, él mantuvo su distancia y se mostró esquivo, pero Annika era joven y tenaz y acabó consiguiendo lo imposible; ganarse su confianza y con el tiempo; su respeto.

A él le gustaba verla bailar porque eso la hacía feliz y por su parte, Nikolai era el único hombre con el que Annika se sentía cómoda cuando practicaba.

Y durante un tiempo fueron felices así, a su manera, contando con la complicidad de Svetlana. Entre ellos había una química innegable que fue floreciendo más y más, hasta que un buen día la burbuja se rompió y la realidad se impuso...la cruda y dolorosa realidad de

la Bratva; una cárcel en vida que nunca les permitiría ser libres.



Alex no podía dormir aquella noche. Por alguna extraña razón no podía dejar de darle vueltas a lo sucedido en la casa de sus vecinos hacía un par de días y se sentía...inquieta.

Si antes lo sospechaba, ahora ya tenía la certeza; había algo realmente malo con ellos.

Tal vez no malo, sino...falso.

Todo, desde lo que decían hasta la manera en que se comportaban era como si... estuvieran fingiendo, interpretando un retorcido papel por algún fin y unos motivos que no tenía forma de saber, pero que estaba empeñada en averiguar como fuese.

No supo si fue esa necesidad irracional o el insomnio que la aquejaba lo que la impulsó a salir de la cama y a ajustarse bien el camisón de seda blanco para salir con sigilo de su habitación y escabullirse hasta el porche sin hacer el más mínimo ruido.

Su hermano se había ido, como cada madrugada, en cuanto todos se fueron a dormir y todavía no daba señales de vida. Cada vez tardaba más...y eso a Alex le molestaba, porque – acostumbrada como estaba a que lo hicieran todo juntos – se sentía desplazada y celosa. Pero no quería decírselo, seguramente se reiría de ella y le restaría importancia.

De súbito, un pensamiento intrusivo la invadió y se sintió enjaulada como un pájaro al que le habían arrancado las alas.

Se llevó las manos al pecho, sintiendo que el aire no llegaba correctamente a sus pulmones, agobiándose al notar que su respiración pasaba de ser superficial a inconstante en cuestión de segundos.

Un ramalazo de furia e impotencia la invadió y tuvo ganas de gritar, pero se contuvo clavándose las uñas en las palmas. Ni siquiera sabía de dónde salía esa rabia a veces, ni esos pensamientos confusos que parecían querer recordarle constantemente esa sensación de no encajar en ninguna parte; ni en el pueblo, ni en su familia, ni con la gente de su edad.

Solo estaba Jayden, con quien cada vez podía hablar menos porque se estaba alejando de ella. Él estaba todavía más rabioso y confuso, pero no tenía forma de saber qué pasaba por su cabeza. Su hermano era, de los dos, el más hermético.

Ella solo quería ser como las demás chicas; una adolescente normal cuya única preocupación fuera la ropa, los chicos, sacar buenas notas y poder dormir bien por las noches sin esa sensación de intrusión y desarraigo que se apoderaba de ella cada vez que estaba a solas con sus caóticos pensamientos.

Sin darse cuenta, se había acercado cada vez más a la casa vecina, donde reinaban la oscuridad y el silencio. No había nada fuera de lo normal y aun así, Alex se sentía atraída hacia allí como una polilla a la luz.

Quizá se debía a lo bizarra que le había resultado aquella cena o la misteriosa aparición de ese desconocido que...

—¿Nunca te han enseñado que no debes andar sola por ahí en mitad de la madrugada?

Esa voz sedosa e incisiva que resonó justo tras su espalda la hizo dar un respingo, con el corazón latiéndole furiosamente en el pecho debido al sobresalto.

Al girarse, se encontró frente a frente con Lev, cuyos ojos oscuros la estudiaban con un ápice de curiosidad y algo más que no supo identificar y que por alguna extraña razón le dio escalofríos.

Iba vestido de negro por completo y llevaba un saco de basura en la mano, misma que debía de haber salido a tirar en aquel momento, cuando se la había encontrado de súbito.

—¿Y a ti que no es de buena educación sobresaltar a la gente apareciendo con sigilo? — contraatacó, por impulso, y con una insolencia que la sorprendió hasta a ella misma. Normalmente, siempre sacaba a relucir su faceta de falsa inocencia cuando hablaba con desconocidos.

Pero ese hombre, al igual que sucedía con su hermano, tenía algo que lograba sacar su verdadera cara. Tal vez por eso la intrigaba tanto.

Los finos labios de Lev se curvaron hacia arriba en una sonrisa torcida. A Alex se le pasó por la cabeza el absurdo pensamiento de que a él le divertía su osadía.

—Bueno, eres tú la que está en mi porche. ¿Querías algo o solo estabas fisgoneando? — adujo y ella tuvo que reconocer que tenía un punto.

—Yo...solo...lo siento, no podía dormir y daba un paseo. Siento haberte despertado — dijo, fingiendo inocencia.

Alex siempre recurría a esa versión desvalida y cándida cuando sentía que una situación, cualquiera que fuese, se le estaba escapando de las manos.

No tenía forma de saber que Lev no se había creído ni una palabra, pues su rostro era una máscara ilegible.

Pequeña manipuladora, pensó el ruso para sus adentros.

—No lo has hecho, tranquila.

Ella asintió, como si estuviera aliviada. Por dentro, cantaba victoria al pensar que lo estaba reconduciendo a su terreno.

No podría haber estado más equivocada, pues era al revés.

—Está bien, buenas noches —se despidió, con una sonrisa angelical —que era falsa, por supuesto— y se alejó caminando, simulando que volvía a su casa.

Durante unos instantes, casi había sucumbido a la tentación de hacerle las preguntas que llevaban rondándole por la mente desde que se había presentado de improviso en la cena.

Sin embargo, había sido lo bastante inteligente como para contenerse y no ponerlo sobre aviso.

Estaba claro que no iban a contarle por las buenas lo que estaban tramando. Era extraño que no hubiera salido de la casa con la basura, sino que él ya venía del bosque...

Se llevó una mano a la boca, ¿y si lo que había en esa bolsa eran restos humanos? Puede que hubiera visto demasiadas películas, pero era algo que no pensaba descartar hasta haberse asegurado.

Pero debía proceder con cautela.

Lo que no sabía era si iba a poder contar con su hermano, pues no le contestaba a los mensajes que llevaba enviándole un buen rato y empezaba a estar preocupada. No era propio de él ignorarla de ese modo.

—Buenas noches, Alexandra.

Oyó a lo lejos la réplica afilada de Lev y el vello se le puso de punta por la manera en que había empleado su nombre completo, como si fuera una declaración de intenciones.

Había algo en su forma de mirar y de hablar que la estremecía, como si pudiera leer hasta sus más oscuros pensamientos.

Tragó saliva y siguió caminando —resistiendo la tentación de girarse para ver si todavía seguía ahí, observándola— hasta que estuvo segura de que ya no podía verla.

Con todo y eso, esperó un tiempo prudencial antes de volver a intentarlo —se moriría de vergüenza si él volvía a sorprenderla *in fraganti*— y aprovechó para inhalar y exhalar reiteradas veces, tratando de calmar los alocados latidos de su corazón.

Estaba paranoica y temía que, en el silencio de la madrugada, su respiración trabajosa la delatara.

La voz de su padre, que acababa de salir al porche, hablando en susurros por teléfono, estuvo a punto de provocarle un infarto y solo su rapidez de reflejos le permitió agacharse para ocultarse bajo el seto del jardín y evitar así que se topara con ella.

Steve estaba inusualmente serio y, a juzgar por el cuidado que ponía para asegurarse de que nadie lo estuviera escuchando, estaba claro que quería mantener aquella conversación en la más estricta privacidad.

Al principio, Alex pensó que podría tratarse de una de sus muchas amantes. Pero no tardó en descartarlo porque, por muy lamentable que sonase, si ese fuera el caso su padre no se molestaría en esconderse tanto. Ese era el poco –por no decir nulo– respeto que tenía por su familia.

La curiosidad la invadió y decidió quedarse para escuchar a hurtadillas y descubrir qué podía ser tan importante como para sacar a su padre de la cama a aquellas horas de la madrugada. No era un hombre que se desvelara con frecuencia, que ella supiera.

Se aseguró de permanecer bien oculta y esperó, aguzando el oído.

—Creía que había quedado claro que estoy fuera de esto, hace años que dejé de hacer esta mierda —estaba diciendo y a Alex no le hacía falta verle la cara para saber que estaba contrariado...y temeroso.

Pero, ¿de quién? ¿Con quién hablaba y qué querían de él?

Una cosa estaba clara; no podía ser nada bueno.

—Maldita sea, lo sé. Solo digo que...por favor. ¿No puedes mantenerme al margen? No quiero tener nada que ver con esto, ahora tengo un trabajo respetable ¿sabes?

Su padre alzaba cada vez más la voz, desesperado por persuadir a su interlocutor de lo que quiera que le estuviera pidiendo que hiciera.

Pero al final, por más que intentó rehusarse, era evidente que no le iba a quedar más remedio que ceder.

Acabó haciéndolo, a regañadientes, como quien se halla en un callejón sin salida.

—Está bien, está bien, tranquilo. Lo haré, pero tienes que darme un poco de tiempo. No puedo justificar un viaje así de la noche a la mañana...—se hizo el silencio durante unos pocos minutos, hasta que su padre puso fin a la conversación. —Vale, esperaré tu llamada.

Se apresuró a colgar y a volver dentro, no sin antes volver a echar una ojeada a su alrededor con gesto paranoico.

Tras asegurarse de que nadie rondaba por allí –o eso pensaba él– se perdió en el interior de la casa sin ser consciente de que oculta a pocos metros de allí, su hija acababa de escucharlo todo y ya estaba resuelta a descubrir en qué turbios asuntos estaba metido.

No veía la hora de que su hermano regresase a casa para ponerlo al tanto de todo.

Sin embargo, por más que permaneció allí un buen rato esperando a que Lev regresara a su casa, él no volvió.

15.

Lev colgó en cuanto Steve Williams accedió a encontrarse con él en el club y se guardó el distorsionador de voz en el bolsillo de su chaqueta.

Lograr que cayera en la trampa había sido un juego de niños.

En realidad, él pensaba que era uno de los esbirros de Mijaíl, para quien había trabajado en el pasado.

Sí, el gran empresario no era tan respetable ni tan honesto como le había hecho creer a su familia.

Guardaba terribles secretos que debían pesarle en la conciencia, a juzgar por lo asustado que se escuchaba.

Y su pánico era el afrodisíaco favorito de Lev. Nada lo excitaba tanto como el miedo que provocaba en sus víctimas.

Ansiaba que llegara el momento de tenerlo a su merced, lo cual –si todo sucedía según lo planeado– ocurriría pronto.

Pero entretanto, se las había ingeniado para salir a buscar un poco más de diversión antes de hacer aquella llamada.

Sabía que Nikolai no se separaría de Annika, pues después de las revelaciones de la otra noche había estado un tanto inestable, así que se ofreció a ocuparse él mismo de ser el cebo para su vecino.

Y había picado el anzuelo.

Caminó por el bosque sin prisas hasta que la oscuridad se volvió tan densa que a duras penas podía ver por dónde iba.

Depositó el saco en el suelo y encendió su linterna, a la espera.

Sabía que las fieras que allí habitaban no tardarían en acudir al olor de la sangre fresca.

Y así fue.

Lev sonrió. La naturaleza siempre seguía su curso.

Aquel sicario de Kozlov no debería haber sido tan estúpido como para pensar que podría seguirlo sin que él se percatara de ello.

No tuvo ningún problema para acabar con él, de hecho fue insultantemente fácil.

Pero sabía que enviarían a más.

Y que la próxima vez no sería un novato, ni estaría solo.

Aquello era simplemente para tantear el terreno.

Un oso pardo fue el primero en llegar. Se acercó y olió lo que le había dejado.

Lev permaneció a una prudente distancia, fumando un cigarro mientras contemplaba la escena con fascinación.

El animal empezó a devorar su cena ante su atenta mirada.

Era mucho más efectivo que molestarlos en lanzar los restos al lago o enterrarlos. Tampoco le apetecía tener que quemarlos o disolverlos en cal viva.

Le gustaba pensar que al menos, de ese modo estaba contribuyendo a la cadena alimenticia y todo eso.

No se dio ninguna prisa por volver.

Sabía que era más que probable que Alex estuviera esperando a que regresara.

Esa chica era terca.

Llamó a su hermano y en cuanto descolgó fue directo al grano.

—Está hecho.

Su respuesta no se hizo de rogar.

—Bien, ¿te han seguido?

—Por favor, ¿por quién me tomas? —bufó, fingiendo estar indignado.

Nikolai resopló, hastiado de su fanfarronería.

Aunque tenía que admitir que podía permitírselo.

Lev nunca fallaba.

—Lo que sea. Lo haremos mañana, no veo la hora de acabar con esto —gruñó, acariciando el sedoso cabello castaño de una Annika que dormía ajena a todo.

Necesitaba aquel descanso, mañana iba a ser un día intenso.

Un día que habían esperado durante mucho tiempo. Y su única oportunidad para empezar de cero.

16.

Jayden se apoyó sobre la barra del club y pidió un *vodka* bien cargado, más por costumbre que porque realmente le apeteciera.

Él mismo había convencido a su amigo para asistir —a Kieran no había que rogarle demasiado cuando se trataba de ese tipo de locales—, pero lo que este no se imaginaba era que Jayden lo había hecho porque tenía otras intenciones.

Y es que la otra noche, su hermana lo había puesto al tanto de la extraña conversación que había escuchado mantener a su padre en plena madrugada.

También del errático comportamiento de Lev, pero él le había advertido categóricamente que no lo siguiera. Podía ser muy peligroso.

Menos mal que le había hecho caso por una vez.

—¿Te pasa algo? Estás muy serio —le hizo notar el chico, contemplándolo con el ceño fruncido.

Kieran se fijaba en él a menudo y Jayden tenía que admitir que la suya era una atención que no le desagradaba. Sospechaba que él —abiertamente bisexual— quería ir a más y que solo se refrenaba porque sabía que su amigo todavía no había aclarado sus dudas al respecto.

Pero su sexualidad era algo a lo que de momento prefería no darle demasiadas vueltas, tenía otras preocupaciones en mente. Y una de ellas era descubrir qué demonios se traía su padre entre manos.

Tenía que reconocer que su hermana había estado impecable. De no ser por ella, no se habrían enterado de nada.

Pero en cuanto hubo llegado a casa y ella se lo contó, Jayden decidió entrar a hurtadillas al cuarto de sus padres para revisar su bandeja de mensajes.

Estaba convencido —dada la urgencia de su interlocutor por cualquiera que fuera el tema que estaban tratando— de que se verían en persona más temprano que tarde. Y así fue.

Tan solo unos minutos después de colgar, había recibido un escueto mensaje que rezaba lo siguiente:

Mañana en el Shadow club. 2 a.m., zona VIP, ven solo.

El *Shadow* era uno de los clubes más selectos y se encontraba a las afueras del pueblo, su ubicación retirada no era una casualidad; pues permitía a los clientes gozar de más libertad a la hora de disfrutar de los servicios que allí se ofrecían.

Era un club de *BDSM*.

Por eso, ambos se habían quedado sorprendidos al ver que lo citaban allí. Empezaban a atisbar una faceta de su padre que les era desconocida y tenían el presentimiento de que aquello no era más que la punta del iceberg.

Tanto era así que Alex había insistido en acompañarlos y su enfado había sido considerable ante la negativa rotunda de su hermano. Aquello habría levantado las sospechas de Kieran, a quien necesitaba para que lo llevara hasta allí, puesto que disponía de vehículo propio.

—Estoy bien, solo...aclimatándome —respondió a la pregunta que le había formulado antes. Y era cierto, estaba absorbiendo hasta el más insignificante de los detalles.

De momento, todavía no había señales de su padre. Pero todavía faltaban quince minutos para la hora de la cita.

Naturalmente, Jayden había tomado precauciones para asegurarse de no toparse con su

progenitor; él no se movería de la planta baja hasta verlo entrar, momento en el que fingiría estar muy sorprendido por haberlo visto y le pediría a su amigo que lo esperara allí mientras subía a echar un vistazo.

Kieran aceptaría, más interesado en contemplar los bailes de *pool dance* que en dramas familiares y eso le daría la ventaja perfecta para evitar que hiciera preguntas incómodas, algo que de todos modos no era su estilo. Por eso se entendían tan bien.

Lo tenía todo cuidadosamente planeado y no pensaba desaprovechar esa oportunidad de oro para desenmascararlo de una vez por todas.

No obstante, ocurrió algo que lo descolocó por completo – algo que no era nada fácil, pues no era un chico que se impresionara con cualquier cosa– y es que la mujer que acababa de entrar por la puerta, ataviada con un maillot de cuero ajustado, antifaz negro, tacones kilométricos y peluca de color rubio platino era nada más y nada menos que su vecina Annika.

Y el instinto le decía que no había acudido allí para divertirse.

Sus peores presagios acababan de verse confirmados y decidió poner al tanto a Alex a través de un mensaje rápido en el que le pedía que fuera a echar un vistazo a la casa de al lado para ver si Lev o Nikolai estaban allí.

Presentía que aquella noche iba a descubrir algo muy turbio. Pero no tenía ni idea de hasta qué punto le involucraba.

17.

El cuerpo de Annika giró en una sincronización perfecta y se arqueó con los hombros erguidos y elevando las puntas de los pies. Una sonrisa se deslizó por sus labios tras conseguir realizar una impecable pirouette.

El Cascanueces siempre había sido una de sus composiciones predilectas a la hora de bailar, junto con El lago de los cisnes, así que realmente se estaba esmerando. Aunque aquella mañana no había nadie a quien pudiera impresionar. No había visto a Nikolai desde la noche anterior y admitía que empezaba a estar ansiosa, como si a su día le faltase algo cuando no podía disfrutar de su compañía; imponente y silenciosa la mayor parte del tiempo. Pero reconfortante, de algún modo.

Él siempre estaba a su lado; cuando tomaba sus clases, cuando tenía que salir a hacer algunas compras con Svetlana, en sus momentos de ocio y...una noche había aceptado ver una película con ella, una experiencia fabulosa que se moría por repetir, a pesar de que él le había dejado muy claro que jamás volvería a suceder.

Se había sentido atraída por él desde que llegó a la mansión, para reforzar la seguridad tras su último —y fallido— intento de fuga para ir a bailar.

Mijaíl Kozlov estaba empeñado en mantener prisionera a su rebelde hija menor a cualquier precio, pero lo que no esperaba era que en aquella ocasión el tiro le saliera por la culata.

Y es que, poco a poco, con su sensualidad natural, Annika había ido derritiendo la coraza de hielo de aquel hombre que tanto la fascinaba.

Hasta que aquella tarde lo sorprendió, contemplándola bailar con un deseo más que evidente en esas pupilas gélidas que solo titilaban con un pequeño atisbo de vida cuando ella estaba cerca.

Ella se alzó sobre las puntas de los pies de nuevo y le sonrió, cómplice.

Estaba preparada para que se marchara, como solía hacer cuando ella se percataba de su escrutinio. Sin embargo, aquella vez fue diferente.

Fue él quien la buscó. Y Annika sintió esperanzas de que pudiera corresponderla.

Siguió moviéndose al compás de la melodía, empleándose a fondo para ejecutar cada paso con una precisión maestra, con el deseo de impresionarlo. No sabía que para eso no era necesario que hiciera nada especial, pues su mera visión lo hechizaba y hacía que se desenfocara de su verdadera misión.

—¿Qué tal lo he hecho? —inquirió, pícara, nada más terminar.

Sin quitarle los ojos de encima, él le tendió una botella de agua y cuando las yemas de sus dedos se tocaron, Annika habría jurado que saltaron chispas.

Él se limitó a asentir con la cabeza, haciendo gala de su habitual parquedad en palabras.

Cuanto más lacónico era, más quería ella acercarse a él y descubrir todos y cada uno de sus secretos.

A juzgar por la oscuridad que se atisbaba en su mirada a veces, intuía que tenía demasiados.

—¿Alguna vez conseguiré sacarte más de dos palabras seguidas? —expresó, medio en

broma; medio en serio.

Su semblante, aunque seguía siendo pétreo, se suavizó ligeramente y sus ojos trazaron un recorrido descendente por su anatomía. El maillot de ballet le quedaba ajustado y acentuaba cada curva de su esbelta figura. Y su rostro...estaba diseñado para hacer arder en el infierno a cualquier hombre que osara fantasear con llegar a poseerla.

Lo que empezó como un instrumento para destruir al hombre que más odiaba en el mundo, se había convertido en auténtica atracción de la que no podía desprenderse ni de noche ni de día.

Annika Kozlova era un veneno que estaba penetrando poco a poco en su sangre y él un adicto dispuesto a morir con gusto con tal de recibir su dosis.

—Créeme, no quieres saber lo que estoy pensando.

Su tono ronco estaba cargado de advertencia y de promesas oscuras, como si quisiera lanzarle un desafío que ella aceptaría más que dichosa.

—¿Por qué no pruebas? Te sorprendería —lo tentó ella, pasándose la lengua por los labios para capturar una gota de agua que se había quedado posada en ellos.

Lo que no esperaba era que él acortara la escasa distancia que los separaba y posara la yema del pulgar sobre los mismos, introduciéndolo en su boca rosada.

Su respiración era irregular y Annika no tardó en adivinar que se debía a la creciente excitación que lo embargaba.

Le sorprendió el efecto que podía tener sobre él, a quien nunca había visto mostrar la menor emoción.

Pero siempre estaba allí cuando lo necesitaba. Aparte de su hermana Svetlana, era la única compañía que tenía. Pues a Lev últimamente casi no le veía, ya que su padre no dejaba de encomendarle “trabajos”, de los que Annika prefería no saber nada.

Él había ido conociendo cada uno de sus gustos, había aprendido sus aficiones y sus horarios de memoria y de vez en cuando le permitía bajar a la cocina a escondidas a hornear algún pastel.

Ella, por su parte, apenas sabía nada de él. Era misterioso, hermético y gruñón.

Su vida se reducía a desempeñar lo más eficazmente el trabajo para el que había sido entrenado. No tenía aficiones, ni tiempo libre; no conocía nada más.

Pero cuando estaban a solas, podía ver por el modo en que la miraba que le gustaba estar con ella. No era una mera obligación que debía cumplir. Realmente disfrutaba de su compañía.

Y eso la animó a lanzarse por fin.

—Me gustas mucho, Nikolai...sueño contigo cada noche ¿sabes? Ya no puedo soportarlo más...

—¿Con qué sueñas, moya val'kiriya?

Mi valkiria.

Le encantaba que la llamara así.

La hacía sentir más valiente y segura de sí misma,preciada.

Se humedeció los labios y él se los acarició con la áspera yema del pulgar.

Annika siempre se había preguntado cómo unas manos hechas para matar podían ser tan suaves. Pero no fue hasta aquel momento que entendió la respuesta: porque la estaba tocando a ella.

—En mi sueño, también bailo para ti. Me observas como si fuera la visión más magnífica que hayas presenciado jamás y cuando termino...tú me posees y yo me entrego a ti. Me haces

mujer, Nikolai —se lo confesó con timidez y obstinación juvenil, con el entusiasmo de una joven enamorada por primera vez que deseaba experimentar por completo lo que era sentirse querida.

La expresión de Nikolai estaba cargada de un tormento feroz; se hallaba dividido entre sus propios instintos y el honor que nunca había tenido. Pero se trataba de ella...merecía algo mejor.

—Soy un asesino, malysh. Si te tocara te deshonraría. No soy el hombre que mereces, no sé cómo...hacer feliz a una mujer. Soy un monstruo —sentenció, apretando la mandíbula.

Los ojos azules de Annika brillaron con comprensión y una tristeza infinita. No soportaba oírlo hablar así. Si tan solo pudiera verse como ella lo veía...

—No eres ningún monstruo, Nik. Los monstruos son ellos, por obligarnos a ser sus instrumentos. Tú ya me haces feliz y ni siquiera tienes que esforzarte. Me haces feliz...porque te quiero y me siento bien cuando estás conmigo, cuando me proteges —confesó, apoyando la palma de su mano sobre su mejilla. La barba rubicunda de varios días le hizo cosquillas y sonrió.

Al fin había reunido el coraje para confesarle sus sentimientos. Incluso si la rechazaba, habría merecido la pena.

—No sabes las cosas que he tenido que hacer...—admitió.

No se arrepentía de nada, pero temía que ella las descubriera y le tuviera miedo, que lo mirara como lo hacían los demás...como si fuera una abominación.

—No me importa. ¿Y sabes por qué? —inquirió y cuando él negó con la cabeza, se explicó —: Porque sé que jamás me harías daño.

No había ni el menor asomo de duda en aquella rotunda afirmación y Nikolai sintió algo que jamás había experimentado; era una extraña calidez en su pecho que no sabía cómo interpretar. Pero era...agradable.

Frunció el ceño y sostuvo la pequeña y delicada mano de Annika entre la suya.

—Nunca. Antes preferiría morir.

La firmeza de sus palabras hizo que a Annika se le escapara una lágrima que él se apresuró a atrapar con la yema del pulgar. Y entonces...la besó.

Fue dulce y demandante al mismo tiempo.

La combinación justa de devoción y ansia desbordante.

Su boca reclamó la de ella sin titubeos ni medias tintas. Arrasó con todo como lo haría una tormenta implacable y ella se abandonó a su contacto, ávida de más.

Se colgó de su cuello fuerte y él le estrechó la cintura esbelta. Su mano derecha viajó hasta su pelo y con destreza se desprendió de la goma con la que se había recogido la larga melena en un moño para bailar.

Esta calló en cascada por su espalda y Nikolai gimió entre sus labios. Tenía que tomárselo con calma, a fin de cuentas ella era virgen. Pero la deseaba tanto que rayaba en la locura.

La alzó en peso hasta que rodeó sus caderas con esas piernas blancas y delgadas y su espalda llena de tatuajes y cicatrices se estrelló contra la pared.

Ella volvió a buscar sus labios y enterró la cabeza en su pecho cuando él liberó su gruesa erección.

Dejó que sus manos expertas levantaran el tutú y se deshizo del maillot, mostrando su intimidad con las mejillas sonrojadas.

—He querido hacer esto desde que te vi por primera vez —susurró, pegado a su frente.

Ella sonrió, extasiada.

—Hazlo ahora.

Y asintió, para hacerle saber que estaba preparada.

Se había imaginado cómo se sentiría tenerlo dentro de ella muchas veces, pero la realidad superaba con mucho a la ficción.

No fue perfecto, ni mucho menos.

Él era tan grande y ella tan estrecha que dolió. Pero él la besó y la abrazó con una gentileza que los tomó a ambos por sorpresa y al cabo de un rato... el dolor se convirtió en placer.

Y Annika supo, mientras él estaba dentro de ella y veneraba hasta el último rincón de su cuerpo, que aquel sería un recuerdo que atesoraría durante el resto de su vida.

Sin embargo, esa no fue la última vez que dieron rienda suelta a la pasión.

Solo que en el resto de ocasiones tuvieron que ser mucho más cuidadosos.

Tenían mil ojos posados sobre ellos.

Y al final, en el fondo, sabían que sería cuestión de tiempo que los descubrieran.

Con todo y eso, no se detuvieron.



La bofetada que su padre le propinó fue tan dura que Annika perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre las frías baldosas de piedra del comedor, a los pies del monstruo que se hacía llamar su padre.

—¡No eres más que una sucia ramera! ¿De quién ese ese engendro que llevas en el vientre? ¿¡Eh!? ¡Habla o te mato a golpes! —bramó, alzando el puño en alto.

Annika se protegió como pudo, aterrada por los dos bebés que estaba esperando.

Durante aquellos meses, había tratado de ocultar su embarazo con el mayor celo, consciente de que ya empezaba a notársele. Pero si de algo estaba segura era de que no pensaba abortar así le costara la vida.

Lo peor era que todavía no había podido decírselo a Nikolai, a quien cada vez veía menos porque su padre no hacía más que encomendarle encargos a todas horas, a sabiendas de que —junto con su hermano— era de lejos el más capaz de sus hombres.

Una lluvia de patadas descendió sobre ella, atacándola sin piedad.

—¡Basta padre, te lo suplico, por favor! —exclamó Svetlana, en un desesperado intento por protegerla, mientras forcejeaba con los brazos hercúleos de Vladimir, que la retenía.

—De Kostya —mintió, a sabiendas de que era su única oportunidad de salvarse.

Konstantin Vodyslav era su prometido, un rico heredero de una compañía termoeléctrica y con amplias conexiones en el crimen organizado, con el que Mijaíl la había obligado a contraer matrimonio en el plazo de seis meses.

Se había visto obligada a mantener relaciones con él, para que —según las repugnantes palabras textuales de su padre— pudiera probar la mercancía y asegurarse de que no estuviera defectuosa.

Allí no tenían la tradición de que la novia llegase virgen al matrimonio, pues lo consideraban una costumbre anticuada y ridícula. Lo que más se llevaba era vender a las hijas a cambio de dinero, poder y prestigio.

Su hermana Svetlana lo sabía bien, pues llevaba dos años casada con uno de los lugartenientes de Mijaíl, viviendo un auténtico calvario.

Cada vez que acudía a la mansión a visitarla y le hacía algunas confidencias, a Annika

se le partía el corazón por no ser capaz de ayudar a su hermana a escapar de aquel infierno que muy pronto también se convertiría en su realidad.

Se las había ingeniado para persuadir a Kostya de que no la delatara, pues si lo hacía perdería la oportunidad de ascender socialmente y añadir unos cuantos millones a su cuantiosa fortuna.

Y como el vil ser repulsivo y codicioso que era, accedió. Pero la forma en que la ultrajó fue la experiencia más humillante y terrible que había tenido que soportar jamás.

Lo peor de todo era que no habría servido de nada si no conseguía convencer a su padre de aquel ardid que era su único salvoconducto y en el que Svetlana la respaldaba, como siempre lo había hecho.

Solo se tenían la una a la otra, porque Nikolai y Aleksei – el amante de su hermana – estarían muertos por la mañana si no tenían éxito. Y eso era algo con lo que Annika no podría vivir.

Su padre hizo un puño con su cabello y tiró brutalmente de él hasta ponerla en pie.

Con lágrimas en los ojos y aguantando los quejidos de dolor que pugnaban por salir de su garganta, Annika alzó el mentón y le sostuvo la mirada sin achantarse. Nunca más le daría la satisfacción de mostrarse sumisa ante él.

Por lo que a ella respectaba no era su padre y nunca lo había sido.

—¿Estás segura de eso? Porque sabes que tarde o temprano lo averiguaré y si me estás mintiendo...te pudrirás en una bonita tumba junto a tu bastardo —siseó, con una crueldad que le provocó escalofríos.

—Lleva tu sangre, ¿es que no tienes escrúpulos?

No pudo contenerse y acabó soltándole en la cara lo que la corroía. ¿Qué clase de monstruo no protegía a su propia familia?

Era la peor escoria sobre la faz de la tierra.

Svetlana seguía suplicando y resistiéndose, inútilmente, a la fuerza bruta de Vladimir.

Dimitri, en cambio, no andaba por allí y eso inquietó demasiado a la joven...que temía por Nikolai.

Sabía que su padre era demasiado astuto y siempre lo había mirado con recelo. Si descubría la verdad no quería ni pensar en las atrocidades que podría hacerle.

—Enciérrala en su habitación y que no salga, cuando nazca ese engendro realizaremos una prueba de ADN y entonces veremos si es digno de ver salir el sol. Porque de lo contrario, yo mismo te arrancaré la vida con mis propias manos por atreverte a deshonorar este apellido —sentenció, arrojándola a los brazos de Vladimir como si fuera un despojo.

El hombre – que en algún momento había liberado a Svetlana, la cual contemplaba la escena con impotencia – la asió de los brazos y cumplió con lo que le había encomendado su Pakhan, conduciéndola sin miramientos hasta su dormitorio y encerrándola allí.

Por más que Annika trató de luchar y rebelarse, fue en vano. Estaba agotada y se dejó caer en las sábanas suaves de su cama, sucumbiendo a un llanto creciente nacido de la desesperación más pura y cruenta.

Solo le quedaba rezar por sí misma y por las dos vidas que ahora habitaban en su interior...pero también por el hombre del que se había enamorado como una loca y al que posiblemente acabara de condenar a muerte por su egoísmo.

Debió haberlo sabido; desde el primer momento que se entregaron a la pasión desmedida que sentían, estuvieron condenados.



Alex no podía parar quieta ni un segundo. Había pasado más de un cuarto de hora desde que había recibido el último mensaje de su hermano y desde entonces este no daba señales de vida.

Decir que estaba preocupada y ansiosa era quedarse muy corta.

En ese momento más que nunca envidió a su madre, que dormía completamente ajena a lo que estaba sucediendo. La feliz ingenuidad de la ignorancia...

Pero tarde o temprano, la venda se acaba cayendo y entonces es mil veces peor porque te das cuenta de lo ciega que has estado y te maldices porque ya no hay nada que puedas hacer para remediarlo.

No, la ignorancia no traía nada bueno, se dijo a sí misma, levantándose del sofá en el que se había instalado para esperar a que Jayden regresara.

Quería que le contara cómo había ido todo apenas entrara por la puerta. Sin embargo, sabía que todavía era temprano y que faltaba un buen rato para que regresara.

Eso era lo que la estaba matando lentamente; la incertidumbre.

Había intentado distraerse viendo la televisión, jugando a uno de los juegos que Jayden le había instalado en el móvil y hasta haciendo un puzle. Pero era incapaz de concentrarse en nada y maldijo al testarudo de su hermanito por no haberla dejado ir con ellos.

Si lo hubiera hecho ahora no estaría allí, comiéndose las uñas y muerta de intriga.

Sintió el impulso de volver a escribirle, pero se contuvo en el último minuto por temor a fastidiarla.

Y en esas estaba, cuando una voz tras su espalda la hizo dar un respingo debido al sobresalto.

—¿Alex? ¿Qué haces despierta a estas horas?

La joven maldijo para sus adentros. Lo último que le faltaba era que su madre la descubriera.

Esperaba que fueran solo imaginaciones suyas, pero tenía el presentimiento de que todo se estaba torciendo aquella noche y eso la frustraba.

Con rapidez, inventó una excusa que pudiera tranquilizarla y a su vez quitársela de encima.

También era muy raro que su madre se despertara de madrugada, pero tal parecía que las cosas más inusuales sucedían en el momento menos indicado.

—Lo siento mamá, es que he tenido una pesadilla y he bajado a ver un poco la tele a ver si volvía a darme sueño.

Tal y como era de esperar, la mentira surtió efecto de inmediato. Su madre confiaba plenamente en ella porque nunca le había dado motivos para lo contrario.

Claro estaba que si supiera todo lo que hacía a sus espaldas, otra cosa sería.

—Oh, cielo, no hay nada que sentir. ¿Quieres contármela? Seguro que te alivia —le ofreció, con la amabilidad que la caracterizaba. Y Alex se sintió mal por tener que mentirle tanto.

Pero se dijo a sí misma que, si lograban pillar a su padre con las manos en la masa, todo habría valido la pena.

Su madre era una mujer joven y hermosa, podría rehacer su vida con alguien que sí fuera digno de su amor. En lugar de mendigar las sobras de afecto que pudiera darle el mujeriego de Steve.

—La verdad es que prefiero no revivirla —argumentó, componiendo esa sonrisa angelical que tan bien había aprendido a perfeccionar con los años.

A veces se preguntaba por qué ni ella ni Jayden se parecían lo más mínimo a sus padres,

pero suponía que la vida a veces jugaba esas triquiñuelas.

—Claro cielo. ¿Quieres que me quede contigo hasta que te duermas? De todos modos tu padre ha salido y voy a esperarlo despierta.

La tristeza que se reflejó en su semblante ante aquella afirmación conmovió a Alex, pero por muy mal que se sintiera por su madre no podía dejar que se quedara allí vigilando o todos sus planes se irían al traste y acabaría descubriéndolos.

Eso no podía pasar bajo ninguna circunstancia.

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad hasta dar con una solución. Poco ortodoxa, lo admitía, pero necesaria.

Era el único modo de evitar males mayores. Se dijo a sí misma que era por una buena causa y fingiendo una animosidad que estaba lejos de sentir le dio un beso en la mejilla a su madre y propuso:

—Mejor me quedo yo contigo un rato, pero ¿te apetece un vaso de leche caliente?

Rezó para que dijera que sí, porque de lo contrario sí que iba a estar en serios aprietos.

Por fortuna, Giselle —ajena a las maquinaciones de su hija— accedió de buena gana.

—Sí que me apetece, te ayudo a prepararlos —se ofreció, inocente. Alex se apresuró a disuadirla de inmediato.

—No, no hace falta. Yo me encargo, tú siempre te estás ocupando de todo —añadió, al ver la mirada de desconcierto que le dirigió. Pero con esas últimas palabras la buena mujer se relajó enseguida y asintió, con una enorme sonrisa.

Solo cuando le hubo dado la espalda para encaminarse hacia la cocina, Alex dejó escapar el aire contenido.

Por qué poco.

Con todo y eso, debía darse prisa, pues no sabía cuánto tardaría su hermano en regresar.

Por si las moscas, decidió enviarle un mensaje para ponerlo sobre aviso, pero ni siquiera le llegó. ¿Dónde diablos estaba metido que no tenía ni cobertura? Aquello no le dio buena espina en absoluto y lo peor era que no podía hacer nada al respecto.

Cogió una de las pastillas para dormir que su madre tomaba a veces y la disolvió ayudándose de una cuchara para, acto seguido, mezclarla con la leche y darle vueltas a conciencia para que no se notara.

Luego añadió la miel y la puso a calentar.

Se aseguró de llevársela antes de preparar su propia bebida, cuanto antes fuera haciendo efecto; mejor.

—¿Cómo es que no has ido con tu hermano? —Oyó que le preguntaba desde el salón y se tensó. —Antes erais inseparables, siempre queríais hacerlo todo juntos.

La nostalgia se apoderó de su voz y Alex sonrió, aquella vez de verdad.

Era cierto, antes estaban más unidos. Ella también echaba de menos esos tiempos.

Regresó al salón sosteniendo su vaso entre las manos y tomó asiento a su lado.

—Bueno, no quería molestarlo. Últimamente está un poco gruñón —replicó y Giselle rio, dándole la razón. Una idea vino a la mente de Alex y aprovechó aquel tiempo de espera para entablar una conversación con su madre.

Hacía siglos que no estaban así.

—Oye mamá, ¿cuál de los dos nació primero? Nunca me lo has dicho.

Aquella era una pregunta inofensiva, pero a la joven no le pasó desapercibida la forma en que su madre se tensó en respuesta y le pareció que se ponía algo nerviosa.

Tardó unos minutos en contestar y cuando lo hizo su tono era admonitorio, como si

quisiera cambiar de tema lo antes posible.

—Bueno, os llevasteis muy poco tiempo de diferencia, cielo. Tu hermano fue el primero, pero desde que os tuve entre mis brazos os quise a los dos por igual.

Alex frunció el ceño, un poco extrañada porque hubiera dicho “desde que os tuve entre mis brazos” y no desde que supo que estaba embarazada o algo así.

Había algo dentro de ella, como un sexto sentido, que le advertía de que había algo muy raro en su familia, algo que les habían estado ocultando a Jayden y a ella desde hacía mucho tiempo.

Y la llegada de Annika y Nikolai estaba sacando a la luz facetas ocultas de todos ellos.

Algo le decía que solo era el principio.

Después de aquello, la charla varió a temas mucho más inocuos y para cuando al fin la pastilla empezó a hacer efecto y su madre se quedó dormida en el sofá, Alex ya estaba que se comía las uñas.

Jayden todavía no había vuelto y, desesperada, probó a llamar a Kieran.

Sabía que no debía hacerlo y que probablemente su hermano se enfadara con ella, pero le daba igual.

No podía seguir así.

Sin embargo, este tampoco dio señales de vida y Alex ya estaba harta.

Su cerebro se encendió como una bombilla de pronto y recordó que sus vecinos no estaban en casa. Ella misma se había asegurado de ello cuando su hermano se lo había pedido.

Y en aquel momento no lo había pensado, pero ahora le parecía un momento excelente para colarse allí y echar un vistazo.

Presentía que podría desentrañar al fin el misterio que encerraban los rusos.

Se levantó con el mayor sigilo que logró reunir y de puntillas, echando ojeadas fugaces para asegurarse de que su madre estaba profundamente dormida, salió de la casa a hurtadillas.

La casa vecina le dio la bienvenida en la penumbra de la madrugada. Todas las luces estaban apagadas y reinaba un silencio apabullante.

Pero Alex no se dejó amedrentar –ni siquiera ante el recuerdo de Lev sorprendiéndola allí mismo la otra noche– y quitándose el clip que llevaba en el pelo, empezó a forzar con habilidad la cerradura.

En aquel momento más que nunca, agradeció que Jayden la hubiera enseñado, porque pudo entrar en la propiedad sin problemas.

No perdió el tiempo y, valiéndose de la linterna de su móvil para poder ver por dónde iba, se encaminó directamente hacia el piso superior.

La noche que estuvieron allí cenando se había quedado con ganas de inspeccionar esa zona, como si por alguna razón el instinto la empujara hacia allí y aquella vez no pensaba marcharse sin saciar su curiosidad.

No negaba que la aterraba la posibilidad de que los rusos regresaran y la sorprendieran allí, pues no quería ni pensar en lo que podrían llegar a hacerle si se diera el caso.

Un escalofrío la invadió y se dio prisa.

No tardó en dar con una de las habitaciones –la que supuso que sería la de Annika y Nikolai– y empezó a rebuscar por los cajones.

No tenía ni idea de lo que esperaba encontrar, pero desde luego no había contemplado la posibilidad de que estuvieran vacíos.

Sin querer darse por vencida tan pronto, probó con los armarios.

Pero seguía sin haber nada más interesante que el vestidor de Annika y por mucho que le

gustara su estilo a la hora de vestir, no había ido a eso.

Hasta que retiró uno de los cuadros y se topó con una caja fuerte, aunque aquello tampoco tenía nada de extraño, presentía que allí dentro podía haber algo.

El principal problema estaba en que no se sabía la combinación, ni tenía manera de averiguarla.

Se mordió el labio inferior, pensativa.

Era muy extraño que no tuvieran ni la más mínima decoración. No había fotografías, las paredes estaban pintadas de un blanco impersonal y apenas tenían muebles.

En un acto desesperado, decidió mirar bajo el colchón de la cama.

Las yemas de sus dedos palparon algo frío y metálico y cuando sostuvo el objeto entre sus manos, no pudo ahogar un jadeo de sorpresa.

Era una pistola.

Nadie escondía un arma bajo la cama si no tuviera algo que ocultar, o estuviera metido en asuntos turbios.

Aquel hallazgo la alentó a seguir buscando y se apresuró a limpiar el arma con la sábana para quitar sus huellas y a guardarla donde la había encontrado. Luego salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con cuidado.

Estaba pensando adónde dirigirse a continuación cuando escuchó unas voces quedas desde el rellano principal.

Tragó saliva y se asomó con sigilo para ver si se trataba de los dueños de la casa, que habían vuelto ya. En cuyo caso se escondería hasta poder salir y luego mataría a Jayden por no avisarla.

Pero para su horror, no tardó en comprobar que se trataba de dos hombres a los que no había visto en su vida.

No solo se habían colado allí con a saber qué intenciones – buenas desde luego que no eran, apostaba lo que fuera– sino que encima estaban bloqueándole la salida.

Alex intentó pensar con cabeza fría, sin dejarse llevar por el pánico, pues sabía que si lo hacía estaría perdida. Podía salir por alguna de las ventanas de las habitaciones, que daban a la parte trasera del jardín.

De ese modo no la verían.

Pero para eso tenía que darse prisa y ser muy silenciosa. Su vida bien podría depender de ello.

Ya había dado al menos media docena de pasos –mientras los dos intrusos estaban registrando la planta de abajo, hablando a gritos, como si no les importara lo más mínimo que los descubrieran o tuvieran la certeza de que los propietarios no estaban– cuando sucedió algo que no había previsto y que dio al traste con todo.

Después de lo que le había parecido una eternidad sin tener noticias de Jayden, él tuvo que escoger ese preciso momento para devolverle la llamada.

Fue algo que jamás habría podido prever. La tomó tan de sorpresa que cuando el tono de llamada de su móvil empezó a retumbar en el silencio inclemente, delatando su presencia y su ubicación, tardó apenas un par de segundos en colgar y abrió la primera puerta que encontró para ocultarse.

Pero supo que era demasiado tarde en cuanto los pasos presurosos de los intrusos retumbaron en las escaleras.

Iban a por ella.

No perdió un segundo

Tras un breve forcejeo, consiguió soltar los postigos y abrir la ventana. Se encaramó a la silla y consiguió introducir una pierna y el torso hasta sacar medio cuerpo fuera.

El corazón le latía a mil por hora, pero la adrenalina opacaba el miedo que sentía.

Solo un poco más.

Ya casi estaba.

Tenía que conseguir escapar y dar la voz de alarma.

Entonces un estruendo tremendo la hizo girar la cabeza.

Uno de ellos acababa de echar la puerta abajo y la apuntó con la pistola.

—No te muevas, o te vuelo los sesos —ladró, en un inglés vacilante. Luego no era su lengua nativa.

Sin pensárselo dos veces, aun arriesgando su vida, Alex se dejó caer hasta el suelo.

La caída hizo que se lastimara las manos, en las que había apoyado el peso de su cuerpo, y se había rasgado la tela del fino pantalón de pijama que vestía.

Se puso en pie, sacando fuerzas de flaqueza, y echó a correr hacia su casa. Las maldiciones y amenazas no tardaron en hacer acto de presencia e incluso un tiro impactó a pocos centímetros de su pierna.

Alex no pudo reprimir un grito de terror.

Y justo cuando creía que conseguiría huir y ponerse a salvo, el otro salió de la nada y la apuntó con el cañón de su arma directamente en la sien.

Debía de haberse anticipado a sus movimientos y la había esperado allí para sorprenderla.

Derrotada y extenuada, Alex levantó las manos, mostrándoles que iba a cooperar. Su supervivencia estaba en juego y cuanto menos se resistiera, mejor.

De lo contrario, la reacción de aquellos tipos podía ser impredecible y fatal para ella.

Se preguntó, sin poder evitar que su lado analítico tomara el control, por qué no la había matado al efectuar aquel disparo si había tenido la oportunidad de silenciarla definitivamente.

Y no le gustó en absoluto la conclusión a la que llegó.

Uno de ellos le hizo un gesto al otro y este obedeció de inmediato, sujetándola por los brazos para inmovilizarla.

Se revolvió, presa del pánico.

Quiso gritar, a pesar de que sabía que no debía. Pero no pudo; un paño se estampó contra su boca y el fuerte y nauseabundo olor que desprendía hizo que empezara a vislumbrar pequeños puntos negros.

Cloroformo.

Siguió luchando, sin darse por vencida, aterrada ante la suerte que podría correr en manos de aquellas bestias que parecían querer secuestrarla (solo Dios sabía para qué).

Maldijo su suerte, su carácter obstinado y curioso y las imprudencias que la habían llevado a acabar así.

Los ojos de hielo de esos tipos se le clavaron en la conciencia y por más que intentó liberarse, supo que era inútil.

Su suerte estaba echada.

Antes de perder el conocimiento, escuchó que el más corpulento le decía algo que pondría su mundo del revés.

—El jefe se va a alegrar mucho de verte, Sasha Kozlova.

PARTE 2: Revelaciones. (откровения).

«Hay lazos tan inquebrantables que ni el tiempo puede deshacer».

18.

Tenía los labios resecos y agrietados debido a la deshidratación a la que había sido sometida contra su voluntad.

Mijaíl había ordenado que la encerraran en un calabozo sin agua ni comida hasta que no le dijera quién era el padre de los bebés que estaba esperando. Y es que había mandado llamar al médico de la Bratva para que la examinara y este le había dado la noticia de que eran dos y no uno como había supuesto hasta entonces.

Tan pronto como se hubo marchado, hizo que Vladimir y Dimitri la condujeran hasta allí por negarse a confirmar sus sospechas.

Quería que el nombre de Nikolai saliera de sus labios para así poder terminar de torturarlo y matarlo frente a sus ojos, pero ella jamás permitiría algo así. Nunca hablaría.

Sabía por Svetlana que de todos modos lo había hecho encerrar en la Gulag como a un vulgar delincuente más y que estaba siendo sometido a todo tipo de atrocidades, malviviendo en condiciones infrahumanas sin saber nada de ella.

Maldijo una vez más la hora en que había nacido, pues solo había llegado al mundo para sufrir.

O al menos así era, hasta que lo conoció a él.

Y se dijo que repetiría una y mil veces cada uno de sus pasos, que volvería a vivir todos esos momentos felices a su lado, aunque después tuviera que soportar un infierno...porque eso significaba que por lo menos el amor la había encontrado antes de tener que aceptar su trágico destino.

La puerta de la mazmorra cedió de súbito, señal inequívoca de que tenía visita. Se puso en guardia, temiendo que fuera otra vez Mijaíl queriendo hacerla hablar.

Sin embargo, no era él; sino una cara amable que con su presencia imponente le traía un ápice de esperanza.

Su tío Vadím.

Él era radicalmente opuesto a su padre y siempre se había asegurado de prodigarle su afecto tanto a ella como a su hermana, pues según aseguraba las quería como a las hijas que no había podido tener.

Annika recordaba con afecto todas aquellas veces en que les había hablado de su madre –cuya mera mención estaba tajantemente vetada para todo el que no quisiera sufrir un horrible castigo– con la que mantuvo una estrecha amistad en vida. Hasta que Mijaíl intervino para arruinarlo todo, como era su costumbre.

Vadím no era la mano derecha del Pakhan, como habría sido esperable, sino que había tenido que contentarse con el puesto de brigadier –el cual le permitía estar al mando de una cuadrilla de hombres a su servicio cuyo negocio legal solo era la tapadera de los entresijos criminales que subyacían bajo la apariencias de la prestigiosísima empresa textil del imperio Kozlov, entre ellos el lavado de dinero – y permanecer a la sombra de su hermano, quien siempre lo había despreciado.

El sentimiento era mutuo, para nadie era un secreto.

Por ese motivo, eran raras las ocasiones en las que Vadím se dejaba caer por la mansión Kozlov.

Y en todas y cada una de ellas, tanto Svetlana como ella lo recibían con los brazos abiertos. Pero el panorama con el que se encontró era tan insólito como desolador. Y es que no estaba al tanto de lo sucedido.

De inmediato le quedó clara la razón por la que Mijaíl lo había hecho; era una forma cruel pero efectiva de recordarle que a pesar de todo, allí seguía mandando él y ni con su propia sangre tendría piedad.

—Tío...—susurró Annika, apenas en un hilo de voz. Estaba débil por lo precario de su situación como cautiva en su propia casa, apenas había comido y se hallaba sin fuerzas tras haberse abandonado al llanto un día más.

El rostro del aludido era una máscara ilegible, algo a lo que ella ya estaba acostumbrada, pues en la Bratva solo sobrevivía quien mejor aprendía a apagar sus emociones.

Quizá fue por eso que se emocionó tanto cuando él eliminó de una zancada la distancia que los separaba y la rodeó entre sus brazos protectores. Él no era muy dado al contacto físico, por eso Annika supo que esa era su forma de demostrarle cariño y afecto, el que su padre no había sabido proporcionarle nunca.

Pero a ella le bastaba y le sobraba con el suyo.

—¿Cómo has acabado aquí, copo de nieve? —inquirió, arrastrando las sílabas con su voz grave, tan pronto como hubo tomado asiento a su lado.

Que hubiera empleado el apelativo cariñoso con que solía llamarla cuando era niña hizo que sus emociones —ya a flor de piel— terminaran aflorando hasta desbordarse en un llanto inconsolable.

Y entre aquellas lágrimas, parte de la verdad escapó de sus labios casi sin que fuera consciente de ello. Tal era la necesidad que sentía de poder desahogarse y gritarlo a los cuatro vientos.

—Simplemente porque me he enamorado, tío. Ese es el pecado imperdonable que he cometido.

Poder decirlo en voz alta fue lo más liberador que había experimentado en mucho tiempo. Sin embargo, no podía negar que temía las consecuencias.

Su tío no era como su padre, eso era cierto, pero ¿y si no aceptaba su gran falta?

Se dijo a sí misma que no soportaría su desprecio.

No obstante, él no pareció sorprendido ante semejante revelación y eso la asombró.

—Era de esperar que algo así terminara sucediendo, le dije al necio de mi hermano que acabara con esa tradición absurda de los matrimonios forzados —chasqueó la lengua, con el disgusto más que patente en sus marcadas facciones.

—Nunca lo hará, para él no somos más que pedazos de carne que solo sirven para parir herederos. Pero no permitiré que me haga renunciar a mis hijos —advirtió, con las pupilas fulgurantes de febril determinación. El instinto maternal hacía nacido en ella desde el mismo día en que supo que estaba embarazada.

Su tío Vadím sonrió con orgullo ante esa reacción.

—Yo tampoco, ni a ti ni a tus hijos os pasará nada malo mientras yo viva. Eso lo juro.

Annika sabía sin necesidad de juramentos, que era cierto. Y por primera vez sintió que podría escapar de aquella pesadilla sana y salva.

Entonces su tío se inclinó para susurrarle al oído unas palabras que solo ella pudiera escuchar y que la dejaron helada.

—Sé quién es el padre.

Aquella afirmación tan tajante...

*No, no podía ser. ¿O acaso era posible?
La mente de Annika iba a mil por hora.
En todas y cada una de sus visitas, a ella la había encontrado siempre en compañía de Nikolai. Pero eso era porque él tenía órdenes de no despegársele ni a sol ni a sombra. Órdenes que, claro estaba, había llevado a un terreno mucho más personal.
¿Se habría percatado su tío de la complicidad abrumadora que existía entre ellos?
Siempre había sido muy observador, pero aun así...
Al verla tan agobiada, él le puso una mano en el hombro y decidió explicarse.
—Es el mejor hombre de tu padre y sé que no habría prescindido de él sin una razón de peso. Además...siempre he percibido algo entre vosotros que iba más allá de la cordialidad.
—Por favor, si alguien se llega a enterar...—suplicó, aterrada.
—Nadie lo sabrá.
Dejó escapar el aire que había estado reteniendo, inmensamente aliviada.
Sabía que su tío no le fallaría.
—Gracias tío. ¿Y puedo pedirte un favor más?
—Por supuesto, copo de nieve.
—Tengo miedo de que lo maten o lo hieran demasiado en ese horrible lugar – se refería a la Gulag en la que lo tenían prisionero y en la que Vadím tenía varios contactos lo bastante fieles como para velar por él en la medida de sus posibilidades – ¿podrías usar alguna de tus influencias? Te lo ruego...
—Cuenta con eso. Haré lo que pueda.
Ella volvió a darle las gracias y se fundieron en un emotivo abrazo de despedida.
Annika se relajó en el colchón y trató de dormir un poco. Aquel encuentro la había llenado de fortaleza e insuflado una chispa de esperanza.
Sin embargo, lo que no le imaginaba era lo poco que iba a durarle.
Aquella fue la última vez que vio a su tío Vadím.
Pocos días después, el propio Mijaíl en persona se regodeó al hacerla partícipe de que él mismo lo había asesinado por cometer alta traición.
Se había enterado de que pretendía liberarla – tanto a ella como a Nikolai – y ahora estaba muerto.
Por su culpa.
Jamás pudo perdonárselo.*



Annika terminó de ajustarse la peluca de color rubio platino que había elegido para la ocasión.
Tras asegurarse de que le quedaba perfecta, se aplicó su pintalabios favorito –rojo pasión– y sonrió.
Aquella noche tenía una importante misión que llevar a cabo y no veía la hora de que empezara el espectáculo.
Ahora que por fin había averiguado la verdad, no pensaba perder ni un solo segundo más para reencontrarse con sus hijos después de tantos años de búsqueda infructuosa y sufrimiento.
Pero primero, tenía que asegurarse de no dejar cabos sueltos y Steve Williams sería el primero de su lista.
Lev había cumplido a la perfección su papel al atraerlo hasta allí, así que ahora le tocaba a ella.

Se había ataviado con un maillot negro que apenas tapaba lo justo –y que le recordaba a los tiempos en los que todavía podía bailar– y se había esmerado con el maquillaje. Tenía que estar más deslumbrante que nunca.

—Acabo de llegar. Está junto a la barra, os aviso cuando os necesite —habló por el intercomunicador que Lev le había implantado en el brazalete de oro que llevaba en la muñeca derecha.

Sabía que ambos la estaban escuchando, preparados para entrar en acción.

Por seguridad, habían acordado que la esperarían fuera, ya que no podían arriesgarse a que Steve –o cualquier otra persona conocida– los viera o el plan se iría al traste. Tenía que pensar que ella estaba allí a espaldas de su esposo.

Le dijeron que preguntara por una tal Harmony al llegar y eso hizo. Ella era la que estaba a cargo de los espectáculos de baile en barra de las bailarinas del club.

Así que eso hizo. Uno de los camareros le indicó dónde estaban los camerinos –en la planta baja, al fondo a la derecha– y tras darle las gracias se encaminó hacia allí.

Las chicas que se estaban preparando la miraron con algo de asombro y envidia. No era frecuente que una de ellas decidiera venir ya preparada, pero como por teléfono no le habían dado ninguna indicación al respecto no podían decirle nada.

No tardó en divisar a Harmony, una morena exuberante de curvas pronunciadas y excesivo maquillaje. Annika calculó que tendría unos cuarenta y tantos años.

Nada más verla, alabó su belleza y le aconsejó que la explotara, ya que estaba segura de que más de un cliente querría pagar un extra por pasar la noche con ella. Annika se limitó a reír y a agradecerle, ignorando el gruñido sordo que emitió Nikolai desde el otro lado del auricular al oírlo.

Su hombre era tan celoso...que la volvía loca.

—Esta noche, todas tenéis que llevar antifaz. Aquí tienes, querida —informó Harmony, entregándole el suyo. Plateado y sensual.

Se lo puso, admirando lo bien que le quedaba.

Le daba un aspecto todavía más sugerente y sensual; era perfecto.

—Iréis saliendo conforme os llame, ¿de acuerdo? Cielo, al ser la nueva, cerrarás el espectáculo —le dijo a Annika, que asintió, conforme.

Se aseguraría de dejar el listón bien alto.

Esperó su turno tomando una copa de champán, ante la atónita y recelosa mirada de sus compañeras, que la veían como una peligrosa competencia.

Ella, en cambio, se limitó a ignorarlas. Tenía demasiadas cosas importantes en las que pensar como para dedicarles un segundo de su tiempo.

Dejó que la música que resonaba por los altavoces la relajara y se retrotrajo a otra época de su vida, donde todavía albergaba esperanzas de convertirse en una gran bailarina.

Se preguntó cómo habría sido su vida de haberlo logrado. Seguramente, mucho más feliz. Aunque tampoco se hacía demasiadas ilusiones; su padre jamás la habría dejado.

De todos modos, de nada servía imaginar aquello. La historia ya estaba escrita, pero ella cambiaría el final.

No supo discernir el tiempo que estuvo allí esperando, mientras les llegaban los ecos de los vítores enardecidos que proferían los hombres al ver actuar a sus compañeras. Algunas de ellas regresaron al camerino; otras desaparecieron con los clientes.

El caso es que Annika comprobó, aliviada, que era la tónica habitual y que nadie iba a echarla en falta en un buen tiempo si no volvía.

Eso le daba un margen de actuación razonablemente amplio. Y pensaba aprovecharlo a conciencia.

Lo tenían todo meticulosamente calculado.



—Es tu turno muñeca, sal ahí y enséñales lo que sabes hacer —la animó Harmony, cuando al fin llegó su momento.

Annika se ajustó bien la peluca rubia y le guiñó un ojo con desparpajo antes de marcharse, con una seguridad aplastante.

Subió las escaleras hasta la zona VIP, que la condujeron directamente al centro de la tarima.

Las luces tenues contribuían a darle un ambiente todavía más sugerente y erótico al lugar y la música no tardó en sonar para ella.

I see Red de Everybody loves an Outlaw.

Tenía que admitir que era una buena elección, además de muy apropiada. Era una de sus canciones favoritas.

Con movimientos gráciles y su sensualidad nata, se fue abriendo paso hasta la barra con sus kilométricos tacones de aguja. Algunas preferían hacerlo descalzas, pero a ella le gustaba más así. La hacía sentir más empoderada.

Al compás del estribillo, se asió con ambas manos a la superficie de metal y empezó a girar en círculos, deslizándose con la soltura digna de una profesional.

En aquel momento, dio gracias a las clases clandestinas que había dado aprovechando las pocas escapadas que pudo llevar a cabo. Lo cierto era que no había perdido ni un ápice de práctica.

Mientras bajaba, giraba y se deslizaba, buscó entre la multitud tratando de distinguir a través de las luces tenues la cara de su objetivo.

Todos y cada uno de los hombres vitoreaban y gritaban cosas obscenas a las que ni siquiera prestó oídos.

Tan pronto como divisó a Steve —al muy desgraciado parecía a punto de caérsele la baba— centró su mirada única y exclusivamente en él.

No sabía si la habría reconocido con la peluca y el antifaz, pero no importaba. Bien sabía que ya lo tenía comiendo de su mano, solo había que ver cómo la miraba.

Para dejar todavía más huella aprovechó que estaba llegando al final de la canción y se deslizó hasta el suelo, abriéndose de piernas y echando la cabeza hacia atrás hasta terminar recostada sobre el escenario, echándose el cabello hacia atrás con una sonrisa victoriosa en los labios.

Había causado justo el efecto que quería y el público enloqueció. Incluso el guardia de seguridad privada tuvo que intervenir porque varios hombres quisieron saltar sobre ella.

Bajó del escenario, muy ufana, y tras lanzarles besos a todos se encaminó hacia la barra para pedir una copa bien cargada.

Fingió que no se daba cuenta, pero Steve fue tras ella y a juzgar por su forma de mirarla, parecía que se estaba preguntando si de verdad podía ser o no su vecina.

Se giró como quien no quería la cosa para llevarse un sorbo de Martini a los labios y entonces hizo el papel de su vida.

—Steve, no esperaba encontrarte aquí. ¿Te apetece una copa?

—¿Annika? ¿Qué? Esto sí que es una sorpresa. No sabía que trabajabas aquí. Pero por

favor yo invito, has estado fantástica —farfulló, poniéndose de todos los colores.

Su tono era insinuante y la mirada lasciva con la que recorrió todo su cuerpo le provocó náuseas, pero se obligó a mantener la sonrisa prefabricada, como si le agradara su flirteo.

—En realidad es mi primera noche. Quería probar cosas nuevas, es que mi esposo es demasiado...celoso y asfixiante. ¿Podrías guardarme el secreto?

—Claro que sí, será nuestro secreto —se apresuró a asegurar él, que parecía estar a punto de relamerse de gusto.

—Gracias Steve, sabía que podría contar contigo.

No había nada más efectivo que hacerles la pelota a los tipos como él para manipularlos a su antojo.

—Lo que necesites. ¿Y solo bailas, o...? Bueno, ya sabes —dejó escapar una risa pervertida y se humedeció los labios en un gesto que a Annika se le antojó repulsivo.

—No estoy aquí solo para bailar. Me han asignado el reservado cinco, ¿te gustaría acompañarme? ¿O Giselle te espera en casa?

Ese último comentario insidioso estaba destinado a incidir en su ego.

Estaba clara cuál sería su respuesta, dado que llevaba insinuándosele descaradamente desde el primer día.

—La verdad es que estaba...—por un momento, quiso confesar que había quedado, pues no quería enfadar al matón de turno que hubiera enviado la mafia rusa. Pero a última hora cambió de opinión y decidió que no pasaría nada por divertirse un rato —. Olvídalo, tengo toda la noche para divertirme —añadió, con fanfarronería, ignorando por completo la alusión a su esposa mientras sacaba pecho como un patético ejemplar de pavo real.

Annika sonrió, pasándose la lengua por los labios. Justo la reacción que esperaba por su parte.

Era como si pudiera leerle el pensamiento. Apostaba a que creía que iba a tener el mejor sexo de su vida con ella, que le esperaba una noche de desenfrenos y excesos...y sí, iba a estar cargada de emociones fuertes, solo que para ella.

De haber sabido lo que le esperaba allí dentro, Steve Williams jamás habría puesto un pie en aquel reservado. Porque allí le aguardaba el pasado.

Era hora de ajustar cuentas.

...

Jayden no se había perdido detalle del breve intercambio de palabras que habían cruzado Annika y su padre.

Tenía que admitir que había sido una desagradable sorpresa ver cómo ella lo conducía hasta uno de los reservados de la sala *VIP*.

Apretó los puños a los costados de manera inconsciente. La rabia se apoderó de él.

¿De verdad era a eso a lo que había acudido allí? Lo dudaba.

Pero entonces, ¿dónde estaba su misterioso interlocutor? Jayden intentó pensar con lógica y mantener la calma. Se dijo que quizá no hubiera llegado todavía.

Sabía que lo más prudente sería esperar allí sin ser visto. Lo último que le convenía era llamar la atención. Pero ¿cómo iba a quedarse de brazos cruzados a sabiendas de que su padre estaba a punto de follarle a su vecina?

Por mucho asco que le diera, aquella era una oportunidad de recabar pruebas. Y tenía que hacer algo, porque de lo contrario...sería como si secundara su infidelidad. Y su madre no se merecía aquello.

Con una determinación de hierro, se volvió para darle cualquier excusa a Kieran. Ya se

las ingeniaría después para subir a la zona VIP.

Él estaba apoyado sobre la barra mientras bebía un trago de su cóctel con ese perenne gesto de apatía.

—Ahora vuelvo, ¿vale? —tras pronunciar aquellas palabras, hizo amago de marcharse, dando por hecho que a su amigo no le importaría. De ahí que su sorpresa fuera mayúscula cuando este lo retuvo, sujetándolo por el brazo con una firmeza que no había esperado.

Fruunció el ceño y dirigió la mirada hasta la zona donde lo estaba agarrando.

Y cuando sus ojos se encontraron sintió un extraño calor. Ojalá pudiera decir que no había sentido nada, pero sería mentir y Jayden odiaba las mentiras más que cualquier otra cosa.

—¿Adónde vas? —le preguntó, con un tono cargado de suspicacia que lo puso en alerta.

Parecía que nada le iba a salir como lo tenía previsto, pero no pensaba dejar que eso lo detuviera.

Decidió que no tenía sentido mentir, porque Kieran era demasiado inteligente y lo cazaría al vuelo, así que optó por darle una verdad a medias.

—Eh...es que he visto a mi padre en la zona VIP. Necesito comprobar una cosa, es importante para mí, ¿puedes esperarme aquí? No creo que tarde.

Por un momento, tuvo la desconcertante impresión de que iba a tratar de retenerlo, pero al final se limitó a asentir y lo soltó, dejándolo marchar. Se alejó tras dedicarle una última mirada de extrañeza.

Sin embargo, lo alcanzó apenas hubo dado media docena de pasos.

Jayden no estaba en disposición de perder el tiempo y se revolvió de mal talante.

—Espera, no te van a dejar subir así como así —le advirtió, algo con lo que ya había contado, pero pensaba colarse como fuera. La frustración lo cegaba. No obstante, su amigo tenía una solución mejor —. Pero a mí, sí —afirmó, triunfal, indicándole que lo siguiera.

Desconcertado ante la seguridad con la que se movía, obedeció sin rechistar.

Observó cómo se detenía a charlar con uno de los de seguridad; un chico que no debía tener más que un par de años más que ellos, y con una intimidad y confianza que lo dejó pasmado, le metió un fajo de billetes en la chaqueta del traje.

Por toda respuesta, el aludido asintió con gesto cómplice y le susurró algo al oído que Jayden no pudo discernir debido al alto volumen de la música.

Lo que sí vio fue cómo el segurata le echaba mano al paquete a su amigo para darle un impúdico apretón, delante de sus narices.

Kieran le guiñó el ojo, para nada escandalizado, -como si hiciera aquello constantemente — y por primera vez Jayden se preguntó si realmente lo conocía tanto como pensaba.

—¿Vienes o no? —inquirió, enarcando las cejas.

Asintió. Tenía que centrarse en la razón por la que estaba allí. Ya tendría tiempo para hablar con Kieran más adelante. Además, él tampoco tenía derecho a pedirle explicaciones, ya que no había querido que su amistad fuera a más.

Aunque en aquel momento, de haber podido, habría reulado. No tenía sentido seguir negando lo evidente. Lo deseaba tanto como él.

—Eres consciente de que vamos a tener que esperar hasta que salgan, ¿verdad? —le hizo ver este, una vez hubieron subido. Lo hicieron justo a tiempo para ver a la pareja adentrarse en el reservado número cinco.

Eso y procurar que no los vieran.

Lo sabía y aun así, no terminaba de gustarle la idea de dejarlos llegar hasta el final.

Así se lo confió.

Entonces Kieran tuvo una idea brillante.

—¿Quieres hacerlos salir? Sé cómo.

Se inclinó sobre él —más de lo políticamente correcto— y le susurró al oído su maquiavélico plan.

Provocar un pequeño incendio en el exterior que hiciera saltar la alarma. De esa manera cundiría el pánico y desalojarían el local, lo que a su vez haría que Annika y su padre salieran en desbandada y entonces ellos sacarían algunas fotos.

Por supuesto, Jayden aceptó de inmediato y salieron al exterior para llevar a cabo la primera parte del plan.

—Creo que llevo un poco de acelerante en el maletero, ¿puedes traerlo? —le pidió Kieran, dándole las llaves del coche.

—¿Sueles quemar cosas a menudo o qué?

A decir verdad, no le extrañaba demasiado. Kieran era tan excéntrico como él, por eso congeniaron enseguida. Y eso, viniendo de alguien solitario a quien por lo general no le interesaba hacer amigos como era Jayden, era todo un logro.

—Solo cuando me aburro —se limitó a responder su interlocutor, con una sonrisa burlona a la que Jayden correspondió.

Se dispuso a hacerlo. Era tarde y debían darse prisa.

Pero entonces volvió a tener cobertura y su móvil casi explotó por todas las notificaciones de llamadas perdidas y mensajes que tenía de su hermana. Maldijo.

Estaría de los nervios esperando a que le dijera algo.

—Espera, voy a llamar a Alex, estará preocupada y no quiero que haga algo estúpido —alzó la voz para hacerse oír, pues ya estaba trasteando en el maletero en busca de lo que necesitaban. Pero entonces, a través del cristal, vio la silueta de Kieran tras su espalda con una expresión sombría y determinada, y cuando se giró para ver qué bicho le había picado, sintió el pinchazo de una aguja clavándose en su cuello.

El ataque lo tomó por sorpresa. Confiaba en Kieran y había bajado la guardia con él, un error que ahora sabía que le costaría caro.

Antes de que Alex respondiera, Kieran le quitó el teléfono de las manos y lo apagó con habilidad. Luego se lo guardó en el bolsillo de su cazadora de cuero y acto seguido, como si fuera algo que acostumbrara a hacer a diario, lo sostuvo por los hombros y aguantó su peso para evitar que se desplomara. Lo que quiera que le hubiera inyectado, hacía efecto muy rápido.

Ni siquiera pudo resistirse y se sintió rabioso e indefenso. ¿Qué demonios estaba haciendo Kieran?

—Lo siento, solo cumplo órdenes. Pronto lo entenderás —le susurró, sosteniéndolo con cuidado para introducirlo sobre el asiento trasero de su coche, donde lo acostó para no levantar sospechas.

El chico no tardó en perder la consciencia y solo entonces él llamó a su jefe, intentando reprimir la oleada de remordimientos que lo acometió con ferocidad.

Se recordó que no era momento para pensar en eso y que estaba haciendo lo correcto.

Porque su trabajo no era pensar, para eso ya estaba su padre.

—¿Lo tienes? —inquirió una voz ronca del otro lado del auricular.

—Sí, lo tengo. Quería llamar a su hermana, pero se lo impedí —lo informó.

—Bien, iremos por ella más tarde. Buen trabajo, Kieran —lo felicitó Vadím.

Él sonrió, aunque no pudiera verlo.

Esperaba que Jayden, o mejor dicho; Kirill no lo odiara demasiado cuando despertara.

Pero estaba haciendo aquello por su bien.

Poco a poco, las piezas del puzle irían encajando.

Y ellos obtendrían su venganza.

19.

Annika dio a luz un veinte de noviembre, era una madrugada lluviosa y el viento había estado soplando con fuerza, amenazando tormenta.

Había roto aguas hacía más de una hora, cuando un intenso y lacerante dolor en el bajo vientre la había arrancado de un sueño desapacible.

Pero su padre se había tomado su tiempo en llamar a la matrona que la asistiría en el alumbramiento. Una mujer llamada Danika, que estaba al servicio de la Bratva.

La había ayudado a tumbarse de espaldas sobre el colchón y había sacado su instrumental para ponerse a trabajar.

No era demasiado agradable, pero era eficiente. Y con eso a ella le bastaba. Solo quería poder traer a sus bebés al mundo sin contratiempos, rezaba para que todo saliera bien.

—Respire, eso es...está dilatando. Ahora tiene que empujar —le fue indicando y ella obedeció, pese a lo febril y débil de su estado.

Apretó los dientes, dispuesta a soportar todo el dolor que fuese necesario con tal de traer al mundo a sus milagros.

Perdió la noción del tiempo por completo, poco a poco se fue desconectando de la realidad.

Llegó un punto en que las contracciones se hicieron insoportables y sintió que no podía más, apenas tenía fuerzas.

Quería resistir por ellos, pero estaba tan cansada de luchar...

—Empuje señorita, solo un poco más. Ya casi están, aguante.

La voz de Danika le llegaba distorsionada, como un eco lejano.

Y cuando creyó que no sería capaz de lograrlo y se desmayaría de pura agonía, Danika anunció que el niño estaba asomando la cabeza.

No supo de dónde sacó las fuerzas para resistir. Más adelante, lo recordaría todo como a través de una bruma de la que solo pudo salir cuando Danika le puso un paño frío sobre la frente y al abrir los ojos, vio que sostenía a los dos mellizos entre sus brazos.

Una lágrima resbaló por su mejilla y sonrió, pese a estar exhausta. Lo había logrado.

Y por ellos supo que volvería a pasar una y mil veces por aquel calvario, de ser preciso.

Gracias a sus hijos siempre tendría un pedacito de Nikolai consigo.

—Déjame verlos Danika, por favor —le suplicó, apenas en un hilo de voz.

La mujer se inclinó sobre la cama para que pudiera verlos de cerca. Le acarició la mejilla rosada a su pequeña mientras que el niño posó su manita diminuta sobre sus labios, arrancándole una sonrisa de felicidad.

— ¿Ha pensado ya en los nombres? —le preguntó la matrona.

—Sí —musitó, acariciando primero la cabeza del niño, que lloraba y tenía la carita enrojecida. —Kirill —lo pronunció con orgullo y luego, con la misma devoción, se dirigió hacia la niña, que la miraba como queriendo reclamar su atención — y Sasha. Mis niños —afirmó, con infinito orgullo y amor.

—Son tan hermosos. Quiero...cogerlos —le pidió, extendiendo los brazos y haciendo un esfuerzo supremo por tratar de incorporarse.

Pero Danika se mostró inflexible y no se lo permitió.

—Más tarde, ahora tiene que descansar un poco. Ha sido un parto muy difícil y está agotada.

Annika se alarmó

—Pero quiero estar con ellos...están sanos, ¿verdad?

Tan solo de pensar en que la respuesta fuera negativa, le entraba el pánico.

—Es complicado asegurarlo tan pronto, pero eso creo.

Debió haber sospechado que algo andaba mal con aquella respuesta, pero estaba tan agotada... que su mente no funcionaba bien.

—Está bien...más tarde podré...tenerlos entre mis brazos.

Sin darse cuenta, se le fueron cerrando los ojos hasta que se quedó dormida, con una sonrisa apacible en el rostro.

No imaginaba que cuando despertara, el infierno se cerniría sobre ella.



Mijaíl Kozlov irrumpió en el cuarto donde descansaba su hija pocas horas después, para darle la peor noticia que había recibido en su vida.

Al oírla, Annika emitió un grito desgarrador y entró en crisis, incapaz de soportarlo.

—¡¡NOOOO! Es imposible, mis hijos no pueden estar muertos. Estaban bien, yo los vi. Danika me dijo...—se interrumpió, sucumbiendo al llanto.

—Estaban débiles y nacieron con dificultades respiratorias. No lo resistieron, ¿entiendes? Están muertos —espetó, con el tono cortante como el más afilado de los cuchillos.

Negó con la cabeza frenéticamente, con el rostro arrasado de lágrimas. No podía creer que fuera cierto.

—Es mentira. Tienes que estar mintiendo... ¡es mentira! —chilló, luchando con la debilidad de su cuerpo. Tenía que ponerse de pie y comprobarlo con sus propios ojos. —Déjame verlos. ¿Lo has hecho tú, maldito monstruo? ¿Tú los has matado? —lo increpó, fuera de sí, forcejando con Danika cuando intentó evitar que hiciera semejante esfuerzo. Sabía que estaba poniendo su vida en peligro, pero no le importaba. —¿Y Kostya? ¡Contéstame! —le chilló, al borde de la histeria ante la impasibilidad de su interlocutor, que curvó los labios hacia arriba con cinismo.

—Ese imbécil me confesó hace días que no era el padre. Mis sospechas se confirmaron —replicó y fue como si un jarro de agua helada hubiera caído sobre ella. Abrió mucho los ojos, con horror, y él comprendió el derrotero de sus pensamientos. Así que, añadió —: Pero no, no los he matado yo. No ha hecho falta.

La satisfacción enfermiza de su expresión acabó con la escasa cordura que le quedaba a la joven y trató de lanzarse sobre él.

Pero la matrona la retuvo.

—¡¡Miserable, desgraciado!! ¡Llévame con ellos! Quiero verlos por última vez. Todo esto es culpa tuya. ¡Te odio! — se resistió y forcejó, pero todavía estaba débil y no pudo hacer nada cuando Danika, siguiendo las instrucciones de su padre, le administró un sedante que la privó de toda posibilidad de despedirse de sus bebés.

Y en aquel momento, su corazón terminó de romperse en mil pedazos que jamás se recompondrían.



Lo primero que hizo Annika cuando hubieron entrado al reservado fue quitarse la peluca y el antifaz.

Quería estar cómoda para el trabajo pesado que le esperaba, así que se deshizo también del maillot y los tacones, quedándose en ropa interior ante la lasciva mirada de Steve.

—Hace mucho calor aquí, ¿no te parece? —inquirió, batiendo las pestañas al ver que él empezaba a desvestirse también. Aquella era la señal encubierta para que Lev y Nikolai entraran en acción.

Ellos entrarían por la puerta de emergencias; el mismo lugar por el que saldrían, con Steve inconsciente.

—Demasiado —respondió este, sofocado.

Se aflojó la corbata y ella lo ayudó a desprenderse de la camisa, pasándole las largas uñas por el torso.

—¿Por qué no te pones cómodo? Tenemos toda la noche por delante —lo incitó, rellenando dos copas de Coñac.

Echó una ojeada para asegurarse de que estaba distraído terminando de desnudarse y se abrió el anillo de serpiente que llevaba en el dedo índice, cuyo interior contenía una potente droga.

Se la echó con rapidez en su vaso y le dio vueltas. Luego se acercó, con ambas copas y le tendió la suya, con una sonrisa deslumbrante.

Él la aceptó y se bebió más de media de un solo trago.

Perfecto.

—No sabes cuánto he deseado que llegara este momento. Desde que te vi la primera vez supe que tarde o temprano te llevaría a la cama —le confesó, con las pupilas febriles de deseo.

Annika repelió las náuseas que le provocaron sus palabras y las enmascaró con una sonrisa en la que mostró todos los dientes.

—Yo también llevo mucho tiempo deseando este momento —coincidió, aunque sus motivos eran totalmente distintos. Pero cuando se diera cuenta de eso, sería demasiado tarde para él.

Se fue acercando poco a poco, con movimientos estudiados, como un depredador cercando a su presa.

—Me gusta jugar rudo, ¿hay algún problema con eso? —repuso, utilizando un juego de esposas que encontró en uno de los cajones.

Era como si el universo se alineara en su favor.

—No, muñeca, ninguno. A mí también me gusta —aseguró él, sin sospechar que se estaba metiendo de lleno en la boca del lobo.

Cuando lo esposó a la cama, él aprovechó la cercanía para besarla.

Introdujo su húmeda y asquerosa lengua en su boca y Annika tuvo que disimular la repulsión que le produjo.

—Vas a dejar que te azote ¿verdad? Dime que serás mi juguetito esta noche.

—No, Steve, tú serás mi juguetito esta noche —remarcó Annika, disfrutando cada segundo de aquella revelación.

La lujuria en la expresión de Steve se convirtió en titubeo.

Percibía algo extraño en los ojos de Annika, algo que lo inquietaba. Además, no sabía qué demonios le pasaba, pero empezaba a sentirse débil.

—Escucha, me estoy mareando. ¿Por qué no me quitas las esposas un momento? Prefiero que me las pongas después de que te haya follado —le pidió, impaciente por disfrutar de ese

cuerpecito de pecadora a su antojo.

Ella se rio abiertamente y la bofetada que le propinó en respuesta lo dejó aturdido.

—¿Qué diablos...?! —farfulló.

—Shh, no te canses, Steve. No te va a servir de nada —le advirtió, antes de entrar de lleno en materia. —Dime, ¿cómo un hombre que ni siquiera terminó sus estudios acabó trabajando para una de las empresas más prestigiosas del país? Es un poco raro, no puedes negarlo. ¿Qué tuviste que hacer para conseguirlo?

Ante aquella insinuación, el aludido palideció.

No podía ser...

Pero sus palabras no dejaban ninguna duda. Lo sabía; conocía su pasado. Por imposible que pareciera, así era. Y eso significaba que acababa de tenderle una trampa.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes eso?

Ni siquiera se dio cuenta de que acababa de delatarse. El nerviosismo le impedía razonar bien y se sentía adormecido, sin fuerzas.

—Yo lo sé todo sobre ti —le confesó ella, sentándose a horcajadas sobre él y recorriendo su pecho desnudo con sus uñas hasta abrirle la piel —. Conozco todos y cada uno de tus sucios secretos, Steve. Dime, ¿tenías idea de lo que les pasaría a las chicas que transportabas en esos camiones? —No dejó que respondiera, sino que terminó la frase con el tono rebosante de odio. —Claro que sí, pero sencillamente no te importaba saber que iban a ser vendidas y violadas durante el resto de su vida, tú habrías vendido hasta a tu propia madre por el cochino dinero ¿a que sí?

Al ver que no respondía lo suficientemente deprisa, se quitó una de las horquillas que llevaba en el pelo y se la clavó en el estómago, retorciéndola hasta arrancarle un chillido de dolor.

La droga empezaba a hacerle efecto y estaba entrando en un estado de semiinconsciencia.

Abrió los ojos tanto que parecieron a punto de salirse de las órbitas y Annika rio. Si reaccionaba de forma tan exagerada por un simple arañazo de nada no imaginaba qué haría cuando Nik y Lev empezaran a jugar con él.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué...qué quieres de mí? —quiso saber, asustado.

Parecía que por fin iba sumando dos más dos.

Y Annika, que había esperado aquel momento desde que averiguó la verdad, supo que había llegado la hora de quitarse la máscara. A fin de cuentas, los efectos de los opiáceos no tardarían mucho más en hacerle efecto y sabía que aguantaría consciente el tiempo justo como para escuchar su confesión.

Por eso, dejó que el odio hiciera acto de presencia y empezó a narrar con pelos y señales todo el calvario de su pasado sin dejarse ni un detalle.

—Voy a contarte una historia, Steve. Había una vez una chica que llegó a este mundo solo para preservar el legado de la mafia. Su padre era un degenerado enfermo de poder que usó a su madre como incubadora personal y la mató cuando ya no le servía.

»Así que la niña y su hermana fueron criadas para ser dos princesas de la *Bratva*; frías, hermosas y deseables. Nuestro futuro estaba comprado desde antes de que aprendiéramos a andar. Padre nos vendería a alguno de sus socios comerciales en un matrimonio que no deseábamos y nos obligaría a engendrar herederos para seguir perpetuando la dinastía Kozlov. No importaba que no amáramos a los hombres que escogiera, si era necesario él estaba dispuesto a permitir que nos violaran y abusaran.

El horror se hizo patente en las facciones de un Steve que estaba cada vez más pálido.

Annika supo así que la historia comenzaba a sonarle y disfrutó con la desesperación que empezó a embargarlo.

»Sabía que ese sería mi futuro. Y ya estaba resignándome cuando conocí a un hombre que me cambió la vida. Nikolai entró a mi casa para convertirse en parte de la escolta de mi padre. Viendo que se desempeñaba de forma excelente en sus funciones, no tardó en asignarlo como mi guardia personal. Él se convirtió en mi sombra. Me vigilaba de noche y de día.

»Así que al final, entre nosotros surgió una atracción imposible de controlar. Él intentó resistirse; yo, no. No sirvió de mucho. Vivimos nuestro fugaz romance en la más estricta clandestinidad. Hasta que sin querer ocurrió algo que lo trastocó todo: quedé embarazada.

Llegados a aquel punto, Steve trató de liberarse del yugo de las esposas y la interrumpió, suplicando que lo soltara y lloriqueando. Sabía lo que le esperaba.

—Shh, cállate. Vas a escuchar todo lo que tengo que decir y después ya veremos lo que hago contigo —mintió, solo para silenciarlo.

Asintió, tragando saliva.

Annika continuó, satisfecha por su obediencia. Era tan cobarde como había supuesto.

»Fue una noticia que puso mi mundo patas arriba y sin embargo, por primera vez sentía que la vida me había recompensado con algo bueno.

»No quería abortar, aunque sabía que sería lo mejor porque si mi padre me descubría me mataría de la peor manera. Pero no tuve valor y Nikolai jamás lo supo.

»Iba a contárselo el día en que nos separaron. A él se lo llevaron a la Gulag de mi padre, donde lo sometieron a torturas inhumanas. Ni siquiera pude despedirme.

»Y aunque yo me las ingenié para engañar un tiempo a mi padre y hacerle creer que mis hijos eran de mi prometido, un tipo al que despreciaba, acabó descubriendo mi mentira cuando los bebés nacieron.

»Con tan solo horas de vida los arrancó de mi lado y me dejó muerta en vida, haciéndome creer que habían muerto porque estaban enfermos.

A pesar de que su voz y su expresión seguían siendo de piedra, por dentro sangraba tan solo con recordar el infierno que supuso todo aquello para ella. Pero se obligó a continuar, no era momento para mostrarse débil. Ya estaba muy cerca de su venganza.

»Luego me envió lejos con mi esposo y se aseguró de hacer el resto de mi existencia miserable. Caí en una fuerte depresión. Viví un infierno, soporté lo indecible y ¿sabes para qué? Para acabar enterándome de que mi padre me mintió; mis niños no murieron.

»Los vendió en el mercado negro para sacar beneficio de mi dolor, otro negocio para el gran Mijaíl.

Steve no pudo soportarlo más y se echó a llorar, suplicándole que lo dejara ir y excusándose con que no sabía nada.

Pero Annika no tuvo piedad, así como tampoco la tuvieron con ella ni con sus pobres e inocentes bebés, a los que él les robó la vida.

»¿Por qué lloras? Aquí viene la mejor parte. ¿Sabes a quién se los vendió? A un miserable bastardo que traficaba con mujeres y las transportaba hasta Estados Unidos. Él nunca había traficado con bebés, pero estaba en paro y le ofrecieron una cuantiosa suma de dinero que no tuvo los escrúpulos de rechazar.

»Resultó que su esposa no podía tener hijos y estaban pendientes de poder adoptar. Así que aprovechó uno de sus largos “viajes de negocios” para llevarse a esos pobres niños y fingir que eran suyos.

»Con sus contactos, no le resultó difícil falsificar los papeles de la adopción.

—Me robaste a mis hijos, pedazo de basura. Has mantenido a tu pobre esposa y a esos niños engañados toda su vida y no te has arrepentido ni un solo día de lo que hiciste. ¿Cómo puedes dormir por las noches? —lo increpó, propinándole otra bofetada para evitar que se durmiera.

—Lo siento...por favor, lo siento mucho. No sabía...no pensé...yo creí que esos niños no tenían madre —lloriqueó, como el cobarde que era.

Ella se inclinó sobre él como un ángel de la muerte.

—Todavía no lo sientes, pero créeme...pronto lo harás. Si te atreves a intentar pedir ayuda te mataré, no tengo nada que perder —le susurró al oído, luego se puso un vestido plateado y le quitó las esposas, conduciéndolo medio a rastras hacia la salida, apoyándose su peso en el hombro para que pareciera que solo estaba pasado de copas.

Saldría por la puerta de emergencias sin ser vista, donde ya la esperaban Nikolai y Lev con la furgoneta.

Recorrió buena parte del camino sin que nadie reparara apenas en ellos. La gente estaba demasiado borracha y absorta en bailar y pasárselo bien como para darse cuenta de nada y eso le vino de perlas.

Hasta que de repente...

—Parece que a alguien se le ha pasado la mano con la bebida, ¿quieres que te eche una mano?

Era uno de los de seguridad, un chico joven que acababa de salir del baño, topándose con ellos de lleno.

Annika le dedicó su mejor sonrisa arrebatadora.

—Sí, mi amigo no sabe cuándo parar. Pero no, muchas gracias, tengo el coche ahí fuera. Ya me las apaño —contestó, con tono zalamero.

Por suerte, aquello bastó para quitárselo de encima porque el chico asintió y la dejó pasar.

Cargando como buenamente pudo con aquel peso muerto, hizo su mejor esfuerzo por terminar de recorrer el tramo hasta la salida de emergencia y allí, en las escaleras, la esperaba Lev.

Emitió un silbido nada más verla.

—¿Seguro que no lo has matado? —bromeó, al posar la vista en un Steve casi inconsciente. Le había puesto la camisa para tapar las heridas que le había infligido.

—Ganas no me han faltado, pero eso habría sido demasiado fácil. Quiero que sufra por lo que hizo —masculló, con las pupilas relampagueantes de odio.

Lev se echó su otro brazo sobre los hombros para ayudarla a cargar con su peso y entre los dos lo bajaron por las escaleras y lo subieron a la furgoneta, donde un impaciente Nikolai los esperaba.

No veía la hora de largarse de allí y que empezara la verdadera acción. Solo Dios sabía lo que le había costado contenerse para no entrar ahí y cortarle el cuello a ese miserable.

El simple hecho de saber que su mujer había tenido que encerrarse a solas con él en aquel reservado —de imaginarla siquiera bailando para otro hombre que no era él— y seducirlo, se volvía loco de celos.

—Ocúpate de borrar las imágenes, Lev —le pidió a su hermano, en cuanto hubo salido derrapando de allí.

Annika esposó a Steve al asiento trasero y se retocó el pintalabios.

El aludido se puso manos a la obra y le guiñó el ojo, con el portátil entre las rodillas.

—Hecho.

—¿Está lista la cabaña? —le preguntó a Nikolai, que tenía los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba el volante.

Se limitó a emitir un gruñido afirmativo en respuesta.

La cabaña a la que se dirigían se hallaba situada en pleno corazón de las montañas de Green Lake. Se trataba de una zona de difícil acceso y bastante escarpada.

Por lo que había averiguado Lev, solía pertenecer a los guardabosques del pueblo, pero hacía años que ya no quedaba ninguno.

Así que era el lugar perfecto para matar a alguien y deshacerse de su cuerpo. Las inclemencias del tiempo o los animales salvajes que habitaban por la zona harían el resto.



Steve se despertó confuso y desorientado. Un espantoso dolor de cabeza le martilleaba las sienes y sentía el cuerpo pesado, adormecido.

Tuvo que parpadear varias veces para adaptar la visión a la oscuridad casi total en la que se hallaba sumido.

No sabía dónde estaba.

Las paredes de madera rústica indicaban que era una cabaña y dio un respingo cuando, al girarse, se topó con la cabeza de un imponente venado muerto.

No pudo contener un grito de espanto y trató de retroceder, solo para darse cuenta de que estaba atado de pies y manos a los postes de una cama.

Un desagradable sonido llamó su atención y solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Esa cabellera rubia y los tatuajes eran inconfundibles.

Nikolai.

Se echó a temblar de pánico al darse cuenta de lo que provocaba ese chasquido.

Estaba despellejando a un animal. Sintió náuseas al comprobar, cuando un débil haz de luna incidió a través de la ventana, que era el cuerpo del venado cuya cabeza le había dejado al lado.

—No, no, no...por favor, déjame ir —suplicó. Nunca en su vida había estado tan aterrorizado.

Nikolai se detuvo y lo contempló con una expresión escalofriante.

—Ah, ya estás despierto. Por fin, empezaba a aburrirme...siempre me ha gustado más cortar carne humana.

Y enfatizó sus palabras enseñándole los dientes en una sonrisa sádica que le hizo perder la escasa cordura que le quedaba.

Gritó a pleno pulmón, pidiendo ayuda mientras trataba de liberarse sin éxito alguno.

Eso hizo que Nikolai se levantara, resoplando y cuchillo en mano.

—Creo que me gustabas más dormido. Cállate o te rebano el pescuezo —le advirtió en un siseo.

Enmudeció, aterrado de que cumpliera su promesa.

En aquel momento, la puerta se abrió y aparecieron Annika y Lev; traían leña para encender la chimenea. Y es que las temperaturas estaban a diez grados bajo cero como mínimo.

Cuando vieron que se había despertado, compartieron una mirada perversa.

Annika se acercó a él y engulléndolo con el azul de su mirada, le susurró al oído.

—¿Sabes? He decidido que voy a darte la oportunidad de hacer una elección por tu supervivencia, algo que todas esas pobres mujeres a las que arrastraste a esa vida de calamidades

y miseria nunca tuvieron. ¿Qué me dices?

—Sí, sí...gracias Annika, gracias. Sabía que eras buena, juro que nunca más volverás a verme. Me...iré de aquí —farfulló. Habría dicho cualquier cosa para que lo liberara.

—Bien. Voy a desatarte y te daré un minuto de ventaja para que corras. Si no te atrapamos, dejaremos que te marches —le propuso ella, con una sonrisa inquietante en el rostro.

Steve pensó que aquellos tres estaban locos de atar, pero no iba a desperdiciar esa oportunidad por nada del mundo.

—Pero eso...—se calló al ver la mirada asesina que le dirigió y reformuló la frase. —¿Y cómo sé que no me dispararéis por la espalda?

—Te doy mi palabra; no lo haremos —aseguró y la firmeza de sus palabras terminó por vencer su reticencia y asintió.

Lev y Nikolai lo liberaron y se masajeó las muñecas doloridas, dando cortos pasos para asegurarse de que podía mantenerse en pie.

—Eres un bastardo con suerte —le susurró el primero al oído, en un timbre tan siniestro que le puso los pelos de punta.

Tragó saliva y se obligó a concentrarse solo en escapar. Si dejaba que lo atraparan, sabía que estaría perdido.

Tenía que resistir.

Tenía que...

—Uno, dos, tres... ¡corre!

A la señal de Annika, Steve echó a correr tan rápido como le permitió su maltrecho estado físico.

El frío gélido de la madrugada lo golpeó de lleno —pues vestía tan solo la fina camisa con la que había salido de su casa, ni rastro de su chaqueta— y titubeó, preguntándose si el plan de aquellos tres lunáticos no sería hacer que muriera congelado.

Pero si era lo suficientemente rápido, podría bajar hasta la carretera y pedir ayuda. Le habían quitado su móvil y sus objetos personales, pero tenía que encontrar a alguien que lo auxiliara.

Siguió corriendo a ciegas, sin saber adónde iba y resistiendo el impulso de mirar hacia atrás para ver si lo seguían. Algo le decía que lo estaban observando, disfrutando con su sufrimiento.

Poco a poco, se fue relajando y ganó confianza. Necesitaba convencerse de que podía sobrevivir; podía hacerlo.

Su peor error fue bajar la guardia y no mirar por dónde pisaba.

Aulló cuando las cuchillas dentadas del cepo se clavaron en su carne, abriéndole la piel hasta el hueso.

Un dolor atroz como jamás había experimentado lo sacudió y se dejó caer de bruces sobre la fría nieve, sollozando.

Comprendió entonces que nunca habían tenido intención de dejarle ventaja y la rabia lo invadió al ver que se había dejado engañar como un pelele.

Entonces la figura de Annika se cernió sobre él, imponente y letal como una reina de alabastro.

Ni siquiera le importó pisar con sus botas el charco de sangre que se había formado a sus pies.

Sus labios pintados de rojo sangre esbozaron una sonrisa de plena satisfacción. Y Steve, en medio de su agonía, pensó que era la imagen más hermosa y terrible del mundo.

Nunca pensó que podría temer tanto a una mujer. Pero ella era diferente...había estado en el infierno y había logrado sobrevivir, para ajustar cuentas con sus verdugos.

—¿Lo ves? Te dije que no te dispararíamos y he cumplido. ¿De qué te quejas? —se burló. Él intentó arrastrarse por el suelo, lejos de ella, pero con un resoplido de hastío apoyó su pie sobre la herida y presionó hasta que le arrancó un alarido escalofriante. Satisfecha, se detuvo. —Si eso no es nada...tan grande y tan llorón...eso no es nada comparado con todo lo que he sufrido yo todos estos años —sentenció, implacable.

—¡Maldita perra loca! Quítame esta cosa —chilló, acorralado e indefenso. Cuanto más forcejeaba, más se hundía el cepo en su carne.

Nikolai dio un paso al frente, emitiendo un gruñido sordo. Steve empalideció al ver el hacha de caza que llevaba en la mano y se encogió, arrepentido por su arrebato. Pero no por todo lo que había hecho en el pasado.

—Adelante, Nik — ella le mostró su aprobación y él obedeció, emocionado como un niño con un caramelo.

Cuánto llevaba esperando aquel momento...

—¿Qué estás haciendo? ¡No, no...no! —Steve se desgañitó, tratando de impedirlo. Pero fue inútil; Nikolai descargó la hoja con una precisión milimétrica y le cortó limpiamente la pierna.

Un dolor agónico como jamás había experimentado nunca lo azotó y gritó hasta quedarse ronco. El shock era tan fuerte que sintió que se desmayaría y entonces, para su horror, Lev —que había permanecido en un segundo plano— dijo:

—Yo también quiero jugar un rato con nuestro amigo.

Su expresión estaba llena de un deleite sádico y enfermizo y Steve no pudo soportarlo más.

—¡Por favor, matadme ya! —suplicó.

Los tres se echaron a reír.

—No tengas tanta prisa hombre, todo a su tiempo —repuso, al tiempo en que sacaba un cuchillo de caza de su funda y saltaba sobre él como un animal lo haría con su presa.

Lo apuñaló indiscriminadamente, hasta que la pérdida de sangre y el shock por el miembro amputado hicieron que estuviera a punto de perder la consciencia.

Entonces, ante la atenta mirada de Annika —que estaba disfrutando lo indecible contemplando el macabro espectáculo— Lev le hizo una seña a su hermano (que tenía el pecho y la cara cubiertos de sangre fresca) para que terminara el trabajo.

Y él lo hizo, con mucho gusto.

El último grito de auxilio de Steve murió en sus labios antes de poder salir, porque la hoja del hacha descendió como un proyectil y le cercenó la cabeza de un tajo.

—Ahora sabes lo que se siente.

Fueron las palabras de una Annika que había permanecido impávida.

Sabía que todavía no había terminado de cumplir su venganza, faltaban los dos nombres principales en su lista, pero mentiría si dijera que no se sentía aliviada de que hubiera un mal menos en el mundo.

Sentía que, a su modo, había hecho justicia por todas aquellas chicas a las que ese miserable de Steve había conducido a la prostitución durante los dos años enteros que estuvo en la trata de blancas de su padre.

—Vamos a limpiarnos un poco, anda —le ofreció Nikolai, poniéndole una mano en el hombro.

Ella asintió, dedicándole una sonrisa extasiada. Había estado increíble.

Lev, por su parte, insistió en quedarse a terminar el trabajo. Lo despedazaría en trocitos pequeños y se lo echaría de comer a las fieras que habitaban las montañas.

Era algo que a ninguno de los dos le hacía especial ilusión, así que lo dejaron en su salsa y entraron a la cabaña para asearse un poco.

—¿Estás bien, moya valk'iriya? —quiso saber él, enmarcando su rostro entre sus manos fuertes y venosas, llenas de tatuajes y cicatrices.

Ella asintió.

—Sí, Nik, me siento muy bien. Gracias por estar a mi lado en esto.

No solía dárselas, pero en aquel momento más que nunca le apeteció hacerlo. Lo había arriesgado todo por ella.

—Hasta el final —respondió él, inquebrantable.

Annika cerró los ojos y dejó que la acariciara y la mimara. Estaba agotada, pero tan feliz...

El móvil de Steve sonó entonces, rompiendo la magia del momento y ambos se miraron, debatiendo qué hacer.

Era mejor que no contestaran. A fin de cuentas, el plan nunca había sido contarle la verdad a Giselle, sino coger a los niños y desaparecer con ellos. Ya les contarían todo cuando estuvieran a salvo.

Sin embargo, al ver que Steve no le respondía, Giselle había dejado un mensaje en el contestador. Annika decidió escucharlo por si acaso era importante. A fin de cuentas, su marido ya no iba a poder contestarle; ni ahora ni nunca.

—Steve, necesito que vengas a casa ahora mismo. Los niños han desaparecido... Alex estaba aquí conmigo, pero me dormí y luego escuché un disparo y... —Se interrumpió y se la oía tan angustiada que los dos se pusieron en alerta de inmediato. —Dios mío, no la encuentro por ninguna parte y Jayden tampoco me contesta al teléfono. Tengo un presentimiento horrible, por favor ven pronto. No sé qué está pasando ni qué hacer...

El mensaje se cortó y Annika maldijo, mientras Nikolai estrellaba un vaso contra la pared, perdiendo los nervios.

Aquello tenía que ser una pesadilla.

Era imposible que se los hubieran llevado la única noche que ellos no estaban allí para vigilar.

No podían haberseles adelantado de nuevo, Annika se negaba a creerlo.

Tenía que tratarse de otra cosa.

Pero Giselle estaba tan asustada... y lo del disparo no les daba buena espina en absoluto.

—No puede ser, Nik, otra vez no...

La voz de Annika sonaba quebrada como un cristal y los gritos y el estruendo hicieron entrar a Lev, a quien pusieron al tanto de la situación.

—*Blyad'* —blasfemó.

Y sí, aquello resumía muy bien el estado de ánimo de todos.

Debatieron qué hacer.

No quedaba otra opción. Tenían que comprobarlo por sí mismos y hablar con ella.

Aunque eso significara contarle la verdad.

Steve estaba muerto y ya había pagado por sus pecados, pero no pensaban hacerle daño a ella; era inocente.

Así que cuando Lev se lo preguntó, no titubeó ni un segundo en su respuesta.

—¿Qué quieres que hagamos con Giselle?

—No pienso matarla, Lev. Creo que lo mejor es que se lo contemos todo. Ella podría ayudarnos.

—¿Y qué pasa si no lo hace?

A leguas se notaba que Lev no estaba de acuerdo. Él siempre preferiría el camino de la violencia. Pero no pensaba ceder en aquello.

—Lo hará —aseguró ella.

No sabía cómo estaba tan segura, pero así era.

Tal vez porque Giselle también era madre y sabía que haría lo que fuera por los niños.

Así que la decisión estaba tomada.

20.

Cuando era más pequeña, Alex sufría de horribles pesadillas que la hacían levantarse gritando en medio de la noche.

Y casi siempre solía bajar a la cocina, porque tomar un vaso de agua fría la calmaba.

Así que eso fue lo que hizo, poniendo buen cuidado de no hacer ruido cuando salió —de puntillas— porque su hermano Jayden dormía en la cama de al lado y no quería despertarlo.

Sabía que querría quedarse con ella y consolarla, pero ya era una chica mayor y tenía que empezar a valerse por sí misma.

Iba descalza y el suelo estaba frío, así que corrió por el pasillo.

Hasta que las voces de sus padres, provenientes de la cocina, la hicieron frenar en seco.

Se detuvo y escuchó a escondidas, pensando que más le valía volver arriba si no quería que la descubrieran y su padre la regañara.

Su madre nunca lo hacía.

Pero entonces oyó lo que estaban diciendo...y se quedó paralizada.

—En algún momento tendremos que decírselo a los niños, Steve. Cuando sean mayores... merecen saber la verdad —le estaba diciendo su madre, muy seria. Alex se extrañó, porque ella era la persona más alegre y risueña del mundo y jamás alzaba la voz siquiera.

—La única verdad es que tú eres su madre. Después de lo mucho que te costó sobreponerte tras saber que nunca podrías quedar embarazada te mereces ser feliz —repuso su padre, a quien se oía casi molesto. Pero enseguida su voz se tornó persuasiva. —Además sus padres no quisieron saber nada de ellos, saber eso les haría daño. Ahora son nuestros, Giselle y creo que lo mejor es que olvidemos el pasado y nos centremos en ser una gran familia.

—Está bien, supongo que tienes razón —su madre acabó cediendo.

—Prométeme que nunca les dirás que son adoptados.

El tono de su padre tenía un cariz apremiante, casi ansioso.

—Yo...de acuerdo Steve, lo prometo.

Alex se tapó la boca con las manos y salió corriendo de vuelta hacia su cuarto. Cuando hubo cerrado la puerta, con cuidado de no despertar a Jayden, se secó las lágrimas y se acostó.

No supo si fue por el shock o porque realmente quiso seguir las instrucciones de Steve al pie de la letra, pero el caso es que lo borró de su mente como si fuera otro mal sueño.

Y nunca recordó lo que había escuchado...hasta que su pasado volvió para buscarla.

Porque tarde o temprano, la verdad siempre sale a la luz.



Alex abrió los ojos debido al sobresalto cuando sintió que algo helado impactaba sobre ella.

Agua.

Alguien acababa de arrojarle un cubo de agua helada encima.

Intentó levantarse, todavía desorientada y envuelta en un sopor angustioso debido a los efectos del cloroformo en su organismo. No lo consiguió.

Algo tiró de ella hacia atrás con brusquedad lacerante y emitió un grito al caer de espaldas sobre el colchón. Alguien la había esposado a la cama.

El pánico se apoderó de ella al no saber dónde se hallaba ni por qué la retenían contra su voluntad. Se encontraba en una habitación con paredes de piedra en la que solo había un catre, en el que se encontraba, y un orinal en la esquina al que prefirió no prestar atención por su propio bien.

Aquello parecía una cárcel...y ella se había convertido en una prisionera.

—¿Por qué me tienen aquí encerrada? ¿¡Alguien me oye!? ¡Quiero salir de aquí! —se desgañitó, pero allí no acudía nadie y la desesperación empezaba a hacer mella en su cuerpo.

Estaba cansada, desorientada y hambrienta. Tenía frío y solo quería volver a su casa, con su familia.

No sabía qué estaba pasando ni por qué la habían raptado aquellos hombres. Deseó poder volver el tiempo atrás; se iría directamente a la cama y jamás se le ocurriría la locura de colarse en casa de los vecinos a fisgonear. Si no lo hubiera hecho, ahora no estaría en aquella situación.

Pero ya era demasiado tarde para lamentarse, tenía que ser fuerte y no dejarse llevar por el pánico si quería tener alguna posibilidad de salir de allí. Estaba claro que algo querían de ella, porque de lo contrario la habrían matado en lugar de tomarse tantas molestias.

La puerta se abrió con estrépito, revelando la figura de un gigante rubicundo y malencarado que avanzó hacia ella con las pupilas fulgurantes.

—¡Cállate, maldita perra, o te cierro la boca a golpes! —le ladró, provocando que se echara hacia atrás todo cuanto le permitieron las esposas.

Aquel tipo era el mismo que la había golpeado. Todavía recordaba las palabras que había pronunciado su compañero antes de que ella perdiera la consciencia.

El jefe se va a alegrar mucho de verte, Sasha Kozlova.

Como siempre, su curiosidad fue en contra de su sentido común y a pesar de que sabía que era mejor obedecer, no pudo evitar querer obtener algunas respuestas.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es Sasha?

Al oírla, el gorila prorrumpió en una carcajada tan estentórea que ella retrocedió hasta volver a caer de espaldas, mirándolo con odio. Eso solo hizo que se riera todavía más, como si le hubiera contado un chiste particularmente bueno.

Comenzaba a enfurecerse. ¿Acaso estaba loco o qué? ¿Qué diablos le hacía tanta gracia?

Se lo preguntó, entre gritos, pero no sirvió de nada. Porque todavía entre carcajadas y tras dedicarle una última y extraña mirada, desapareció, murmurando algo que logró entender a duras penas por lo vacilante que era su inglés. Se notaba que no era su lengua materna.

—Muy pronto lo descubrirás.

Y de repente, Alex ya no sabía si quería saberlo o no. Porque algo le decía que no iba a gustarle.

Se acurrucó en un rincón, mirando al techo y rezando para poder salir con vida de aquel calvario.



No tenía ni idea de cuántas horas habían pasado desde el encontronazo con aquel desalmado, pero Alex esperaba que alguien más acudiera a darle alguna explicación y de momento eso no había sucedido.

Poco a poco, el sol del crepúsculo se había ido escondiendo para dejar paso a una oscuridad sórdida e impenetrable que con su presencia no hizo sino alterar su ánimo ya sombrío y deprimirla más.

La incertidumbre estaba acabando con ella y necesitaba salir de allí. Sentía que le faltaba

el aire entre aquellas cuatro paredes umbrías.

Había pasado por todos los estados de ánimo; desde la ira, hasta la impotencia y el llanto y finalmente estaba en proceso de resignación.

No tenía fuerzas para seguir pataleando y gritando. Llevaba demasiado tiempo sin comer ni beber nada y estaba débil, exangüe.

No sabía qué iba a ser de ella ni si la estarían buscando. Se dijo a sí misma que Jayden sí; él no pararía hasta encontrarla. Nunca le fallaría, era su otra mitad y estaría sufriendo lo indecible.

Le dolía el corazón por él.

Al levantar la vista, se percató de que había empezado a nevar ahí fuera y un manto blanco recubría la explanada de un hermoso —e inmenso— jardín, coronado por una fuente de piedra con la cabeza de un león que alzaba sus garras, imponente y majestuoso.

Las luces del porche estaban encendidas y a pesar de los guardias que podía atisbar — todos vestidos de negro— haciendo lo que sin duda era una ronda de vigilancia, era una visión muy hermosa y no pudo evitar admirarla.

Sonrió cuando un copo de nieve se posó sobre el cristal y extendió la mano para rozarlo con la yema de los dedos. Cuánto le habría gustado poder tocarlo, siempre había amado la nieve...

—Es un bello espectáculo, ¿no te parece?

Se sobresaltó al oír aquella voz que había resonado tras su espalda, muy cerca. Y al volverse, retrocedió a toda prisa al vislumbrar la figura de un hombre que no debía de sobrepasar por muchos los cincuenta años.

En la oscuridad casi total que reinaba en la estancia, le sonrió y sintió escalofríos. Era una mueca tan taimada que le heló la sangre. Sintió una repulsión innata por aquel hombre al que nunca antes había visto y cuando encendió la luz y esta bañó su rostro, elegante y bien conservado a pesar de los años, sintió algo muy extraño que no entendió...como si su fuero interno le gritara que se alejara de él.

—¿Quién es usted? —inquirió, con cautela.

—Soy Mijaíl Kozlov, estás en mi casa —repuso, con esa voz de timbre aflautado y engañosamente amable.

Así que él era el jefe del que habían hablado...

Tragó saliva. Sí, todo en él indicaba que había nacido para dar órdenes y algo le decía que lo hacía con mano de hierro.

Trató de obviar que se apellidaba Kozlov, como Annika...Kozlova. ¿Sería su padre, acaso?

Si así era, seguía sin entender por qué había decidido secuestrarla a ella.

—No...no le conozco. Déjeme ir, ha cometido un error al traerme aquí —intentó apelar a su humanidad, aunque sus pupilas gélidas y oscuras como el ébano parecían indicar que esta se había esfumado hacía mucho tiempo. Si es que la había tenido alguna vez.

Ladeó la cabeza en una sonrisa astuta que le provocó un escalofrío.

A pesar de todo, intentó mantenerse firme para que no viera que le tenía miedo.

—Es cierto, no me conoces. Pero te equivocas en todo lo demás, porque yo sí tengo derecho de retenerte aquí, Sasha —afirmó, remarcando mucho las eses. De nuevo aquel nombre...

—¡Yo no me llamo así! —chilló, harta de que todos se refirieran a ella de esa manera.

—Claro que sí. Yo estaba presente cuando tu madre te puso ese nombre. ¿Y sabes por

qué, pequeña? Porque soy tu abuelo —dejó caer la noticia como si fuera una bomba, a sabiendas de su efecto.

Alex abrió desmesuradamente los ojos debido a la impresión y sintió que el mundo se abría bajo sus pies y la arrojaba a una vorágine de oscuridad.

Su abuelo...

No, no podía ser.

Porque si él era su abuelo, entonces Annika... ¿era su madre?

El peso de aquellas revelaciones fue demasiado para que su mente embotada por el shock pudiera asimilarlo y se desmayó.

21.

Jayden se despertó con un espantoso dolor de cabeza y el pulso latiéndole en las sienes.

Sentía la boca pastosa y el cuerpo pesado y le llevó un buen tiempo conectar los fragmentos inconexos que componían sus últimos recuerdos.

Él escuchando a escondidas la conversación de su padre y armando un plan con Alex para desenmascararlo.

El club.

Annika.

El reservado.

Kieran y él saliendo fuera.

Kieran...

La bombilla se encendió entonces en su mente y la ira le calentó las venas.

Kieran, el que pensaba que era su amigo (y quién sabía si podrían llegar a ser algo más), lo había traicionado, drogándolo y secuestrándolo a saber con qué intenciones.

Jayden tenía el vago recuerdo de haberlo oído hablar con alguien, pero apenas pudo distinguir nada antes de caer inconsciente sobre el asiento trasero.

Apretó la mandíbula, avergonzado consigo mismo por haber sido tan confiado. Jamás tendría que haber permitido que Kieran entrara tanto en su círculo y mucho menos haberle pedido que lo acompañara. Se arrepentía profundamente y lo peor era que quizá fuera demasiado tarde.

Estaba en una habitación común y corriente, de paredes blancas y que apenas contaba con unos pocos muebles, como si no hubiera dormido nadie allí nunca.

No estaba esposado, ni restringido de ningún modo, lo que lo alivió sobremanera. Era una oportunidad de oro para escapar que no pensaba desaprovechar por nada del mundo.

Y cuando estuviera libre, ajustaría cuentas con Kieran. Si es que no se lo topaba antes.

Haría lo necesario para salir de allí, así que por su bien esperaba no cruzárselo.

Tenía que ser rápido. No sabía dónde estaba, pero lo principal era llegar a la salida. Las ventanas estaban subidas, así que pudo echar un vistazo al exterior y vio que no había nadie rondando por allí.

La lógica le decía que no podía ser tan fácil, pero las ganas de escapar eran más fuertes y sacaban su lado más impulsivo.

Así que abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido –no estaba cerrada con llave, qué extraño– y salió al pasillo, que también estaba silencioso. No se oía ni un alma y empezó a pensar que lo habían dejado allí solo hasta que tuvieran que acudir a vigilarlo.

Pero no podía ser porque de lo contrario lo habrían encerrado, ¿no?

Tampoco pensaba quedarse a averiguarlo.

Pudo salir al jardín sin problemas, admirando lo inmensa que parecía aquella propiedad. ¿A quién pertenecería? ¿Y por qué lo habían traído hasta allí? ¿Sería de Kieran?

No entendía nada.

—Yo que tú no daría un paso más.

Hablando del rey de Roma...

Kieran había aparecido sigilosamente tras su espalda y le enfureció que hubiese vuelto a

tomarlo por sorpresa.

Se giró con los puños apretados, deseando golpearlo.

Escaneó los alrededores. No le fue muy difícil suponer que debía haber salido del cobertizo.

—¿O qué? ¿Vas a obligarme? —lo desafió, deseando que dijera que sí para poder desahogarse.

Pero la respuesta de Kieran no fue la que esperaba.

—No seas idiota. Mira, no vamos a hacerte ningún daño si te comportas. El jefe vendrá a verte pronto y...

No pudo decir más porque Jayden se abalanzó sobre él, ciego de furia y con los puños por delante, para arremeter con todo lo que tenía.

Los dos cayeron al suelo, rodando y lanzando puñetazos y golpes a diestra y siniestra.

—¿Dónde coño me has traído, eh? —increpó, echando el puño hacia atrás. Kieran se apartó para esquivarlo pero no pudo evitar que lo golpeará en la mandíbula.

Lo empujó, tratando de quitárselo de encima. Pero era como un león acechando a su presa y volvió a la carga.

—Será mejor que te calmes —le advirtió, con la respiración irregular.

—¿Y si no lo hago qué vas a hacer? ¿Volver a drogarme? —chilló, a un palmo de su cara.

Lo cogió del cuello, pero Kieran se soltó con dos golpes contundentes en sus muñecas. Le sorprendió que supiera pelear tan bien, a pesar de que solo se estuviera defendiendo. ¿Quién era en realidad?

—Todo tiene una explicación, pero tienes que tranquilizarte y esperar...

No lo dejó terminar de hablar. Le asestó un cabezazo y se levantó como un bólido, echando a correr hacia la salida. El otro maldijo como un poseso y se limpió la sangre que le cubría el rostro, saliendo en su persecución.

Lo derribó de un placaje y se posicionó a horcajadas sobre él para inmovilizarlo, a pesar de que se resistía como un demente.

—Debes estar contento, conseguiste engañarme con tu teatrillo. ¿Quién eres, eh? —le escupió. La rabia desaforada que había en él le dolió más que los golpes que le había propinado.

—Soy Kieran, sigo siendo Kieran —aseguró. No era su cometido contarle lo que estaba pasando, a él solo lo habían enviado para velar por su seguridad y vigilarlo en la sombra. Pero ahora...estaba demasiado implicado y podía estropearlo todo. — Es solo que...

No pudo decir más, porque en ese momento una voz grave e imponente, de timbre autoritario, lo interrumpió.

—¿Habéis terminado?

Los dos se giraron como un resorte al darse cuenta de que tenían compañía.

La voz pertenecía a un hombre robusto y corpulento, de largo pelo castaño y barba de pocos días, que observaba el espectáculo a pocos metros, apoyado en un bastón y con aspecto poco impresionado, condescendiente incluso.

A regañadientes, Kieran se quitó de encima de Jayden y lo soltó, escupiendo sangre en el suelo. Él hizo otro tanto y se levantaron al mismo tiempo, lanzándose miradas envenenadas de tanto en cuanto.

—Lo siento, padre. Quería escapar y estaba tratando de detenerlo...—se excusó Kieran, con expresión mortificada.

El hombre asintió, con gesto empático y dirigió su mirada penetrante hacia Jayden, que se

había quedado de piedra al oír que el pelinegro lo llamaba padre.

—¿Quién eres? ¿Y qué hago yo aquí? —lo enfrentó Jayden, que ya estaba harto de tanto misterio.

—¿Por qué no pasamos dentro? ¿Quieres tomar algo? —le ofreció, con unos modales tan refinados que lo descolocaron por completo. Especialmente ahora que había reparado en los hombres armados que había apostados fuera.

Sonrió con amargura, comprendiendo así por qué le había parecido tan fácil escapar.

—Lo que quiero es largarme de aquí y volver a mi casa —soltó, de malos modos.

El semblante del hombre permaneció inmutable, como si estuviera más que acostumbrado a rabietas adolescentes.

¿Realmente era el padre de Kieran? Su amigo era solitario. Llevaba poco menos de un año viviendo en Green Lake, le dijo que se había mudado y que sus padres viajaban mucho y le dejaban solo porque era muy independiente.

Ahora dudaba que algo de lo que le hubiera contado fuese cierto. Todas aquellas ocasiones en las que faltaba a clase y dejaba de dar señales de vida ahora cobraban sentido.

Era un impostor, un personaje que se había inventado. Pero, ¿para qué? Eso era lo que tenía que averiguar.

—Entiendo cómo te sientes —aseguró el dueño de la casa, con un tono algo más cálido —, pero te garantizo que aquí estás a salvo. Es importante que sepas que no queremos hacerte daño, al contrario; te hemos traído aquí para protegerte.

Aunque sus palabras parecían sinceras, Jayden no terminaba de creérselo. Pero, puesto que a la vista había quedado que no iban a dejarlo marchar así como así, decidió que lo mejor sería mostrarse dócil y seguirles la corriente. Por lo menos hasta que tuviera un plan mejor.

Así que no discutió y se limitó a dejar que lo condujeran al interior del chalet, que era impresionante; con sus columnas de mármol, un cenador lleno de enredaderas, el jardín perfectamente cuidado y una acogedora chimenea encendida, cuyo calor agradeció, ya que el clima era bastante más frío de lo que estaba acostumbrado.

Allí los recibió una joven que no debía tener más de veintiséis años; esbelta, de pelo negro azabache hasta la cintura, ataviada con ropa deportiva del mismo color y unos ojos grises que parecían calar en lo más profundo del interior de quien la mirara.

—Ella es Nayla —se la presentó, al darse cuenta de que la miraba. Ella le dedicó una inclinación de cabeza. Lo primero que Kirill pensó al verla fue que era ruda e imponente, alguien con quien era mejor no tener problemas. Pero era evidente que el anfitrión le profesaba un gran respeto que era plenamente correspondido. También Kieran la miraba con admiración. —Como a Kieran, la tomé bajo mi tutela hace muchos años. Puedes confiar en ella.

—Eh...hola —se limitó a decir él, cortado.

Ella dejó escapar una risa musical y le hizo un ademán para que se pusiera cómodo.

—Bienvenido Kirill, Vadím tenía muchas ganas de conocerte. No te dejes engañar por su aspecto rudo, es un sentimental —dijo, con aire de confidencia.

Así que se llamaba Vadím...

Jayden, que no entendía por qué diablos esa mujer se había referido a él con el nombre de Kirill, asintió, aunque no supo qué responder.

En cambio, tenía otra duda que necesitaba resolver cuanto antes.

—¿De verdad es tu padre?

Por un momento, se olvidó del enfado que sentía hacia Kieran y le preguntó directamente lo que llevaba carcomiéndolo desde que el chico pronunciara aquella palabra con inquietante

devoción.

De inmediato, el aludido miró al hombre como pidiéndole permiso —algo que molestó a Jayden— y solo cuando este asintió, se lo explicó.

—No es mi padre biológico, pero como si lo fuera. Él me sacó de las calles y me acogió cuando me estaba muriendo de hambre. Vivía en la calle y robaba para sobrevivir. Él me dio una oportunidad y un propósito de vida.

El cariño y la gratitud eran más que palpables en su tono y se notaba que el sentimiento era recíproco por parte del mencionado, que le sonrió con lo más parecido al afecto que era capaz de mostrar.

Incluso Jayden se ablandó un poco al oírlo.

—Entiendo.

—Estás en Moscú, en nuestro refugio. Aquí estás a salvo, eso te lo garantizo. Y lo que estoy a punto de contarte es muy delicado y no será agradable. Por eso quiero pedirte que estés tranquilo y me escuches atentamente, ¿de acuerdo? —le pidió, a lo que él asintió, pensando que no debía de ser para tanto.

Sin embargo, en cuanto comenzó a hablar y fue atando cabos...se dio cuenta de hasta qué punto estaba equivocado.

Y la mentira en la que había estado viviendo todos aquellos años lo sacudió como la más pesada de las losas.



Eran más de las cuatro de la madrugada cuando llamaron al timbre de casa de los Williams.

Giselle estaba a punto de sufrir un colapso nervioso y dos veces había cogido el teléfono para llamar a la policía, pero se detuvo en el último minuto por si los niños habían seguido a Steve.

Alex estaba muy rara cuando la había encontrado en el salón y se maldijo por no haber subido a la habitación de Jayden. Algo le decía que no estaba allí.

Él tenía la costumbre de salir muchas noches hasta tarde, pero jamás había tardado tanto en volver.

En cuanto a su marido...sabía que cuando pasaba las noches enteras fuera de casa no estaba trabajando como le decía, pero era débil y estúpida y lo quería demasiado para dejarlo, por mucho que fuera lo que debería haber hecho hacía mucho tiempo.

Fue a abrir, ajustándose la bata de casa y rezando para que fueran ellos. Pero no; se trataba de sus vecinos.

Estaban los tres y a pesar de la oscuridad que había en el porche, pudo percatarse de que no traían buena cara. ¿Les habría pasado algo?

Un momento, ¿y si estaba relacionado con sus hijos?

Abrió sin pensarlo dos veces.

Los tres llevaban gruesos abrigos y no le pasó desapercibido lo rojos e irritados que ella tenía los ojos.

—Annika...chicos, pasad. ¿Qué ha ocurrido? No tenéis buena cara —les preguntó, haciéndose a un lado para que pudieran entrar.

Hubo algo en los ojos de Nikolai que le dio escalofríos y apartó la mirada, centrándose en la rusa, que parecía estar buscando las palabras oportunas.

—Sí, Giselle, ha ocurrido algo terrible —admitió, clavándole una mirada que no supo

cómo interpretar. De repente se sintió expuesta y se arrepintió de haberlos dejado pasar.

—¿De qué se trata? Mi marido debe estar al caer —mintió, para que supieran que no estaba sola.

Lev se rio y su hermano le clavó una mirada furibunda, así que enmudeció. Pero tenía una mueca extraña...casi perversa.

Se abrazó los codos, deseando que la mujer hablara cuanto antes.

Por suerte, no prolongó su agonía mucho más.

—Hay algo que debes saber. Necesito que me escuches atentamente y no me interrumpas hasta que termine, ¿de acuerdo? Es de vital importancia que sepas toda la historia —remarcó, muy seria.

—Está bien, te escucho —se resignó, algo amedrentada por los rostros circunspectos de Annika y Nikolai. Lev seguía siendo un lienzo en blanco.

Jamás imaginó la terrible verdad que iban a revelar.



—No, Annika. Es imposible, tienes que estar equivocada —repuso una Giselle que no daba crédito a la locura que acababa de escuchar.

Esa historia que Annika le había contado era horrible y la había conmovido en lo más hondo, pero se negaba a creer que su marido pudiera estar involucrado en tan deleznales actos.

Debía de haber una confusión.

Porque de ser cierto, eso significaba que había estado casada con un monstruo y se negaba a aceptarlo.

—No lo estoy, Giselle. Tenemos pruebas de que Steve...

—¡No! Mi marido será muchas cosas, pero no un proxeneta ni un secuestrador de niños —la interrumpió, con virulencia. Acto seguido, se puso en pie y amenazó: —Voy a llamar a la policía, estáis locos.

Nikolai le cerró el paso, con expresión tan imponente y severa que toda su determinación se fue a pique.

—Yo que tú no lo haría —advirtió Lev.

—Escucha Giselle, sé que es difícil de creer, pero te digo la verdad. Steve no adoptó a Sasha y Kirill, los robó. Déjame mostrarte las pruebas que tenemos para que lo veas por ti misma.

Ella volvió a desplomarse sobre el sofá, con los ojos vidriosos y el gesto derrotado.

—No puede ser cierto...es imposible.

Se cubrió la cara con las manos, colapsada.

A su lado, Annika le puso una mano en el hombro y le habló, buscando su mirada.

—Entiendo que no quieras aceptar la realidad, que te engañara de esa manera es ruin... pero debes abrir los ojos, por tu bien y por el de los niños. Así que lee los informes —pronunció aquellas palabras empleando una firmeza que era necesaria para ayudarla a terminar de abrir los ojos a la mentira en que había estado viviendo todos aquellos años.

Y surtió efecto porque, al cabo de un rato, Giselle acabó obedeciéndola y con manos temblorosas tomó los documentos que ella había depositado sobre la mesa. Aquellos que le robaron a Steve y en los que figuraba el acta de adopción —falsificada— junto con la investigación del orfanato en el que supuestamente habían sido adoptados los bebés y su base de datos, que lo desmentía todo, la confesión de Danika (a quien Nikolai había torturado poco después para que confesara que se los entregó a Mijaíl y estaban con vida, perfectamente sanos) y el pago que

había recibido Steve por trasladar a las mujeres hasta los Estados Unidos.

A medida que iba pasando las páginas, su rostro fue pasando de la incredulidad al horror y la desolación más profunda.

Todo aquello en lo que creía acababa de desmoronarse frente a sus ojos cual castillo de naipes.

Cuando terminó de leer, los devolvió a su lugar; pálida como un muerto.

Entonces escondió el rostro entre las manos y sucumbió a un llanto desolador.

Annika empatizó con su tormento. No imaginaba lo que debía sentirse al descubrir que el hombre al que amas ha cometido semejante monstruosidad. Así que la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza, compartiendo su dolor.

Giselle se aferró a su regazo como una niña indefensa y prorrumpió en disculpas.

—Annika...lo siento tanto...Dios mío, no lo sabía. ¿Cómo no me di cuenta? Yo...lo siento mucho —hipó y sollozó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Ni siquiera podía mirarla a los ojos.

¿Cómo había podido hacerlo Steve? ¿Qué clase de alimaña era?

—Shh, tranquila. No es culpa tuya —la consoló, acariciando su cabello.

Estuvieron así un buen rato, hasta que se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar.

—Dios mío, los niños...Alex estaba aquí, pero me desperté porque oí un disparo y de repente había desaparecido. Hay que llamar a la policía —los instó, entrando en pánico.

Lev dejó escapar un hondo suspiro, impaciente. No le interesaban los problemas de aquella mujer y le aburría su histeria.

Sabía que debía callarse y controlar su falta de empatía, pero le costaba. Nikolai, en cambio, estaba tan imperturbable como una estatua de granito. Era imposible saber qué se le pasaba por la cabeza.

Fue Annika quien intervino.

—No Giselle, no podemos meter a la policía en esto. Si lo hacemos alertaremos a la mafia, ellos tienen comprados a la mayoría de cuerpos del Estado, ¿lo entiendes? —le explicó, muy seria para que viera que no se trataba de algo trivial. Había demasiado en juego.

—Está bien...pero entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a encontrarlos? ¿Estás segura de que se los ha llevado la...mafia? Dios, solo pronunciar esa palabra me da escalofríos —confesó, sin poder digerir todavía del todo la magnitud de lo que estaba viviendo. Le parecía una horrible pesadilla de la que se despertaría en cualquier momento. Pero pronto comprobaría que era real, para su desgracia.

Annika cubrió sus manos entre las de ella.

—Tú no vas a hacer nada, vas a dejar que nosotros nos encarguemos y sobre todo es muy importante que no le cuentes a nadie lo que está pasando. Los encontraremos y los traeremos sanos y salvos —le prometió, porque no había forma en que pudiera vivir con los remordimientos si no dejaba que se despidieran de la mujer que los había criado como su madre al menos una vez.

A no ser que prefirieran quedarse con ella, algo que le rompería el alma en mil pedazos después de todo lo que había pasado, pero que aceptaría con resignación si era su decisión.

Sin embargo, Giselle parecía renuente a la idea de permanecer al margen.

—¿Cómo voy a quedarme de brazos cruzados mientras mis hijos están por ahí Dios sabe dónde? No puedo.

Annika cerró los ojos cuando dijo “mis hijos” pero no porque le molestara, sino porque lo entendía. Eso es lo que habían sido para ella y siempre lo serían. No podía ni quería cambiar eso.

En todo caso, cuando las aguas se calmaran un poco, le daría las gracias por haberlos cuidado todo aquel tiempo.

Podrían haber caído en manos mucho peores y el simple hecho de imaginarlo le revolvía el estómago.

—Sé que es difícil, pero tienes que prometerme que lo harás. Tanto por tu seguridad como por la suya. Tienes que confiar en nosotros.

Al final, Giselle se dio por vencida y accedió.

—¿Y qué pasa con Steve? ¿Dónde está? —se atrevió a preguntar. Aunque pudiera parecerlo debido a su ingenuidad; no era tonta y se había dado cuenta de la sangre que manchaba los zapatos de Lev y el rastro del fluido carmesí en las uñas de Nikolai.

Tenía una corazonada y necesitaba que la confirmaran. Solo así podría terminar de procesar su duelo.

Annika no dudó en responderle con la verdad. No se dejaba engañar por el aspecto frágil de Giselle y sabía que podría manejarlo.

—Nunca más volverá, no tendrás que preocuparte por él —le dijo, con frialdad.

Lev estaba preparado para silenciarla si se ponía difícil, pero ella se mantuvo mucho más serena de lo que había esperado, demostrando que Annika no se había equivocado con ella.

Asintió, con aprobación.

—Está bien — se limitó a murmurar.

Después de todo lo que había hecho, ya no sentía por él nada más que desprecio.

Solo podía pensar en Alex y en Jayden. Rezaría por ellos hasta que se los trajeran de vuelta, sanos y salvos.

Y entonces ya se preocuparía de ver cómo iban a resolver aquella situación.

—Descansa un poco, estos días serán duros. No hagas ninguna tontería, te mantendremos informada en la medida de lo posible, ¿de acuerdo? —le pidió Annika. Giselle no sabía cómo se las arreglaba para estar tan entera después de todo lo que le había contado.

Era admirable.

—Podéis quedaros aquí a pasar la noche si queréis —les ofreció, pues se sentía en deuda. Si no le hubieran abierto los ojos, todavía seguiría intentando autoconvencerse de que su vida era perfecta.

Y aunque doliera, la verdad siempre era lo mejor.

Ahora lo sabía.

—Gracias, pero tenemos que marcharnos. Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes daremos con Sasha y Kirill.

Sasha y Kirill.

Así que esos eran sus verdaderos nombres...

Le iba a costar un poco acostumbrarse.

—Está bien, yo...por favor, traédme los sanos y salvos —les suplicó y la rusa le dio su palabra.

Cuando cerró la puerta, se dejó caer de rodillas al suelo y lloró hasta quedarse sin lágrimas por el futuro que tenía planeado y que acababa de truncarse frente a sus ojos.

22.

Annika estaba al borde de un ataque de nervios.

No había logrado pegar ojo, sentía que se iba a morir de la angustia y la incertidumbre la estaba devorando por dentro.

Era inconcebible que, después de todo lo que había luchado para encontrar a sus hijos en cuanto supo que estaban vivos, ahora que sabía quiénes eran y lo cerca que estaban de ella, se los hubieran vuelto a arrebatarse frente a sus narices.

Sentía incredulidad, ira y desolación.

Si no lograba recuperarlos, jamás se sobrepondría del golpe. Y si había sucedido lo que sospechaba y era su padre quien de algún modo había conseguido hallar su paradero y los tenía cautivos, haría cualquier cosa por rescatarlos de sus garras.

No dejaba de repetirse a sí misma que contaba con el apoyo incondicional de Nikolai y Lev y eso la animaba a seguir peleando. Porque ella era una guerrera y jamás se rendía, así que no pensaba empezar a hacerlo ahora.

Sin embargo, a veces, en sus momentos más bajos no podía evitar pensar que no se merecía su lealtad después del daño irreparable que su padre les había causado.

Recordó cómo se había enterado de la verdad —el propio Mijaíl se lo había contado justo después de decirle que sus hijos estaban muertos, solo para hacerle más daño— y se sintió orgullosa por no haber dudado de él, a pesar del ahínco con el que trató de envenenarla en su contra aprovechando su confuso estado mental.

«¿De verdad pensabas que un hombre como él se enamoraría de ti? Mandé asesinar a toda su familia delante de él. Solo lo dejé vivir junto con el psicópata de su hermano porque sabía que un día podrían serme útiles. Jugaron bien su papel, eso tengo que concedérselo. Y resulta que te los tiraste a los dos como la ramera que eres. Solo te usaron como parte de su venganza. Pero ten por seguro que uno de los dos te habría matado cuando ya no le sirvieras de nada, a ti y a tus bastardos».

Esas palabras...

Esas malditas palabras se le grabaron a fuego en la mente y por más que quiso desecharlas, no pudo.

Fueron años de reclusión, de soledad, de incertidumbre. Sin poder ver a ninguno de los dos, ni saber de su estado. Algo dentro de ella le decía que no estaban muertos, porque de lo contrario su padre no habría perdido la oportunidad de regodearse todavía más en su dolor.

A veces, en sus momentos más oscuros, de verdad creía que todo había sido una mentira.

Pero entonces recordaba el fuego en los ojos de Nikolai cada vez que la veía bailar o sonreír, cada mirada fugaz que compartían y cada gesto furtivo. Pero sobre todo, la ferocidad y la protección con que la reclamaba, entregándole todo cuanto le quedaba de humanidad con cada ínfimo contacto.

También rememoró la destreza de Lev, la forma en que la había hecho explorar aquella parte de su sexualidad, haciéndola disfrutar de formas que Annika jamás creyó posibles.

Él; que era tan gélido como una tormenta de escarcha en pleno invierno, la había enseñado a explotar el arma más poderosa que poseía.

Con la belleza también se puede matar, babochka. El día que lo entiendas, serás invencible.

Y Annika jamás olvidó aquella valiosa lección. No tardó en comprobar que tenía razón. La belleza era un arma poderosa.

A ella habían sucumbido todos sus esposos.

Kostya fue el primero de ellos.

Al principio, tuvo el gesto de respetar su duelo. Pero ese ápice de humanidad no tardó en verse nublado por la lujuria que ella le despertaba. Ansiaba poseerla, someterla.

Y Annika supo entonces que tenía que hacer algo. No pensaba dejarse tratar como una muñeca hinchable sin voz ni voto.

Poco a poco, lo fue manipulando, convertida en la *femme fatale* que siempre debió ser.

No tardó en enviudar.

Y lo mejor fue que ni siquiera tuvo que ensuciarse las manos.

Kostya se quitó la vida él mismo, incapaz de soportar la idea de que ella no lo amara, ni lo haría nunca.

No tardaron en apodararla la viuda negra, pues uno tras otro, los hombres con los que su padre la iba obligando a casarse, fallecían en extrañas circunstancias.

Sobraba decir que Mijaíl montó en cólera, temeroso de que aquella especie de leyenda negra que estaba recayendo sobre la menor de sus hijas le acabara impidiendo encontrarle un esposo digno del apellido Kozlov.

Pero aunque intentó someterla de todas las formas posibles, ya no tenía nada con lo que coaccionarla. Podría haber dejado que la matara si ese era su deseo, ya no había nada que la atara a aquella miserable vida que le había tocado vivir.

Sin embargo, Mijaíl todavía la necesitaba. Y por eso no lo hizo.

El último hombre con el que la desposó era con diferencia el peor de todos.

Sergei Pavlov.

Tan solo el hecho de recordar su nombre le revolvía el estómago.

Era el Boyevik máspreciado de su padre. Un hombre bien entrado en la cuarentena que venía de una respetable familia de aliados a los Kozlov desde hacía generaciones.

Dada la estrecha relación que mantenían, Annika había tenido que topárselo infinidad de veces en los pasillos de la mansión. Cada vez que eso sucedía –pese a que estaba casado– tenía que lidiar con las miradas lascivas y espeluznantes que él le dedicaba.

Apenas habían cruzado palabra alguna (pues ella procuraba evitarlo a conciencia, le ponía los pelos de punta), pero él siempre había manifestado un interés enfermizo por ella.

Y todo empeoró cuando su esposa fue asesinada en un ajuste de cuentas.

Sucedió poco después de que Annika enviudara de su último marido– un cerdo abusador al que mandó al otro mundo esparciendo un veneno indetectable en la sangre en su adorado vodka– y aquella fue la oportunidad que Sergei llevaba esperando durante tanto tiempo.

No esperó ni siquiera a que el cadáver de su pobre mujer se enfriara para pedir su mano. Y por supuesto, Mijaíl accedió más que dichoso. Sabía que a Annika no le sería nada fácil deshacerse de él como lo había hecho con el resto.

Ella también lo descubrió pronto.

Sergei era un hombre despiadado y sin escrúpulos. Un enfermo al que no le importaba nada con tal de tenerla a su lado.

La había dejado sin comer días enteros.

La encerró en un cuarto a oscuras tras haberlo abofeteado cuando la besó a la fuerza.

La amenazó con dejar que sus hombres la forzaran uno detrás de otro si no se entregaba a él.

Y eventualmente, Annika sabía que habría acabado haciéndolo.

Pero entonces apareció Nikolai, como un ángel de la muerte, y la rescató de nuevo.

Solo cuando estuvieron lejos de allí, ella le preguntó cómo había sabido dónde estaba y él le confesó que había torturado a uno de los kryshas de su padre para averiguar su paradero.

Acababa de escapar de la Gulag y tenía un aspecto feroz y enloquecido, algo lógico después de haber pasado quince años privado de la libertad y sometido a las peores torturas. Pero había sobrevivido, porque tenía que volver junto a ella.

Mató a todos los hombres de Sergei y lo hizo de un modo salvaje. Pero su ira no se apaciguó, porque el maldito de su esposo no se encontraba en la casa en aquel momento. A ambos les habría encantado acabar con él de la peor manera y enviárselo a Mijaíl en trocitos.

Sin embargo, si lo pensaban con la cabeza fría; era mejor así. Pues de lo contrario lo habrían puesto sobre aviso.

Nunca pensaron que podrían pasar desapercibidos mucho tiempo, contaban con que tarde o temprano los localizarían. Por eso actuaron con rapidez.

Aunque parecía que no con la suficiente.

De haber sabido que sus hijos estaban puerta con puerta con ellos, se los habrían llevado el primer día. Pero Steve había sabido jugar bien sus cartas. Tenían que asegurarse de que realmente era el hombre al que estaban buscando antes de actuar.

Esperaba que se pudriera en el infierno.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nikolai, que llevaba un buen rato observándola, sumida en sus más profundos pensamientos. Cuando Annika se perdía en los oscuros rincones de su mente, era muy difícil traerla de vuelta.

Lo sabía porque a él le pasaba lo mismo.

Incluso con bolsas oscuras bajo los ojos por la falta de sueño, sin una gota de maquillaje y enrojecida por el llanto, seguía siendo la mujer más bella que había visto en su vida.

—En que les he fallado otra vez, Nik. A veces pienso que estaban mejor antes de que nosotros apareciéramos. ¿Realmente tenemos derecho a arruinar su vida?

Admitir aquello no era fácil, mucho menos después de todo lo que había peleado para reunirse con ellos, pero no podía evitar que esos pensamientos la atormentaran.

Nikolai entrelazó su mano con la de ella y negó.

A él también le costaba expresar lo que sentía, incluso más que a ella.

Nunca lo había hecho.

Solo era un bruto que se limitaba a matar y a gruñir cuando algo o alguien se interponía en su camino.

Pero aquello era nuevo para él.

Había tenido muchos años para asimilarlo. Cuando estás privado de tu libertad tu mente puede ser tu única vía de escape, pero también se puede convertir en tu peor enemiga.

Así que había optado por apagar su cerebro y convertirse en un animal para sobrevivir.

Pero cuando la vio allí...fue como revivirlo todo. Por un momento, creyó que era un espejismo y la fiebre provocada por las heridas que le infligían cada día durante las torturas le estaba jugando una mala pasada.

Pero no; ella se las había ingeniado para colarse allí, sobornando a uno de los guardias, para darle una noticia que lo cambió todo.

Los bebés que Mijaíl le hizo creer que había matado estaba vivos en alguna parte y él allí, prisionero. Y la bestia que habitaba en su interior rugió para que la liberara.

Se había resignado a que la muerte lo encontrara entre aquel encierro, pero aquella visita

le daba un nuevo propósito y fuerzas para salir de allí; volver con la mujer a la que amaba y recuperar a sus hijos.

No fue fácil, pero al final lo logró.

Ese mismo día le prometió que nada ni nadie volvería a separarlos y pensaba cumplirlo.

—No digas eso. No me gustaba verte así, moya valk'iriya. Eres su madre y tienen que saberlo. Además, durante este tiempo los han tenido engañados. ¿Crees que eso habría durado para siempre? Sabes tan bien como yo que no.

Había tanta seguridad en sus palabras, que Annika no encontró forma de rebatirle. Tenía razón en todo lo que había dicho y solo estaba hablando su tristeza.

Eso no podía ser. Ahora más que nunca Sasha y Kirill la necesitaban entera.

Se lanzó a sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho, dejándose reconfortar por su calor.

—Gracias por no dejar que me rinda —musitó. Solo ante él se sentía cómoda sacando su lado más vulnerable, algo que únicamente hacía cuando se sentía al límite.

Y él la comprendía y no la presionaba. Parecía conocerla mejor que ella misma.

—Tú ya lo hiciste por mí en mi peor momento —admitió él, con la voz como esquivarlas cortantes. Solo el mero hecho de recordar su terrible pasado en aquella cárcel lo ponía tenso y a la defensiva.

Había noches en las que se despertaba jadeando y encolerizado, tratando de defenderse de amenazas que solo estaban en su cabeza, y ella era la única que podía calmarlo.

Lo mismo ocurría cuando era a ella a quien azotaban las pesadillas.

Y Lev...nadie sabía qué pasaba por su mente. Pero Annika jamás lo había visto perder el control, salvo la vez en que lo rescataron del psiquiátrico. No quería ni imaginar el infierno que habría vivido para que él, siempre tan imperturbable, estuviera así.

Como si le hubiera leído la mente, este carraspeó y levantó la cabeza del ordenador en el que había estado trasteando para piratear las cámaras de seguridad del local.

—Hay que ver, vosotros en plan tortolitos y yo aquí trabajando —les recriminó, con tono burlón.

Por toda respuesta, Nikolai le lanzó un gruñido de advertencia y él esbozó una sonrisa torcida.

—He encontrado algo interesante —anunció.

De inmediato los dos se levantaron y acudieron a echar un vistazo. Lev dejó el portátil en la encimera y se preparó algo de beber.

—Resulta que Jayden...bueno, Kirill, siguió a Steve hasta el club. Lo que por supuesto significa que te vio —lo dijo como si nada, pese al gesto de horror que se le quedó a Annika.

Había estado tan obcecada en atrapar a Steve que ni siquiera se había percatado de la presencia de su hijo. Por Dios, no quería ni pensar en la impresión que le habría dado verlos irse juntos hasta el reservado.

Si hubiera podido resucitar a Steve en aquel momento, lo habría hecho solo por el placer de matarlo de nuevo.

—Fijaos en el final de la grabación. No entiendo por qué no la han eliminado, ya que es bastante comprometedor —opinó Lev, frunciendo el ceño.

Él no entendía de emociones, solo atendía a los hechos. Por eso, no estaba tan preocupado por sus sobrinos. No podía sentir apego hacia ellos, pues ni siquiera los conocía y de todos modos su naturaleza se lo hacía imposible.

Pero tampoco disfrutaba viendo sufrir a Annika. A ella no. Nunca había podido hacerlo.

Ella y su hermano vieron la grabación hasta el final, tal y como les había indicado.

Y más allá de la rabia que sintieron por no haber podido hacer nada a pesar de estar cerca de allí, sí que tenían que darle la razón a Lev.

Ese chico, el amigo de Jayden, que lo había secuestrado...había llamado a alguien antes de arrancar. Lo que significaba que no actuaba por su cuenta, sino que seguía órdenes.

Por lo tanto, si lo investigaban podrían encontrar a quien estuviera detrás de todo.

—Buen trabajo, Lev. Ocúpate de rastrear la matrícula de ese coche, aunque supongo que se habrá desecho de él —dedujo Nikolai.

—De lo contrario sería estúpido —matizó este.

—No lo entiendo. ¿Cómo no nos dimos cuenta? Debimos ser más cautos, uno de vosotros dos debería haberse quedado vigilando...—Annika se lamentaba, presa de la frustración. Estaba convencida de que podrían haberlo evitado.

—¿Y perderme la diversión?

Lev le estaba echando sal a la herida y lo fulminó con la mirada, algo que tampoco atenuó esa sonrisa torcida suya.

Resopló, exasperada.

—Lo mejor será ir a su casa, allí podría haber alguna pista. Vamos a tener que pedirle la dirección a Giselle —Nikolai sabía que Annika quería mantenerla al margen, pues era inocente en aquella historia, pero no quedaba de otra.

Y ella, que lo sabía, accedió.

—Voy a llamarla, ahora vuelvo.

Sin más, salió del salón, dejándolos a los dos a solas.

—¿Quién crees que ha podido ser? Dudo que ese tal Kieran fuera uno de los hombres de Kozlov —quiso saber Nikolai, que estaba recargando su arma.

Lev lo meditó cuidadosamente.

—No sé quién, pero algo me dice que se trata de un aliado. Espero no equivocarme.

Su hermano asintió, deseando que sus suposiciones fueran acertadas. Cada segundo contaba.



Giselle les proporcionó la dirección de Kieran, pero no sin hacerles un sinfín de preguntas. Y es que no entendía nada de lo que estaba pasando. Todo su mundo se había venido abajo y ahora aquello era el remate final.

Annika consiguió convencerla de que se quedara en casa por si había noticias y acabó accediendo, aunque a regañadientes.

Así que allí estaban.

Ojalá lo hubieran investigado, pero nunca les pareció sospechoso, ya que no habían visto a Jayden interactuar mucho con él.

Pero ahora que sabían la verdad, todo encajaba; vivía solo, en una casa ostentosa situada a las afueras del pueblo, junto al cementerio.

Una zona tétrica y alejada, perfecta para pasar desapercibido, lo cual era su cometido.

Cada vez estaba más claro que alguien lo había enviado allí a desempeñar una tarea, dado que no llevaba en Green Lake ni un año, según lo que les había contado Giselle.

Registraron la casa a conciencia. Pero no había nada fuera de lo común. Apenas tenía muebles, ni objetos personales. Era como si allí viviera un fantasma.

Hasta que entraron al dormitorio.

Y allí, justo sobre las pulcras sábanas blancas, había una pista para ellos.

Una carta de póker depositada a conciencia, con un significado que solo Annika entendería.

La reina.

Efectivamente, ella la sostuvo con delicadeza entre sus manos y empalideció a un nivel alarmante. Tanto así, que Nikolai se alarmó.

En la parte de atrás, había una dirección escrita a rotulador.

—¿Estás bien? ¿Sabes quién ha podido dejarla?

Entretanto, Lev la estudiaba con fijeza.

A Annika todavía le costó un tiempo reponerse, hasta que consiguió que le salieran las palabras.

—Sí, pero no estoy segura de que eso sea posible —musitó. A aquellas alturas ya dudaba de todo.

—¿Por qué? —inquirió Nikolai, cuyos pensamientos empezaban a ir en sintonía con los suyos. Pero necesitaba oírsele decir.

Y así fue.

—La reina era su carta favorita. Él me enseñó a jugar al póker. Y que esté aquí no me parece una casualidad —divagó. —Esta carta era de... mi tío Vadím.

Y si eso era así, entonces...

—Él es quien se ha llevado a Kirill —adivinó Lev, que tenía que concederle que había sido un movimiento inteligente.

Ahora solo tenían que encontrarlo, algo que dudaba que fuera difícil.

Él los estaba esperando.

23.

Kirill.

Su nombre era Kirill y no Jayden, como había creído toda su vida.

Su madre no era su madre.

Y el que pensaba que era su padre —aunque lo había despreciado casi desde que tenía uso de razón— no era más que un maldito bastardo que los había comprado.

Estaba hirviendo de ira, temblaba de pies a cabeza por lo atroz e inhumano del relato que había tenido que escuchar de labios de aquel hombre que decía ser su tío.

Y lo peor era que en lo más profundo de su interior, sabía que todo era cierto. No había puesto en duda nada de lo que le había contado, por más truculento que pareciera.

Era como si su subconsciente se lo hubiera estado advirtiendo con gestos sutiles, poco a poco, todo aquel tiempo. Pero especialmente con la llegada de Annika y Nikolai.

Por eso, pese a la desconfianza que les generaban y la certeza de que ocultaban algo, tanto su hermana como él sintieron esa rara fascinación hacia ellos.

Vadím incluso le enseñó pruebas de que el certificado de adopción de Steve era falso — con él había engañado a Giselle— ya que había contactado al supuesto orfanato que allí figuraba y la directora le había confirmado que allí no había ningún niño llamado Jayden ni ninguna niña llamada Alexandra, así como tampoco se había producido dicha adopción.

Por lo tanto, no había duda.

Había pensado en todo, pero realmente no era necesario. Él lo habría creído de todos modos.

Sabía que Vadím esperaba que dijera algo, cualquier cosa. Lo observaba con preocupación y prudencia, como si en cierta forma esperara una reacción visceral.

Kirill se puso en pie de golpe. Tenía que salir de allí.

Necesitaba un poco de aire.

Sentía que estaba a punto de explotar y le daba miedo lo que sucedería si lo hacía, así de intensas eran sus emociones.

Su tío le puso la mano en el hombro, intentando calmarlo, pues respiraba con agitación.

Se revolvió como un resorte.

—¡No me toques! —chilló, dejando salir la ira que le bullía por dentro.

Con gesto resignado, Vadím lo soltó.

Se encaminó hacia la salida y pasó por al lado de Kieran sin siquiera dirigirle un vistazo, estaba que echaba fuego. Él tampoco hizo nada para detenerlo.

No era prudente.

Fuera de sí, escaneó la estancia hasta reparar en la silla que bloqueaba su salida y sin siquiera ser consciente, moviéndose por un impulso, la cogió y la lanzó contra la pared con tanta fuerza que acabó abriendo un boquete.

Gritó. Le ardía la garganta. Pero no podía parar.

Solo podía pensar en la horrible historia que le había contado, en el infierno por el que tuvieron que pasar sus verdaderos padres.

Volcó la mesa de centro y arrasó con todo lo que se atravesó en su camino. Hasta que unos brazos hercúleos lo sujetaron desde atrás, inmovilizándolo.

Estaba teniendo un ataque de ira y Vadím lo había dejado desahogarse, pero sabía que

tenía que detenerlo o se haría daño.

Lo contuvo, pese a que forcejeaba y peleaba como una pantera —sin duda había sacado el carácter de sus padres— hasta que Kieran se acercó y le tendió una jeringuilla con un relajante.

Tuvieron la precaución de prever esa reacción y lo prepararon, por si acaso.

Se lo inyectó y siguió sujetándolo hasta que hizo efecto y las fuerzas lo fueron abandonando. Se le relajaron los músculos y sentía el cuerpo pesado, sin fuerzas.

—Tranquilo, déjalo salir todo —le dijo, dándose cuenta de que estaba más calmado.

Asintió.

Era notorio que estaba esforzándose por asimilarlo todo y aunque quería abrazarlo, decidió que lo mejor sería darle su espacio.

Le sirvió un vaso de agua y se lo ofreció, para aliviarle el dolor de garganta que debía tener después de tanto gritar.

Kirill se lo bebió, agradecido, mientras se iba calmando poco a poco. Y entonces fue cuando empezaron a surgirle las dudas.

—¿Y por qué has esperado tanto tiempo para buscarnos? —le preguntó, pues Vadím había omitido por completo su propia historia para no abrumarlo demasiado.

—No podía —admitir aquello le escocía más de lo que estaba dispuesto a asumir. Si él hubiera actuado antes, si de verdad hubiera podido cumplir su promesa, probablemente se habría podido evitar mucho sufrimiento. —Estuve en coma cinco años y la recuperación...digamos que fue más lenta de lo que me habría gustado.

Aquello tomó por sorpresa al chico, que tragó saliva. No podía ni siquiera imaginarse lo duro que tendría que ser aquello.

—¿Y qué pasó? Si puedo preguntar —añadió, para suavizarlo un poco. A veces le costaba tener tacto cuando se dejaba llevar por la curiosidad.

Vadím inspiró hondo y asintió, rememorando el peso de un pasado cargado de amargura y resentimiento que todavía lo carcomía.

»No me cuadraba que mi hermano hubiera dejado pasar la oportunidad de torturar a mi sobrina mostrándole los cuerpos sin vida de sus hijos, porque es algo que el muy trastornado haría solo para torturarla.

»Ni siquiera organizó un maldito funeral. Annika estaba demasiado ida por el dolor y los sedantes que le suministraban como para indagar y a Svetlana la engañó asegurándole que había quemado los cuerpos porque eran demasiado pequeños para molestarse en comprar un par de ataúdes. Y aunque viniendo de él no me sorprendía, había algo que me olía mal en todo aquello.

»Por eso, decidí investigar por mi cuenta.

»En mi mundo, fingir la muerte es algo que está muy a la orden del día. Así que me puse en contacto con uno de los pocos hombres que me eran más leales a mí que a mi querido hermano, o eso pensaba yo, y por la cantidad adecuada de dinero me proporcionó toda la información que necesitaba.

»Resulta que Mijaíl sobornó al forense para que realizara una partida de defunción falsa y de ese modo anular la voluntad de mi sobrina. Lo que hizo en su lugar fue vender a los niños y meterlos en un camión que traficaba con mujeres para explotarlas sexualmente. Ese camión tenía como destino la ciudad de Nueva York.

»Por supuesto, antes de contárselo a Annika, necesitaba cerciorarme de que eso era cierto y en caso afirmativo, hallar la forma de rescatarlos.

»La forma más rápida de hacerlo era, naturalmente, la más arriesgada; tenía que hacerme pasar por mi hermano para obtener dicha información.

»Debí imaginar que no sería tan fácil suplantar su identidad sin que se diera cuenta. Sin embargo, mi hombre me traicionó y acabó delatándome a mi hermano, clavándome un puñal por la espalda. Supongo que lo hizo por dinero.

»Yo no sabía nada y, ahora que tenía la dirección de la ruta exacta que iba a seguir la “mercancía” estaba listo para salir tras sus pasos sin perder ni un segundo más.

»No tuve la oportunidad de hacerlo. Porque me estaba esperando en mi casa y como el cobarde que siempre ha sido me encañonó con su revólver sin darme tiempo siquiera a defenderme.

«—Es curioso, Vadím, a pesar de que te he despreciado toda mi vida siempre pensé que eras un hombre cabal e inteligente. Pero ya veo que me equivocaba contigo.

—Yo en cambio siempre he sabido la clase de rata que eras. Jamás mereciste a una mujer como Agneska y mucho menos a las hijas que tienes.

—¿Te habría gustado ser tú su padre? Todavía sigues dolido porque me prefirió a mí. Patético.

La ira me nubló el juicio y perdí la perspectiva, lo reconozco.

—Eso es una sucia mentira y lo sabes. No te prefirió, la obligaste.

Hiciste su vida miserable y la usaste hasta que ya no te sirvió, entonces te deshiciste de ella como si fuera basura.

—Y lo era. Una perra débil y estúpida. Pensé que podría moldear a mis hijas a mi imagen y semejanza, pero son tan ramera como ella. Sobre todo Annika.

—¡No hables así de ella! Estás enfermo. Le has hecho creer que los bebés han muerto y es otra de tus sucias mentiras. Cuando sepa la verdad te hará pagar por lo que has hecho.

—¿Y quién va a contárselo? ¿Tú? No me hagas reír. No llegarás vivo a mañana.

—Si me pasa algo, tengo un contacto que le entregará todas las pruebas a Annika mañana mismo.

—¿Sabes lo que creo? Que te estás marcando un farol. Tu único contacto es el hombre que te ha vendido. Y aunque dijeras la verdad...Annika sigue siendo mi prisionera, así que nadie podrá verla sin pasar primero por mí.

—No vas a poder ocultárselo para siempre. Tarde o temprano sabrá la verdad y entonces ni siquiera tú podrás detenerla.

—Puede, pero eso es un problema para el futuro. De todos modos no es algo que vayas a poder ver, ya estarás muerto.

Rápido como el pensamiento, Vadím se anticipó a sus movimientos y sujetó el arma con ambas manos, desviando la trayectoria del disparo en el último momento. Este impactó en el techo y él aprovechó el desconcierto de Mijaíl para atacarlo, asestándole un puñetazo en el estómago.

La pistola se le resbaló de las manos y como el cobarde que era trató de cogerla, pero Vadím se lo impidió pateándole las costillas.

Mijaíl contraatacó lanzándose sobre él y los dos rodaron por el suelo como animales enfurecidos, golpeándose con todo lo que tenían.

Vadím apresó el cuello de su hermano y empezó a apretar, con furia homicida.

—Voy a acabar contigo, ya no podrás destrozar la vida de tus hijas ni hacerle daño a nadie más —gruñó, con la adrenalina disparada.

Podía sentir cómo la vida se le escapaba de entre las manos, porque él se la estaba arrebatando, y nunca se había sentido mejor.

El éxtasis que lo embargó fue tan fuerte que no se dio cuenta de que Mijaíl había estado

palpando a ciegas en un desesperado intento por hacerse con el arma, que había salido rodando durante la pelea y había caído a sus pies.

Cuando lo vio alzar el brazo y apuntarle a la cabeza, ya fue demasiado tarde.

Apenas atinó a apartarse a un lado, pero la bala le rozó la sien derecha y cayó inconsciente».

—Estuve cinco años en coma a consecuencia de aquello. Mijaíl me dio por muerto, naturalmente.

»Me dejó allí tirado y llamó a sus hombres para que se deshicieran de mí.

»Me enterraron vivo. Pero el padre de Nayla, que lo vio todo, me salvó. Se convirtió en mi ángel de la guarda y me llevó a un búnker que pertenecía a su familia, donde una enfermera me estuvo proporcionando todos los cuidados que necesité.

»Incluso cuando sus padres fueron asesinados, Nayla tomó el revelo para velar por mí y nunca se dio por vencida, ni permitió que me desconectarán. Se las arregló para mantenerme oculto todos esos años; hasta que desperté.

—Tú me salvaste primero Vadím, te lo debía —aseguró Nayla, intentando ocultar lo mucho que sus palabras significaban para ella. Consideraba a Vadím como su segundo padre. Él le regaló una sonrisa cargada de afecto.

—Cuando desperté, tuve que someterme a un largo y tedioso proceso de recuperación —siguió relatando él, con una expresión circunspecta. Era evidente que lo había pasado muy mal y Kirill se sintió mal por él. —Sabía que no iba a ser fácil volver a ser el que era y necesitaba recuperar un poco de mi antiguo poder antes de volver a enfrentarme a Mijaíl.

»Además, me convenía que siguiera pensando que yo estaba muerto. De ese modo pudimos dedicarnos a planear exhaustivamente nuestra venganza. Quise rescatar a mis sobrinas, pero si no tenía un lugar lo suficientemente seguro para mantenerlas a salvo de la ira de mi hermano, podría acabar poniendo sus vidas en peligro y eso no podía tolerarlo. Así que esperé mi momento, urdiendo mi plan en las sombras.

»Tan solo hace un par de años que supe quiénes eráis, gracias a la investigación de Kieran. El resto, ya lo sabes —finalizó su relato y apuró el vaso de whisky que se había servido, a sabiendas de que lo iba a necesitar.

El chico asintió.

Sí, ya lo sabía.

Iba a costarle, pero acabaría asimilando su nueva identidad.

Sin embargo, había algo que lo preocupaba más y así lo expresó.

—Vamos a poder rescatar a mi hermana, ¿verdad?

Pese a que quería mostrarse fuerte, no podía evitar temer por la suerte que podría estar corriendo.

Vadím le puso una mano en el hombro para reconfortarlo y asintió.

—Te doy mi palabra —aseguró, con semblante grave.

Y él sabía que lo decía de verdad.

Eso lo dejaba un poco más tranquilo.

24.

Siempre la había deseado, incluso cuando era una niña que empezaba a desarrollarse. La había visto crecer con el anhelo por tocarla devorándolo por dentro.

Acudía de visita a la mansión siempre que lograba encontrar alguna excusa sólida, aprovechando el aprecio que Mijaíl parecía sentir por él.

La observaba jugar en el jardín y corretear por los pasillos con esas bonitas faldas y vestidos que le encantaba usar cuando alcanzó la pubertad.

Sergei era un hombre paciente y astuto y había sabido cómo disimularlo frente a los demás. No le convenía que se supiera, no al menos hasta que Annika creciera y pudiera pedir su mano.

Aunque antes tendría que deshacerse de su esposa, una mujer insulsa y pusilánime con la que su padre lo había obligado a contraer matrimonio a los veinte años.

Estaba tan hastiado de ella...que no veía la hora de que ese momento llegara.

Pero sabía que debía ser paciente e ir ganándose entretanto la confianza de la chica, que hasta ahora se había mostrado esquivia y recelosa con él.

Aquello lo frustraba y comenzaba a cansarse de sus desplantes. Sin embargo, no podía arriesgarse a que lo acusara con su padre pues, aunque no temía a Mijaíl, sabía que no le convenía que este estuviera sobre aviso.

Se negaría a dejarlo acercarse a ella porque estaba casado.

Todo sucedió por casualidad.

Él había subido al baño con la excusa de asomarse a su habitación y espiarla detrás de la puerta, nada que no hubiera hecho antes aprovechando que Annika estaba absorta cuando estudiaba.

No obstante, aquella vez fue todavía mejor; porque la joven se disponía a tomar un baño y había olvidado cerrar la puerta, pensando que no había nadie en aquella zona, ya que su padre estaba reunido con sus hombres.

De inmediato se quedó fascinado al ver toda aquella piel sedosa y tersa al descubierto, esas curvas que empezaban a formarse y que eran propias de una niña entrando en la adolescencia.

Se relamió los labios al ver cómo se secaba meticulosamente las piernas, separándolas hasta que dejó al descubierto su centro...era la cosa más deliciosa que Sergei hubiera visto jamás.

Pero en aquel momento, ella levantó la vista, como si hubiera presentido que alguien la espiaba, y de inmediato se apresuró a ocultarse, con una sonrisa torcida en los labios.

Después de aquello estaba más resuelto que nunca; tarde o temprano, Annika Kozlova sería su mujer.

Y lo consiguió, porque él era Sergei Pavlov y siempre lograba lo que se proponía, sin importar el precio que tuviera que pagar.



No había cosa que Mijaíl Kozlov disfrutara más que de saberse con el control absoluto de una situación. Lo hacía más poderoso, alimentaba sus aires de grandeza.

Tras su conversación con Sasha, decidió bajar a las catacumbas a visitar a su querida hija. Con todo el asunto de la fuga de Annika, todavía no había podido ocuparse de resolver el problema que su romance con ese bastardo de Aleksei le había ocasionado.

Ya tenía preparado a un nuevo potencial esposo para ella —al otro lo había matado el maldito de Kovasizk— y no pensaba dejar que sus estúpidos caprichos le arruinaran los planes.

Sin embargo, una de las sirvientas lo interceptó para anunciarle que tenía una visita y se extrañó al ver que se trataba de su Boyevik.

—Sergei, no sabía que ibas a venir. ¿Quieres algo de beber? —le ofreció, haciendo gala de sus buenos modales.

El aludido se lo agradeció con una inclinación de cabeza, pero declinó la oferta cortésmente.

—No te molestes, Mijaíl, no te quitaré mucho tiempo. Solo vengo a preguntarte si hay novedades...sobre el paradero de mi esposa —inquirió, sin poder disimular su impaciencia.

El Pakhan enarcó las cejas y negó.

—Todavía no hemos podido dar con su localización exacta, pero vendrá a nosotros por voluntad propia. Tenemos a su querida hijita —le reveló, aunque estaba seguro de que de algún modo él ya estaba al tanto porque no se sorprendió en absoluto.

Y así era. Sergei jamás podría olvidar lo humillante que había sido regresar a casa del trabajo, esperando que Annika hubiera aprendido la lección tras el castigo que había decidido aplicarle a través de sus hombres, para encontrárselos a todos muertos. No, muertos, no; asesinados de forma salvaje.

Y de ella no había ni rastro.

No tardó en descubrir que ese perro de Blasov había conseguido escapar de la Gulag tras fingir un ataque epiléptico por el que tuvieron que trasladarlo al hospital médico del campamento —no podían dejarlo morir o el Pakhan los haría pagarlo muy caro, ya que quería ocuparse personalmente de él cuando llegara el momento— y allí masacró a todo el que se interpuso en su huida.

Tenía muchas ganas de ponerles las manos encima a los dos y hacerles pagar su adulterio. Solo de imaginárselos retozando por ahí le hervía la sangre. Y su mejor forma de desquitarse podía ser a través de la pequeña zorra de su hija.

—Sí, la verdad es que capturarla ha sido una muy buena baza —coincidió. Y luego, hizo la pregunta que Miajíl había estado esperando. —¿Podría subir a verla? Solo será un minuto. Tengo curiosidad.

—Está bien, ve —concedió, siguiéndolo con la mirada con gesto calculador.

Por mucho que le agradara, no pensaba perderlo de vista. Su nieta era demasiado valiosa como para dejarla a solas con él sin supervisión.



Sasha se entretenía matando el tiempo haciendo unas marcas en la pared con las uñas para contar los días que pasaban.

Llevaba casi cuarenta y ocho horas retenida allí, lejos de su familia.

Daría lo que fuera por saber cómo estaban y si la estaban buscando, aunque apostaba todo lo que tenía a que sí.

De súbito, la puerta de su cuarto / celda se abrió para dejar paso a un hombre que no había visto nunca; alto, con un traje de dos piezas gris marengo, bien engominado, rondaría los cuarenta años y su expresión taimada afeaba cualquier rastro de atractivo que pudiera tener. De

inmediato, le dio la impresión de que no era trigo limpio y retrocedió, recelosa.

Dedujo que debía ser alguien de la confianza de su captor si lo dejaba entrar allí a sus anchas sin supervisión alguna. Y supo que debía proceder con cuidado.

—¿Quién es usted? Aléjese de mí —espetó, alto y claro. Si trataba de hacerle algo, gritaría.

—Eres la viva imagen de tu madre cuando tenía tu edad, pequeña Sasha —repuso el hombre en su lugar, haciendo caso omiso.

Aunque intentó permanecer imperturbable, Sasha empezó a ponerse nerviosa. Las cadenas le impedían moverse con libertad y ya no podía retroceder más.

Lo tenía casi encima y su expresión se le antojó amenazante.

—Le he dicho que no se acerque —repitió, en aquella ocasión con menos firmeza de la que le habría gustado.

Sergei se rio, complacido, como si hubiera estado esperando que ella sacara las garras.

—Ah y con su mismo carácter, por lo que veo. No debes temer de mí, soy Sergei y puedo ser tu amigo si te portas bien —le dijo, con aire de confidencia.

Ella bufó. Como si fuera a creerse una patraña semejante. Los tipos como él no tenían amigos.

—No me interesa su amistad —apostilló, esperando que con eso bastara para que desistiera y se marchara.

Sin embargo, lo subestimó, porque todavía tenía un as bajo la manga y no dudó en emplearlo.

—Oh, ¿ni siquiera si te dijera que puedo sacarte de aquí?

Al oírlo, Sasha levantó la cabeza de golpe y lo miró a los ojos.

Permaneció serio e imperturbable, cualquiera habría asegurado que decía la verdad. No obstante, no pensaba fiarse así como así.

—¿De verdad haría eso? ¿A cambio de qué? —inquirió, recelosa.

No era tan ingenua como para pensar que actuaba por altruismo. Aquel tipo no le gustaba un pelo. Su forma de mirarla le helaba la sangre.

Sergei se rio. Fue una risa espontánea y apreciativa, como si le enorgulleciera que ella fuera tan perspicaz.

—Solo tendrías que hacer una pequeña cosa por mí. Ayúdame a convencer a tu madre de que soy su mejor opción. Si regresa conmigo, tu hermano y tú podréis venir a vivir a mi mansión. Seréis como mis propios hijos —terció, con un brillo en los ojos que la estremeció.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. La intuición le decía que estaba mintiendo. Había algo realmente oscuro en ese hombre.

—Antes muerta —escupió, en un impulso. Lo miró a los ojos y alzó la barbilla, desafiante. No pensaba dejar que se creyera que porque estaba en una situación de inferioridad iba a poder manipularla ni se iba a mostrar vulnerable. Eso no iba con ella.

Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro pérfido de Sergei, como si hubiera estado esperando que le plantara cara y entonces, en un movimiento veloz y sorpresivo, estiró la mano y agarró su cuello con rudeza, arrancándole un gemido que lo satisfizo profundamente.

—¿Sabes? Tu madre también solía tener esos alardes de rebeldía. Me costó, pero acabé enseñándole quién mandaba. Podría partirte el cuello aquí y ahora y mandarle a tu querida mamá tu cadáver en trocitos. ¿Crees que me temblaría el pulso? Ella se burló de mí y me despreció y tiene que pagar por eso —siseó, con el rencor desfigurándole las facciones.

Al fin mostraba su verdadera cara.

—Suél...tame —Sasha forcejeó y le clavó las uñas, en un desesperado intento por liberarse de su agarre de hierro.

Boqueaba, tratando de recuperar el suministro de oxígeno del que la estaba privando.

Sintió que las fuerzas la abandonaban. Realmente aquel lunático iba a matarla...

Y entonces la puerta se abrió de súbito dando paso a la imponente figura del *Pakhan*. Con una mueca de fastidio, Sergei la soltó y fingió estar acariciando su cabello.

Ella retrocedió como un púgil, alejándose lo máximo que le fue posible.

Sus ojos se encontraron con los de Mijaíl y supo que él se había percatado del miedo que la sacudía y que las marcas en su cuello eran visibles. Pero lejos de interceder por ella, la situación pareció divertirlo.

—Sergei, creo que es hora de que le mandemos saludos a mi querida hija. ¿No te parece?

Su tono estaba cargado de malicia y Sasha apretó los dientes, asqueada. Los odiaba a ambos, con todo su corazón. Deseó que sus padres la encontraran y acabaran con ellos lentamente, que los hicieran sufrir una terrible agonía. Ella estaría en primera fila para presenciarlo.

—Una idea excelente Mijaíl, ¿haces tú los honores? —replicó este, con expresión de deleite.

El aludido asintió y le devolvió la llamada al número que no había hecho más que intentar ponerse en contacto con él durante las últimas horas y que sabía que era Annika.

Le dio a la opción de videollamada y en cuanto su hija descolgó, enfocó a una Sasha que intentaba forcejar con las cadenas que la retenían, en vano.

Por supuesto, con ella estaban esos dos malditos hermanos Blasov. Qué ganas tenía de ponerles las manos encima...

—Sasha, cariño, ¿estás bien? ¡No te atrevas a tocarla, quiero que la sueltes inmediatamente! ¿Me has oído? —exigió, enseñando los dientes como una leona dispuesta a matar por sus crías.

Sin embargo, su padre ni siquiera se inmutó.

—Shh, aquí las condiciones las pongo yo. Mira con quién estoy —dijo, enfocando a Sergei.

—Hola querida esposa, ya va siendo hora de que vuelvas a ocupar el lugar que te corresponde, ¿no crees? —intervino este, con una sonrisa maníaca.

—¡Antes muerta, bastardo! —chilló ella en respuesta.

De fondo, se oía a Nikolai y Lev profiriendo insultos y amenazas si no la liberaban cuanto antes. Pero el Pakhan hizo oídos sordos.

Se tomó su tiempo, pero cuando volvió a hablar, lo hizo para darles un despiadado ultimátum mientras acariciaba el cabello de Sasha con fingida ternura.

—Tienes dos días para venir a por ella o haré que todos mis hombres uno tras otro la violen y luego la mataré y te enviaré su cabeza. Tú decides

Al oír aquello, Nikolai rugió y volcó la enorme mesa de comedor. El rostro de Annika estaba arrasado en lágrimas y ella se hallaba al borde de un ataque de ansiedad. Sabía que aquel monstruo era capaz de eso y más y no pensaba permitirlo.

—¡¡No!!! ¡No te atrevas a ponerle un solo dedo encima! ¿Me oyes? Me cambio por ella —vociferó, en un desesperado intento por salvarla de aquel brutal destino al que sabía que aquel desgraciado era capaz de someter a su hija con tal de lastimarla.

—Es una sabia elección. Te espero en nuestra vieja casa de campo, en dos días. Ven sola o la mataré.

Y con esa última amenaza, colgó sin dejarla siquiera dedicarle unas palabras de consuelo a Sasha.

Tan pronto como la llamada se cortó, Annika se secó con furia las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Estaban en aquella cabaña en lo más alto de las montañas, donde llevaron a Steve para acabar con su vida. Había resultado ser un lugar lo bastante cómodo como para refugiarse hasta que acudieran a primera hora al lugar del encuentro que había escrito en aquel misterioso naípe.

—No pienso esperar dos días de brazos cruzados mientras mi hija está en manos de ese demente...tan solo de pensar en las cosas que podría estar haciéndole siento que me voy a volver loca —estalló Annika, tirándose del pelo de pura desesperación.

Nikolai sostuvo sus manos para calmarla y le acarició la mejilla. Él, aunque no lo manifestara de manera muy expresiva, tampoco podría soportarlo.

—Shh, lo sé. Yo tampoco puedo esperar. No vamos a dejarla a su merced. Nos vamos ahora mismo —zanjó el asunto, pero entonces Lev se aclaró la garganta y dio un paso al frente.

—Iré yo.

Aquella declaración los sorprendió a ambos.

—No, de ninguna manera. Lo haré yo —rebatía Nikolai. Apreciaba su ayuda, pero eran su sangre y su responsabilidad. No pensaba delegársela a nadie más, ni siquiera a su propio hermano.

—Estás siendo irracional. Sabes que puedo entrar y salir sin problemas y si surge cualquier contratiempo no tendré escrúpulos en quemar esa puta mansión hasta los cimientos sin importarme que haya inocentes —replicó este, que no entendía a qué demonios venía aquella terquedad.

—¡Es mi hija, joder! —explotó el aludido, dando un golpe sobre la mesa.

Lev enarcó las cejas y Annika temió con toda su alma que fuera a decir algo que no debía. Ella misma tenía que hablar con Nikolai sobre aquel espinoso tema y lo había estado postergando por miedo a su reacción. Pero ya no podía seguir ocultándoselo. No era justo.

Por suerte, Lev mantuvo la boca cerrada, cosa que agradeció.

—Por eso mismo. Imagina que no sale bien y te atrapan. ¿De verdad estás dispuesto a morir y perderte la oportunidad de conocerlos solo por tu orgullo? A mí la vida ya no tiene nada que ofrecerme, pero a ti sí —intentó convencerlo, exponiendo los hechos.

Sin embargo, aquella vez fue Annika la que intervino, fulminándolo con la mirada.

—No digas eso, Lev.

—Es la verdad, *babochka* —repuso, con simpleza.

Se dio entonces un extraño intercambio de miradas.

Nikolai frunció el ceño, al percatarse de la complicidad que existía entre ambos. No era la primera vez que la percibía, pero sí la más evidente...e intensa.

—Nik, yo...estoy de acuerdo con Lev. Te necesito a mi lado, hicimos una promesa ¿recuerdas? —Annika hizo alusión a aquello porque sabía que si había algo que podía hacer que cediera, era aquello.

Y con eso, Nikolai supo que la batalla ya estaba perdida.

Dejó escapar un suspiro pesaroso y asintió, a regañadientes.

—Está bien, pero estaremos cerca por si necesitas refuerzos.

Lev inclinó la cabeza, a modo de aceptación.

—Voy a tomar el aire —anunció Nikolai, al cabo de un rato. Necesitaba despejarse un poco y un paseo le aclararía las ideas.

25.

Fuera hacía frío; era una noche gélida sin luna, pero no le importó.

Hasta aquel momento, no había sentido ese feroz instinto de protección, ese instinto... paternal que lo empujaba a matar y desgarrar para defender a sus hijos.

Porque antes, al menos, tenía el consuelo de saber que estaban bien. Pero ahora...el simple hecho de pensar en lo que ese desgraciado podría estar haciéndole a su niña lo ponía enfermo.

Lo último que quería era que ninguno de los dos padeciera un tormento ni la mínima parte de horrible como al que él había sido sometido desde que era un niño.

Y sabía que las mujeres lo tenían incluso peor, porque esos cerdos sin escrúpulos vendían su virginidad y su cuerpo al mejor postor como si de simple mercancía se tratara.

Era algo que le revolvió el estómago y lo volvía loco, revivía ese ansia de matar y mutilar que siempre estaba en su interior y que rara vez lograba mantener a raya.

Tuvo que respirar hondo para obligarse a serenarse. Ahora más que nunca tenía que permanecer entero por Annika, él era su roca, su fortaleza.

Pero era tan difícil calmarse...

Perdió la noción del tiempo y se quedó allí, a solas con sus propios demonios, hasta que la bestia que rugía en su interior se hubo aplacado.

Solo entonces, con pasos lentos, se encaminó de vuelta al refugio.

Pero cuando llegó al porche, vio luz en la cocina y oyó las voces quedas de Lev y Annika manteniendo una conversación en susurros que se le antojó íntima y...secreta.

Frunció el ceño, tan confuso como intrigado.

Algo le decía que estaba a punto de llevarse una desagradable sorpresa, pero eso era quedarse muy corto...

—Nunca te lo he preguntado, sabes que realmente no me importa. Pero, ¿sabes quién de nosotros dos es el padre?

El tono de Lev, habitualmente tan desprovisto de toda emoción, contenía un ápice de curiosidad...e interés.

Nikolai apretó los puños hasta hacerse sangre al comprender las implicaciones de aquellas palabras. Algo que se le había pasado por la cabeza tan solo en una ocasión esporádica, pero que descartó de inmediato por considerarlo imposible.

Y ahora, tantos años después, la verdad le estallaba en la cara como la peor de las traiciones.

Annika se tomó su tiempo para responder —tanto que creyó que enloquecería— pero cuando lo hizo, fue como si acabara de arrancarle el corazón del pecho.

—Lev, yo...sabes que os quiero a los dos. Pero no sé si Nik lo entenderá y lo último que quiero es hacerle daño. Lo nuestro fue una locura...algo que no debió pasar. Y estoy casi segura... de que son suyos.

—Fue una locura ¿eh?...mentirosa —la increpó Lev, acorralándola contra la encimera. Ella no lo apartó, al contrario; se pegó más a él. —Puedo ver en tus ojos que te mueres porque se vuelva a repetir. Dime, ¿cuántas veces has fantaseado con tenernos a los dos para ti sola? Que te follemos a la vez, niégame que te mueres de ganas.

—¡Cállate! —le advirtió Annika, al mirar por la ventana y percatarse de la presencia de Nikolai allí fuera. Pero fue demasiado tarde; supo que lo había oído todo.

Y tuvo la certeza irrefutable de que Lev lo había hecho a propósito.

Tragó saliva. Había llegado el momento que más temía.

Y Nikolai se había enterado de la peor manera.

Intentó hacer contacto visual, pero él ni siquiera la miraba. No podía hacerlo.

Sintió cómo todo su cuerpo hervía, provocando que la sangre le bullera en las venas de forma incontrolable, calentando todos y cada uno de los poros de su cuerpo y arrancándole un gruñido grave, profundo, desde lo más hondo de sus entrañas. Fue algo tan primitivo que hasta a él lo sorprendió. Pero ya nada podía hacer por dominarse y contener la marea de cólera que bramaba en su pecho.

Instintivamente, cerró las manos en puños hasta que sus nudillos se pusieron morados.

Y cuando los dos salieron a su encuentro; Lev con expresión triunfante y Annika, consternada, no dijo nada. Se limitó a contemplarlos con una expresión terrorífica en el rostro, deformado a causa de la ira que lo sacudía de pies a cabeza. Temblaba sin control.

El bramido que profirió superaba con creces a cualquiera que hubiera emitido nunca y su sangre se volvió lava rugiente. Antes de que alguno de los dos pudiera reaccionar, cogió el hacha que había dejado apoyada en un tocón y la levantó con una determinación mortífera y manejándola a una velocidad de vértigo la descargó contra su hermano, quien abrió mucho los ojos, mientras los gritos de una horrorizada Annika rasgaban la noche. El golpe era mortal.

Al final, haciendo gala de una magistral rapidez de reflejos, Lev saltó hacia atrás con agilidad, apartándose en el último momento de la trayectoria y debido al tremendo impulso que llevaba se le escapó de las manos a un Nikolai que seguía preso de la cólera. El no haber acertado el blanco solo sirvió para avivar todavía más esa ira ciega y sus pupilas refulgieron con un fuego demencial, febril.

Entonces Lev reaccionó con rapidez y lo embistió, con intención de inmovilizarlo. Pero su hermano tenía una fuerza brutal y no consiguió tumbarlo.

Así que recibió un puñetazo violentísimo en la mandíbula y sin darle tiempo a recuperar el aliento, Nikolai lo sujetó por el cuello, apretando con frenesí. Anika intentó a la desesperada intervenir y separarlos, sujetando sus brazos hercúleos. Él se resistió con furia y bastaron unos pocos movimientos para hacerla caer al suelo.

Lev aprovechó el momento de leve distracción para encontrar un punto flaco al agarre de su hermano y le dio un rodillazo en el estómago, provocando que perdiera pie y lo soltara. Acto seguido, echó el puño hacia atrás y lo descargó con violencia sobre el rostro de su hermano mayor, hasta en tres ocasiones. Lev resopló, la pelea estaba desatando también sus instintos más salvajes y eso no era bueno. Pero no podía controlarlo. Ya no.

Por un segundo, los dos permanecieron quietos, estudiándose, midiendo las habilidades de cada uno. Se miraban con un odio profundo, visceral, mientras resoplaban, con las aletas de la nariz dilatadas y el cuerpo temblando de ira. Y Annika estaba presa de la angustia, sin saber cómo intervenir para parar aquel duelo de titanes encolerizados que estaba presenciando. Sabía que de nada serviría. Los dos estaban fuera de sí por completo y nada podría hacer ella para detenerlos.

Lev atacó primero, moviendo las piernas como pistones en una ráfaga de patadas voladoras que Nikolai esquivó con agilidad. Como había pretendido, contraatacó; hecho una fiera. A pesar de sus reflejos, no pudo esquivar un gancho de derecha que impactó directamente en su mandíbula, provocando que esta emitiera un crujido desagradable. Lev rugió de cólera y de

dolor y embistió a ciegas, por una vez dejando que sus turbulentas emociones tomaran el control de su cuerpo.

Ambos colisionaron con una violencia desmedida, rodando por la nieve agarrados y propinándose golpes brutales. ¡De seguir así se iban a matar! Lev le dio un codazo en las costillas a un Nikolai que trataba de asfixiarlo, por lo que este tuvo que soltarlo, tosiendo. Momento que aprovechó Lev para darle un par de puñetazos en el rostro. Su hermano gruñó bajo su peso y le enseñó los dientes como un animal salvaje, antes de forcejear y, pillándolo por sorpresa, colocarse sobre él.

El cabezazo llegó poco después, sin que tuviera tiempo de reacción. El dolor fue tan atroz que aulló. Annika ahogó un jadeo. Seguro que le había roto la nariz. Pero para Nikolai nada parecía ser suficiente. Con los ojos enloquecidos y las mejillas escarlata empezó a propinarle puñetazos con la fuerza de un vendaval y no tardó en apretar su cuello, decidido a asfixiarlo. Lev se resistió con todas sus energías, que no eran pocas. Pero su hermano tenía la fuerza de un toro y no podía con él. Intento quitárselo de encima, forcejeó, le clavó los dedos en la zona sensible del cuello y al final a base de codazos en la cara y una patada en la entrepierna, logró liberarse. Un poco más y se hubiera quedado sin aire.

Apenas pudo recuperar el aliento, cuando ya volvía a la carga. Esta vez sin embargo, Lev reaccionó con rapidez, tirándose sobre él e inmovilizándolo contra el suelo al tiempo en que extraía un puñal del bolsillo de sus vaqueros y se lo colocaba en la garganta a un Nikolai que se debatía como un loco bajo su agarre. Si no se tranquilizaba iba a tener que usarlo.

—Quieto, joder. Cálmate de una maldita vez — le gritó, conteniendo sus embates, cada vez más violentos. Solo le faltaba echar espuma por la boca para parecer un perro rabioso. Lev no estaba mucho mejor. Luchaba contra el impulso cada vez más fuerte de hundirle el cuchillo en la carne. Era un instinto asesino que no podía evitar.

—Te mataré —gruñó Nikolai, encolerizado todavía, retorciendo las extremidades con salvajismo para liberarse. Pero su hermano también estaba desatado y logró reunir la fuerza suficiente para contenerlo.

Lev hundió el cuchillo unos centímetros en su carne, provocando que la sangre se deslizara por su cuello. Nik no hizo ningún gesto, en aguantar el dolor era un experto. Eso enfureció todavía más a su hermano, que gruñó y se lo enterró unos centímetros más.

—¡Córtame el cuello de una puta vez, si es lo que quieres! —bramó, ido. Y Lev empezó a resoplar por el descontrol. Annika se dio cuenta de lo que se estaba gestando en su interior y corrió hacia ellos. — ¡Hazlo! —volvió a gritar Nikolai, con la mirada salvaje. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Lev explotó y levantó el cuchillo en alto mientras rugía. Todo sucedió tan deprisa que Annika ni siquiera fue consciente de ello. Pero sin saber cómo, logró llegar a tiempo de sujetar a Lev por la cintura y tirar de su cuerpo hacia atrás, provocando que el cuchillo se clavara en la nieve, con tanta fuerza que se dobló ligeramente.

—¡YA BASTA! PARAD, POR FAVOR.

Ellos todavía forcejearon durante unos segundos antes de, por fin, quedarse quietos. La miraron con sorpresa. Aún con las respiraciones desbocadas y el temperamento descontrolado.

—No os hagáis esto, os lo ruego. No puedo soportar veros así. Os quiero...a los dos. Sois lo único que tengo. No me pidáis que renuncie a ninguno de vosotros porque no podré hacerlo — confesó, con lágrimas en los ojos.

—Sabes que yo no tengo ningún problema con eso, *babochka*, nunca lo he tenido — replicó un Lev que ya había recobrado el autocontrol, guiándole un ojo.

Nunca había entendido a la gente que necesitaba poseer a la alguien y tenerlo solo para sí,

esas ganas de aferrarse a una persona, de dependencia...era como un galimatías que no podía ni quería descifrar.

Porque claro, estaba directamente implicado con las emociones, y eso era terreno pantanoso para él.

No era que no tuviera ninguna en absoluto, pero funcionaba de manera muy gradual para él.

Apego, cariño, curiosidad, simpatía...fascinación. Y hasta ahí llegaba el repertorio.

Sin embargo, su hermano era diferente. Tan posesivo y visceral...

Nikolai gruñó y trató de volver a abalanzarse sobre él, pero Annika se las arregló para contenerlo sujetándolo por el pecho.

—¿Cuántas veces habéis follado? —exigió saber, tenso como el arco de un violín.

—Solo una vez —admitió Annika, rezando para que Lev no saliera con algún comentario obsceno de los suyos para provocar a su hermano. Por fortuna, no lo hizo.

—Es cierto —corroboró, indolente —, fue justo la noche antes de que Kozlov me enviara a ese loquero. Me estaba descontrolando, así que ya no podía manejarme como al resto de sus perros —escupió, con rencor.

—Los niños son tuyos, Nik — intervino entonces Annika, rotunda.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió él, receloso.

—Simplemente lo sé, me lo dice el corazón. Pero podemos hacer una prueba de ADN si es lo que quieres, solo te pido que Sasha y Kirill no se enteren. Ya han sufrido bastante —le rogó y ni siquiera él era tan desalmado como para hacerles eso.

De hecho, descubrió en ese mismo instante que no le hacía falta.

—No hace falta, te creo —reconoció, ya más calmado.

Todavía iba a necesitar tiempo para asimilarlo y definitivamente no lo entendía...pero si era lo que de verdad la hacía feliz, podría aprender a tolerarlo.

No había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

—Gracias Nik, eres muy importante para mí y me moriría si te perdiera —aseguró, mostrándole ese lado vulnerable suyo que raras veces dejaba salir.

—¿De verdad...nos quieres a los dos? No lo entiendo...—admitió, frunciendo el ceño.

Annika intentó explicárselo lo mejor que supo. Durante mucho tiempo, sus sentimientos habían sido confusos también para ella, hasta que cuando se reencontraron, lo entendió por fin.

—Con vosotros dos me siento completa. Creo que lo que ha hecho que me enamore de ambos es lo distintos que sois; tú eres fuego, Nik, y Lev es hielo. Si alguno de los dos me faltara...sería como si me robaran una parte de mí. Porque los tres nos complementamos de una manera que ni siquiera sé cómo explicar. Puedo ser yo misma cuando estamos juntos. He descubierto que se puede amar a dos personas a la vez y de verdad no espero que lo entiendas, no puedo pedirte eso. Pero así es como me siento —confesó.

Ahora que por fin lo había dicho en voz alta, se sentía liberada. Lev la miraba con orgullo y en los ojos de Nikolai se adivinaba una chispa de comprensión, aunque todavía seguía mostrándose reticente.

Asintió, con los músculos del cuello algo rígidos todavía.

Iba a costarle mucho asimilarlo y ella lo entendía.

De hecho, una vez pasada aquella reacción en caliente, se estaba comportando mucho más sosegado de lo que esperaba.

—Creo que la mejor forma de descubrir si podemos hacer frente a esto es que los dos te tomemos, Annika —propuso Lev, con ese brillo travieso en los ojos que tanto la excitaba.

Nikolai le clavó una mirada incendiaria, pero él continuó, sin inmutarse.

—¿Qué me dices, hermano? ¿Dejarás que los dos la poseamos a la vez? ¿O la perderás por tu terquedad? —lo desafió.

De inmediato, Annika intervino.

—No tienes que hacerlo Nik, de verdad que no...

Pero él la interrumpió, con una firmeza que la dejó asombrada por lo inesperado de su respuesta.

—Está bien. Voy a intentarlo —aceptó, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

Esperaba no arrepentirse de aquello.

Pero como había dicho; no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

26.

Un escalofrío de anticipación y nerviosismo recorrió a Annika ante lo que se avecinaba. Sus fantasías más oscuras, aquellas a las que había recurrido durante sus peores momentos, estaban a punto de hacerse realidad.

Jamás habría imaginado que Nikolai estuviera dispuesto a acceder a compartirla —y mucho menos con su hermano— pero parecía que había subestimado la intensidad de sus sentimientos hacia ella.

Lev fue el primero en adentrarse en la cabaña, tras dedicarle una mirada cargada de intenciones. Sabía que no tardarían en seguirlo y así fue.

Sin embargo, antes de poner un pie en el dormitorio —que ella se había ocupado de limpiar y adecentar un poco para poder pasar la noche allí— Annika lo detuvo, posando una mano en su brazo con suavidad.

—Nik, no tienes que hacerlo si no quieres. En serio, jamás te pediría algo así —le aseguró, porque no podría perdonárselo jamás si él solo estaba aceptando aquello por presión.

Sin embargo, con su respuesta se encargó de disipar todas sus dudas.

Cubrió su mano pequeña y delicada con la suya y apoyó la mejilla en ella, exhalando el aire contenido.

—Quiero hacerlo, *moya val'kiriya*. Por ti.

La firmeza de sus palabras y la intensidad con que la contemplaba bastaron para aliviar la momentánea sensación de culpa que se había apoderado de ella.

Y sin más preámbulos, le echó los brazos al cuello y lo besó con un ímpetu al que él no tardó en corresponder, pasándole un brazo por las caderas y levantándola como si no pesara nada.

Ella le rodeó la cintura con las piernas y gimió cuando sus lenguas se enroscaron.

Al levantar la vista, Annika reparó en que Lev los observaba, recostado sobre la cama con los brazos sobre la cabeza y una abultada erección en los pantalones.

No la sorprendió que le fuera el voyeurismo, a decir verdad dudaba que le hiciera ascos a nada. Y eso la excitó todavía más.

Iba a ir al infierno, pero lo haría con gusto.

Con una sonrisa traviesa al saber que los estaba mirando, volvió a centrarse en Nikolai, que besó y mordisqueó la zona sensible de su cuello y sus pechos con fruición.

Acto seguido, mientras ella se volvía de arcilla entre sus brazos, barrió con una mano los objetos del escritorio y la sentó en él, encajándose entre sus piernas, que se abrieron más que satisfechas para recibirlo.

La ayudó a sacarse los vaqueros y los tiró a un lado, revelando una ropa interior de lo más provocativa.

—Encaje. Buena elección —comentó Lev, cuya erección a aquellas alturas había adquirido el tamaño de una tienda de campaña —, me vuelve loco —añadió, relamiéndose los labios e ignorando la mirada asesina que su hermano le dirigió.

Por mucho que hubiera aceptado aquello, a Nikolai iba a costarle acostumbrarse a tolerar que la mirara con deseo y la tocara sin querer arrancarle la cabeza.

Annika lo atrajo más hacia ella, ansiosa por poder tenerlo dentro de ella sin barreras. Pero

él hacía magia con los preliminares y estaba dispuesto a alargar aquello hasta que la tuviera al borde del delirio.

Sintió que los pezones se le ponían tiesos como balas y su coño se empapaba con cada roce de su lengua y sus dientes, que fueron trazando un camino descendente hasta llegar a su bajo vientre, arrancándole un jadeo de pura necesidad.

Lo tenía inclinado sobre ella, con la cabeza casi a la altura de su coño húmedo e hipersensible. Le bajó las bragas con una mano y entonces enterró la cara en su centro, caliente y necesitado.

Y cuando su lengua se coló en su sexo, chupando, lamiendo y reclamando hasta llegar al clítoris, ella creyó que se desintegraría allí mismo en miles de átomos.

Estaba ardiendo, sudorosa y excitada hasta la locura.

Y mientras Nikolai exploraba aquella zona con la boca, más y más adentro, ella gritó y gimió todo tipo de cosas ininteligibles, en pleno éxtasis. Y sus ojos viajaron hasta Lev, que tenía la polla fuera y estaba dándose placer a sí mismo, tirando del tallo en movimientos rítmicos y acelerados.

Cuanto más intensamente le comía el coño su hermano, más fuerte se masturbaba él.

Y entonces Nikolai rozó ese punto que la volvía loca y sintió cómo sus paredes se contraían y un escalofrío de anticipación la sacudía entera.

—Voy a correrme...—avisó, sin poder aguantarlo más. Pero tal y como había esperado, Nikolai no se apartó, sino que tragó y se limpió los labios con una sonrisa tan oscura que podría haberla puesto de rodillas en aquel momento, para suplicarle que la follara.

No podría resistir mucho más.

—Eres deliciosa —le susurró al oído, mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Necesito que me folles —respondió, con la voz ronca y los ojos febriles.

Nik la levantó en peso y la llevó hasta la cama, amasando su culo y sonriendo cuando ella le mordió el hombro, ansiosa.

Allí los esperaba Lev, desnudo en toda su gloria.

—¿Qué prefieres, hermano? ¿Su coño o su culo? —inquirió, sugerente.

La vena posesiva de Nikolai salió a la luz y, todavía asiéndola por las caderas, espetó:

—Me gusta mirarla a los ojos mientras se lo hago duro.

Annika sonrió, su hombre era territorial.

Lev, que ya se esperaba la respuesta, se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se sentó con las piernas abiertas sobre el colchón, dejando un espacio para ella.

—Ven aquí, *babochka*, enséname esas bonitas nalgas.

Annika se dispuso a obedecerlo, pero Nik la retuvo y reclamó sus labios con un beso demandante y posesivo. Ella le siguió el ritmo y se derretió de gusto cuando le mordió el labio inferior, marcándola.

Entonces se sentó sobre sus cuartos traseros, dejándole libre acceso a Lev a su entrada. Lo tenía pegado y podía sentir la punta de su miembro, ansiosa por penetrarla.

Nikolai, por su parte, rompió un condón con los dientes y se lo colocó con rapidez. Luego se puso de rodillas frente a ella, que rodeó su pelvis con las piernas y así los tres quedaron enredados.

La respiración de Lev le hizo cosquillas en el cuello y la mirada ardiente de Nikolai recorriendo su anatomía con deleite provocó que su interior se mojara de nuevo.

—Quiero que lo hagáis a la vez —demandó, sintiéndose más poderosa y deseada que

nunca.

Nikolai dejó escapar un gruñido de aprobación y Lev se limitó a asentir.

—Ábrete bien para nosotros, koroleva.

Ella obedeció. Que le diera órdenes la excitaba terriblemente.

—Eso es —la felicitó y cuando sin previo aviso los dos se hundieron en ella, cada uno desde un flanco, sintió que cientos de fuegos artificiales estallaban en su interior, que un tsunami arrasaba su cuerpo.

Annika apoyó su frente contra la de Nikolai y él enroscó los dedos en torno a su nuca para hacer más fricción mientras entraba y salía de ella con enérgicos empujones.

Lev, desde atrás, la sostenía por la cintura al tiempo en que la embestía con rudeza.

—Sí...más rápido — exclamó, con los ojos casi en blanco y el cuerpo flácido debido al placer insano que estaba experimentando.

—Mía —gruñó Nikolai, corriéndose con virulencia.

Lev no tardó en ir por el mismo camino y su expresión era perversa cuando lo corrigió.

—Nuestra.

Los dos la veneraron como a una reina y Annika, aunque estaba exhausta, se sintió plena como nunca antes.

Por fin estaba completa. Ahora entendía que lo que tanto tiempo había ansiado era aquello; tenerlos a los dos solo para ella.

—Vuestra —confirmó.

Y se preparó para el segundo asalto, con una sonrisa victoriosa en los labios.



Annika despertó pegada al pecho fuerte y masculino de Nikolai. Se frotó los ojos, agotada y extasiada por la sesión de sexo desenfrenado y salvaje que había tenido con los dos hermanos.

Todavía no podía creer que hubiera sucedido, pero así era. Y había sido maravilloso.

Ni siquiera recordaba haberse dormido, pero el cansancio acumulado hizo mella en ella y el pecho de Nikolai era demasiado cómodo. Igual que las piernas de Lev. Pero cuando lo buscó, queriendo sentir también su calor, él ya no estaba en la cama.

No se sentía cómodo manteniendo contacto físico después de hacerlo, para él eso no eran más que patrañas.

Ella no lo presionaría. Sabía hasta dónde podría llegar y hasta dónde no y lo respetaba. A fin de cuentas, él era así. No estaba en su naturaleza ser cariñoso ni empático.

—Nik, despierta...tenemos que prepararnos —lo removió suavemente, enternecida al ver lo tranquilo que parecía estar y lo apacible de su sueño, algo raro en él debido a las terribles pesadillas que sufría.

Él gruñó algo apenas inteligible y se levantó para deshacerse de los restos del sueño.

No recordaba haber dormido tanto una noche seguida...nunca.

Se sentía mejor que nunca, por raro que sonara después de que había estado a punto de matar a su hermano.

Mentiría si dijera que le encantaba tener que compartir a Annika con él, pero la quería lo suficiente como para desear verla feliz y sabía que con el tiempo aprendería a aceptar que su corazón les pertenecía a los dos.

No entendía qué había visto en Lev, pero él parecía ser una persona cuando estaba con ella, en lugar del robot sin sentimientos en el que lo convirtieron.

Y eso...era algo que respetaba.

De repente, su cabeza castaña asomó por el quicio de la puerta.

—He hecho café, remolones, arriba.

Nikolai le tiró una almohada, haciendo reír a Annika por lo cotidiano e insólito de la estampa.

Podría estar así toda la vida. Solo necesitaba a sus hijos con ella para sentirse completa.

—Será mejor que vayamos, o me temo que volverá —bromeó ella y la expresión de Nikolai se suavizó.

Annika era su debilidad.

—Está bien —cedió, liberándola de su peso para que pudiera incorporarse y disfrutando de la gloriosa visión de su desnudez.

—Estamos bien, ¿verdad? —quiso asegurarse ella, todavía preocupada por lo que había sucedido la otra noche.

Él suspiró, pasándose una mano por la poblada barba rubicunda y asintió.

—Sí, *moya val'kiriya*. Hemos pasado por cosas peores, podremos sobrevivir a Lev —aseguró y ella se relajó visiblemente, abrazándolo.

—Vamos, no es tan malo —terció, reprimiendo a duras penas la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios ante la mueca de escepticismo de Nikolai. Se vio obligada a puntualizar —: la mayor parte del tiempo, al menos.

La tensión se disipó por completo y Annika dejó escapar el aire contenido, aliviada.

—Pronto Sasha y Kirill estarán con nosotros, te lo prometo —le susurró Nikolai, al oído, mientras se encaminaban hacia la cocina a probar el café de Lev, que se las había apañado para encontrar un paquete que no sabían cuánto tiempo llevaría allí. Solo esperaban que estuviera mínimamente decente, porque lo iban a necesitar para resistir el estrés que se avecinaba.

—Sé que así será —respondió ella, rodeando su amplia y musculosa cintura con un brazo.

Él tampoco veía la hora de poder estrecharlos entre sus brazos. Sabía que probablemente iba a ser un padre horrible, porque no era cariñoso, ni hablador y le costaba expresar sus emociones, pero estaba dispuesto a hacer el mejor intento.



Dejaron la cabaña a las cuatro en punto de la madrugada.

No tenían forma de poder estar cien por cien seguros de que lo del aeródromo no era una trampa, pero Annika tenía una corazonada y estaban dispuestos a arriesgarse.

Nikolai y Lev se fueron turnando para conducir, mientras ella contemplaba absorta el paisaje. Y cuando dejaron atrás las montañas de Wisconsin, deseó con todas sus fuerzas que si alguna vez tenían que volver allí solo fuera de visita para que Sasha y Kirill pudieran ver a Giselle de vez en cuando.

Tenía que pensar en positivo; convencerse de que todo iba a salir bien o de lo contrario, su mente acabaría por quebrarse definitivamente.

Y tenía que estar más entera que nunca para volver a enfrentarse cara a cara con el monstruo al que una vez llamó padre.

Una sonrisa torcida tiró de sus comisuras hacia arriba al pensar en que, al menos, en aquella ocasión estaban en igualdad de condiciones.

Porque ella se había convertido en otro.

PARTE 3: Venganza

(мечть).

«El truco para engañar a alguien consiste en lograr que mire hacia el lugar equivocado».

Annika sentía una mezcla de emociones contradictorias en el pecho: por un lado, anhelaba volver a pisar las calles de Rusia —a pesar de todo, allí también había vivido los momentos más felices de su vida y echaba de menos el clima, la comida y todas esas ocasiones en las que había podido mezclarse con la gente común; ir a un museo, a bailar o simplemente pasear por el parque— pero, por otro, se sentía intranquila.

Y es que no quería cometer el error de volver a subestimar a Mijaíl, especialmente cuando sabía hasta dónde podían llegar sus influencias. Pero también confiaba en su tío y en que habría previsto hasta el último detalle.

Porque ya no le quedaba duda de que aquello era cosa suya.

El vuelo se le estaba haciendo más corto de lo que pensaba y eso que su mente era un caos.

Pero al menos todo estaba transcurriendo sin contratiempos.

Nada más llegar al aeródromo privado del condado, el piloto —que se había presentado como Pasha— les había entregado una carta escrita del puño y letra de Vadím Kozlov, confirmando así que las elucubraciones de Annika habían sido acertadas.

En ella le pedía que estuviera tranquila y que confiara en él, que sabía lo que estaba haciendo y lo tenía todo planeado, solo tenía que ser paciente y esperar a que estuvieran cara a cara para entender por qué había hecho las cosas de ese modo.

Y, aunque no firmaba con su nombre, de nuevo hacía mención al apodo con el que solía llamarla de pequeña: copo de nieve.

Aquellas palabras aliviaron a Annika.

Pronto se reencontraría con su tío y él se lo explicaría todo, estaba segura.

—¿Estás bien, Nik? —inquirió de súbito, al ver que estaba más tenso de lo que ya era habitual en él y echaba fugaces ojeadas a la cabina del piloto, como si temiera que todo aquello fuera una emboscada.

—Tiene miedo a volar —soltó entonces Lev, con una media sonrisa maliciosa que solo se acentuó cuando su hermano le dedicó una mirada mortal que habría hecho que cualquier otro hombre se orinara en los pantalones.

—Cierra la boca, o te la cerraré yo —gruñó, enseñándole los dientes.

Annika se relajó, aliviada de que se tratara de eso y de haberse equivocado en sus suposiciones.

—Tranquilo, ya falta poco —lo calmó, entrelazando su pequeña mano entre la de él.

—No tengo miedo de volar —recalcó, de mal talante...porque era verdad y odiaba admitirlo.

—Lo sé.

Annika le siguió la corriente para apaciguarlo, echándole una ojeada cargada de advertencias a Lev para que se mantuviera calladito.

Quería tener el resto del vuelo en paz.

Sin embargo, parecía que eso no iba a ser posible, porque la pantalla de su móvil se iluminó con una llamada entrante.

Lo había dejado encendido por si surgía cualquier contratiempo, pero no esperaba que se

tratara de Giselle.

Decidió descolgar, pues la pobre debía estar desesperada sin tener noticias de ellos.

Después de las últimas veinticuatro horas tan intensas que había vivido, olvidó por completo hablar con ella.

Se la oía angustiada y le preguntó si sabían algo nuevo.

—¿Giselle? No ha habido novedades, de lo contrario te habría llamado —respondió, debatiendo si debía darle más información o no. Al final optó por algo escueto, para que se quedara más tranquila. —Hemos salido del país, pero no puedo decirte dónde estamos. No es seguro. Te llamaré cuando sepa algo —le prometió y eso pareció aliviarla un poco. Su tono era ronco, como si hubiera estado llorando hasta hartarse. Luego, antes de colgar, le pidió que tuvieran cuidado —. Vale y tú, hasta luego.

Guardó el móvil en el bolso y al alzar la mirada se encontró con los ojos escrutadores de los dos hombres.

—Has hecho bien en no darle más información, si las cosas se complican...cuanto menos sepa, mejor —comentó Lev, sacando a relucir su faceta calculadora.

Ella le mostró su conformidad con un asentimiento y se relajó un rato, sosteniendo la mano de Nikolai y a regañadientes consiguió que Lev le diera también la suya, aunque puso los ojos en blanco.

Fue un momento de paz, breve pero necesario.

Veinte minutos después, Pasha les anunció que iba a preparar el aterrizaje y se quedaron atónitos.

Se encontraban en mitad de la nada, tan solo rodeados de maleza y el bosque que se extendía a lo lejos como un manto verde.

No se veía ninguna casa, ni el menor rastro de que allí habitara algo más que animales salvajes.

—¿Seguro que es aquí? —inquirió Annika, tras compartir una mirada recelosa con sus acompañantes.

—Sí, ya podéis bajar. Un coche vendrá a recogeros para llevaros a vuestro destino —contestó él, con toda tranquilidad.

Lev se puso de pie y sin mediar palabra entró en la cabina y lo encañonó con su Beretta.

—Sal —lo instó, con un tono que no admitía réplica.

—Está bien, tranquilo —se apresuró a obedecer, levantando las manos y precediéndolos por la escalinata de salida.

Annika y Nikolai bajaron los últimos. No creían que se tratara de una trampa, pero aprobaban los métodos de Lev. Nunca se podía estar cien por cien seguro de nada y bien podía ser alguien haciéndose pasar por su tío Vadím para atraerlos hacia allí con oscuras intenciones.

Aunque lo dudaba, porque en esa carta se hacía alusión a cosas demasiado personales como para que alguien que no fuera él pudiera saberlas.

—¿Qué coño hacemos aquí? —cuestionó Lev, en tono cortante como un cuchillo. El pobre hombre tragó saliva.

—Ya os he dicho que...—intentó explicarse, pero Lev lo interrumpió.

—¿Para quién trabajas? —lo interrogó, sin dejar de apuntarle a la cabeza.

—Contesta —le recomendó Annika, cuando él buscó sus ojos como pidiéndole ayuda.

—Para Vadím, pensé que después de leer la carta habría quedado claro —se defendió, algo molesto.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no viene él mismo y da la cara? —intervino Nikolai, que

había permanecido callado hasta entonces.

Pasha suspiró, como si no le agradara tener que dar tantas explicaciones. O quizá le ofendía que pusieran en duda a su amigo.

—Sería demasiado arriesgado que abandone la casa. No quiere dejar al chico expuesto. Por eso envía a sus hombres armados —explicó—, lleva escondiéndose demasiado tiempo en estos bosques como para echarlo todo a perder por un arrebató.

Aquello pareció apaciguarlos un poco, aunque seguían alerta. No se relajarían hasta que no lo vieran con sus propios ojos.

En aquel momento, oyeron el motor de un todoterreno negro que acababa de salir de la linde del bosque y se dirigía hacia ellos a una velocidad bastante temeraria, dado el maltrecho estado del camino de tierra por el que circulaban.

—¿Lo veis? Ahí están —exclamó Pasha, visiblemente aliviado.

No movieron un músculo hasta que el imponente vehículo se hubo detenido a escasos metros de ellos.

Entonces esperaron y una silueta femenina toda vestida de negro y con un subfusil de asalto al hombro se bajó, caminando en su dirección con pasos resueltos. El otro ocupante, un hombre, esperó dentro.

Estaba claro que era ella la que estaba al mando.

—Ya veo que Pasha no os ha caído muy bien —comentó, nada más llegar, con semblante divertido ante la escena que tenía frente a sí.

—Digamos que hemos tenido algunas diferencias —replicó Lev, en el mismo tono.

—¿Tú estás al mando? —le preguntó Nikolai, sin ganas de andarse con rodeos.

Ella asintió, con una sonrisa apreciativa. Finalmente, se fijó en Annika y en su mirada había respeto, algo que la sorprendió gratamente.

—Así es. Soy Nayla Kovasizk —se presentó.

Ellos también se presentaron y todos intercambiaron un apretón de manos.

Entonces Annika intervino.

—¿Kovasizk? ¿Como Aleksei?

La sorpresa en la voz de Annika era evidente y la chica se tensó ligeramente antes de asentir, pero ella pudo ver la emoción apenas contenida en sus ojos al oír su nombre.

—Sí, es mi hermano —corroboró, mostrándose algo a la defensiva.

Fue en aquel momento cuando ató cabos. Sabía que su cara le resultaba familiar, porque la había visto en alguna ocasión.

Su familia era enemiga acérrima de su padre.

—Él...está enamorado de mi hermana, Svetlana —le dijo, pues desconocía si estaba al tanto o no. A juzgar por su cara circunspecta, parecía que sí. De modo que, esperanzada, continuó indagando. —Llevo desde que escapé sin noticias de ella, ¿tú sabes algo?

—Sí, pero me temo que no te va a gustar. Tu padre los tiene cautivos, no sabemos dónde. Por eso no hemos actuado todavía, necesitamos tu ayuda para rescatarlos.

Había pesar en su voz, como si la avergonzara no haber sido capaz de averiguarlo por sus propios medios.

Annika ya se lo imaginaba, pero eso no hizo que fuera menos duro.

—Claro, cuenta con eso —le prometió, luciendo segura de sí misma aunque por dentro estaba a punto de desmoronarse.

Su hermana siempre había estado ahí para ella y había huido sin intentar rescatarla. En cierta forma, la había abandonado y se sentía fatal.

Pero ir por ella era demasiado arriesgado. La habrían atrapado y mandado ejecutar a Nikolai delante de ella.

Lo hecho; hecho estaba. Solo quedaba asumirlo y planear una nueva estrategia.

Nayla pareció satisfecha.

Se notaba que no era una mujer demasiado dada a expresar sus emociones, pero su familia era su punto débil.

—Bien, ahora acompañadme —les indicó, antes de escoltarlos hasta el todoterreno.

Annika fue la única que le dio las gracias a Pasha por haberlos llevado a su destino.

—Sin problema. Dadle recuerdos a Vadím de mi parte —contestó, afable.

Ella le aseguró que así lo haría y con ayuda de Nikolai subió al asiento de atrás. Ambos hermanos se acomodaron a su lado.

Nayla y su mudo acompañante —que se limitó a conducir bosque adentro sin dirigirles una sola palabra— iban delante, armados hasta los dientes.

—¿Alguien os ha encontrado alguna vez? Parece que vais a una guerra —comentó, queriendo saber a qué atenerse.

—Hasta ahora no, pero toda precaución es poca. Sobre todo, ahora que estáis aquí —replicó.

Ella le dedicó un asentimiento de aprobación y el resto del viaje transcurrió en un tenso silencio.

Memorizaron el camino, solo por si acaso.

Como había dicho Nayla, toda precaución era poca.



Cuando llegaron Annika respiró hondo.

Tantas emociones contradictorias se arremolinaban en su interior que se sentía al borde del colapso.

Estaba nerviosa y asustada, pero también emocionada e impaciente por volver a reencontrarse con sus seres queridos.

—Es aquí —les indicó el hombre, rompiendo su mutismo por primera vez, mientras señalaba una imponente villa situada al pie de una colina.

Bajó del coche y avanzó hacia la mansión con pasos firmes. Acto seguido y a toda velocidad lo vieron introducir el código de acceso a la propiedad.

La verja de hierro se abrió frente a ellos, permitiéndoles la entrada.

—Esto es una fortaleza... ¿lleva escondiéndose aquí todo este tiempo? —exclamó Annika, tan admirada como sorprendida.

—No, nos establecimos aquí hace tan solo un par de años. Y desde entonces nos aseguramos de mantenernos informados de lo que pase en el exterior sin ser descubiertos. Urdiendo pequeños complots...ya sabes, estrategia —informó, con el orgullo patente en su voz.

Lev silbó.

—Joder con el tío Vadím.

Nayla se limitó a alzar las comisuras hacia arriba en un intento de sonrisa.

—Pasad al salón, os está esperando —indicó, con un ademán.

Entonces, allí estaba.

De pie junto a uno de los ventanales, vestido todo de oscuro y con un bastón en la mano derecha, que sostenía su peso.

Cuando se giró hacia ellos, con una sonrisa de orgullo en el rostro anguloso, Annika se llevó las manos a la boca, impresionada.

—Tío Vadím —pronunció su nombre con el tono rebosante de emoción apenas contenida.

No podía creer que después de tantos años creyéndolo muerto lo tuviera frente a sí, algo más castigado por el paso del tiempo que no perdonaba y llevando el lastre de ese bastón, pero igual de fuerte e imponente que siempre.

Él se acercó hasta ellos con pasos renqueantes, pero su sobrina no pudo aguantar más y atravesó la estancia a la carrera para ir a su encuentro.

—Copo de nieve —abrió los brazos y ella no tardó en ir a refugiarse en ellos como lo hacía cuando era una niña. Vadím besó su frente con ternura y se disculpó por haber tenido que proceder de ese modo —, siento mucho no haber podido dar la cara y contártelo antes. No era seguro y jamás me habría perdonado que por mi culpa hubieras perdido la oportunidad de reencontrarte con tus hijos.

Luego les estrechó la mano a Lev y Nikolai, que todavía lo estudiaban todo con recelo, y les dio la bienvenida.

Había muchas preguntas que querían hacer, pero todo a su debido tiempo.

—Lo entiendo —aseguró ella, sin poder evitar que la emoción trasluciera en su rostro. — Gracias por haber cuidado de Kirill. ¿Está...está aquí? —se atrevió a preguntar, sin poder evitar que le temblara la voz.

—Sí, está con Kieran en el gimnasio. Tiene tu espíritu guerrero. Acompañadme para que podáis verlo —les indicó con un gesto que lo siguieran.

De repente, una desagradable ansiedad se apoderó de ella.

—¿Él...sabe quién soy?

El tío Vadím asintió.

—Sí, se lo conté. Pensé que para ti sería doloroso revivirlo todo y por eso lo hice. Espero que no te moleste.

—No, para nada. Gracias por todo, tío —musitó, luchando por retener las lágrimas. Lo cierto era que se lo agradecía, pues no sabía si habría sido capaz de revivir su pasado delante de él. El chico ya había pasado por demasiado.

Tuvo que hacer un esfuerzo por retener las lágrimas. Nunca se había sentido tan emocional como en aquellos días.

Por toda respuesta, el hombre la atrajo de nuevo hacia sí en un abrazo reconfortante.

—¿Tú crees que él me querrá ver?

Vadím ni siquiera dudó en responder con una rotunda afirmación que la conmovió.

—Claro que sí hija.

De hecho, había preguntado cuándo llegarían hacía un rato. Pero el hombre prefirió que fuera su sobrina quien se diera cuenta de las ganas que tenía el chico de tenerla frente a frente. También a Nikolai.

—Refuerza la vigilancia exterior, Nayla —le pidió su tío a la joven, con una calidez propia de un padre a su hija. Y ella, que no parecía ser muy dada a recibir órdenes, aceptó de buena gana.

Annika sentía mucha curiosidad por saber cómo sus caminos habían llegado a unirse, pero esa historia tendría que esperar.

—¿Quieres esperar aquí o vienes con nosotros, Lev? —oyó que le preguntaba y este respondió con condescendencia.

—Llevo esperando este momento mucho tiempo, ¿de verdad piensas que voy a perdérmelo? —espetó, con incredulidad.

Por toda respuesta, Vadím asintió y los precedió por la enorme estancia hasta el gimnasio, situado en la planta superior de aquel vasto complejo que, para sorpresa de todos, estaba equipado con muebles y tecnología avanzada. No cabía duda de que armar aquella fortaleza le habría costado tiempo y recursos a su tío. Tenía por lo menos tres plantas sin contar con un sótano / búnker, según les fue explicando el anfitrión.

Desde el exterior les llegaron las voces amortiguadas de Kirill y otra desconocida que, supusieron, pertenecía a Kieran.

El dueño de la casa abrió sin tocar para darle una sorpresa al chico, que se separó con brusquedad de Kieran —parecía que los había sorprendido en un momento bastante cercano, pero lo disimuló y les guiñó un ojo, haciéndose a un lado para que pudiera ver el motivo de tan abrupta intrusión— y abrió mucho los ojos al ver de quiénes se trataba.

—Kirill —musitó Annika, con lágrimas en los ojos.

Se había quedado paralizada en el umbral de la puerta, sin atreverse a dar un paso más por miedo a abrumarlo. Todo su cuerpo temblaba de nerviosismo y emoción.

Se moría por abrazarlo, pero entendía que para él solo era una extraña y tal vez...le provocara rechazo. Siempre se había considerado una mujer fuerte, pero si eso llegara a suceder, no sabía cómo podría soportarlo.

Él también se había quedado muy quieto, observándola con una expresión que no supo cómo descifrar. Tan hermético como su padre, pensó.

Tragó saliva y al fin, con pasos lentos y dubitativos, se fue acercando.

—Annika... —su nombre en sus labios le supo a gloria, pero no estaba preparada para lo que salió de su boca a continuación. —¿Mamá?

Había sonado incrédulo, como si necesitara su confirmación para poder creerlo. Y eso hizo que las lágrimas afloraran de nuevo a su rostro.

—Sí, cariño. Soy tu madre. —Poder decirlo en voz alta fue tan liberador que por un momento se sintió de nuevo como esa adolescente de quince años que acababa de dar a luz y a la que le impidieron sostener en brazos a sus bebés por primera vez. —No sabes las ganas que tenía de abrazarte por fin... ¿me dejas? —inquirió, a punto de romperse en mil pedazos.

Él tragó saliva para contener esa emoción desconocida que lo embargaba y asintió repetidas veces.

Entonces Annika rompió la escasa distancia que los separaba y lo atrajo hacia sus brazos, aferrándolo con todo el amor que había guardado en su corazón durante tantos años y que reservaba solo para él.

Kirill le devolvió el abrazo y dejó que lo estrechara contra sí y depositara un beso en su frente. Se sentía bien...extrañamente reconfortado por un sentimiento de pertenencia que jamás creyó experimentar, dado que no era muy propenso al contacto físico.

No supo cuánto tiempo estuvieron así, mientras ella lloraba. Tampoco le importó.

Pero cuando al fin se separaron, le sonrió. Quería reconfortarla, de algún modo. Y funcionó.

—Mira, él es tu padre, Nikolai —le dijo, señalando al hombre robusto que había permanecido en un segundo plano, contemplando la escena con orgullo y cierto reparo.

Kirill lo contempló como si lo viera por primera vez y vio algunos parecidos que antes le habían pasado inadvertidos.

No supo qué hacer. Se sentía repentinamente cortado, como si fuera demasiado

insignificante. Era extraño.

El hombretón tragó y extendió la mano, para darle un par de palmadas afectuosas en el hombro, como si no quisiera abrumarlo con más abrazos. Puede que le pasara como a él, que no era dado a dar muestras de afecto.

En cualquier caso, se sintió aliviado y asintió, imitando su gesto. Le palmeó el hombro una vez y Nikolai sonrió, impresionando a Kirill. Parecía mucho más accesible y humano cuando lo hacía y se relajó considerablemente.

—Bueno, bienvenido a la familia, chico —intervino entonces Lev, con un silbido.

Con él, Kirill no sabía cómo comportarse. Era muy desconcertante, pero a fin de cuentas era su tío, así que le extendió la mano, que este estrechó, divertido.

—Me gustas —admitió y él sonrió, recuperando esa confianza innata suya.

Vadím le revolvió el pelo con cariño y hasta Nayla suavizó su expresión severa.

Pronto el anfitrión los guio al salón, donde se acomodaron para poder charlar con más calma.

—Tienes que contarnos cómo sobreviviste, tío. Todos estos años me he sentido tan culpable por tu muerte...

El tono de Annika tenía un velado atisbo de reproche y Vadím tenía que reconocer que con justa razón.

—Os lo contaré todo —concedió —y después podremos planear el rescate de Sasha. Muy pronto estará con nosotros.

Todos esperaban que así fuera.

28.

Lev sabía que lo que estaba a punto de hacer era una cagada de la que cabía la posibilidad que se arrepintiera al día siguiente. Aunque no lo creía. Después de todo, no conocía el significado de aquella palabra.

Y había fantaseado con aquello desde que la conoció, con su aire de inocencia perversa que lo volvía loco.

Aquella noche se había vuelto a saltar las órdenes de su Pakhan y sabía que mañana lo castigaría por ello, pero le importaba una mierda. Vivía para cabrearlo y aquello no era nada comparado con lo que tenía preparado para él.

Así que pensó que no importaba que hiciera otra locura más y entró al cuarto de Annika, suponiendo que estaría dormida.

Así fue.

Se encontraba sumida en un profundo sueño y Lev se preguntó de qué se trataría. Fuera lo que fuera era bueno, a juzgar por su semblante apacible.

Le acarició la mejilla con la yema del pulgar, admirando una vez más su belleza etérea.

Era tan hermosa que lo cautivaba...su entrepierna se endureció cuando se le escapó un suspiro casi inaudible y se removió, en sueños.

Le dieron ganas de follársela así, mientras dormía.

Necesitaba estar dentro de ella, por eso se había colado allí como un ladrón en mitad de la madrugada.

Sin embargo, por muchas ganas que tuviera, nunca lo haría.

Quería mirarla a los ojos cuando estuviera dentro de ella. Deleitarse con sus gemidos de placer.

Ansiaba con desesperación hacerla gritar.

De repente, como si hubiera sentido el peligro, Annika despertó y se llevó un susto de muerte al encontrárselo allí.

—Lev, ¿qué estás haciendo aquí? —inquirió ella, alarmada, y abrió los ojos como platos al percatarse de que estaba cubierto de sangre casi por completo.

Le pasó la yema del pulgar por la que cubría sus mejillas para limpiarlo y fue a coger un pañuelo, pero él la detuvo e hizo lo más inesperado: se llevó su dedo a los labios y chupó la sangre, provocándole un latigazo involuntario de placer en el bajo vientre.

—Dímelo tú babochka, ¿de verdad no sabes qué estoy haciendo aquí?

—Yo...no. Vete, por el amor de Dios, vete antes de que te descubra alguien o nos meterás en problemas a los dos —suplicó.

—¿Y no crees que merecería la pena el riesgo? —la tentó, pasándose la lengua por los labios.

—Claro que no.

Pero sus ojos decían otra cosa.

—Te mueres porque te bese.

—Eso es mentira. Estás loco, tú no me gustas lo más mínimo y...

No pudo terminar la frase, porque la acalló con un beso visceral y rudo que le arrancó un jadeo. Saboreó el gusto cobrizo de la sangre que él llevaba impregnada a la piel y gimió,

tratando de apartarlo de ella porque de lo contrario no estaba segura de poder resistirse a él.

Pero Lev no cedió y Annika pronto se abandonó al contacto de sus lenguas batallando en un duelo de poder. Y acabó sucumbiendo a su carácter dominante y sus ojos sugestivos, a lo intrigante y peligroso que era todo él.

Sabía que no debía hacerlo, pero lo deseaba tanto que era más fuerte que ella.

Pensó en Nikolai, pero ni siquiera eso bastó para que su autocontrol regresara a ella. Esa noche la cordura la había abandonado y era presa de sus instintos.

Y contra eso, ya no hubo nada que hacer.



Lev partió a medianoche a cumplir con la misión para la que se había prestado voluntario. Naturalmente, no lo hizo solo. Vadím había dispuesto para él un grupo de treinta hombres que lo acompañarían por si las cosas se ponían feas.

Y es que, tras mucho debatirlo, habían llegado a la conclusión de que el plan original de adelantarse a los acontecimientos y colarse en la mansión en plena madrugada para rescatar a la chica, en lugar de esperar al día siguiente y acudir al lugar de la cita, era lo mejor. Pues estaban seguros de que aquello era una trampa.

De Mijaíl Kozlov no se podía esperar otra cosa.

Vadím había vuelto a llamar a Pasha para que los recogiera en su avión privado y los llevara hasta su destino. Le pagó una cantidad obscena de dinero, asegurando que era de confianza.

Los esperaba para traerlos de regreso una vez que sacaran a Sasha.

Así que, tras un vuelo algo más turbulento que el de la otra vez, acababan de aterrizar en el aeródromo privado de Yuri Molotov, un magnate de las termoeléctricas que en realidad no existía; era la identidad falsa que se había creado Vadím con ayuda de sus mejores contactos para pasar desapercibido todos aquellos años.

La pista no quedaba lejos de la mansión Kozlov, situada a las afueras de la capital.

Llegaron hasta allí en un autobús robado que dejaron aparcado en las inmediaciones. Lev se abrochó el chaleco antibalas y cargó su fusil.

Les había pedido —o más bien ordenado— al resto que se quedaran en la retaguardia y que si los necesitaba los llamaría para pedir refuerzos.

Porque si iban todos, acabarían delatando su presencia y le convenía hacer las cosas rápido y con sigilo. Él sabía cómo entrar y salir sin ser visto. Y no pensaba arriesgar la vida de su sobrina por nada del mundo, no solo porque estaba seguro de que Annika y su hermano lo desollarían vivo si llegaba a salir lastimada, sino porque llevaba su sangre y eso era importante para él. Al menos, todo lo que podía serlo dada su condición.

Les había prometido que se la llevaría sana y salva y lo haría.

Se ocultó tras los arbustos del exterior y esperó su momento, observándolo todo sin que los guardias que hacían su ronda de vigilancia repararan en él.

Y conocía la forma perfecta de causar una distracción que le permitiera colarse delante de sus narices, sin que se dieran cuenta.

—Ahora —pronunció, llevándose el auricular a los labios.

Esa era la señal que acordaron para poner en marcha la maniobra de distracción.

—Recibido —respondió uno de los hombres y Lev sonrió, esperando su momento.

Apenas un minuto después, un fortísimo estruendo resonó en la quietud de la madrugada.

De inmediato, los guardias se pusieron en alerta y escrutaron los alrededores, alarmados.

Uno de los coches del Pakhan acababa de explotar en el jardín, gracias al dron que había estado manejando uno de los hombres de Vadím y que ahora sobrevolaba justo sobre sus cabezas.

—Maldita sea, dispersaos, tenemos que pillar al cabrón que esté haciendo esto antes de que el Pakhan nos corte la garganta. ¡Moveos! —ladró el que parecía estar al mando, con nerviosismo.

La satisfacción inundó todas y cada una de las fibras de Lev. Tenían mucha suerte de que tuviera que sacar a la chica ilesa y no pudiera entretenerse, pero ya llegaría el momento de ajustar cuentas con aquellas ratas.

Las bombas siguieron sucediéndose una tras otra hasta que todo se volvió un caos de gritos, órdenes y trasiego. Más y más hombres fueron saliendo, dividiéndose para otear los alrededores, y Lev aprovechó su momento para colarse por la parte trasera, que había quedado apenas sin vigilancia.

Se deshizo del único guardia que rondaba por allí con un disparo en la sien, usando un silenciador.

Después de eso, accedió al interior por la puerta del servicio, sin contratiempos.

Una vez dentro, avanzó con el arma a punto y empezó a buscar.

El sótano fue el primer lugar por el que empezó.

Estaba a oscuras y el olor de la sangre, el orín y el vómito lo recibieron, provocando que arrugara la nariz con desagrado.

Pulsó el interruptor de la luz y el débil haz amarillento de la única bombilla que había bañó la estancia de cierta claridad. La suficiente como para que pudiera reconocer a las dos figuras que permanecían prisioneras allí.

—¿Lev? ¿Eres tú? —inquirió la voz femenina, con un tono tan incrédulo como aprensivo.

Tuvo que aguzar la vista para poder reconocerla, de lo delgada y demacrada que estaba.

—Sí, Svetlana —confirmó, fijándose en los grilletes que apresaban sus tobillos y muñecas y en su vientre abultado.

Así que estaba embarazada... aquello sí que era una sorpresa. Y no había que ser un genio para adivinar que el hombre que estaba con ella —encadenado a la pared por una argolla que apresaba su cuello, como si de un animal se tratara— no era otro que Aleksei, quien lo estudiaba con desconfianza.

—Sabía que uno de vosotros vendría a rescatar a Sasha —le dijo ella, con un hilo de voz.

—¿La has visto?

—No, pero oí a los guardias comentando su llegada. Sé dónde la tiene mi padre —le confesó, con una sonrisa cansada.

—¿Dónde? —inquirió. No había tiempo que perder.

—Arriba, en la antigua habitación de Annika.

—Hay demasiada vigilancia... ¿cómo has podido llegar hasta aquí? —intervino entonces el tal Aleksei, con un matiz de suspicacia en el tono.

Lev se volvió hacia él con una inquietante sonrisa.

—Tengo mis métodos —fue su escueta respuesta.

En aquel momento, les llegaron las voces de los guardias del otro lado del pasillo, alertando de lo que estaba pasando.

Lev preparó el arma, listo para acribillarlos a todos.

Pero Svetlana tenía un plan mejor y lo cogió del brazo para detenerlo antes de que

provocara un fuego cruzado.

—Provocaremos una distracción para que puedas colarte, tienes que sacarla de este infierno.

Aquello lo sorprendió.

—¿No queréis que os libere?

Con todo el tiempo que habían pasado en cautiverio, habría sido lo esperable.

—Lo primero es la vida de mi sobrina. Aleksei y yo estamos muy malheridos y solo os retrasaríamos. Sé que volveréis a por nosotros —argumentó, con confianza ciega. Y ese era un acto que la honraba.

Lev tenía que admitir que era cierto que cargar con ellos lo ralentizaría y podría dar al traste con su objetivo, algo muy peligroso, ya que no estaba dispuesto a arriesgar la vida de Sasha por nada ni nadie.

Así que aquello le parecía lo mejor. A la vista estaba que como prisioneros resultaban demasiado valiosos para Mijaíl y dudaba que acabara con ellos. De ser ese su propósito, ya los habría matado hacía tiempo.

Y si salían ahí fuera corrían el riesgo de ser abatidos en medio del fuego cruzado. Lo más prudente era esperar.

—Lo haremos —confirmó él, porque sabía que ni Annika ni Nayla abandonarían a sus hermanos a su suerte.

Con un último asentimiento, se marchó sin mirar atrás.



Sasha estaba muerta de nervios.

Las explosiones la habían sorprendido acurrucada en el colchón, intentando descansar aunque fueran unas horas, dándole un susto tremendo.

La mansión estaba sumida en el caos; desde allí podía oír los gritos y las voces de los guardias que estaban intentando identificar el peligro para poder erradicarlo.

Para colmo, nadie se había dignado a ir a darle explicaciones de lo que estaba sucediendo y eso solo acrecentaba su malestar. Una parte de ella esperaba y tenía la corazonada de que se tratara de sus padres biológicos, que habían acudido a rescatarla...pero no quería hacerse ilusiones en vano.

Le extrañaba que Mijaíl no hubiera acudido a vigilarla para conservarla como seguro de vida. Quizá estuviera fuera con los hombres, o lo que también era probable; escondido como el cobarde que era.

En cualquier caso, por mucha inquietud que le produjera el alboroto, no tenía de otra más que esperar a ver qué sucedía.

Dio un respingo cuando la llave de su habitación (o mejor dicho, su cárcel personal) giró en la cerradura. Alguien estaba abriendo la puerta.

Tragó saliva, rezando para que no fuera alguien con malas intenciones, porque estaba indefensa.

Contuvo la respiración.

Y entonces...

—Si hubiera sabido que pondrías esa cara al verme no me habría tomado tantas molestias.

Habría reconocido esa voz en cualquier parte.

—Lev.

La incredulidad y el alivio eran patentes en su tono.

Mentiría si dijera que no era la última persona a la que esperaba ver, pero eso no quería decir que no se alegrara.

—He venido a llevarte con tus padres —le comunicó y no le pasó desapercibida la forma en que ella vaciló. Pero no había tiempo para lidiar con hormonas adolescentes. Si no se daban prisa, aquello se iba a convertir en una masacre. Y ojalá hubiera podido dejarse llevar por sus instintos, pero había dado su palabra. —Vamos —la instó, quitándole las esposas con la llave.

—¿Cómo tienes tú esto? —preguntó, sin poder evitar dejarse llevar por la curiosidad.

Lev puso los ojos en blanco y la cogió de la mano para que lo siguiera mientras salían al pasillo.

—Las arranqué del cadáver de uno de los guardias que te custodiaban, después de haberle sacado las tripas—resumió, con simpleza.

—Ah, vale —contestó, sin poder evitar poner cara de asco y horror, pero él no se dio ni cuenta.

Consiguieron llegar hasta el vestíbulo sin toparse con nadie y poco a poco, empezó a convencerse de que podrían conseguirlo.

—¿Has venido tú solo a por mí?

No podía evitarlo, la curiosidad era más fuerte que ella.

—No, tengo a un grupo de hombres esperándonos fuera. Annika y Nikolai no han podido venir porque están con tu hermano, pero pronto los verás —la tranquilizó y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para retener las lágrimas ante la mención de Kirill.

Fue a darle las gracias, pero de repente, un tipo salió de la nada y trató de agarrarla —seguramente para usarla como seguro de vida— pero Lev reaccionó rápido como el pensamiento y le descerrajó un tiro en la frente, provocando que la soltara de inmediato y se desplomara sobre el jardín, con los sesos desparramados.

A Sasha se le escapó un chillido debido a la impresión. No estaba acostumbrada a aquella violencia y no se imaginaba que llegara un día en que pudiera estar tan insensibilizada como él, que ni se había inmutado.

—Date prisa. Tenemos que largarnos de aquí.

Suspiró y dejó que tirara de ella. Alguien había tirado granadas de mano y apenas se veía nada debido a la densa nube de humo que los envolvía.

Tosió y trató de seguirle el ritmo, trotando a la carrera y sorteando cuerpos que no sabía si pertenecían a amigos o enemigos.

Después de eso, decidió que lo mejor sería no hacer más preguntas. Por lo menos hasta que hubieran dejado atrás aquel infierno.



Sasha estaba demacrada y confusa tras haberse pasado más de una hora volando junto a un lacónico Lev, que tan solo se había limitado a proporcionarle las respuestas justas a sus interrogantes, alegando que del resto ya se enteraría cuando llegaran.

Pero a pesar del recelo que sentía por aquel lugar al que la habían conducido, una mansión situada en pleno corazón del bosque de Moscú y que más bien parecía un búnker, también se sentía aliviada por haber podido escapar de aquel horrible lugar.

Y todo gracias a Lev, que había acudido a rescatarla.

Todavía no había logrado procesar toda la locura que había vivido en tan solo cuatro días. Cómo su mundo se había trastocado, revelando una terrible verdad que jamás habría

imaginado.

Y aun así, no estaba asustada.

Ya no.

Apenas hubo dado un par de pasos cuando una figura delgada y esbelta cruzó el vestíbulo como un vendaval y se le echó a los brazos, tomándola por sorpresa con el ímpetu del contacto.

Era Annika.

—Mi preciosa Sasha, mi niña. ¿Estás bien? —inquirió, tras examinarla minuciosamente para cerciorarse de que no hubiera sufrido daños.

Ella se dejó hacer, contemplándola como si la viera por vez primera. Eso disipó su temor de que la rechazara.

Le parecía mentira estar estrechando por fin a sus hijos entre sus brazos después de quince largos y tortuosos años viviendo una cruel mentira.

—Sí, estoy bien —confirmó la chica, en cuanto se hubieron separado. Mentiría si dijera que no la intimidaba ver a tanta gente que hasta hacía poco era desconocida para ella pendiente de cada uno de sus gestos. Aun así, se sobrepuso y lo afrontó con entereza. —Solo un poco aturdida y...—se interrumpió cuando vio a su hermano, que acudía corriendo a su encuentro; sudoroso y jadeante. Juraba que sus ojos estaban brillantes por las lágrimas que estaba reprimiéndose para derramar y ella misma fue incapaz de frenar las suyas. —¡Kirill!

Corrió a abrazarlo como si le fuera la vida en ello y él correspondió, apretando la mandíbula para contener la emoción por el reencuentro.

—Hola hermanita, ya te echaba de menos —contestó él, con el tono más cariñoso que había empleado nunca para dirigirse a ella. Sasha se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sonrió.

La mirada de Annika estaba cargada de emoción al verlos compartir aquel momento y cuando ella alzó la cabeza y se encontró con los ojos de Nikolai, él le sonrió de un modo que le calentó el corazón y se coló en sus huesos como la más tierna de las caricias.

Fue un gesto que, viniendo de un hombre poco acostumbrado a las muestras de afecto, lo significó todo. Y no pudo aguantar las ganas de echársele a los brazos.

Él la estrechó con cuidado y cerró los ojos para abrirlos al cabo como si quisiera asegurarse de que aquello era real.

Nadie más volvería a separarlos, se prometió.

—Hola, *printsessa* —susurró, acariciando su cabello con suavidad.

Sasha dejó escapar una lágrima que cayó sobre la alfombra.

Entonces Annika, que había contemplado la escena con el corazón henchido de amor, se unió a ellos y le hizo señas a Kirill para que la imitara.

Por su cara, era evidente que lo estaba deseando.

Y no se hizo de rogar.

Fue un abrazo lleno de emoción, reparador e intenso...un abrazo con el que se disiparon los años de dolor y angustia que había tenido que soportar creyéndolos muertos.

Pero aun con todo y eso, volvería a vivirlo una y mil veces si ello la llevaba a aquel momento.

Cuando se separaron, Annika se encontró con la mirada sabia y cargada de orgullo de su tío Vadím, y sus ojos estaban repletos de agradecimiento porque todo aquello no estaría sucediendo de no haber sido por su ayuda.

—Me alegra veros así —aseguró, invitándolos a tomar asiento —y seguramente Sasha esté algo confusa y necesite respuestas —aventuró, a lo que enseguida la chica asintió, pues lo

cierto era que sí.

—Es normal que tengas preguntas cielo, siéntate para que hablemos un poco —le ofreció Annika, cuyo instinto maternal estaba más despierto que nunca. La estudió con preocupación. Estaba tan pálida... —¿O prefieres descansar un rato?

—No, estoy bien. Prefiero que tengamos esta conversación ahora. Hay muchas cosas que necesito entender...para aclararme —admitió, un poco avergonzada por tener que hacerla revivir algo tan horrible como el pasado.

Pero no se fiaba de la versión que le había dado Mijaíl y...necesitaba escucharlo de sus labios.

Así fue como obtuvo la verdad.

Por más que la desgarrara por dentro, Annika no se dejó ningún detalle en el tintero y se lo contó todo a sus hijos.

Juntos, lloraron todo cuanto había que llorar y juraron que se vengarían por todo el daño que ese miserable les había hecho.

Lo de Steve, por otra parte, fue como un jarro de agua fría para Sasha, que a pesar de todo nunca lo habría creído capaz de algo tan monstruoso. No lamentaba su muerte ni por un segundo.

Y no era tonta, aunque ellos no lo hubieran mencionado explícitamente para no provocarle un sufrimiento innecesario, podía deducir que lo habían matado y no le causaba la menor lástima. Que se pudriera.

Annika, sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que corrieran ningún riesgo. Jamás se lo perdonaría si los dejaba involucrarse y algo les sucedía.

No, solo allí estaban a salvo.

—Nunca he querido que vosotros seáis partícipes de nuestra venganza. La principal prioridad es que os mantengáis a salvo, muy pronto toda esta pesadilla habrá terminado —expresó, inquebrantable.

A su lado, con los brazos cruzados ante el pecho en actitud inflexible, Nikolai asintió mostrando su conformidad.

Vadím también estuvo de acuerdo.

Solo Lev permanecía extrañamente callado.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados con todo lo que ese maldito nos ha hecho —rebatía Sasha, sintiéndose impotente por no poder hacer nada. Ojalá fuera más mayor y más experimentada, como su madre.

Pero estaba dispuesta a aprender a disparar y a entrenar, nunca más permitiría que la hicieran sentir tan patética e indefensa.

—Yo no pienso hacerlo.

El tono de Kirill estaba cargado de rebeldía y desafío. No era ningún crío estúpido y odiaba que lo trataran como tal.

—No hay discusión. Hemos pasado por mucho para poder recuperaros y no vamos a arriesgarnos a que alguien os separe de nuestro lado —zanjó Annika. No le gustaba ser intransigente con ellos, pero era la única forma de que lo entendieran.

Kirill empezó a protestar, pero la atención de Lev estaba puesta en una enfurruñada Sasha, a la que se acercó. Necesitaba comprobar algo y esperaba estar equivocado en sus suposiciones.

La chica frunció el ceño al percatarse de su escrutinio.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió, llamando así la atención del resto.

Pero el rostro de Lev era una máscara ilegible. Parecía estar sumido en sus propias cavilaciones.

—¿Qué pasa, Lev?

En aquella ocasión fue Annika la que intervino, exigiendo una explicación.

—¿Has llevado esos pendientes todo el rato? —quiso saber y aquella interrogación hizo saltar las alarmas entre los presentes.

—¿Qué? —farfulló ella no entendía nada de lo que estaba pasando.

—Durante el cautiverio, ¿en algún momento te los quitaste? ¿O alguien más lo hizo? —insistió, a lo que la chica hizo memoria y negó lentamente, todavía confusa.

—Eh, no...no, que yo sepa. ¿Por qué?

Comenzaba a asustarse.

—*Blyad'* —maldijo Nikolai, tenso.

—Ponte de pie, Sasha —le pidió su madre, con más delicadeza de la que habían empleado los hombres. Ella obedeció y dejó que los examinara.

Eran unas esferas de plata que fueron un regalo de su madre, Giselle —era difícil acostumbrarse al hecho de tener dos madres— por su décimo cumpleaños.

—Todo fue demasiado fácil. Maldita sea, ¿cómo no me di cuenta antes?

Lev seguía cavilando.

—¿De qué estás hablando?! —se desesperó Kirill.

—Vadím, ¿tienes algún aparato anti-rastreo? —le preguntó Nikolai, con los músculos rígidos.

El aludido asintió, pesaroso. Deberían haberla examinado nada más llegar, pero la chica había pasado por un calvario y lo último que querían era hacerla sentir incómoda.

Debería haber esperado algo así del malnacido de su hermano.

—Sí. Kieran, tráelo —le indicó al chico, que se apresuró a obedecer.

Entonces Sasha lo entendió por fin y abrió mucho los ojos, incrédula y asqueada.

—¿Me han puesto un localizador? Pero...yo no me di cuenta. No sé cómo han podido... —enmudeció de súbito, ante las desagradables implicaciones que ello conllevaba.

No quería ni pensarlo o no sería capaz de volver a dormir sin sentirse profanada.

—Shh, tranquila cielo, nada de esto es culpa tuya —la tranquilizó Annika, pasándole un brazo por los hombros para reconfortarla.

—Debieron habértelo colocado mientras estabas dormida o inconsciente —apuntó Nayla, que apenas había hablado.

Cuando Kieran regresó con el aparato, se lo entregó a Vadím, que se acercó y le transmitió calma con la mirada.

Ella tragó saliva, pero lo dejó hacer. El pequeño aparato no tardó en emitir un pitido agudo e intermitente que confirmó sus peores sospechas.

Sasha se quitó los pendientes y se los entregó a Nikolai, que empezó a trastearlos hasta que pudo dar con el chip, que se hallaba alojado en el mecanismo de cierre y era minúsculo.

Imposible, por tanto, de detectar a simple vista.

—Fue un movimiento inteligente, hay que admitirlo. Sabía desde el principio que no podríamos esperar hasta que tuviera lugar el intercambio de mañana y que intentaríamos rescatarla. Así que decidió matar dos pájaros de un tiro con esto. Ella los conduciría sin saberlo directamente hasta nuestro escondite y así podría acabar por fin con nosotros —razonó Lev, en tono neutral.

—Lev, eso no ayuda —gruñó Nikolai, pero este le restó importancia con un gesto de la

mano, perdido en sus elucubraciones.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se angustió la chica, a la que Kirill abrazó con feroz protección.

—Bueno, ahora solo nos queda una opción. Eliminarlos en nuestro propio territorio, donde jugamos con ventaja, luego volver allí para terminar el trabajo y cobrarnos la venganza que tanto tiempo llevamos esperando.

Por eso, decidieron no romper el chip y dejar que los guiara exactamente hacia su escondite. Serían ellos quienes los tomaran por sorpresa y no al revés.

—Suenan muy bien —intervino Nayla, que también estaba sedienta de sangre —, pero ¿cuál es exactamente el plan?

Lev, que había estado esperando a que alguien hiciera esa pregunta, elevó las comisuras hacia arriba en una sonrisa malévol.

—Volarlo todo por los aires.

29.

Lo que Giselle deseaba más que nada en el mundo era formar una familia. Ese había sido su anhelo cuando dejó de ser una niña y empezó a convertirse en mujer.

Durante quince años pensó que había logrado todo lo que un día se propuso y se sintió dichosa, a pesar de las traiciones constantes de Steve.

Tenía todo lo que había soñado y más, pensaba, no era justo quejarse. Así que fingía que los problemas no existían para que esa burbuja de felicidad que se había construido no se pinchara.

Pero sus peores temores se hicieron realidad y había llegado el día en que esa burbuja estalló, dejándola desolada.

Cuando aquel hombre irrumpió por la fuerza en su casa, encañonándola con una pistola y amenazando con matarla si no hacía lo que decía, supo que era el final.

Y sintió que era tan injusto que se negó a morir sin al menos poder abrazar a sus hijos – porque eran suyos, y nadie podía negarle aquel derecho, porque ella los había criado y alimentado con todo el amor de su corazón– por última vez.

Ese hombre había acudido a llevársela con él como seguro de vida. Era una forma de amenazar a los mellizos para que se sometieran.

Mijaíl Kozlov los necesitaba para obligar a su hija a permanecer a su lado, ocupando su lugar en la Bratva. O eso había oído.

Acababa de despertar tras horas sumida en la inconsciencia

Estaba retenida en un sótano horrible, encadenada y débil por la falta de alimento y no dejaba de torturarse por lo que había hecho.

Sus hijos ya no estaban allí, así que su sacrificio no había servido de nada.

Y ahora estaba sola, a merced de aquellos monstruos.

—Tranquila. Eres valiosa para ellos todavía, así que no van a hacerte daño. Pero no tientes a tu suerte, es mejor que permanezcas callada.

Se sobresaltó al oír aquella voz proveniente de un rincón en sombras en el que todavía no había reparado. Una voz indudablemente femenina.

No estaba sola en aquel agujero y no sabía cómo sentirse al respecto.

—¿Quién eres? —inquirió, no sin cierto recelo.

La aludida avanzó unos pasos –todo cuanto le permitieron las cadenas que la retenían– y su rostro quedó visible por el haz de luz que se colaba por las rendijas de la mazmorra.

Ante sí tenía a una mujer de cabello castaño claro y ojos celestes; era muy hermosa, a pesar del evidente estado de desnutrición y maltrato en que se encontraba.

Tenía heridas en brazos y piernas y estaba cubierta de suciedad, como si ni siquiera le permitieran usar un baño.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría cautiva.

—Me llamo Svetlana —se presentó, pues una corazonada le decía que la presencia de aquella mujer estaba relacionada con Annoushka, así que añadió —: Annika es mi hermana pequeña.

Giselle abrió los ojos con horror al comprenderlo. La hermana mayor de Annika...

—¿Y tu propio padre te tiene aquí encerrada de este modo? ¿Por qué?

Sabía que no debería sorprenderse tanto y menos después de todo lo que la rusa le había contado que ese hombre —por no llamarlo algo peor— había hecho, pero aun así era demasiado... no estaba acostumbrada a aquella crueldad brutal.

Svetlana dejó escapar una risa amarga.

—Porque es un monstruo. Y no tolera que me haya enamorado de alguien a quien odia —le contó, con el tono rebosante de aversión. Giselle no podía ni imaginarse cómo se debía de sentir la pobre siendo prisionera de su propio padre, sabiendo que la persona que se suponía que debía quererla y protegerla la estuviera haciendo pasar por un calvario a ella y a su hermana.

—Lo siento mucho —expresó, de corazón. Se compadecía de la suerte de aquella pobre muchacha.

Y cuando pensaba en la suya propia...no quería ni pensar en lo que le esperaba. Ni las intenciones con que la habían traído allí.

—Gracias —musitó Svetlana, que de vez en cuando se llevaba las manos al vientre en ademán protector. Giselle se dio cuenta de que estaba embarazada, aunque no debía de tener más de dos meses porque apenas se le notaba. La rusa sintió curiosidad y se interesó por ella. — ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? Créeme, el tiempo es lo que nos sobra ahora mismo. Te vendrá bien desahogarte con alguien, siempre se me dio bien escuchar. O eso me dice Aleksei.

No le pasó desapercibido el tono soñador que había adquirido su voz al mencionarlo. Y como lo que les sobraba era tiempo, no perdió la ocasión de preguntarle.

—¿Aleksei?

—El hombre al que amo —le confesó, con los ojos vidriosos.

Era evidente que necesitaba desahogarse con alguien y tampoco era como si ella pudiera ir a otra parte, así que le ofreció un trato justo.

—Está bien, Svetlana, te contaré mi historia si tú me cuentas la tuya, ¿te parece bien?

—Muy bien —aceptó y por algún motivo, su sonrisa la tranquilizó.



—¿En serio, Vadím? No pienso quedarme a hacer de niñera cuando mi hermano me necesita. Tengo que ir a rescatarlo. Además, Kieran puede ocuparse, ¿no? —rezongó Nayla, que se negaba en redondo a que la dejaran fuera de la acción.

Acababan de ver volar por los aires las cuatro camionetas con sicarios que Mijaíl había enviado para acabar con ellos.

Pensó que podría ir un paso por delante y sorprenderlos en su propio terreno, pero no sabía que cuando él iba ellos volvían hacía rato.

Y ahora el jardín estaba arrasado de escombros y restos carbonizados que a los hombres de Vadím les iba a llevar un buen rato eliminar.

Pero sin duda, era un espectáculo que había merecido la pena con creces contemplar desde la seguridad de la fortaleza blindada.

—Nayla, ya lo hemos hablado —suspiró Vadím, con paciencia. Sabía que era difícil para ella quedarse al margen, pero no había nadie mejor que Nayla para confiarles a sus sobrinos. Y eso que le había costado mucho convencer a Annika y Nikolai. —Confía en nosotros, vamos a rescatar a tu hermano. Él sabrá arreglárselas, recuerda por todo lo que habéis pasado los dos. En cambio, es mejor que tú te quedes con Kieran por si surgieran complicaciones, tu entrenamiento es inmejorable.

—Está bien —acabó cediendo ella, con un resoplido —, traédme sano y salvo, por

favor.

—Lo haremos —aseguró Annika.

—Bueno, no me deis problemas ¿eh? Os advierto que no tengo la paciencia de Vadím — les advirtió Nayla, que no se fiaba del todo de que Sasha y Kirill cumplieran su palabra.

Ellos se limitaron a asentir con gesto desganado y el chico ignoró la mirada cargada de intenciones de Kieran, que esperaba que pudieran hablar durante el tiempo que permanecieran allí.

Annika los llenó de besos y abrazos.

Despedirse de ellos— que parecían haberse resignado a no poder acompañarlos — fue lo más difícil que había hecho en mucho tiempo.

Pero si todo salía como lo planeaban, ya no tendría que volver a hacerlo nunca más.



Colarse en el almacén donde se guardaba el cargamento de drogas, en un descampado al oeste de la ciudad, que partiría rumbo a la República Checa en menos de dos horas había sido más sencillo de lo que esperaban.

Y todo gracias al chivatazo de uno de los aliados de las mafias rivales a los que Vadím había conseguido poner de su parte durante aquellos años. No había sido fácil permanecer en la sombra después de eso, pero él sabía cómo proceder y en quién depositar su confianza. Había aprendido de sus errores pasados.

Por su parte, ellos no tuvieron problemas para acceder. Ventajas de haberse encargado de coordinar los envíos y preparar la mercancía infinidad de veces.

El padre de los Blasov solía decir que si eres criminal una vez lo eres para siempre y en aquel momento más que nunca supieron cuánta razón tenía.

Ellos no sabían hacer otra cosa que matar, por mucho que intentaran camuflarse ante el mundo, tarde o temprano su verdadera naturaleza salía a flote.

Y Annika los quería a pesar de todo.

Lev silbó apreciativamente al hacer un cálculo estimado de la cantidad de dinero que debía costar aquel cargamento. Toda una fortuna.

—Sin duda, los chechenos van a cabrearse mucho cuando sepan que su preciosa droga ha volado por los aires —comentó y acto seguido empezó a tararear una extraña melodía; estaba de buen humor.

Nikolai se rio y hasta Annika dibujó una débil sonrisa en su rostro pálido. Quería acabar con aquello cuanto antes, pero sabía que no había hecho más que empezar.

Todavía tenían que colarse en la mansión y rescatar a Svetlana y Aleksei.

—Eso espero —replicó, con el ansia de venganza reflejándose en sus pupilas.

Nikolai terminó de cerrar las bolsas herméticas en las que guardaban la mercancía, camuflada entre sacos de abono.

Montar el dispositivo de bomba casero había sido un poco más complicado, pero nada que Lev no supiera manejar.

—Está listo —anunció, al poco y le entregó el mando con el detonador a distancia a Annika para que hiciera los honores, una vez que estuvieran a una prudente distancia.

Ella lo tomó, observando con una sonrisa en los labios lo hermoso que estaba el cielo aquella noche, con la luna llena cerniéndose sobre sus cabezas.

Aquello también era por su madre. Le gustaba pensar que, si la estaba viendo, se sentiría

orgullosa de ella.

Pulsó el botón, con el cabello alborotado por el viento y la seguridad en sus pasos de quien se sabe ganador de la partida. Uno a cada flanco, sus dos hombres la escoltaban, formando un tándem invencible.

Y mientras ellos se alejaban como sombras anónimas en la noche nevada de Moscú, una explosión arrasó el puerto; sumiéndolo todo en caos y cenizas.

Su venganza no había hecho más que empezar.



Svetlana estaba dormitando en un rincón, sumida en un sueño intranquilo sobre Aleksei, a quien añoraba a su lado desde que los separaron tras el rescate de Sasha. Fue un castigo por haberles ayudado, lo sabía.

Pero lo volvería a hacer una y mil veces y sabía que él también.

Solo esperaba que estuviera bien. Ya lo habían lastimado por su culpa más de lo que podía soportar.

Parpadeó para tratar de espabilarse y le echó un vistazo a Giselle, que estaba echada en posición fetal sobre el sucio catre del rincón. Aquella mujer le inspiraba lástima. Nunca tendría que haberse visto envuelta en aquella locura.

Pero no podía evitar alegrarse por su hermana, porque por fin se había reencontrado con sus niños. No podía ni empezar a imaginar el calvario que habría sufrido todos aquellos años, por mucho que estuvo a su lado todo cuanto el abusivo de su padre se lo permitió.

Pero ahora llevaba una vida en su vientre y sabía que se moriría si alguien le hiciera daño.

Solo le quedaba la resignación y esperar que Lev pudiera cumplir la promesa que les había hecho y los rescatara.

En su fuero interno, sabía que lo haría. Su hermana no la abandonaría a su suerte, incluso aunque se lo mereciera por haber tenido que revelar su ubicación.

De repente, la puerta de la celda se abrió de súbito y Mijaíl Kozlov emergió, azotándola con saña. Giselle se despertó, sobresaltada.

Ella, en cambio, no movió un músculo ante su mirada encolerizada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con una serenidad que terminó de crisparle los nervios. Percibía en su cara que, lo que quiera que hubiese ocurrido, era lo bastante grave como para sacarlo de quicio de aquel modo.

—¿Sabes? —comenzó a caminar en círculos a su alrededor. Su mirada le provocó un escalofrío que a duras penas pudo reprimir. Percibía algo muy oscuro en sus intenciones y no tenía forma de defenderse. —La ramera de tu hermana acaba de cargarse mi negocio con los chechenos. Más de dos millones de rublos han sido pasto del fuego esta noche y ahora Petr Rumanozk está pidiendo mi cabeza. ¿Entiendes lo que eso significa? —bramó, tirándole brutalmente del pelo hasta arrancarle un grito de dolor.

—No...por favor, no lo hagas...—suplicó una aterrada Svetlana, adivinando sus intenciones. Giselle también intentó disuadirlo, suplicándole que tuviera clemencia por su estado.

Pero Mijaíl era implacable y ni siquiera se inmutó.

En su lugar, la frialdad de su tono al sellar su destino fue espeluznante.

—Que tú pagarás las consecuencias —sentenció.

Y sin que ella tuviera tiempo de defenderse o de intentar reaccionar siquiera, él se sacó una navaja del bolsillo de su cara americana. Se lo clavó en el vientre sin piedad.

Su intención estaba clara y no tuvo escrúpulos. Supo que esa puñalada acabaría con su vida y la del bebé que llevaba dentro y no le importó lo más mínimo.

Giselle emitió un chillido de espanto al ver a la joven ensangrentada cayendo desmadejada al suelo, donde se postró de rodillas, boqueando como pez fuera del agua.

Aterrorizada, se acuclilló para tratar de ayudarla, aun sabiendo que sus recursos eran limitados. Pero se negaba a quedarse ahí mirando sin hacer nada mientras la vida de una persona se apagaba.

Cogió la mano de Svetlana, mientras con la otra hacía presión sobre la herida, emitiendo sollozos ahogados. Sus manos no tardaron en teñirse de carmesí y cuando alzó la vista con los ojos llenos de lágrimas, vio que aquel monstruo contemplaba la escena con una fría impasibilidad.

—¿Es que usted está hecho de piedra? ¿Cómo puede hacerle eso? ¡Es su hija, por el amor de Dios! Tiene que llevarla a un hospital —exclamó, intentando conmover un poco ese corazón de hielo. Pero sus palabras no surtieron el menor efecto en él, que la miraba como a un ser insignificante y molesto.

Sujetó la mano de una Svetlana que estaba al borde de la inconsciencia, suplicándole que aguantara.

Y la respuesta que le dio Mijaíl Kozlov, fue tan inhumana que Giselle jamás la olvidaría.

—Ahora tengo asuntos más urgentes que resolver. Para cuando vuelva, solo espero encontrarla muerta. Y tú correrás la misma suerte si no cierras la boca.

Sin dedicarle siquiera una mirada, abandonó aquella mazmorra con la certeza de que aquella sería la última vez que vería con vida a su hija mayor.



Aleksei estaba frenético. Había escuchado gritos y llantos provenientes de la celda contigua y la incertidumbre lo estaba volviendo loco.

Tenía un presentimiento terrible y necesitaba comprobar con sus propios ojos si estaba equivocado o no, porque de lo contrario perdería la cabeza.

Llevaba un buen rato llamando a los guardias a grito limpio, pero hasta el momento ninguno de ellos se había dignado a dar la cara.

Pero sabía que acabarían haciéndolo. No pensaba callarse hasta que lo hicieran.

Le daba igual qué método de tortura emplearan en aquella ocasión para intentar silenciarlo.

Estaba familiarizado con ellos más que de sobra después de la temporada que tuvo que pasar en aquella Gulag por cortesía de Mikaíl Kozlov.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado, Kovasizk? ¿Acaso quieres ganarte otra paliza?

El tono de Vladimir estaba cargado de inquina. Aquel desgraciado la tenía tomada con él desde hacía tiempo y no había perdido ni una sola ocasión para torturarlo.

Y él sabía por qué. Había visto la forma lasciva en que miraba a Svetlana y no quería ni pensar en las cosas depravadas que sería capaz de hacerle si un día decidía desobedecer las órdenes de su Pakhan y divertirse con ella.

Lo haría pedazos si se atrevía a ponerle un solo dedo encima.

—¿Qué ha pasado? —demandó, con un gruñido.

Los ojos inyectados en sangre de Vladimir relucieron con maldad y su expresión se tornó todavía más taimada.

—Así que no lo sabes...—canturreó, con crueldad.

—¿Saber qué? —insistió, comenzando a perder la paciencia.

Tras unos minutos de deliberar consigo mismo, decidió liberarlo. Valía la pena el riesgo con tal de verlo sufrir. Llevaba mucho tiempo esperando aquello. Solo lamentaba no haber podido follarse a esa zorra de Svetlana, que siempre se había dado el lujo de rechazarlo, antes de que su Pakhan la matara.

Y si no lo estaba ya, no tardaría en pasar a mejor vida.

—Hoy me siento generoso, así que...dejaré que lo veas tú mismo.

Apoyó el cañón de su Hetler and Koch en su nuca y advirtió:

—Si te mueves un centímetro te vuelo los sesos.

Aleksei se quedó quieto. Lo principal era ver a Svetlana, después se ocuparía de ese bastardo.

Con una sola mano, Vladimir le retiró la pesada cadena que colgaba de su cuello y le quitó las argollas que apresaban sus manos y sus piernas.

Pensaba matarlo en cuanto se hubiera regodeado en su sufrimiento al contemplar a su amada agonizando.

En aquel momento, otro de sus compañeros entró y al percatarse de lo que estaba sucediendo, le pidió explicaciones. Él no podía ir contra las órdenes de su Pakhan.

—¿Qué estás haciendo, Vladimir?

—¡Cállate idiota, el jefe ha salido y ahora estoy yo al mando! —bramó, con los ojos casi fuera de las órbitas.

Este tragó saliva y no se atrevió a contrariarlo, pues era impredecible. Pero los acompañó por si surgían complicaciones.

Sin más preámbulos, Vladimir abrió la celda y, encañonando a Aleksei, lo hizo entrar.

Allí lo recibió el horror en su máxima expresión; su peor pesadilla.

Estaba tendida en el suelo, en medio de un enorme charco de sangre. Había demasiada.

Y ella estaba tan pálida. Apenas podía mantener los ojos abiertos y esa mujer a la que habían traído prisionera hacía poco estaba junto a ella, intentando frenar la hemorragia.

—¡NOOOOOO!!! SVETLANA —aulló, fuera de sí al ver al amor de su vida agonizando.

Sintió como si acabaran de desgarrarle el corazón en mil pedazos y unas ansias incontrollables de arrasar con todo a su paso lo invadieron.

—A...lek...sei.

Aun con sus últimas fuerzas, Svetlana se las arregló para pronunciar su nombre.

Él temblaba violentamente, al borde del colapso.

—Despídete de ella, porque la verás en el infierno —Vladimir le echó más sal a la herida, subestimando la ira de su rival. Ese fue su peor error.

Antes de que pudiera disparar, Aleksei —enloquecido por la cólera y el dolor— se zafó y agarró la pistola, volteándola con facilidad hasta que las tornas hubieron cambiado rápidamente y apretó el gatillo, descerrajándole un tiro en la garganta.

La sangre le salpicó la cara y rugió, viéndolo todo rojo. Oyó un grito agudo y lleno de espanto, pero ni siquiera registró a quién pertenecía.

Oyó a los guardias que acudieron a ver qué estaba pasando y fue como si se hubiera desconectado de su cuerpo.

Para cuando quiso darse cuenta, estaba rodeado de sangre y una pila de cadáveres mutilados yacía a sus pies. Respiraba desbocado y enseñaba los dientes, como un animal rabioso.

Y entonces vio que el pecho de Svetlana subía y bajaba, de forma débil, pero su corazón seguía latiendo.

Gruñó para alejar a la mujer que estaba con ella, dispuesto a matarla al menor movimiento.

—No, tranquilo, por favor...solo estoy intentando salvarla —Giselle levantó las manos y tragó saliva, aterrorizada ante el aspecto desquiciado de aquel hombre tan rudo e imponente.

Gruñó, pero se aquietó un poco y entonces se arrodilló junto a Svetlana.

—Tienes que resistir, *moya malenkaya* —le suplicó, completamente embadurnado del fluido carmesí.

Entonces les llegó el estruendo de una refriega en los pasillos de las mazmorras y Giselle gritó para pedir ayuda y hacerles saber que estaban allí, pues estaba segura de que eran Annika y los Blasov.

Y efectivamente, estaba en lo cierto.

Les había tomado más tiempo de lo que esperaban llegar hasta ellos, porque en el jardín exterior se había desencadenado una lucha encarnizada que los había retrasado.

Pero cuando oyeron el grito de Giselle —a quien creían a salvo en Green Lake— y nada más entrar, se toparon de lleno con aquella dantesca escena, se les heló la sangre.

El grito de horror de Annika retumbó en las paredes de piedra de aquel calabozo, provocando que incluso Lev apretara los dientes ante el dolor descarnado que su mariposa estaba experimentando.

Nikolai no tuvo más remedio que hundirle los dedos en el cuello a Aleksei y presionar ese punto sensible hasta dejarlo inconsciente, porque estaba fuera de sí y no los dejaba acercarse a ella.

—¡¡Svetlana!! Aguanta. ¿Qué ha pasado? Tenemos que llevarla a un hospital. ¡Nik, ayúdame! —chilló, con la visión borrosa por culpa de las lágrimas que caían de su rostro sin control.

Su hermana no respondía.

Y Annika supo que necesitaban un milagro.

Porque si se moría, no podría soportarlo.

30.

El funeral de Agneska Ivanova fue lúgubre y desapasionado.

Annika apenas tenía recuerdos de aquel día gris de diciembre, pues era demasiado pequeña y el dolor se había encargado de hacerla olvidar gran parte de aquello.

Pero sí que había fragmentos que su memoria se encargó de atesorar para ella.

Svetlana abrazándola mientras ella lloraba desconsolada al conocer la noticia.

Svetlana vistiéndola y consiguiendo que comiera algo antes de asistir al funeral, ignorando sus propias necesidades por cuidarla.

Y Svetlana cogiéndola de la mano durante el entierro, tratando de transmitirle su apoyo. Su padre estaba con sus hombres y las ignoraba cruelmente, algo que ambas preferían.

Si se quedaba cerca solo encontraría motivos para regañarlas y desquitarse.

—Tranquila hermanita, a partir de ahora yo cuidaré de ti. Solo nos tenemos la una a la otra.

—Prométeme que siempre estaremos juntas pase lo que pase.

—Te lo prometo, malysh.

Se abrazaron con fuerza, consolidando aquella promesa.



Svetlana cumplió con creces aquella promesa.

Desde una edad muy temprana, se había dedicado a cuidarla hasta el punto de anteponer sus necesidades a las suyas propias.

Y cuando ella atravesó esa fuerte depresión fruto de la pérdida de sus hijos, su hermana se las arregló para hacer frente a la tiranía de su padre y conseguir que le permitiera visitarla.

Se pasaba horas junto a su cama, aseándola, convenciéndola para que comiera y cepillándole el cabello como solía hacer su madre cuando aún vivía.

Algunas veces le hablaba y siempre sonreía, aunque ella no fuera capaz de pronunciar una sola palabra. Era su forma de hacerle saber que entendía su dolor y que no la presionaba.

Su apoyo fue crucial para ayudarla a salir de aquel pozo. Y ahora ella le había fallado.

No debieron esperar tanto para rescatarlos.

Si tan solo hubiera ido con Lev el día en que le trajo a Sasha, ahora nada de aquello estaría sucediendo.

Todavía era incapaz de asimilarlo.

El shock había sido tan fuerte que no recordaba cómo habían llegado hasta el hospital, donde ahora se encontraban a la espera de noticias. Ni siquiera había podido dedicarle más que un par de palabras de disculpa a Giselle, pues también se sentía responsable de lo que le había sucedido.

Aunque jamás imaginaron que irían a por ella, no deberían haberla dejado desprotegida de ese modo.

Y Aleksei...habían tenido que sedarlo para impedir que fuera a buscar a Svetlana, a quien los médicos consiguieron salvarle la vida de milagro.

Lamentablemente, el ataque le había provocado un aborto.

Annika más que nadie entendía el dolor que aquella noticia iba a provocarle y estaba decidida a apoyarla en cuerpo y alma.

—¿Vas a decírselo a Nayla? Lo de Aleksei —le preguntó a su tío, que se hallaba a su lado y junto con Nikolai había estado tratando de infundirle ánimos.

El hombre lo sopesó con cuidado, pero finalmente negó con la cabeza.

—Lo haría si hubiera resultado gravemente herido, pero él está fuera de peligro...aunque temo su reacción cuando se le pase el efecto del sedante si no le dejan ver a tu hermana pronto. Es mejor no alarmar a Nayla, me ha escrito hace poco diciendo que Sasha y Kirill la están volviendo loca, pero todo va bien —repuso, para su alivio.

—Está bien, será lo mejor —coincidió, con su mano entrelazada a la de Nikolai, que no se había movido de su lado desde que llegaron. Ni siquiera había querido adecentarse un poco, como amablemente le ofrecieron las enfermeras.

Solo Giselle había accedido.

Y hablando de ella, por más que tratara de mantenerse entera para mostrarle su apoyo, sabía que lo que había vivido le pasaría factura irremediablemente y más temprano que tarde, en cuanto las cosas se calmaran un poco, tendrían una conversación de mujer a mujer. Se lo debía.

—Voy a por un café Annika, ¿queréis algo? —inquirió, ya de pie.

—No, gracias Giselle —declinó porque tenía el estómago cerrado por completo. Y no era la única. Sin embargo, le ofreció acompañarla para no dejarla sola.

Pero ella le aseguró que no era necesario y que le vendría bien dar un paseo para despejarse, pues la máquina de café se encontraba en la primera planta; un piso más abajo.

—¿Te fías de dejarla sola? ¿Cómo sabes que no irá a la policía? —quiso saber Lev. Él no confiaba ni en su sombra. Nunca lo había hecho.

Pero Annika parecía estar muy segura de la lealtad de aquella mujer.

—Si quisiera ir a la policía ya lo habría hecho, Lev. Nunca pondría en peligro a los niños de esa manera.

Él no objetó nada más.

Los minutos fueron pasando...y la espera cada vez se hacía más tortuosa.



El médico se había hecho de rogar, pero al fin les trajo buenas noticias.

Svetlana sobreviviría. Se había debatido entre la vida y la muerte, pero su fortaleza de espíritu la ayudó a salir adelante.

No cabía duda de que un ángel de la guarda la protegía y era su madre.

—¿Lo ves, *moya val'kiriya*? Te dije que lo conseguiría —manifestó Nikolai, atrayéndola hacia su regazo y besando su frente. Era con mucho la muestra de afecto más pública que le había mostrado, pero sin duda la ocasión lo ameritaba.

Ella estaba tan emocionada que no le salían las palabras, pero se dejó arropar por los hombres de su vida.

Su tío Vadím también celebró la noticia.

—Tu hermana y tú tenéis la fortaleza de tu madre, sois unas guerreras —proclamó, con orgullo.

En sus ojos, Annika pudo vislumbrar el fantasma de la pena y el dolor todavía latente por la pérdida de su amada Agneska. Debía de haberla amado mucho si jamás se había casado, ni tenido a alguien a su lado excepto a los chicos que había acogido bajo su protección para darles

una vida mejor.

Y el respeto que sentía por él no hizo sino acrecentarse. Lo abrazó con fuerza.

—Parece que las Kozlova tenéis siete vidas, babochka —incluso Lev bromeó, de buen talante. Y eso que llevaba tiempo sin sembrar el caos ni provocar una matanza. Todo un récord.

Fue a responder con algo ingenioso cuando el sonido de una llamada entrante la hizo tensarse.

Era Giselle y a juzgar por el tiempo que estaba tardando en regresar, debía haberle ocurrido algo.

—Ahora vuelvo —se excusó, antes de ponerse de pie y alejarse unos pasos para ver de qué se trataba.

Y en parte, ya se esperaba que fuera él quien estuviera del otro lado del auricular, pero aun así oír su voz fue como un jarro de agua fría.

—Querida esposa, ¿cómo estás?

Sergei.

De algún modo se las había arreglado para averiguar que estaban en el hospital —tenía ojos y oídos por toda la ciudad— y había aprovechado que Giselle estaba sola para capturarla. Era la única explicación posible para que la estuviera llamando desde su móvil.

—Miserable bastardo, ¿por qué no das la cara y dejas de esconderte como una rata? —siseó, cuidando de no levantar el tono de voz ni dejar traslucir sus emociones para que sus acompañantes no sospecharan. Estaba segura de que los tres estaban pendientes de cada uno de sus movimientos.

—No soy yo quien huyó en mitad de la madrugada como una ladrona —replicó él, con ese tono déspota y falsamente diplomático que tanto odiaba.

—Lo único de lo que me arrepiento es de no haber podido matarte antes de recuperar mi libertad —arremetió, sin poder contenerse. No entendía cómo había sido capaz de soportar convivir con ese desalmado durante casi tres años sin volverse loca.

—Siempre tan cariñosa, yo también te echo de menos —ironizó, aunque estaba segura de que por dentro tenía que estar hirviendo de rabia por no poder doblegarla. —De hecho, te extraño tanto que te tengo una sorpresa.

Y ahí era donde ella quería llegar, pero se hizo la tonta.

—¿Qué diablos quieres?

—¿Por qué no le dices hola a tu amiga?

Y en ese momento, escuchó la voz de Giselle, que a pesar de su evidente pánico al saberse a merced de aquel demente, intentó disuadirla.

—¡Annika! No escuches a este psicópata, ¡no vengas!

—Déjala ir —expiró una bocanada de aire, intentando controlarse.

—Me temo que no. Tienes diez minutos para subir a la terraza sola o me la cargo, y entonces... ¿cómo vas a explicarles a tus queridos hijitos que has sido la responsable de su muerte? Sería una pena que tuviera que hacerlo yo.

Era un ultimátum en toda regla y sabía que no iba a quedarle más remedio que ceder. Sergei era capaz de eso y de mucho más.

—¡Maldito hijo de perra! ¡No te atrevas! —De algún modo, se las ingenió para no exteriorizar toda aquella frustración.

Sabía que no serviría de nada. Estaba entre la espada y la pared.

—Bueno, depende de ti. Si intentas cualquier tontería te aseguro que no volverás a verlos.

Y con esa última amenaza, colgó.

Conteniendo las ganas de gritar, Annika se arregló el cabello y tomó varias respiraciones profundas antes de darse la vuelta y fingir que todo marchaba con normalidad.

Sabía que no iba a ser fácil engañarlos, sobre todo a Lev, pero no tenía de otra. De su actuación dependía salvar la vida de Giselle.

—Era Giselle, no se encuentra bien. Será mejor que vaya a buscarla —informó, con semblante neutral. Y sin embargo, Nikolai no estaba por la labor de dejarla sola.

—Voy contigo —adujo, resuelto.

—No hace falta, Nik. Será un momento —intentó disuadirlo ella.

Su tío y Lev tampoco le quitaban ojo. No eran tontos y tenía que ser muy cautelosa con las palabras que salieran de su boca.

—No me gusta la idea de dejarte sola después de lo que ha pasado —replicó el rubio, receloso.

—A mí tampoco. No es una buena idea —lo apoyó Lev. Para una cosa en la que se ponían de acuerdo y tenía que ser justo cuando a ella menos le convenía.

Annika lo fulminó con la mirada.

—Por el amor de Dios, estamos en el hospital. ¿Qué pensáis? ¿Que mi padre o Sergei serían tan estúpidos como para correr tanto riesgo por mí? No es su estilo —resopló como si fuera absurdo, deseando que cedieran cuanto antes. El tiempo corría en su contra.

Gracias al cielo, sus plegarias fueron escuchadas.

—Está bien, pero al menos llévate esto —Nikolai le pasó de incógnito el puñal que llevaba en su bota. Solo por si acaso.

Lo tomó y se lo guardó en el mismo sitio, dedicándole una sonrisa de apreciación. Sin saberlo, acababa de proporcionarle una oportunidad de salir victoriosa de aquel encuentro.

Se alejó y subió al ascensor, pulsando el botón de la última planta mientras movía la pierna nerviosamente. Se sentía mal, pero había tenido que mentirles. Porque de lo contrario sabía que jamás la habrían dejado ir sola y no podía arriesgar la vida de sus seres queridos.

No se perdonaría que alguien más saliera herido por su culpa.

No, Sergei había ido a por ella y la tendría. No podría seguir adelante si no acababa con él de una vez y por todas.

Y sabía exactamente cómo hacerlo.



El aire frío de la azotea la recibió, revolviendo su cabello con furia.

Oteó los alrededores, pero no estaba sola.

Había llegado antes que ellos.

O eso pensaba.

Hasta que oyó el ruido de las aspas de un helicóptero descendiendo hasta quedar a su altura y tuvo que taparse los oídos.

Con un viraje, se detuvo y la puerta se abrió para revelar la figura esbelta y elegante de Sergei, que vestía un impecable traje de dos piezas de color azul marino.

Verlo reavivó todo el odio que había acumulado en su interior especialmente para él, fruto de todo el martirio que había tenido que soportar a su lado.

Ni muerta volvería con él, si estaba haciendo aquello era porque tenía un plan.

—Estás preciosa milaya, qué gusto volver a verte —tuvo el descaro de decirle. Estaba más enfermo de lo que creía.

—Vete al infierno —gritó, para hacerse oír por encima del ruido.

—Qué desconsiderada —chasqueó la lengua en señal de desaprobación y sus ojos azules se convirtieron en dos finas rendijas. — Con lo mucho que te he extrañado. Sube al helicóptero —ordenó, ya sin rastro de cordialidad en la voz.

A pesar de todo, ella se rehusó.

—No.

Encogiéndose de hombros con falsa condescendencia, se apartó a un lado para que viera a una Giselle atada y amordazada, a la que apuntó con una pistola justo en la sien.

—Hazlo o le volaré los sesos a tu querida Giselle delante de ti. ¿Es lo que quieres? —la pinchó, con las pupilas dilatadas.

Annika sabía que no vacilaría un segundo en hacerlo y decidió que lo mejor sería seguirle la corriente.

Por toda respuesta, con la mejor de sus miradas asesinas, obedeció.

—Ayúdala a subir, Roman —le ordenó a uno de sus hombres, que le tendió la mano. A regañadientes, ella la tomó.

En cuanto estuvo dentro, le esposaron las muñecas y le requisaron el móvil, que Sergei se quedó a buen recaudo. También la registró, palpando más de lo políticamente correcto.

Pero aquello ya no era nada para ella, después de haber tenido que soportar sus incontables abusos durante años. Solo de recordarlo, su mente se bloqueaba y volvía a activar su mecanismo de defensa, ese que tantas veces había usado para insensibilizarse y aislarse del dolor.

Tuvo que repetirse varias veces que aquella vez era diferente.

Sergei encontró un localizador en la copa de su sujetador. Había decidido seguir el consejo de Lev y llevar uno siempre encima por lo que pudiera surgir.

Maldijo cuando se lo quitó y lo arrojó al vacío, con una sonrisa torcida.

—Estos trucos ya no funcionan conmigo, milaya. Nos vamos —ordenó.

El helicóptero despegó y aunque le preguntó adónde pensaba llevarlas, no le dio ninguna respuesta. Así que probó otro enfoque.

—¿Sabe mi padre lo que estás haciendo?

Él se echó a reír, con despotismo.

—Tu padre ha caído en desgracia, Annika. Los chechenos quieren su cabeza, ha abandonado a sus propios hombres, y en cuanto a mí...ahora que te he encontrado, ya no lo necesito para nada.

Tuvo que reprimir una sonrisa por el placer que sintió al saber que su padre se había quedado sin apoyos y se había visto obligado a huir como la rata cobarde que era.

Pero así se escondiera en el fin del mundo, tarde o temprano acabaría encontrándolo y lo haría pagar por sus crímenes.



Sergei las llevó a una casa solariega, junto al río Moscova. El crepúsculo se hallaba en pleno apogeo y en la zona tan solo se escuchaba el sonido que hacía el agua fluyendo por el caudal, junto con el canto de los pájaros.

Era un lugar apacible, a pesar de todo.

Nada más llegar, les quitaron las mordazas y los esbirros de Sergei las obligaron a tomar asiento a la fuerza. Todavía estaban esposadas.

—¿Por qué nos has traído aquí, Sergei? ¿Qué estás tramando?

Annika no quiso andarse por las ramas y se lo preguntó directamente.

—He comprado una casa para nosotros, milaya. Creo que después de todo lo que ha pasado, lo mejor que podemos hacer es empezar de cero.

—No puedes estar hablando en serio —espetó, con toda la repugnancia del mundo.

—Ah, pero lo hago —replicó, como si nada.

—¿De verdad crees que yo podría quedarme aquí contigo, voluntariamente, después de todo lo que me has hecho?

—Si no quieres que mate a todos tus seres queridos, sí —acotó. No era un psicópata, no, solo un hombre cruel y despiadado al que no le importaba cometer las peores atrocidades con tal de conseguir lo que quería.

—Estás enfermo —le escupió.

—Llámallo como quieras. Pero, por muy cliché que suene, si no eres mía tampoco serás de ellos.

—¿Y qué hay de Giselle? Ella no tiene nada que ver en esto —lo intentó una vez más, aunque sabía que era inútil razonar con él.

—Oh...si te portas bien, quizá la libere. —De repente, frunció el ceño y sus comisuras se elevaron hacia arriba en una mueca perversa. — Si no, la cortaré en pedacitos delante de ti. Te castigaré a través de ella. Suena bien...

—¡No! Por favor, deja que se vaya. Haré lo que me pidas —suplicó, a la desesperada.

—¿Incluso tener a mi heredero? —inquirió, con las pupilas febriles. Debía estar delirando si pensaba que aceptaría.

Tragó saliva, sin poder disimular del todo la repulsión que aquellas palabras le había causado. Pero era crucial que siguiera entreteniéndolo para ganar tiempo.

—¿Qué?

—Pronto tu padre estará fuera del juego y tú serás su sustituta, la que asuma su legado — repasó los hechos, con los ojos reluciendo de codicia. —Pero seré yo quien gobierne, hasta que nuestro hijo tenga la edad para convertirse en el nuevo Pakhan.

Annika sopesó sus opciones con cuidado.

Si se enfrentaba a él en aquel momento, su reacción podía ser impredecible y no estaba dispuesta a arriesgarse.

En cambio, si le seguía la corriente...podría cambiar las tornas a su favor.

Intentó transmitirle calma con la mirada a una Giselle que contemplaba la escena con horror y con el tono lo más dócil y complaciente que pudo, como sabía que a él le gustaba, tendió la trampa.

—Si me juras que no vas a hacer daño a mis seres queridos, aceptaré —mintió.

Sergei buceó en sus iris durante lo que le pareció una eternidad hasta que pareció darse por satisfecho y sonrió, acariciando su cabello como quien felicita a una mascota por portarse bien.

—Buena chica —susurró, con aprobación, acercándose peligrosamente a sus labios.

La repulsión la estremeció, fue como tener un desagradable *déjà vu* de todas aquellas veces en las que tuvo que someterse a su nauseabundo toque si no quería ser castigada, como había sucedido siempre que se había rebelado contra él.

Y aun así, su naturaleza la empujaba a pelear en la mayoría de las ocasiones.

Sin embargo, aunque aquella vez también se moría por hacerlo, reprimió el impulso.

Tenía que hacerlo bajar la guardia, ser más inteligente que él.

Así que dejó que su boca avasallara la de ella y contuvo las náuseas.

Fueron solo unos segundos, pero a ella se le antojaron horas hasta que uno de los esbirros de Sergei se aclaró la garganta y lo interrumpió, cauteloso, porque tenía noticias urgentes que transmitirle.

Molesto, este se giró hacia él con una mirada de muerte. Pero dejó que se explicara.

—¿Qué pasa, Roman? —exigió saber el motivo por el que osaba interrumpirlo.

—Señor, los hermanos Blasov están aquí. ¿Quiere que disparemos? —preguntó, listo para cumplir sus órdenes.

Sergei pareció meditarlo con calma mientras a Annika se le caía el mundo a los pies.

Tragó saliva. Por nada del mundo podía permitir que eso pasara. Haría lo que fuera por impedirlo.

Por fortuna, no fue necesario.

—No, dejad que pasen. Yo me ocupo.

El alivio se le escapó en una exhalación rápida y cuando le echó una ojeada a Giselle, vio que tenía lágrimas en los ojos. Ella también estaba experimentando el mismo sentimiento.

No obstante, no era tan ilusa como para pensar que los dejaba vivos por compasión. No, si lo hacía era porque pretendía usarlos para chantajearla o acabar con ellos frente a sus ojos.

Era así de retorcido.

—¿Crees que soy tan estúpido? —espetó, como si le hubiera leído la mente. —Sabía que te seguirían. Han venido directos a su muerte. Tráelo —le ordenó entonces al hombre que había permanecido allí de pie.

Este obedeció de inmediato, portando el objeto con sumo cuidado.

Un desagradable escalofrío se apoderó de Annika al ver lo que tenía preparado. Y no pudo evitar emitir un grito de horror.

31.

Sabían que el plan había sido arriesgado, pero no se les había ocurrido una mejor forma de proceder.

Y es que Annika había conseguido ponerlos al tanto de lo que estaba pasando enviándoles un escueto mensaje en el que les explicaba lo sucedido.

Ellos manejaron la situación como profesionales, pues los hombres de Sergei los observaban y debían disimular para que resultara creíble.

En cuanto a cómo averiguaron dónde se encontraban; la respuesta era simple: Annika llevaba un segundo localizador.

Sabían que era algo que Sergei no esperaría, porque bajaría la guardia cuando encontrara el primero. Lo que les daba el margen que necesitaban para actuar.

El tío Vadím había insistido en ir con ellos, pero se las arreglaron para convencerlo de que se quedara en el hospital. Alguien tenía que cuidar de Svetlana y Aleksei. No podían olvidar que Kozlov seguía en paradero desconocido y era perfectamente capaz de ir a terminar el trabajo solo para vengarse.

A regañadientes, había accedido. Pero no sin antes hacerles prometer que le traerían a su sobrina sana y salva.

Lo contrario ni siquiera era una opción. Antes de tocarle un solo pelo a la reina, tendrían que pasar por encima de sus cadáveres. Y ellos tenían siete vidas.



Los francotiradores apostados en los tejados fueron cayendo uno tras otro, cortesía del pequeño ejército de aire que los acompañaba, con Pasha a la cabeza.

Entraron sin mayores impedimentos en la propiedad. Las puertas estaban abiertas, señal inequívoca de que los esperaban.

Y cuando llegaron al salón, entendieron de sobra por qué.

Ese enfermo le había puesto un chaleco cargado de explosivos a Annika, que permanecía muy quieta en su silla.

Nikolai fue el primero en levantar las manos y le siguió Lev, a regañadientes.

—Ah, ya estáis aquí. Llegáis justo a tiempo para el espectáculo —soltó Sergei, con una mueca sádica.

—¡Déjalos fuera de esto! —le exigió ella, con el semblante feroz. Era tan extraordinaria que no le importaba el peligro de muerte que corría, si con ello podía salvar a los hombres que amaba con todo su corazón.

Pero el aludido chasqueó la lengua, a modo de censura. A su lado, una Giselle al borde de la histeria lloraba en silencio, por temor a desatar la locura de Sergei, que parecía pender de un hilo.

Su mirada era la de un demente al que no le importaba llevarse por delante a cuanta gente hiciera falta con tal de no dejar a Annika ser feliz.

—Suéltala, Sergei —exigió Nikolai, que estaba temblando de ira. Si no estuviera amenazando la vida de la mujer que amaba, ya le habría arrancado la cabeza. Pero tenía que andarse con pies de plomo.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Y si jugamos a un juego? Ruleta rusa —propuso, con una mirada que se asemejaba a la del mismo diablo.

No esperó respuesta, sino que directamente sacó el arma que ya estaba preparada para sus propósitos; la recámara contenía una sola bala.

Acto seguido, la depositó sobre la mesa e instó a Nikolai a tomar asiento.

—Vosotros dos —señaló con el revólver a Lev y a Giselle, pues ya no los necesitaba para nada —, salid de aquí. A menos que queráis volar en pedazos —añadió, con una frialdad apabullante.

—Yo no pienso moverme de aquí —replicó este, imperturbable. Giselle, en cambio, estaba a segundos de orinarse encima. Todo aquello era demencial.

—Lev, por favor —suplicó Annika, mirándolo fijamente hasta que cedió, a regañadientes.

—Está bien, vamos.

Ayudó a la mujer a ponerse en pie y mientras la conducía a la salida, le guiñó disimuladamente un ojo, señal inequívoca de que no pensaba abandonarlos a su suerte. Ella parpadeó una vez para hacerle ver que lo había entendido, con lágrimas en los ojos.

Una vez hubieron salido, Sergei dio una palmada y, emocionado como un niño con su juguete, le hizo señas a Nikolai para que comenzara primero.

El riesgo era considerable, porque nadie le garantizaba que aquella pistola no estuviera cargada con todas las balas y ese primer disparo lo mandara al otro barrio. O quizá ocurría de todas formas, no tenía manera de saberlo.

Y sin embargo, a pesar de todo estaba tranquilo, la muerte nunca lo había asustado.

—Solo uno de los dos quedará en pie y podrá llevarse a Annika, ¿qué me dices? ¿O eres demasiado cobarde para morir por ella?

—Daría mi vida por ella una y mil veces si fuera preciso, cosa que no se puede decir de ti, que tuviste que obligarla a estar contigo —le gruñó, deseando poder destrozarlo con sus propias manos. Pero no podía hacerlo, porque eso significaría condenar a Annika. Debía ser paciente.

—Es cierto. Haría cualquier cosa con tal de tenerla a mi lado, no me importa que sea contra su voluntad —repuso su rival, sin el menor asomo de arrepentimiento.

—Nik vete, no entres en su juego —le suplicó Annika, impotente por no poder hacer nada por ayudarlo.

—Shh, silencio, milaya —la acalló su esposo, indolente.

Sin un solo ápice de duda, Nikolai se llevó el revólver a la sien y apretó el gatillo. Ni siquiera parpadeó.

Y la suerte estuvo de su lado, porque la bala seguía alojada en la recámara.

Fue el turno de Sergei, que tampoco vaciló.

Nada.

Annika apretó los dientes. Le habría encantado ver los sesos de ese miserable desparramándose por el suelo.

Y volvía a ser el turno de Nikolai...estaba al borde del colapso.

Necesitaba hacer algo para detener aquella locura, pero ante el mínimo movimiento brusco todos saldrían volando por los aires.

—Lástima, parece que tienes un pacto con el diablo ¿eh? —siseó Sergei, furioso al ver que su oponente había vuelto a salir indemne. —Pero la suerte no te durará eternamente.

—Tampoco a ti —apostilló Nikolai, con el odio encendiéndole las pupilas.

Deseaba acabar con ese hijo de perra con sus propias manos, así que solo esperaba que la bala siguiera encerrada dentro de la recámara un poco más.

Sergei se tomó su tiempo. Ya no se mostraba tan resuelto. Porque en el fondo, él sí temía a la muerte. Y eso le daba a Nikolai una gran ventaja.

En cuanto disparó, sin que se produjera ningún impacto, sacó una granada de mano llena de gas que llevaba escondida y la soltó bajo la mesa con rapidez.

Aprovechó el desconcierto que ello generó en un Sergei que empezó a toser e hizo amago de levantarse.

No le dio tiempo a actuar, porque saltó sobre él como un león lo haría con su presa.

Nikolai era un observador nato y se había dado cuenta de que guardaba el mando que activaba la bomba en el bolsillo de su chaqueta.

Iba a por él.

Annika tosió, alejándose con desesperación mientras contenía el aliento al ver a los dos hombres pelear con ferocidad.

—¡¡Lev!! —chilló, pidiendo ayuda. Necesitaba quitarse aquella cosa cuanto antes.

Nikolai asestó un puñetazo brutal en la sien de Sergei, que empezó a sangrar con abundancia. Pero aun con todas y con esas, se las ingenió para aferrarse a su cuello, con intención de estrangularlo.

Por toda respuesta, este le soltó un cabezazo que lo hizo aullar de dolor y el forcejeo y los golpes se hicieron más intensos. Arrasaban con todo a su paso y entonces el mando se cayó del bolsillo de Sergei y fue a parar a los pies de ambos.

Nikolai fue a cogerlo pero el otro aprovechó que le daba la espalda y le propinó una patada en las costillas.

Encolerizado, se giró y sus puños restallaron contra su mandíbula. Aquella era una lucha de titanes y en medio de la guerra estaba Annika, que con sumo cuidado arrastró la silla por el suelo para intentar llegar hasta él.

Pero Lev, que había vuelto a entrar sin ser visto, fue más rápido.

—Lo tengo, babochka.

Aun en los momentos más horribles, él se las arreglaba para hacerla sonreír. Igual que cuando se conocieron.

Primero soltó sus ataduras y después procedió con cuidado, intentando sacarle el chaleco por encima de la cabeza muy despacio.

Oyeron un rugido y al levantar la vista vieron que Sergei trataba de impedirlo. Pero Nikolai no estaba por la labor y lo embistió, como un toro enfebrecido.

La violencia y lo sorpresivo del impacto hizo que ambos atravesaran una ventana y se precipitaran directamente al vacío, aterrizando sobre el jardín con un ruido sordo.

Annika soltó un chillido de espanto y en cuanto Lev terminó de liberarla, se lanzó a sus brazos con desesperación y alivio. Él la estrechó con cariño, transmitiéndole esa maravillosa calma que lo caracterizaba.

Luego, ambos abandonaron la estancia para bajar corriendo, dando gracias porque la altura a la que se había producido la caída no fuese demasiada. De lo contrario, estarían lamentando un desenlace fatal.

Ambos yacían en el suelo, a pocos metros del otro. Nikolai se movió, soltando quejidos y maldiciones a diestro y siniestro.

Annika echó a correr hacia él como si le fuera la vida en ello y lo ayudó a levantarse, preocupada de que tuviera algo roto.

—Dios mío, ¿puedes andar?

—Sí, *moya val'kiriya*, tranquila. Esto no es nada —la forma en la que le restó importancia la enterneció, porque no quería ni imaginar los horrores que habría tenido que soportar en esa Gulag para que aquello no le pareciera nada.

Entonces, por el rabillo del ojo vio que Sergei se movía y antes de que Lev pudiera hacerlo, se anticipó. No lo pensó dos veces antes de disparar; justo a su entrepierna.

El aullido de dolor que profirió fue como música para sus oídos y se dejó caer de rodillas al suelo, con las manos en sus partes.

La mirada de ella estaba cargada de absoluto desprecio. Le daba tanto asco que no quería malgastar ni un minuto en él.

—Apóyate en mí, eso es —le indicó, volviendo a enfocarse en él. Ya se encargaría de Sergei.

No pensaban dejar que saliera con vida de allí. Sus hombres habían caído y estaba acorralado.

—Estás bien...creí que te perdía —musitó él, con verdadero pánico en la voz. Era la primera vez que lo veía tan aterrado ante la posibilidad de perderla y quiso besarla hasta perder el sentido.

Pero aquello tendría que esperar. Antes debían salir de allí.

Nikolai se había clavado un trozo de cristal en la pierna y el costaba caminar, así que ella lo ayudó.

Su error fue creer que aquel disparo, junto con la caída, bastaría para neutralizar a Sergei. Pero subestimaron su obsesión enfermiza por ella.

—¡¡Annika, Nikolai, cuidado!! —El grito de Giselle, que contemplaba la escena desde el porche, los alertó.

Pero fue demasiado tarde.

Para cuando se giraron, Sergei ya tenía el dedo a punto de presionar el gatillo.

—Agachaos —advirtió Lev, que había aparecido en ese momento justo tras su espalda y, veloz como el pensamiento, lo empujó para desviar la trayectoria de la bala.

La sorpresa provocó que este, débil como estaba, trastabillara y cayera al suelo. Lev se cernió sobre él como la sombra de la muerte, con las pupilas dilatadas por la excitación de la matanza y el hacha de Nikolai en su mano derecha.

Sergei vio que se acercaba su final y quiso evitarlo retrocediendo hacia atrás en el césped, pero su adversario era implacable; no tenía nada que hacer contra él.

La hoja del hacha descendió en un arco perfecto, separándole la cabeza del tronco de un golpe.

Murió sin poder emitir un último grito de espanto, que se quedó congelado en su expresión para siempre.

Con una mueca despectiva, Lev empujó la cabeza a un lado y esta rodó por el césped, hasta posarse a los pies de Nikolai, que esbozó una sonrisa macabra al contemplarla.

—Buen trabajo, hermano.

—Gracias. La verdad es que así está mucho más guapo, ¿no crees, babochka?

A ella se le escapó una risa nerviosa que pronto escaló en llanto y alivio, incluso felicidad. Era una montaña rusa de emociones, pero por encima de todo se sentía dichosa porque aquel día había vuelto a renacer.

Ahora solo tenía que volver a casa con sus seres queridos para que su dicha estuviera completa.

Sin embargo, todavía quedaba un cabo suelto.

Y la llamada que recibieron de Vadím nada más subir al helicóptero que los llevaría de vuelta a casa —donde su tío se las había arreglado para que trasladaran a Svetlana y Aleksei desde el hospital, utilizando sus influencias— era la buena noticia que estaban esperando.

—Sabemos cómo localizar a Mijaíl —les comunicó, triunfante.

32.

En aquella ocasión, el viaje se les hizo interminable.

Annika no veía la hora de reencontrarse con sus hijos. Y es que, aunque su tío les había asegurado que estaban bien –solo un poco enfurruñados por haberse perdido, en palabras textuales, la diversión– necesitaba abrazarlos con urgencia.

Lo que no esperaba era que, ni bien hubieron atravesado el portón de entrada, dos borrones en movimiento se les lanzaran encima para envolverlos en un cálido abrazo que les supo a gloria.

Estaban cansados, sucios y sedientos, pero que sus hijos salieran a la carrera para abrazarlos como si no pudieran soportar pasar un segundo más sin verlos les llenó el corazón a Nikolai y Annika de un modo que no se podía explicar con palabras.

Lev, por su parte, no parecía demasiado entusiasmado con tanto contacto físico. Pero él era un caso especial y los chicos no se lo tomaron a mal. Empezaban a conocerlo y él los apreciaba lo mejor que sabía.

—Espero que todavía quede alguien a quien torturar —expresó, con una mueca esperanzada.

Nayla, que rondaba por allí, resopló al oírlo.

—Que digas eso tú cuando he sido yo quien ha tenido que quedarse aquí a hacer de niñera mientras vosotros os divertíais tiene delito —espetó, provocando que él pusiera los ojos en blanco.

—Pero en el fondo nos quieres, ¿a que sí? —apostilló Sasha, con gracia.

Tanto ella como Kirill tenían buen aspecto y en su porte y sus miradas se apreciaba una seguridad y una firmeza que no había estado ahí antes.

Al fin habían encontrado su lugar en el mundo.

—Solo un poco —replicó la pelinegra, con una sonrisa minúscula que suavizó su expresión.

—Pasad para que descanséis y os adecentéis un poco, han sido unos días movidos —les ofreció el tío Vadím y ellos le tomaron la palabra, de buena gana.

—Bueno, pero mientras ¿por qué no nos contáis qué habéis hecho durante nuestra ausencia? —repuso Annika, con curiosidad.

La cara de circunstancias que pusieron ambos bastó para que dedujeran que les habían dado más de un quebradero de cabeza a Nayla y Kieran, con este último parecía que Kirill ya había limado asperezas, por suerte.



Apenas pudieron descansar media hora, pues los restos de adrenalina todavía persistían en ellos.

Pasaron a visitar a Svetlana y Aleksei –a quienes Vadím había acomodado en el mismo cuarto, donde él ya estaba consciente y no se separaba de su lado ni a sol ni a sombra–.

Annika le había dado un beso en la frente a su hermana, con infinita ternura. Una enfermera estaba cuidando de ella y le aseguró que aunque no estuviera consciente, podía oírla.

Así que le habló; le recordó lo mucho que la quería y lo especial que era para ella, cómo

habían estado unidas en las adversidades y la falta que todavía le hacía.

Ahora más que nunca, tenían que estar unidas para superar las secuelas que todo aquello les había dejado.

Entretanto, Nikolai trató de reconfortar a Aleksei, a quien también le iba a costar reponerse de toda aquella tragedia.

Luego bajaron al salón para reunirse con Vadím.

Estaban deseando hablar con calma con la persona que los ayudaría a dar con el paradero del antiguo Pakhan de la Bratva Kozlov.

Pero jamás habrían imaginado de quién se trataba.

—Yo sé cómo hacerlo salir de su escondite.

Para sorpresa de todos, la voz de Dimitri se alzó entre la de los pocos supervivientes a la masacre de la mansión Kozlov que habían decidido unirse a ellos.

Para ser francos, era la última persona a la que se habrían imaginado ver allí.

—¿Ah, sí? ¿Y estarías dispuesto a traicionar a tu Pakhan, Dimitri? —lo interrogó Lev, escéptico.

A decir verdad, ninguno de los tres daba crédito a aquello. Si bien era cierto que Dimitri no era ni de lejos tan cruel como lo había sido Vladimir, siempre había cumplido las órdenes de Mijaíl sin rechistar.

Aunque en ocasiones, Annika había podido ver un ápice de desaprobación en sus ojos, que enseguida se apresuraba a disimular. No en vano, desobedecerlo le supondría una muerte inmediata y él era demasiado astuto para ello.

Así que dedujeron que simplemente había aprovechado su momento. Quería pertenecer al bando ganador.

—Para mí un hombre que asesina a su propia hija e intenta hacer lo mismo con la otra no es mi Pakhan, Lev. No voy a dar mi vida por un tirano infanticida que ya ha cavado su propia tumba —se explicó, con evidente desprecio en el gesto hacia Mijaíl.

Lev y Nikolai intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Tú qué opinas, hermano? ¿Deberíamos creerle?

—Me parece que dice la verdad, sí —concedió el rubio, a lo que todos acabaron mostrándose conformes.

No estaría allí de no hablar en serio, pues bien habría podido huir para ir a reunirse con su Pakhan.

Agradecido por la confianza, Dimitri dio un paso al frente para dirigirse a Annika con profundo respeto y exponerle su opinión.

—Señorita Annika, con todo respeto, creo que usted debe hacerse cargo del negocio y ser nuestra *Vor v zakone*.

—¿Hablas en serio? —ella no pudo disimular su sorpresa.

Aquello era lo último que se había esperado oír. Tenía claro que, de seguir vivos los miembros más sanguinarios y machistas de la Bratva, como Vladimir, jamás habría conseguido los votos suficientes, pero aquellos hombres que quedaban parecían sensatos y respetaban a Dimitri, pues enseguida mostraron su conformidad con sus palabras. Lo que significaba que tendrían en cuenta su criterio.

La cuestión era, ¿estaba ella preparada para asumir ese rango?

La respuesta era sí. Si no lo hacía, podría caer todavía en peores manos. Era su legado, después de todo.

Y al menos de ese modo, podría cambiar las cosas.

—Dimitri, si de verdad demuestras ser leal no solo te perdonaremos la vida, sino que podrás seguir conservando tu rango. Y si te lo ganas, quizá te dé un ascenso —le habló con franqueza, pero primero tendría que mostrar que era de fiar.

El aludido se mostró conforme. Agradecía su generosidad. Era más de lo que cualquier otro le habría ofrecido.

—Gracias, probaré mi valía o moriré en el intento —proclamó y fue a hincar la rodilla frente a ella en señal de respeto, pero Annika lo detuvo. No quería la sumisión ciega y absoluta que su padre había hecho que sus hombres le prodigarán, sino lealtad.

—Tío, ¿crees que podrías conseguirnos bolsas de sangre falsa y un chaleco antibalas? —inquirió Annika. Su cerebro ya estaba maquinando la treta perfecta.

—Por supuesto —confirmó este, sonriendo por encima de su copa de vodka. No tardo ni dos minutos en llamar a Nayla para que lo preparara todo.

—Vaya, eres una buena alumna, babochka. Estoy orgulloso —intervino Lev, con esa nota de humor tan característica suya, pero que no restaba sinceridad a sus palabras.

Halagada, Annika le guiñó el ojo.

—¿Te gustaría ser tú quien hiciera de cebo? —bromeó Nikolai, que estaba mucho más relajado de lo que nadie habría creído posible, dadas las circunstancias.

Lev declinó la oferta con un mohín.

—Hermano, no te ofendas, pero ambos sabemos que soy mucho más difícil de matar que tú —soltó, provocando que este pusiera los ojos en blanco mientras los demás estallaban en carcajadas.

Nayla no tardó en aparecer junto con Artyom —o como Annika lo había bautizado al principio; el hombre mudo— y ayudaron a Nikolai a colocárselo todo.

—Todo listo, Vadím —confirmó ella, satisfecha.

—Excelente, ¿preparado para morir, Nikolai? —apostilló este, con sátira.

Su humor negro hizo reír al aludido, que asintió.

Dimitri y él salieron al jardín, mientras que los demás se asomaron al balcón para contemplar la escena. Annika estaba un poco angustiada, porque era una situación desagradable para ella, independientemente de que se tratara de una simulación.

Sasha y Kirill habían preferido no verlo y se hallaban con Kieran en el gimnasio.

No tardó en escucharse el ruido del disparo y Nikolai se dejó caer a plomo sobre el césped.

Fingió tan bien que por un angustioso segundo todo pareció real. Annika contuvo la respiración, apretando los dedos de Lev entre los suyos.

Dimitri empezó a grabar y lo enfocó, tendido en el suelo; inerte y con los ojos cerrados, sobre un charco de su propia sangre.

Desde allí no pudieron oír lo que le dijo a su antiguo Pakhan, pero debió resultar convincente, porque no tardó en recibir una llamada suya.

Intercambiaron palabras durante un par de minutos y en cuanto hubo colgado, se giró hacia ellos y asintió, con el pulgar en alto.

Entonces ayudó a Nikolai a levantarse y le palmeó la espalda, en señal de respeto.

En cuanto hubieron entrado, Dimitri les dio las buenas noticias.

—Se lo ha tragado. Le he dicho que entre todos los hombres que sobrevivimos hemos orquestado un ataque sorpresa para vengarlo y he conseguido matar a Nikolai Blasov. Lo he convencido de nuestra lealtad y nos ha citado en la vieja fábrica que pertenecía a sus suegros; la familia Ivanova.

Los abuelos de Annika, que fallecieron hacía muchos años, dejando huérfana a su madre y con una herencia de la que el miserable de Kozlov se había ido apropiando con los años.

—Así que es ahí donde se está escondiendo —observó la joven, pensando que era típico de un poco hombre como él.

—Sí. Y está realmente desesperado. Somos su única oportunidad para recuperar su antigua gloria, ya que todos sus aliados le han dado la espalda e incluso algunos como los chechenos le han declarado la guerra —los puso al tanto Dimitri, a quien era evidente que se le había acabado todo el respeto que sentía hacia él.

Eso era bueno.

—Perfecto, pues venga, vamos a hacerle una visita a mi querido padre.

33.

La fábrica de los Ivanov se encontraba a las afueras de San Petersburgo, en uno de los distritos más pobres, y había experimentado su época de mayor gloria hacía más de cincuenta años, por lo que ahora no era más que un edificio ruinoso a punto de venirse abajo.

Era el lugar perfecto para pasar desapercibido, así que tenía sentido que Mijaíl hubiera decidido esconderse allí.

Gracias a los servicios de Pasha —a quien Annika esperaba que su tío le subiera el sueldo— pudieron llegar sin problemas en tan solo una hora y media.

Dimitri entró primero, tal y como habían acordado, para no levantar sospechas. El ex militar llevaba un micro para que pudieran escuchar la conversación.

Ellos los estarían aguardando en la salida y si las cosas se ponían feas no dudarían en entrar.

—Señor, me alegra verlo bien —saludó, con el mismo respeto con que solía dirigirse a él en el pasado.

A pesar de que no podían verla, Annika asintió, con aprobación y siguió escuchando.

A su lado, Nikolai y Lev le tendieron las manos, que ella estrechó con una sonrisa. Pronto acabaría todo.

—Dimitri, gracias por venir. Siempre supe que eras mi hombre más valioso.

Por su tono, estaba claro que creía a pies juntillas en su hombre. Para él era inconcebible que alguien de tan bajo rango le tendiera una trampa y ese orgullo y superioridad que se gastaba iban a ser su perdición.

—Es un honor, mi Pakhan.

—Y dime, ¿me has traído la cabeza de ese bastardo de Blasov? —inquirió, impaciente por verlo con sus propios ojos.

—Sí señor, está fuera. Nuestros hombres la tienen, será su regalo de bienvenida.

—Excelente. ¿Y qué hay de mi hija? —quiso saber y a leguas se notaba el temor que sentía por las represalias que ella pudiera tomar.

Annika sonrió tanto que le dolieron los labios.

—Por desgracia, logró escapar junto con ese psicópata de Lev. Pero estoy seguro de que podremos darles caza.

—Bien. ¿Y Svetlana y ese malnacido de Kovasizk?

—Ella murió en el hospital y él se pegó un tiro, el muy cobarde no pudo soportarlo —mintió, tal y como habían acordado.

Sabían que decirle eso haría que terminara por bajar la guardia y confiarse, cayendo así de lleno en la trampa.

—Dos estorbos menos en el camino. Parece que la suerte nos sonríe, Dimitri.

—Eso parece, señor —oyeron que le respondía, interpretando su papel a la perfección.

Se mantuvieron a la escucha. Intercambiaron unas cuantas palabras más y entonces...

—Ya salen —susurró Annika, emocionada. No veía la hora de ponerle las manos encima.

Cuando pusieron un pie en el exterior, al primero que Mijaíl tuvo en su campo de visión fue a Nikolai y el asombro de verlo más que vivo y coleando fue tal que retrocedió.

La sonrisa se le borró de golpe del rostro y solo entonces la realización lo golpeó como

una maza.

Se volvió hacia todos lados, acorralado como el animal que era.

Nikolai dio un paso al frente, con los ojos en llamas y el odio que había acumulado durante casi toda su vida saliendo a la la superficie.

—Es curioso, para estar muerto...me siento genial, Kozlov. ¿Por qué será? Quizá porque por fin voy a poder derramar tu sangre y vengar a mis padres —siseó, echando mano de autocontrol para no abalanzarse sobre él y despedazarlo con sus propias manos.

Mijaíl supo así que acababa de dejarse conducir derechito a una muerte dolorosa y agónica y trató de huir, en un desesperado intento por salvarse.

—¡Tú, maldito traidor! —increpó a Dimitri, tratando de sortearlo para escapar. —No sois todos más que unas ratas traidoras.

Este se lo impidió, bloqueándole la salida y poniéndole la pistola en la cabeza. Se quedó quieto de inmediato, alzando el mentón para tratar de ocultar el pánico que se había apoderado de él al verse indefenso. Ya no era tan valiente.

Entonces Annika se adelantó a la comitiva de hombres que la franqueaban, como a la reina que siempre debió ser, y cuando se situó frente a él y lo aniquiló con sus pupilas, tembló.

—Hola, padre. Te veo un poco desmejorado —se mofó, con desprecio, sujetándole el rostro para evitar que apartara la mirada y clavándole las uñas con saña.

Su padre no hacía más que intentar removerse bajo el agarre de Dimitri, que estaba disfrutando aquello.

—Ah, ah. No tienes escapatoria, Mijaíl —lo riñó Lev, como si fuera un niño travieso que estuviera portándose mal en el recreo.

—Shh, relájate —chistó Annika, implacable —. Tenemos un pequeño viaje por delante. No te preocupes, me encargaré de atenderte como te mereces, padre —escupió la última palabra con asco y le inyectó el paralizante muscular en el cuello.

—¡No, no! —chilló e intentó revolversse, en vano.

Ahora sabría de primera mano lo que era estar en el infierno donde la había arrojado a ella durante tantos años.



Movió la cabeza, aturdido, buscando el pequeño rayo de luz que se filtraba a través de la claraboya.

Le dolía todo el cuerpo y moverse, aunque solo fuera un poco, era una lenta agonía.

Mijaíl había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrado en aquel sótano donde lo arrojaron nada más llegar a la mansión de Vadím.

Desde ese momento, para él había comenzado un calvario.

Había perdido todos los dedos, de las manos y de los pies. Le cortaron una oreja y le amputaron un brazo. También le sacaron un ojo y le estaba dando gangrena en una pierna.

Por no hablar de las descargas eléctricas y las quemaduras y cortes que le habían infligido por todo el cuerpo.

Apenas había podido comer o beber nada que no fuera lo imprescindible para mantenerlo con vida.

Annika.

Nikolai.

Lev.

Aleksei.

Vadím.

Nayla.

E incluso Svetlana.

Todos lo habían torturado lentamente, asegurándose de no tocar ningún órgano vital que pudiera matarlo. Lo que quería era prolongar su sufrimiento, acabar con él en vida.

Y lo estaban consiguiendo.

Se había convertido en una sombra, en un despojo de lo que una vez fue.

Cuando oyó el repiqueteo de los tacones de Annika adentrándose en el sótano, algo le dijo que había llegado su hora, que su final se acercaba. Y aunque estaba demasiado cansado, no se resignó.

Quería vivir para poder vengarse de ella, de todos. Fantasear con cómo haría que se las pagaran era su único aliciente.

Pero cuando ella se inclinó sobre él, majestuosa como una soberana, decidió mostrarse dócil para intentar conseguir que le perdonara la vida.

—¿Te arrepientes?

—Sí —mintió, con una expresión lastimera.

Annika se rio. Ni siquiera la miró a los ojos. No la engañaba ni por un segundo, sabía perfectamente que estaba mintiendo para salvar su pellejo.

—Di la verdad. De todas formas morirás hoy, tú decides cómo quieres hacerlo —expuso, imperturbable.

Se había divertido demasiado torturándolo todo aquel tiempo, pero ya era hora de cerrar ese capítulo y estaba lista para ello.

Por eso, se había vestido para la ocasión con su mejor vestido; un collar de perlas y un maquillaje impecable remataban la faena.

Sus hombres, cómo no, la acompañaban para presenciar aquel momento en primera fila. También lo necesitaban para pasar página por fin.

—No. De lo único que me arrepiento es de no haberos matado a las dos cuando nacisteis, como lo hice con la perra de tu madre cuando dejé de serme útil —el rostro de Mijaíl era una máscara de pura maldad.

Se había dado cuenta de que su destino estaba sellado y quería irse haciéndole el mayor daño posible.

Sin mediar palabra, ella empezó a rociarle por encima el bidón de gasolina que había traído consigo.

—Lástima que no lo hicieras. ¿Qué se siente al saber que voy a ser la reina de la Bratva? —lo pinchó, con una satisfacción inmensa. Pensaba darle el golpe de gracia y después bailar sobre su tumba. —He decidido seguir el legado familiar, pero no te preocupes padre, pienso ser una *Vor v zakone* mucho mejor de lo que lo has sido tú.

—Maldita seas —exclamó, colérico e impotente.

—Arde en el infierno, maldito hijo de puta —le susurró al oído.

Luego, con una sonrisa victoriosa en los labios, retrocedió unos pasos y le arrojó la cerilla.

Esta, al entrar en contacto con su ropa empapada de acelerante, prendió en cuestión de segundos, arrancándole aullidos de un dolor atroz y agónico que la satisfizo hasta la más ínfima partícula de su ser.

Se aseguró de que lo último que viera al morir fuera su cara, que se le quedaría grabada a fuego en las retinas antes de desintegrarse.

Lev y Nikolai contemplaban la escena con fascinación, casi en éxtasis. Al fin estaban viendo cumplida su venganza y se sentía mejor incluso de lo que lo habían planeado, porque al fin Annika se estaba liberando de sus cadenas.

Una nueva era empezaba.

EPÍLOGO

Ocho meses después.

Ser la primera *Vor v zakone* de la historia de la *Bratva* era un cargo conllevaba una enorme responsabilidad. Más de la que se había imaginado en un principio.

Después de una gran lucha interna, Annika por fin había entendido que ese era su destino y que no servía de nada rebelarse, tenía que aceptarlo. Pero gobernaría bajo sus propias condiciones.

Sería la mejor jefa de la mafia rusa que se recordara jamás.

De momento, lo estaba haciendo muy bien.

Sus hombres le rendían fidelidad absoluta y además del respeto y la lealtad que se esperaba de ellos, también se les notaba el cariño que le tenían.

Nikolai había sido un pilar indispensable, al igual que su tío Vadím.

Lev, por su parte, era Lev y no se quedaba demasiado tiempo en el mismo lugar, así que había partido pocas semanas después de su nombramiento y apenas se dejaba caer por allí. Pero siempre se las arreglaba para que tuvieran noticias suyas.

De vez en cuando los visitaba y los reencuentros entre los tres eran tan apasionados e intensos como la primera vez. Eso sí, siempre en la clandestinidad, pues Sasha y Kirill no tenían ni idea de la particular relación que los unía como el más inquebrantable de los lazos.

Después, Lev volvía a marcharse sin despedirse.

Nadie sabía dónde estaba, pero tenían una idea muy clara de lo que hacía; causar estragos allá donde iba.

Por su parte, Sasha y Kirill eran su tesoro, la alegría de sus días y su impulso para ser su mejor versión.

No había sido fácil, pero se estaban adaptando maravillosamente a su nuevo estilo de vida.

Tras consultarlo en familia, decidieron inscribirlos en un instituto privado ahora que el peligro había pasado. Kieran estaba con ellos en clase –pues, aunque era un par de años mayor, apenas había podido acceder a una educación, e iba unos cursos por detrás. Sin embargo, estaba haciendo grandes progresos– y se encargaba de hacer de guardaespaldas, un hábito que le costaba dejar atrás y al que por fin los mellizos parecían haberse resignado.

Eran los más populares de la clase –conformada en su mayoría por hijos de magnates, políticos y todo tipo de personalidades de la élite– y con motivo de su décimo-sexto cumpleaños, les estaban organizando una fiesta por todo lo alto.

En aquel momento se encontraban compartiendo un desayuno familiar de lo más distendido antes de que Annika y Nikolai se marcharan a una reunión con sus socios de la Cosa Nostra y la Camorra italiana para discutir los pormenores de su próxima entrega.

Lo primero que había hecho como jefa de la organización había sido acabar con la trata de blancas y su maldito estigma, eliminando a los miembros de la *Bratva* que eran partidarios de aquella aberración. También se había encargado de borrar del mapa todo rastro de la Gulag y sus infames torturas, guardando a buen recaudo los diamantes extraídos con los que su padre no tuvo tiempo de traficar. Además, se había reconciliado con los chechenos.

Ahora se encontraban inmersos en las negociaciones de paz con la Yakuza japonesa y la

Tríada, algo que les iba a llevar un poco más de tiempo. Pero no importaba, sabía que lo lograría.

—Nayla me ha dicho que quieres una serpiente como regalo, ¿es eso cierto? —le preguntó a su hija, que se estaba terminando una tostada y la miró con un gesto inocente que no le pegaba nada.

Sonrió, zalamera y ella sintió que su corazón latía más rápido. Eran su debilidad y los cuidaba y consentía todo cuanto podía, pero aquello tenía que admitir que la había tomado por sorpresa.

Sus ojos se dirigieron entonces al adolescente alto y desgarbado que bebía su café como si la cosa no fuera con él.

—¿Y tú, Kirill? ¿Un tigre siberiano? ¿En serio?

A pesar de estar seria, por dentro se moría de ternura. No había nada que no estuviera dispuesta a sacrificar por su felicidad, pero como Nikolai los consentía demasiado le tocaba a ella ponerse más estricta.

—¿Qué? Los perros están sobrevalorados. Además, papá ha dicho que sí —se defendió, señalando al aludido.

Annika miró a Nikolai con gesto acusatorio, a lo que él se encogió de hombros, sin entender a qué venía tanto revuelo.

—No veo qué tiene de malo, aquí hay mucho espacio *moya val'kiriya* y sé que ellos van a ser responsables porque saben que no son mascotas —argumentó su esposo, dejándola sin palabras.

Sabía que tendrían que discutirlo en privado antes de tomar una decisión, pero ¿a quién quería engañar? acabarían regalándoselos porque ellos eran igual de excéntricos.

En aquel momento, mientras los mellizos lo celebraban, una noticia que estaban pasando por la tele llamó su atención.

Todos dejaron de hablar y prestaron oídos al canal nacional de las noticias, donde una reportera estaba informando de que iban tras la pista de un peligroso asesino en serie que estaba sembrando el caos en las calles de San Petersburgo.

—Mira esto, el tío Lev la ha vuelto a liar —comentó Sasha, más divertida que horrorizada ante las tendencias de su tío.

—Típico de él —se rio Kirill, mientras Nikolai ponía los ojos en blanco y Annika negaba con la cabeza, censurando lo poco discreto que estaba siendo.

Iba a tener que mantener otra conversación al respecto con él.

—¿Y la tía Svetlana y el tío Aleksei? ¿No van a venir? —quiso saber entonces Sasha, volviendo a centrarse en la fiesta.

—La tía Svetlana no se siente del todo bien todavía, pero me ha pedido que os dé un beso a cada uno de su parte —respondió Annika, algo apenada.

Y es que su hermana no había asimilado todavía la pérdida de su bebé y estaba sumida en un pozo de oscuridad del que ni siquiera Aleksei había conseguido traerla de vuelta por completo.

Ella asintió, con una mueca triste.

—Mamá Giselle estará allí, ¿verdad? —repuso entonces, esperanzada.

—Sí, prometió pasarse un rato. Tenéis que hacer que se sienta cómoda, ya sabéis que no es su ambiente —les pidió Annika, con el corazón henchido de afecto.

Giselle vivía en una casa pequeña pero confortable a cinco kilómetros de allí. Y aunque ellos la visitaban a menudo, había rechazado todo contacto que pudiera involucrarla con la mafia, algo por lo que no podían culparla.

Sin embargo, últimamente se estaba mostrando más abierta y receptiva, algo en lo que Vadím había tenido bastante que ver. Y es que entre ambos había nacido una amistad que, según sus infalibles percepciones, tenía potencial para convertirse en algo más.

No conocía a dos personas que se merecieran más rehacer sus vidas que ellos.

Por fin, después de todo lo que había tenido que luchar para salir del infierno, estaba en paz y en casa, formando la familia con la que siempre había soñado.

—¿Entonces nos dejas que los adoptemos? —insistió Kirill, tan terco como siempre, queriendo zanjar el tema cuanto antes.

—Está bien, podréis tenerlos —acabó cediendo, ante la mueca risueña de Nikolai, que ya sabía cómo acabaría aquello. Sin embargo, tenía algunas condiciones. —Pero tendremos que construirles un lugar apto para vivir y más os vale seguir manteniendo esa media de sobresaliente —advirtió, sin poder ocultar mucho tiempo una sonrisa.

La verdad era que a ella también le apetecía tener una serpiente y un tigre en casa.

—Gracias mamá —dijeron los dos, al mismo tiempo.

Casi se le saltaron las lágrimas de la emoción.

Nunca se cansaría de escuchar esa palabra.

Haría lo que fuera por ellos.

Porque los lazos tan inquebrantables como los que los unían eran capaces de sobrevivir frente a las peores adversidades.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, supongo que la historia te ha atrapado lo suficiente como para querer conocer su final. Y solo me queda esperar que la hayas disfrutado.

Cuando termino de escribir un libro, siento que una parte de mí se queda en su interior para siempre. Mi mayor deseo es haberte podido provocar a ti, lector, aunque sea una ínfima parte de esa sensación.

La escritura es para mí más que un hobby, es mi gran pasión, mi trabajo y mi forma de vida. Así que te doy las gracias por haberte embarcado conmigo en esta aventura, tanto si es la primera vez que me lees como si te has sumergido en otra de mis obras.

Aprecio de corazón tu apoyo con una reseña y una valoración para ayudarme a seguir creciendo. Nos vemos en la siguiente historia.